José Antonio Ramos Sucre

LA TORRE DE TIMÓN
EL CIELO DE ESMALTE
LAS FORMAS DEL FUEGO

Colección Bicentenario Carabobo

200 Batalla de Carabobo

Jose Antonio Ramos Sucre (1890-1930) Doctor en Ciencias Políticas, diplomático y poeta. Poseedor de una cultura extraordinaria llegó a dominar varios idiomas por cuenta propia, al tiempo que estudiaba Derecho y Literatura. Colaborador de *El Cojo Ilustrado*, *El Universal*, la *Revista Cultura*, *El Tiempo*, *Élite* y *El Nuevo Diario*. Su escritura constituye la fundación de nuevas formas expresivas al recurrir a la prosa como recurso poético en Venezuela. De su obra mencionaremos: *La torre de timón* (1923); *El cielo de esmalte* (1929); *Las formas del fuego* (1929); *Obra* (1956) y *Obra completa* (1980).

« Enrique Avril, *Iglesia. Santa Inés. Cumaná*
1899

68

La Torre de Timón
El Cielo de Esmalte
Las Formas del Fuego

José Antonio Ramos Sucre

Colección Bicentenario Carabobo

En homenaje al pueblo venezolano

El 24 de junio de 1821 el pueblo venezolano, en unión cívico-militar y congregado alrededor del liderazgo del **Libertador Simón Bolívar**, enarboló el proyecto republicano de igualdad e "independencia o nada". Puso fin al dominio colonial español en estas tierras y marcó el inicio de una nueva etapa en la historia de la Patria. Ese día se libró la **Batalla de Carabobo**.

La conmemoración de los 200 años de ese acontecimiento es propicia para inventariar el recorrido intelectual de estos dos siglos de esfuerzos, luchas y realizaciones. Es por ello que la **Colección Bicentenario Carabobo** reúne obras primordiales del ser y el quehacer venezolanos, forjadas a lo largo de ese tiempo. La lectura de estos libros permite apreciar el valor y la dimensión de la contribución que han hecho artistas, creadores, pensadores y científicos en la faena de construir la república.

La **Comisión Presidencial Bicentenaria de la Batalla y la Victoria de Carabobo** ofrece ese acervo reunido en esta colección como tributo al esfuerzo libertario del pueblo venezolano, siempre insurgente. Revisitar nuestro patrimonio cultural, científico y social es una acción celebratoria de la venezolanidad, de nuestra identidad.

Hoy, como hace 200 años en Carabobo, el pueblo venezolano continúa librando batallas contra los nuevos imperios bajo la guía del pensamiento bolivariano. Y celebra con gran orgullo lo que fuimos, somos y, especialmente, lo que seremos en los siglos venideros: un pueblo libre, soberano e independiente.

Nicolás Maduro Moros
Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Nicolás Maduro Moros

Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Comisión Presidencial Bicentenaria de la Batalla y la Victoria de Carabobo

Delcy Eloína Rodríguez Gómez

Vladimir Padrino López

Aristóbulo Iztúriz Almeida

Jorge Rodríguez Gómez

Freddy Ñáñez Contreras

Ernesto Villegas Poljak

Jorge Márquez Monsalve

Rafael Lacava Evangelista

Jesús Rafael Suárez Chourio

Félix Osorio Guzmán

Pedro Enrique Calzadilla

La Torre de Timón

El Cielo de Esmalte

Las Formas del Fuego

José Antonio Ramos Sucre

Índice

21 La Torre de Timón (1925)
23 Preludio
24 Platica profana
29 El fugitivo
30 A un despojo del vicio
31 El familiar
33 Tiempos heroicos
35 Cansancio
37 Lied
38 Epicedio
40 Elogio de la soledad
42 En la muerte de un héroe
43 Entonces
45 La alucinada
46 Laude
48 Al pie de un cipo
50 El solterón
52 De capa y espada
53 La tribulación del novicio
55 La cuita
56 Lección bíblica

58 Duelo de arrabal
59 La aristocracia de los humanistas
61 Discurso del contemplativo
63 Sturm und drang
64 Miércoles de Ceniza
65 Crítica
67 El episodio del nostálgico
68 El retorno
69 Felipe Segundo
71 El crimen de la esfinge
73 La conversión de Pablo
75 Ocaso
76 En días de Cartago
78 A propósito de Boyacá
80 La venganza del Dios
81 El canto anhelante
82 Fulmen
83 La hija de Valdemar
84 De la vieja Italia
85 Visión del norte
86 La balada del transeúnte
87 Alabanza a Bermúdez
89 Romanza
90 La ventana
91 El culpable
92 Sobre las huellas de Humboldt
105 A una desposada
107 Hechizo
108 Filosofía del lenguaje
109 La presencia del náufrago

111 El tesoro de la fuente cegada
112 Sobre la poesía elocuente
114 El rapto
115 El hijo del anciano
116 El rezagado
117 El ensueño del cazador
118 La resipisencia de Fausto
120 Renacentista
121 El escudero de Eneas II. 1,49
122 Siglo de Oro
123 La ciudad
124 La peregrina de la selva profética
125 El mensajero
126 El viaje de Himilcon
127 El aventurero
129 La vida del maldito
131 Sueño
132 La penitencia del mago
133 Del ciclo troyano
134 El cruzado
136 Los lobos del yermo
138 Vislumbre del día aciago
139 La cuna de Mazeppa
140 Las aves de la visionaria
141 Trance
142 La casa del olvido
144 Cuento desvariado
145 Paisaje del mar desierto
146 El avenimiento de sagitario
147 Fantasía de la estación adversa

148 El pupilo de Fabricio
150 Diva
151 Entrevisión del peregrino
152 Santoral
153 A orillas del mar eterno
154 Geórgica
155 El romance del bardo
156 Vestigio

157 El Cielo de Esmalte 157 (1929)
159 Victoria
160 Penitencial
161 El valle del éxtasis
162 Los herejes
163 El verso
164 El duende
165 Lucía
166 El capricornio
167 Los gafos
168 Antífona
169 La salva
170 Las fuentes del Nilo
172 El cirujano
173 Bajo la ráfaga de arena
174 El rebelde
175 El peregrino de la fe
176 Cereal
177 La inspiración
178 La cábala
179 Marginal

180 Los hijos de la tierra
181 Azucena
182 El ciego infalible
183 El bejín
184 El vértigo de la decadencia
185 Isabel
186 Edad de plata
187 Entre los eslavos
188 El superviviente
189 El derrotero de Camoens
190 El páramo
191 El nombre
192 La vida mortecina
193 El niño
194 Los acusadores
195 La juventud del rapsoda
196 El casuista
197 El tótem
199 Los sentidos iluminados
200 Trova
201 El político
202 La nave de las almas
203 La frontera
204 El donaire
205 El lego del convento
206 Los elementos
207 La reforma
208 El cazador de avestruces
209 La valentía
210 Entre los beduinos

211 El clamor
212 El mito versiforme
213 El favor
214 Del país lívido
215 El exvoto
216 Las almas
217 La cuestación
218 El herbolario
219 La mesnada
220 El error vespertino
221 El duelo
222 La parvulista
223 Los secretos de la Odisea
224 La visita
225 El vejamen
226 El ramo de la Sibila
227 El resfrío
228 El monólogo
229 El rencor
230 El espejo de las hadas
231 La taberna
232 El senador
233 La hija del cisne
235 El olvido
236 Los ortodoxos
237 La redención de Fausto
238 La alianza
239 La jornada del eremita
240 La abominación
241 Siglos medios

242 La merced de la bruma
243 El monigote
244 Analogía
245 El sedentario
246 Los lazos de la quimera
247 La hora
248 El exorcista
249 La zarza de los médanos
250 La presencia
251 De profundis
252 El alumno de Garcilaso
253 Ofelia
254 El disidente
255 El rescate
256 La procesión
257 El extranjero
258 La virtuosa del clavecín
259 El predestinado
260 El alumno de Violante
261 El asno
262 El año desierto
263 El jugador
264 El caballo del lucero
265 El cautivo de una sombra
266 El aniversario
267 La presea
268 Del suburbio
269 Gloria
270 Bajo el cielo monótono
271 Evangelio

272 El selenita
273 La virgen de la palma
274 Los paladines
275 El domicilio del Eider
276 Las virtudes
277 Falena
278 El aprendiz
279 La pía
280 La canonesa
281 Elaina
282 El peregrino ferviente
283 Constanza
284 La huella
285 El buhonero de Gálata
286 La ciudad de los espejismos
287 El jardinero de las espinas
288 Serafita
289 El tejedor de mimbres
290 El arribo forzoso
291 El bienaventurado
292 Fantasía del primitivo
293 Omega

295 Las Formas del Fuego (1929)
299 Las ruinas
300 El rito
301 La isla de las madréporas
302 Acíbar
303 El talismán
304 El mandarín

305 El castigo
306 El emigrado
307 Spleen
308 El guía
309 El real de los cartagineses
310 Farándula
311 La amada
312 La noche
313 La sala de los muebles de laca
314 La plaga
315 El retórico
316 La venganza de Viviana
317 El nómade
318 La entrevista
319 Fragmento apócrifo de Pausanias
320 El cómplice
321 Mito
322 El desagravio
323 El extravío
324 El convite
325 El ídolo
326 El retrato
327 Los gallos de la noche de Elsinor
328 El desesperado
329 Micenas
330 El alivio
331 Reloj de príncipes
332 La bruja
333 El sopor
334 Ancestral

335 El asedio
336 La heroína
337 El riesgo
338 El hidalgo
339 Cenit
340 El remordimiento
341 La verdad
342 El presidiario
343 La sombra de la hija del faraón
344 Merry England
345 La ilusión
346 El ciego
347 La espía
348 El sacrificador
349 El impío
350 Las mensajeras del alba
351 El sino
352 El adolescente
353 La deriva
354 Windsor
355 La guerra
356 Nocturno
357 Parodia
358 Bajo el ascendiente de Shakespeare
360 La huérfana
361 El rajá
362 Mar latino
363 Sutileza
364 Lay
365 La suspirante

366 La vuelta de Ulises
367 El acontecido
368 Semiramis
369 El viaje
370 La alborada
371 Rúnica
372 El festín de los buitres
373 El desvarío de Calipso
374 El entierro
375 Las suplicantes
376 La caza
377 Divagación
378 La ensenada
379 Dionisiana
380 Crepúsculo
381 El reino de los Cabiros
382 El paseo
383 Ofir
385 La vigilia del campamento
386 El protervo
388 Hesperia
389 El sigilado
390 La quimera
391 El justiciero
392 Saudade
393 La campaña
395 El secreto del Nilo
396 La Sirte
397 La ráfaga
398 El venturoso

399 El musulmán
401 El tosigo
402 El cortesano
404 La conseja de los alabarderos
405 El fenicio
406 El knut
408 El Sagitario
409 El malcasado
410 Montería
411 La ciudad de las puertas de hierro
412 Rapsodia
413 Crónica
414 Alastor
415 El clima del nopal
416 El enviado
417 Los celos del fantasma
419 La acedia del claustro
420 Bajo el velamen de púrpura
421 El cristiano
422 El hallazgo
423 Bajo la advocación de saturno
425 El lince
427 El escolar
428 El desahucio
429 La casta de los centauros
430 El lapidario
431 El viaje en trineo
433 El alumno de Tersites
434 Tácita, la musa décima
435 Carnaval

La Torre de Timón

(1925)

Preludio

Yo quisiera estar entre vacías tinieblas, porque el mundo lastima cruelmente mis sentidos y la vida me aflige, impertinente amada que me cuenta amarguras.

Entonces me habrán abandonado los recuerdos: ahora huyen y vuelven con el ritmo de infatigables olas y son lobos aullantes en la noche que cubre el desierto de nieve.

El movimiento, signo molesto de la realidad, respeta mi fantástico asilo; mas yo lo habré escalado de brazo con la muerte. Ella es una blanca Beatriz, y, de pies sobre el creciente de la luna, visitará la mar de mis dolores. Bajo su hechizo reposaré eternamente y no lamentaré más la ofendida belleza ni el imposible amor.

Platica profana*

No creo escapar la misión que se me ha conferido para este momento, si por miedo de suscitar pasiones y rencores aún vivos, me abstengo de ensalzar detenidamente al ciudadano cuya efigie inauguramos. Redunda en honor suyo el elogio del heroísmo que yo haré en la frase parca de un eterno estudiante, muy corta ofrenda a ese atributo, digno de ser alabado en cánticos o por palabras cuya elocuencia embargue, como la augusta vecindad del peligro.

Persuadido de que ninguna excelencia del espíritu arrastra, como el heroísmo, séquito tan numeroso de virtudes, y de que nada es tan digno de la admiración entusiasta y generosa de los niños, yo creo muy conveniente la presencia de efigies heroicas en los institutos de enseñanza. Se armoniza muy bien la imitación de su actitud indomable con la instrucción que redime y exalta, porque la palabra que enseña es casi siempre la expresión de una idea combatiente y porque donde el pensamiento humano alcanza su expansión, no se respira ambiente de paz, sino ambiente cálido de palenque o de fragua.

En mi sentir, ninguna superioridad conquista al hombre con mayor justicia que el heroísmo, el perpetuo voceo de la fama, el fiel recuerdo de la historia o la inmortalidad en la carne inmarcesible del bronce. El más frecuente homenaje a esa virtud, el recuerdo de antiguas proezas, asiste a los pueblos en momentos de prueba como un consejo de virilidad, y los alumbra y los guía como estrella. La ventaja moral ordena, con la gratitud, la elevación de las figuras heroicas en los lugares más públicos, en medio de árboles cuyas hojas caídas imiten con su remolino el desorden de un campo de batalla, bajo la inmensidad celeste y el lujo del sol, de modo que

[*]_ Fue escrita en 1912, al proyectarse la inauguración del retrato del general Ezequiel Zamora en la escuela de su nombre, en Caracas. (Nota de edición de 1925. Lit. y Tip. Vargas, Caracas.)

expuesta a todas las intemperies, como ayer al peligro su modelo viviente, la figura marcial reviva la visión de una actitud impávida en un día glorioso.

Además, la efigie heroica es prenda de victoria en la guerra interminable al vicio y a la ignorancia, es mudo consejo de perseverar vigilando este inexpugnable baluarte de la cultura, cuya ruina vendría a ser la de la quimera del progreso, único y postrer alivio que el optimismo sueña hoy para la humanidad dolorosa.

Se nota en los tiempos que corren un desmedido entusiasmo por los intereses materiales e inmediatos, muy hostil, en cambio, al culto de los ideales que han exaltado en todo tiempo la dignidad humana. Esta va perdiendo con el desdén por una de las cualidades más altas de la especie, por el valor guerrero, que la ciencia ha inutilizado, cumpliendo aquel presentimiento que en el libro de Cervantes amargaba la última hora de la caballería. Se asegura la necesaria desaparición del poeta y del héroe en la próxima civilización del porvenir que amenaza ser rígida como la de aquellos sepultureros de la antigüedad, que fueron los egipcios, y muy del agrado de los hombres regocijados con la confesión del último romano, para quienes los grandes ideales no son sino palabras...

Contribuyen al desdén por el valor guerrero quienes le asignan como origen el instinto agresivo de las fieras, sin advertir que la lógica los fuerza a comparar la paciencia propia de los felinos en acecho con la tenacidad del sabio en perseguir los aspectos y evoluciones de un microbio. Origen tan deprimente no cabe asignar a la poesía, blanco también de la ojeriza de los pedestres, que se han limitado a tildarla de inútil, y a predecir su muerte en la próxima época de utilidad, cuando será ídolo de la admiración el americano, ejecutor y usurpador del invento ajeno, debido a lucubraciones desinteresadas y abstractas; pero son profetas falsos los que publican la muerte de la poesía, que, lejos de agonizar, resurge con bríos nuevos y con originalidad inaudita, por ser la expresión de sensaciones y de aspiraciones de almas refinadas por una civilización incomparable; y no es rémora ni

canto de sirena el verso moderno que vuela y canta como un tábano de iris que fuera estimulando el potro sin frenos del actual progreso.

A estas enseñanzas de práctica y de envilecimiento opone la raza hispanoamericana el recurso de su generosidad inagotable, que la lleva a ser cantora en esta edad del hierro colado, muy distinto del hierro épico de las espadas. En el último siglo nuestra virilidad exuberante se ha mostrado en la proeza y en el canto, como la de nuestra Madre Patria en el siglo diez y seis, que para nosotros no ha pasado aún, porque en guerra fratricida o en empresa redentora nuestro afecto por la aventura desatinada o caballeresca hizo que el castellano vibrara su acento marcial en todos los campos de batalla del continente. Vive generoso el espíritu de andanza a pesar de que el sedimento de nuestra población criolla se debió a aquella horda de aventureros y de presidiarios, que por una ironía del destino recogieron el beneficio del hallazgo genial. Para explicar esta fortuna, deberíamos creer que, a través de las generaciones, los defectos hereditarios se habían destemplado o invertido en cualidades contrarias, o más bien que son tan arraigadas las numerosas virtudes del pueblo de España, que bien pudieron poseerlas y trasmitirlas a sus hijos aquellos delincuentes que colmaban sus presidios. No fue la que ellos ostentaron en las guerras crueldad de mercader deliberada y sistemática, sino crueldad marcial y bravía, la misma de nuestras guerras civiles, la crueldad del buitre que no humilla a su víctima inmolándola en el suelo, sino que de un solo arranque de sus alas la eleva muy alto, hasta sobre una cumbre, y sobre ella la sacrifica, extraño sacerdote, como sobre un altar.

El elogio de estas virtudes caballerescas y aventureras no impide confesar que hemos ofrecido espectáculos de barbarie a la humanidad civilizada, que con la cultura ha olvidado sus antiguos arreos de fiera; que mucho valor y talento se consumió sin dejar obra; que pasaron estériles las generaciones tras las generaciones, renovándose la humanidad penosamente como la selva del símil homérico; y que nuestros batalladores por la civilización

descendieron al sepulcro, despidiéndose de la lid desconsolados. Para no sufrir esa desesperanza, creamos que el tiempo que trabaja gota a gota hará el milagro de sosegar esos impulsos, que, constituyendo más tarde el fondo de fuerza inagotable y recóndito, impedirán que nos caiga en suerte una decadencia *senecta*, como aquella bizantina, en vez de la decadencia a que tendríamos derecho, ilustre como la de nuestra Madre Patria, con honra salvada a precio de sacrificio, y muy tardía porque la infancia de nuestro pueblo augura una juventud larga y briosa.

Para que no aparezca el elogio de ese espíritu aventurero y belicoso como la aprobación de todas sus obras, execremos la brutalidad de las guerras civiles, el crimen de los partidos que tomaron por divisa de sus odios los colores de la bandera nacional desgarrada, y la perenne difusión de la sangre humana que, cuando no se vierte por la libertad, ha atraído en todo tiempo maldiciones sobre la tierra culpable. Pero la confesión de que el desahogo brutal de nuestra fuerza ha entronizado despotismos asfixiantes ha corrompido precozmente el carácter nacional, esterilizando para el bien mucho florecimiento enérgico, debe venir seguida de la esperanza en regenerar con la paz y con la dignidad infundida por la palabra y el ejemplo, santo propósito a que se sirve mejor con el elogio del heroísmo y de la fuerza que con el de la mansedumbre o cualquier otra virtud evangélica.

Consejo de virilidad no se pierde cuando se da a los niños venezolanos en quienes revive el alma bravía del antepasado libertador o revolucionario. De ellos hay quienes con el relato de nuestro pasado fabuloso no sientan admiración, sino la pena de haber llegado demasiado tarde, y están tristes porque han pasado tal vez para siempre las épocas de las expediciones remotas y heroicas, como las acometidas por los venezolanos de hace un siglo, descolgados en intrépido descenso hacia el sur...

Es el más digno homenaje a la efigie de un valiente la presencia de ellos, que cada mañana reviven en su memoria las visiones de Venezuela heroica, al permanecer en silencio y en actitud militar ante el paso de la

bandera nacional, desplegada lentamente al aire que enmudece a su contacto sagrado. La influencia de este rito solemne les hará lamentar que este ciudadano prodigara en lides intestinas aquel valor e innato talento militar, que lo harían comparable a los generales de la primera República francesa, que habían adivinado el arte de vencer. No hubiera debido sucumbir a una bala fratricida, sino a la vista de aquellos héroes adolescentes, en uno de aquellos campos de batalla que en afamados lienzos aparecen vistosos como torneos, cuando el humo de una pólvora más detonadora y más épica decoraba la gala de las banderas y de los uniformes, y se derramaba por el campo el tumulto de la caballería, gallardo y a descubierta, cuando a pesar del cañón, arma para el asesinato de los hombres, conservaba su importancia la espada, el arma noble para el combate cercano y de frente.

La santidad de este recinto, de donde está proscrita hasta la mención de la guerra civil, se opone a hablar más de este hombre, cuya vida íntegramente heroica fue perfeccionada por la muerte, recibida al último halago de la victoria. El momento es de recordar que en nuestras guerras civiles ha alcanzado su satisfacción el odio y ningún triunfo el derecho, para cuya defensa y culto se prepara sólo en la paz el alma colectiva. Se contribuye a esa preparación instruyendo al pueblo y al ejército, apuntando el lamentable retardo experimentado en la civilización, a pesar de nuestro avanzado puesto geográfico, abominando las mentidas glorias alcanzadas con el sacrificio de la sangre hermana, que ha corrido sobre nuestro territorio más devastadora que el fuego, fecundador de la tierra en el poema virgiliano. La escuela moderna y el cuartel civilizado trabajan por la paz que ha sellado tantas guerras civiles, negadas todas ellas al perenne laurel, que precave de anatemas los escombros de la historia. Anteriores días magníficos y no esos de nefasto nombre debieron componer la vida de Zamora: un escaso destino le permitió apenas la oportunidad de mirar con asombro infantil aquella ráfaga ardiente de batalla, pregonera de Venezuela heroica por el ámbito de la América del Sur.

El fugitivo

Huía ansiosamente, con pies doloridos, por el descampado. La nevisca mojaba el suelo negro.

Esperaba salvarme en el bosque de los abedules, incurvados por la borrasca.

Pude esconderme en el antro causado por el desarraigo de un árbol. Compuse las raíces manifiestas para defenderme del oso pardo, y despedí los murciélagos a gritos y palmadas.

Estaba atolondrado por el golpe recibido en la cabeza. Padecía alucinaciones y pesadillas en el escondite. Entendí escaparlas corriendo más lejos.

Atravesé el lodazal cubierto de juncos largos, amplectivos, y salí a un segundo desierto. Me abstenía de encender fogata por miedo de ser alcanzado.

Me acostaba a la intemperie, entumecido por el frío. Entreveía los mandaderos de mis verdugos metódicos. Me seguían a caballo, socorridos de perros negros, de ojos de fuego y ladrido feroz. Los jinetes ostentaban, de penacho, el hopo de una ardita.

Divisé, al pisar la frontera, la lumbre del asilo, y corrí a agazaparme a los pies de mi dios.

Su imagen sedente escucha con los ojos bajos y sonríe con dulzura.

A un despojo del vicio

Pábulo hasta entonces de la brutalidad, ignorante de la misericordia y del afecto, caíste en mis brazos amorosos tú, que habías caído y eras casta, reducida por la adversidad a lastimosa condición de ave cansada, de cordero querelloso y herido. Interrumpida por quejas fue la historia de tu vida, toda dolor o afrenta. Expósita sacrificada a algún apellido insigne, fuiste recogida por quien explotó más tarde tu belleza. Ahora pensabas que tu muerte sería pública, como tu aparición en el mundo; que algún día vendría ella a libertarte de tus enemigos, la miseria, el dolor y el vicio; que la crónica de los periódicos, registrando el suceso, no diría tu nombre de emperatriz o de heroína, sustituyéndolo por el apodo infamante.

Agobiaba tu frente con estigma oprobioso la injusticia; doblegaba tus hombros el peso de una cruz. Cerca de mí, dolorosa y extenuada, hablabas con los ojos bajos que, muy rara vez levantados, dejaban descubrir, vergonzosos, ilusión de paraísos perdidos de amor.

Tanto como por esos pensamientos, se elevaba tu queja por la belleza marchita casi al comienzo de la juventud, por la mustia energía de los músculos en los brazos anémicos, por los hombros y espaldas descarnados, propicios a la tisis, por la fealdad que acompañaba tu flaqueza. . . Era la tuya una queja intensa, como si estuviera aumentada por la de antepasados virtuosos que lamentaran tu ignominia. Era la primera vez que no la sofocabas en silencio, como hasta entonces, a los cielos demasiado lejanos, a los hombres demasiado indiferentes. Y prometías recordar y bendecirme a mí, a aquel hombre, decías, el único que te había compadecido, sin cuya caridad te habrías encontrado más aislada, que tenía los brazos abiertos a todas las desventuras, pues fijo como a una cruz estaba por los dolores propios y ajenos. Por no afligirte más, te dejé ignorar que yo, soñador de una imposible justicia, iba también quejumbroso y aislado por la vida, y que, más infeliz que tú, sin aquel afecto que moriría pronto contigo, estaría solo.

El familiar

Los campesinos se retraían de señalar el curso del tiempo. Empezaban, con el día, las faenas de la tierra y se juntaban y citaban prendiendo una hoguera en el campo raso.

Yo distinguía desde mi balcón, retiro para el soliloquio y el devaneo, la humareda veleidosa nacida sobre la raya del horizonte.

Disfrutaba, después de mi juventud intemperante, el sosiego de una ciudad extinta.

El arco iris, joya de la celeste fragua, era diadema perpetua de su monte.

Yo recorría sus avenidas, percibiendo el desconsuelo del ciprés y del mármol. Cavilaba en sus plazas opacas y húmedas, esteradas de hojas. Adivinaba, en el espejo de sus estanques y de sus fuentes, cabelleras profusas velando desnudos cuerpos fluidos.

Yo defendía el reposo del agua. La oí cantar, en cierta ocasión, una escala de lamentos al sentirse herida por la rama desprendida de un árbol.

Miraba una vez las imágenes voluptuosas, cuando sentí sobre el hombro izquierdo el contacto de una mano fría, adunca. El importuno me interpelaba, al mismo tiempo, con una voz honda, bronca.

El estanque de mi contemplación se había mudado en un abismo.

Desde entonces me siguió aquel hombre imperioso. No osaba verle de frente, su cuerpo alto y desarticulado prometía un rostro demasiado irregular. Bajo sus pasos resonaba hondo el suelo de la calle. Pisaba arrastrando zapatos desmesurados. Provocaba, al pasar, el ladrido de los perros supersticiosos.

No puedo recordar el tema de su conversación. Sus ideas eran vagas, referentes a edad olvidada. Una vez solo, me esforzaba inútilmente dando sentido y contorno a sus palabras molestas.

Los habitantes de mi ciudad, capital de un reino abolido, empezaron a hablar de espantajos y maravillas. Notaban la fuga de formas equívocas al despertar del sueño matinal.

Insistían en el resentimiento de los antiguos reyes, olvidados en su catacumba.

Reposaban en un valle, al pie de cerros tapizados de vegetación menuda, donde la luz y el aire divertían con variaciones de terciopelo verde.

Yo me junté a la caterva de jóvenes animosos, esperanzados de reducir los difuntos, por medio de increpaciones, dentro de los límites de su reino indeciso.

Nos acercamos a la puerta de la cripta y dudamos entrar.

Sobrevino mi azaroso compañero y se nos adelantó resueltamente.

Volvió en compañía de los reyes y de los héroes incorporados de su urna de piedra.

Estábamos mudos de terror.

Observé entonces, por primera vez, su faz enjuta, blanquiza, de cal.

Acerté con su origen espantoso.

Había desertado de entre los muertos.

Tiempos heroicos

A la demanda de Bolívar salió del Oriente el ejército más errabundo. Hacia el Centro adelantose soberbio, dispersando y desconcertando al enemigo en combates sin cuento, que se prendían cual súbitos incendios. Sus jefes tenían nombres terríficos, de sonoridad bárbara: Bermúdez, Azcue, Arrioja. En ellos se cumplía el concepto del heroísmo, cuya pauta nos dejó Homero, porque jóvenes e infortunados eran a aquella hora los paladines como el protagonista de la Ilíada. Avanza, el primero de todos, Santiago Mariño, que trae por la melena a un león: a José Francisco Bermúdez, que del valor venezolano dio en toda su vida la más fiera, avasallante muestra. La Libertad no contaba en sus filas caballero más espléndido que aquel infausto rival de Bolívar, pródigo en sacrificios, arrojado y apuesto como un Byron. Con una lira, habría sido imagen de Apolo. El más alto grado militar lo alcanzó de un vuelo este hombre, afortunado al principio de su carrera, como favorito de un hada: a los veinticuatro años era general, y precedía a Bolívar en redimir a Venezuela.

Después menguó por culpa de su insubordinación desatinada, y tal mengua en la historia ha sido injusta. El pretendido crimen de su rebeldía es falta leve. La desobediencia del joven caudillo encuentra su explicación y hasta su justificación en el celo regional, naturalísimo en aquellos días, puesto que las provincias que más tarde constituyeron a Venezuela, habían sido hasta entonces verdaderas naciones independientes, bajo la común regla de España. De los libertadores, sólo Bolívar tuvo la visión de la patria grande, y quiso extenderla y la extendió, perturbada y efímera, entre dos océanos. Tal vez sentía la influencia de aquellos apóstoles generosos y delirantes de la humanidad, de la gran patria sin fronteras, que fueron tan frecuentes en el siglo diez y ocho. Los demás libertadores, por razones de educación, estaban dispensados de acalorar tan vastos ideales.

Laureano Vallenilla Lanz es quien considera a don Simón Bolívar en esta, su casi inédita faz de unificador. Por el apremio de su voluntad, por el ascendiente de su genio en el alma díscola de los tenientes, por el sacrificio de Piar, Venezuela es una sola nación, desde la escalera de Los Andes hasta donde el Orinoco rechaza con sus aguas el Atlántico. El hermanó las huestes recelosas debajo de la bandera venezolana, rodeada de muerte en cien campos, como un ídolo complacido en hecatombes. E hizo más: adelantado en siglos a su época, depositó en el seno fecundo y misterioso de los tiempos el germen de futuras evoluciones grandiosas.

Cansancio

Gratitud más que amor siento por esa adolescente que cada tarde, a mi paso por delante de su ventana, recompensa con una sonrisa mi trabajo agobiador del día entero. Su inocencia no se ha espantado de mi tristeza que trasciende y contagia; para calmar mi desesperación, ella responde a mi galantería con un tímido silencio, mientras me envuelve en la más persistente de sus miradas dormidas, atenuando mi propio dolor y el que acabo de recoger a mi paso por los barrios de la miseria y del vicio.

Imposible el amor cuando el porvenir ha caído al suelo, y la enfermedad de vivir arrecia como una lluvia helada y triste. Gratitud nada más para la adolescente que me protege contra la desgracia por todo el resto del día, siguiéndome con la vista hasta que desaparezco entre los transeúntes de la calle interminable. Gratitud también para la naturaleza que a esta hora del año se viste de funerales atavíos, haciéndome comprender que no estoy solo, que cuanto vive sufre, y todo vive.

Sólo ella aparece eludiendo la fatalidad del dolor; sobre su juventud se prolonga la inconsciente ventura de la infancia; ninguna pena ha paralizado la alegre locura de su risa, que es la de sus primeros años, a pesar de que ninguna frescura es tan deleznable en manos del tiempo como la de esa manifestación del regocijo. Se diría que la naturaleza no resiste a su gracia y se deja vencer; cuando la luz solar proclama su victoria, triunfa en sus ojos la noche, más luminosa cuanto más espesa, como algunos mares tropicales más fosforescentes cuanto más oscuros.

Con su tranquila alegría no se aviene la aflicción que traza surcos en mi frente y doblega mi vida. Envenenaría su inocencia si la iniciara en el afán de la batalla sin reposo, si en cambio de su misericordia la hiciera comprender cómo asfixia la angustia por la ambición asesinada. No he de ayudar en contra de su bienestar a la desgracia oculta de cada momento que se acerca como una ola hinchando el seno rugidor. Es cruel adelantarla en pocos días

a los desengaños que no aplazan su venida y a los torvos pensamientos que ciñen las frentes mustias en fúnebre ronda.

Con misericordia correspondo a la suya, si de su quietud me alejo con el estéril miedo de la vida, huyendo de la sonrisa que enlaza. Ni vale más el amor que este suave recuerdo que conservaré de su aparición en momentos de mi más rudo vivir. Hundiéndose en el tiempo, su figura despierta afectos tranquilos, cual convienen a espíritus cansados; y ya al mío sólo alcanza fuerza para esa melancólica simpatía con que el viajero en reposo contempla la palmera lejana, encendida en el último adiós del sol, única compañera sobre la vasta soledad.

Lied

Los espinos llenan, desde el pórtico en ruinas, la hondonada.

Tejen sus ramas siniestramente, figurando coronas de martirio.

La dama de la corza blanca se entrega a cantar, al sentir en torno la magia lunar.

El eco burlesco augura la muerte desde el matorral.

Nadie podría decir el susto de la corza blanca.

Hasta ese momento no se había cantado en la mansión desierta.

Epicedio

Es difícil que en ocasión alguna se manifieste de modo tan elocuente la solidaridad que trae consigo el servicio de las armas como ahora, cuando la desaparición del capitán Lucena Borges abre un claro considerable en nuestras filas. Todos le rodeamos muerto con más simpatía que si le sonriera la fortuna en vida, y a todos nos conturba el mismo dolor adusto y silencioso. Si hubiéramos de manifestar ese dolor, desecharíamos la queja por escasa en dignidad viril y porque a los hombres de armas se les lamenta sólo en el estampido de la salva fúnebre, y lo expresaríamos más bien en voces de acusación y de protesta contra el destino aciago que ha castigado en nuestro compañero con el más triste de los fines su juventud intensa, su bondad inefable y su alegría perenne.

Insistiré sobre su bondad recordando sus cualidades de hijo y de hermano amantísimo. Por ellas era buen ciudadano, buen amigo y buen soldado. Sus virtudes de hombre de hogar eran la razón de que descollase tanto como hombre de ese otro hogar que es el cuartel. En el primero se exhibía ardiendo en devoción por la madre amantísima, en el segundo se consagraba a la patria con el mismo afecto filial. Por bueno y por patriota, prestó al ejército el inapreciable concurso de su persona, desde el momento en que el cuartel venezolano dejó de ser casa de francachela y de suplicio, para convertirse en lo que es hoy, lugar de austeridad y de recogimiento. Fue de los oficiales que vistiendo el uniforme, supieron reanudar la noble tradición de nuestras armas, y que del suelo donde yacía humillada recogieron la espada, para esgrimirla con manos puras, como para el limpio oficio guerrero.

En gracia de tantas virtudes ha debido premiarle el cielo con una muerte gloriosa, si se la reservaba prematura, perfeccionarle la vida con remate brillante, que de toda ella fuese como una corona de triunfo, y él resultase en definitiva heroico. Se fue de nuestro lado joven y en medio al duelo unánime

del ejército, tal como hace cien años desapareció de entre nuestros libertadores Anzoátegui, inesperadamente, pero con la fortuna de haber cumplido antes de los treinta años aquel voto romano de su adolescencia, el de consagrar su vida a grandes hechos. Y este dolor de tu vida frustrada, oh compañero, es el motivo más fuerte que nos congrega a todos en el culto de tu memoria y en el lamento de tu fin desdichado.

Elogio de la soledad

Prebendas del cobarde y del indiferente reputan algunos la soledad, oponiéndose al criterio de los santos que renegaron del mundo y que en ella tuvieron escala de perfección y puerto de ventura. En la disputa acreditan superior sabiduría los autores de la opinión ascética. Siempre será necesario que los cultores de la belleza y del bien, los consagrados por la desdicha se acojan al mudo asilo de la soledad, único refugio acaso de los que parecen de otra época, desconcertados con el progreso. Demasiado altos para el egoísmo, no le obedecen muchos que se apartan de sus semejantes. Opuesta causa favorece a menudo tal resolución, porque así la invocaba un hombre en su descargo:

La indiferencia no mancilla mi vida solitaria; los dolores pasados y presentes me conmueven; me he sentido prisionero en las ergástulas; he vacilado con los ilotas ebrios para inspirar amor a la templanza; me sonrojo de afrentosas esclavitudes; me lastima la melancolía invencible de las razas vencidas. Los hombres cautivos de la barbarie musulmana, los judíos perseguidos en Rusia, los miserables hacinados en la noche como muertos en la ciudad del Támesis, son mis hermanos y los amo. Tomo el periódico, no como el rentista para tener noticias de su fortuna, sino para tener noticias de mi familia, que es toda la humanidad. No rehúyo mi deber de centinela de cuanto es débil y es bello, retirándome a la celda del estudio; yo soy el amigo de los paladines que buscaron vanamente la muerte en el riesgo de la última batalla larga y desgraciada, y es mi recuerdo desamparado ciprés sobre la fosa de los héroes anónimos. No me avergüenzo de homenajes caballerescos ni de galanterías anticuadas, ni me abstengo de recoger en el lodo del vicio la desprendida perla de rocío. Evito los abismos paralelos de la carne y de la muerte, recreándome con el afecto puro de la gloria; de noche en sueños oigo sus promesas y estoy, por milagro de ese amor, tan libre de lazos terrenales como aquel místico al saberse amado por la madre

de Jesús. La historia me ha dicho que en la Edad Media las almas nobles se extinguieron todas en los claustros, y que a los malvados quedó el dominio y población del mundo; y la experiencia, que confirma esta enseñanza, al darme prueba de la veracidad de Cervantes que hizo estéril a su héroe, me fuerza a la imitación del Sol, único, generoso y soberbio.

Así defendía la soledad uno, cuyo afligido espíritu era tan sensible, que podía servirle de imagen un lago acorde hasta con la más tenue aura, y en cuyo seno se prolongaran todos los ruidos, hasta sonar recónditos.

En la muerte de un héroe

Hasta en la opinión de graves y aprobados autores eclesiásticos la guerra es plantel de virtudes y gimnasio de caracteres. Descubre y remunera el valor, que es un caso de la abnegación, que es un despecho de los hombres altos, inconformes con la realidad menguada. Generoso y original es el valiente; de allí su prisa en amparar y hospedar los ideales desairados.

Del soñador es la sed del martirio, la curiosidad por la aventura, la exposición de la vida antes de la utilitaria vejez. El valor es en su alma, desterrada y superior, un artístico anhelo de morir.

Temprana melancolía, fiebre dolorosa y oculta es de ordinario esa virtud radical del soldado. Huye por tanto de la frecuente exhibición, del alarde brutal y plebeyo, acompasándose con la disciplina y con la espera de lucidos lances. El valeroso es tranquilamente enérgico.

El valor es timbre de las castas egregias, criadas para el torneo decoroso y gallardo. Copia el campo de batalla el palenque de los caballeros en el urgente peligro, en las ufanas banderas, en el duro pregón de los heraldos. También es el ejército una orden hidalga y abstinente.

El valor es una de las tantas dotes hermosas y funestas. Lleva al sacrificio y a la muerte, apareja el desastroso escarmiento. Se perpetúa y repite por el ejemplo más que por la herencia insegura, ya que el valeroso está predestinado a perecer sin hijos, en verde juventud.

Resentimiento y protesta del idealista, gravedad amarga, señoril entono, atrevimiento sereno, prenda infausta, era a un tiempo mismo el valor completo de Manuel Bermúdez. Se enfrentaba al enemigo en armas, a la naturaleza desatada, a la calamidad de la suerte. Debía su ánimo al ejemplo, porque nació en donde vegeta la energía varonil. Lo debía igualmente al linaje; con los brazos abiertos lo habrá reconocido por suyo José Francisco Bermúdez de Castro, el guerrero descomunal que en los muros humeantes de Cartagena cerró el paso a don Pablo Morillo con la espada del Cid.

Entonces

Sueño que sopla una violenta ráfaga de invierno sobre tus cabellos descubiertos, oh niña, que transitas por la nevada urbe monstruosa, a donde todavía joven espero llegar, para verte pasar. Te reconoceré al punto, no me sorprenderá tu alma atormentada y exquisita, tu cuerpo endeble ni tu azul mirada; he presentido tus mano delicadas y exangües, he adivinado tu voz que canta y tu gentil andar. El día de nuestro encuentro será igual a cualquiera de tu vida: te veré buscando paso entre la muchedumbre de transeúntes y carruajes que llena con su tumulto la calle y con su ruido el aire frío. La calle ha de ser larga, acabará donde se junten lejanas neblinas; la formará una doble hilera de casas sin ningún intervalo para viva arboleda; la harán más tediosa enormes edificios que niegan a la vista el acceso del cielo. Lejos de la ciudad nórdica estarán para entonces los pájaros que la alegraban con su canto y olvidado estará el sol; para que reine la luz artificial con su lívido brillo, lo habrán sepultado las nubes, cuyo horror aumenta la industria con el negro aliento de sus fauces.

Entonces y allí será la última hora de esta mi juventud transcurrida sin goces. Habré ido a experimentar en la ciudad extraña y septentrional la amargura de su despedida y el desconsuelo de su eterno abandono. Para sufrir el ocaso de la juventud ya estaré preparado por la partida de muchas ilusiones y el desvanecimiento de muchas esperanzas. En mi memoria dolerá el recuerdo de imposibles afectos y en mi espíritu pesará el cansancio de vencidos anhelos. Y ya no aspiraré a más: habré adaptado mis ojos al feo mundo, y cerrado mi puerta a la humanidad enemiga. Mi mansión será para otros impenetrable roca y para mí firme cárcel. Estoico orgullo, horrenda soledad habré alcanzado. En torno de mi frente flotarán los cabellos grises, grises cual la ceniza de huérfanos hogares.

De lejos habré llegado con el eterno, hondo pesar, el que nació conmigo en el trópico ardiente y que me acompaña como la conciencia de vivir.

Un pesar no calmado con la maravilla de los cielos y de los mares nativos perpetuamente luminosos, ni con el ardor ecuatorial de la vida, que me ha rodeado exuberante y que solo en mí languidece. Los años habrán pasado sin amortiguar esta sensibilidad enfermiza y doliente, tolerable a quien pueda tener la única ocupación de soñar, y que desgraciadamente, por el áspero ataque de la vida, es dentro de mí como una cuerda a punto de romperse en dolorosa tensión. La sensibilidad que del adverso mundo me hace huir al solitario ensueño, se habrá hecho más aguda y frágil al alejarse gravemente mi juventud con la pausada melancolía de la nave en el horizonte vespertino.

Al encontrarte, quedaremos unidos por el convencimiento de nuestro destierro en la ciudad moderna que se atormenta con el afán del oro. Ese día, demasiado tarde, el último de mi juventud, en que despertarán, como fantasmas, recuerdos semi muertos al formar el invierno la mortaja de la tierra, será el primero de nuestro amor infinito y estéril. Unidos en un mismo ensueño, huiremos del mundo, cada día más bárbaro y avaro. Huiremos en un vuelo, porque nuestras vidas terminarán sin huellas, de tal modo que éste será el epitafio de nuestro idilio y de nuestra existencia: pasaron como sonámbulos sobre la tierra maldita.

La alucinada

La selva había crecido sobre las ruinas de una ciudad innominada. Por entre la maleza asomaba, a cada paso, el vestigio de una civilización asombrosa.

Labradores y pescadores vivían de la tierra aguanosa, aprovechando los aparejos primitivos de su oficio.

Más de una sociedad adelantada había sucumbido, de modo imprevisto, en el paraje malsano.

Conocí, por una virgen demente, el suceso más extraño. Lloraba a ratos, cuando los intervalos de razón suprimían su locura serena.

Se decía hija de los antiguos señores del lugar. Habían despedido de su mansión fastuosa una vieja barbuda, repugnante.

Aquella repulsa motivó sucesivas calamidades, venganza de la harpía. Circunvino a la hija unigénita, casi infantil, y la persuadió a lanzar, con sus manos puras, yerbas cenicientas en el mar canoro.

Desde entonces juegan en silencio sus olas descolmadas. La prosperidad de la comarca desapareció en medio de un fragor. Arbustos y herbajes nacen de los pantanos y cubren los escombros.

Pero la virgen mira, durante su delirio, una floresta mágica, envuelta en una luz azul y temblorosa, originada de una apertura del cielo. Oye el gorjeo insistente de un pájaro invisible, y celebra las piruetas de los duendes alados.

La infeliz sonríe en medio de su desgracia, y se aleja de mí, diciendo entre dientes una canción desvariada.

Laude

Venezuela debe lo principal y más duradero de su crédito a la valentía de aquellos militares que con el siglo diez y nueve surgieron apasionados e indóciles. La sana fuerza de su índole no se degradaba con tímidos recatos ni cedía un punto a la moral hipócrita de las sociedades en reposo. Nunca fue su norte el renombre de pacato y de honorable, lazo de incautos. Todos eran hombres ingenuos y violentos, de vida desproporcionada y libre.

Como suscitan la saña de los incoloros y la venganza de los eruditos apergaminados y dispépticos, una filosofía pobre, en que no alienta el entusiasmo adivinador de los poetas, rompe el sigilo de su sepulcro y turba el sueño de sus cenizas.

La crítica mezquina halla su más frecuente ocasión en el humor díscolo y altanero de los héroes. No descubre allí la fuerza profunda del linaje, la suficiencia individual, el confiado arrojo que hizo del abuelo español la consternación y la pesadilla del mundo.

Su gloria consiste en no haber depuesto el temerario reto a la metrópoli, y al reconocerles aquel mérito continúa elevado e intacto el de su jefe. La justicia crece con la distribución del premio, y hay deshonestidad en pretender que la fama de Bolívar coincide con el recorte de sus tenientes.

De esta opinión mojigata y pudibunda nace la docilidad como razón para el crédito a los honores, el examen superficial de la discordia, la repetida sentencia contra los varones levantiscos que ensangrientan y revuelven el curso de aquellos años. Se olvida que muchos entraron iguales a la lid; que los separaba el más contrastado interés; que los acontecimientos habrían de traer con la prueba de las aptitudes la escala de la jerarquía; que los ánimos porfiados, finalmente sometidos, acreditan el genio de Bolívar; que en la escena de duelo desentonaba, más que el amoroso pastor, el rebaño de las bestias pacíficas.

Para los mansos la medalla de buena conducta; para nuestros héroes el monumento elevado y la estatua perenne. Han impuesto al repeto de los extraños la serie de nuestros anales con un esfuerzo que pertenece a la epopeya, con actos extraordinarios que habría acogido, para perpetuarlos, la musa popular del romancero. De vez en cuando no siguieron las razones de Bolívar por la fatalidad que aísla al genio en su siglo. El los arrastra finalmente, y con tan digno séquito, como de bravos cóndores, preside la mitad del mundo desde el pico más alto y nevado de Los Andes.

Al pie de un cipo

Llamábase José María Milá Díaz un hombre que en nuestra más antigua ciudad oriental sufrió hasta ayer la vida; la pasó toda cantando y llorando, movido a imitación de Arnaldo de Daniel que así estaba en el purgatorio del vate gibelino. A causa de un grande infortunio podría negarse que cantara, pues sus versos, pobres en cadencia, se apresuraban a modo de sollozos apretados y bruscos. Por todos esos méritos, en la ciudad de Cumaná se apresuran a honrar la memoria del mártir, y nosotros aplaudimos con fervor la tardía ofrenda, desde acá, desde bien lejos, hijos dispersos de esa idolatrada Jerusalén. No era posible otra conducta, porque Milá entre los más recientes literatos de las comarcas orientales, es augusto. Lo es como un numen, porque la lepra, la enfermedad que comparte con la locura el carácter de sagrada, había encendido un nimbo de santidad sobre su frente. Como la locura es de inferior majestad, ilustre en el paganismo, durante cuyo reinado enfurece la alegría de las bacantes y el vaticinio de las pitonisas, mejor cuadraba a nuestro hombre de pensamiento y de sacrificio la enfermedad conocida en remota mención bíblica y que en el divino infierno fue terror dantesco.

Justísima es la ofrenda al hombre que aceptó, sin gemir de dolor ni de terror, la enfermedad a que el genial pueblo de Colombia acomoda la expresión del libro sagrado relativa a la muerte: ¡el rey de los espantos!

Sobrehumano se exhibe él, atormentado por la enfermedad que obliga a Job a maldecir su nacimiento, y que inspiró a los varones piadosos de la primitiva Iglesia la comparación de la faz del desdichado con la del león, porque ambos, desdichados y leones del desierto, eran familiares a aquellos santos, apóstatas de la alegría, apartados en aislamiento salvaje. Crece su dignidad si se recuerda que no consagró una sola de sus quejas a la desgracia inmensa, como la de aquellos predecesores suyos en lejanos siglos, a quienes se apartaba de la sociedad con la ceremonia lúgubre del canto de

difuntos entonado por el sacerdote y de la ceniza vana y estéril esparcida sobre la cabeza miserable.

De tal manera lo consagraba la desventura, que con su cadáver se santifica la tierra de su descanso. No necesitaba de la hospitalidad en los cementerios bendecidos, porque es santa toda tierra donde se abre una fosa a un mártir como al náufrago un puerto. Además, es bendita toda nuestra tierra, y por ello recibe el homenaje de los días espléndidos y de las noches solemnes. Tanto es así, que sobre nuestros escombros cumplen un rito fúnebre las estrellas temblando desde la negrura celeste como lágrimas de agua bendita en las ceremonias eclesiásticas sobre el paño de los ataúdes.

Debe erguirse sobre la morada definitiva un monumento funeral con severa tristeza, como para la amarga vida y la temprana muerte. Convendría que lo amparase un follaje doliente, como aquel de la poesía heinesca, armonioso de cantos vespertinos, a cuya sombra los enamorados interrumpían el diálogo para llorar sin saber por qué, de súbita tristeza. Se hablaría con elocuencia a los venideros, si se representara al mártir meditando con la faz afligida de aflicción nazarena sobre la mano mutilada, cuando desde la ventana de su cuarto de enfermo comparaba su reclusión con la libertad del mar lejano, en cuya brisa intermitente venía muy rara vez un desmayado clamoreo a interrumpir el silencio abrumador sobre el vecino arenal llameante. El transeúnte se descubriría ante él, como ante un dios derruido y deforme de desenterrada idolatría, y muchos habrían de comparar su actitud a la del hombre que bajó al abismo, cuando meditaba sus castigos tremendos.

El solterón

El tiempo es un invierno que apaga la ambición con la lenta, fatal caída de sus nieves. Pasa con ningún ruido y con mortal efecto: la tez amanece un día inesperado marchita, los cabellos sin lustre y escasos, fácil presa a la canicie, menguado el esplendor de los ojos, sellada de preocupaciones la frente, el semblante amargo, el corazón muerto. Sobre el mundo en la hora de nuestra vejez llora la amarilla luz del sol, y no asiste a dulces cuitas de amor la romántica luna. Blancos, fríos rayos de acero envía desde la altura melancólica. Pasó la juventud favorecida por el astro benéfico en las noches de ronda donjuanesca. Desde hoy preside el desfile de los recuerdos en las noches en que despiertan pensamientos como ruidos en una selva honda.

Ha pasado el momento de unirse en amorosa simpatía; hace ya tiempo que con la primera cana se despidió para siempre el amor, espantado del egoísmo y la avaricia que en los corazones viejos hacen su morada. Ahora comienza la misantropía, el odio de lo bello y de lo alegre, el remordimiento por los años perdidos, la queja por el aislamiento irremediable, la desconfianza de sobrar en la familia que otro ha fundado. Trabaja, pena la imaginación del soltero ya viejo, daría tesoros por el retorno del pasado, no muy remoto, en que pudo prepararse para la vejez voluptuoso nido en regazo de mujer.

La alegría ruidosa de los niños canta en nuestro espíritu. Castigo inevitable sigue a quien la desecha para sus años postreros, y es más feliz que todos los mortales quien participa con interés de padre en ese inocente regocijo, y se evita en la tarde de la vida la pesarosa calma que aflige al egoísta en su desesperante soledad. A éste, desligado de la vida, desinteresado de la humanidad, estorboso en el mundo, lo espera con sus fauces oscuras la tumba. Fastidiado debe ansiar la muerte, ya que su lecho frío semeja ataúd rígido.

Cuando descansa en la noche con la nostalgia de amorosa compañía, no le intimida el pensamiento de la tierra sobre su cadáver. El horror del

sepulcro es ya menos grave que el hastío de la vida lenta y sin objeto. No le importa el olvido que sigue a la muerte, porque sobreviviendo a sus amigos, está sin morir desamparado. Quisiera apresurar sus días y desaparecer por miedo al recuerdo de la vida pasada sin nobleza, como un río en medio a estériles riberas. Huye también de recordar antiguas alegrías, refinadamente crueles, que engañaron al más sabio de los hombres, convenciéndolo de la vanidad de todo. Así concluye pensando el que de sus goces recogió espinas, y vivió inútil. Aún más desolada convicción cabe a quien ni procreando se unió en simpático lazo con la humanidad… Ahora olvidado, triste, duro a todo afecto el corazón, si derramara lágrimas, serían lavas ardientes, venidas de muy hondo.

De capa y espada

Mucho se ha encarecido el encierro en que guardan a la mujer española los varones de su sangre. Se ha visto en la custodia escrupulosa el trasunto de la opresión musulmana en el harén del invasor morisco. Se ha dicho que un adventicio espíritu de recelo y de severidad doméstica construyó la cerrada casa del español a imitación de la de su huésped secular.

Pero el uno y el otro fueron independientes y originales al levantar sobre el suelo mismo de la lid moradas inaccesibles. A tanto forzaba en toda Europa la necesidad de aquellos tiempos de asalto. Fuera de que el español seguía tradiciones más antiguas, relativamente indígenas, al remedar en su vivienda la seguridad y el imperio de los baluartes.

Tampoco aportó el sarraceno la moral obstinada y bronca que estrecha a la familia española dentro del hogar inexpugnable. En frecuentes pasajes se le anticipa el Fuero Juzgo. La excesiva protección a la mujer obedece tal vez a la virtud primitiva y fundamental del orgullo español, que tiene por variantes la devoción a la pureza del nombre, el culto de la probidad y la pasión por la justicia.

Gracias a ese mismo germen innato y multiforme del orgullo, el carácter del español se ostenta sensiblemente igual, entero y magnífico a través de toda la historia. Su más lejano antepasado fue capaz del susceptible pundonor, de la fe exaltada, del amor vehemente, de los celos iracundos que intrincan, si no mancillan de sangre, el enredo de la comedia calderoniana.

La tribulación del novicio

Bebedizos malignos, filtros mágicos, ardientes misturas de cantárida no hubieran enardecido mi sangre ni espoleado mi natural lujuria de igual modo que esta mi castidad incompatible con mi juventud. Vivo sintiendo el contacto de carnes redondas y desnudas; manos ligeras y sedosas se posan sobre mis cabellos, y brazos lánguidos y voluptuosos descansan sobre mis hombros. A cada paso siento sobre mi frente los pequeños estallidos de los besos. Una mujer con palabras acariciantes se inclina hasta tocar con la suya mi mejilla. Su voz insinúa dentro de mí el deseo como una sierpe de fuego. Todo mi ser está embargado de fiebre y lo inquieta un loco deseo de transmitirse encendiendo nuevas vidas. Barbas selváticas, cuernos torcidos, cascos, todos los arreos del sátiro podrían ser míos. Demasiado tarde he venido al mundo; mi puesto se halla en el escondrijo sombrío de un bosque, desde el cual satisficiera mi arrebato espiando la belleza femenina, antes de hacerla gemir de dolor y de gozo.

Por desgracia otra es mi situación y muy duro mi destino; me viste un grueso sayal más triste que un sudario; vivo en una celda, y no en medio de árboles frondosos en un campo libre. Suspiro por un raudal modesto bajo la sombra de ramajes enlazados y cuya superficie temblorosa señalara el vuelo de las auras. Diera la vida por ver en la atmósfera matinal y serena un instantáneo vuelo de palomas, como una guirnalda deshecha. Y en una diáfana mañana, cuando recobran juventud hasta las ruinas, desechar la última sombra del sueño, turbando con mi cuerpo el éxtasis del agua, enamorada de los cielos. Huida la noche, volviera yo a la vida, cuando el concierto de los pájaros comienza a llenar el vasto silencio, despertara con más lujo que un déspota oriental, segador de hombres. Bajo la luz paternal del sol sintiera el júbilo de la tierra y contemplara el mar, después de haber jadeado escalando un monte. Sufro por mi estado religioso mayor esclavitud que un presidiario; con mortificaciones y encierros pago el

delito de esta rebosante juventud; aislado, herido por desolación profunda, resguardo mis sentidos, y niego satisfacción a mis deseos y hospitalidad a la alegría. El mar palpitante, el viento incansable, el pensamiento volador exasperan el enojo de mi cautiverio, recrudecen la tiranía de mi condición, agravan los grillos que me aherrojan. Debo recatarme de participar en la alegría de la tierra amorosa y robusta; vestir perpetuo traje de oscuridad, cuando a todas partes la luz, rauda viajera, lleva su aleluya; reemplazar con rigurosa seriedad la grave sonrisa que conviene al espectador de la tragicomedia del mundo. Sabiendo que el organismo cede con la satisfacción, he de resistirle aunque reproduzca sus deseos con más furia que la hidra sus cabezas, y merezca por insistente y por traidor su personificación en Satán torvo y enrojecido.

No se calma este ardor con claustro inaccesible ni con desierto desolado. Con esa abstinencia, la locura me haría compañero de santos desequilibrados y extáticos. Ni la penumbra de los templos abrigados me auxilia, porque es tibia como un regazo y favorable al amor como un escondite. La oración tampoco es defensa porque su lenguaje es el mismo que para cautivarse emplean los hijos y las hijas de los hombres. Ni es para alejar del siglo la belleza que resplandece en las efigies: algunas me recuerdan las mujeres que hubiera podido amar, tienen los mismos ojos hermosos y tranquilos, la misma cabellera destrenzada sobre las espaldas y los hombros, y sobre los mismos pies menudos y curiosos debajo del vestido descansa la estatua soberbia del cuerpo. No es bastante el único refugio que alcanzo a los pies del hijo de Dios extenuado y sangriento. Más me apacigua comunicándome su dolor la madre Virgen a los pies del grueso madero. Llora, mientras vencida bajo su calcañar, según la lección bíblica, se tuerce la serpiente perezosa y elástica. Pierden su brutalidad los groseros anhelos, si atiendo a esos ojos lacrimantes, azules de un azul doliente, como el cielo de un país de exilio. Sería distinto, si fueran sus ojos negros, como aquellos otros de brasa infernal, que me han envenenado con su lumbre.

La cuita

La adolescente viste de seda blanca. Reproduce el atavío y la suavidad del alba. Observa, al caminar, la reminiscencia de una armonía intuitiva. Se expresa con voz jovial, timbrada para el canto en una fiesta de la primavera.

Yo escucho las violas y las flautas de los juglares en la sala antigua. Los sones de la música vuelan a zozobrar en la noche encantada, sobre el golfo argentado.

El aventurero de la cota roja y de las trusas pardas arma asechanzas y redes contra la doncella, acerbando mis dolores de proscrito.

La niña asiente a una señal maligna del seductor. Personas de rostro desconocido invaden la sala y estorban mi interés. Los juglares celebran, con una música vehemente, la fuga de los enamorados.

Lección bíblica

Podría fingirse el aspecto de Moisés con sólo recordar los días de la historia en que prevale su autoridad y subyuga su elocuencia. Varón de digno porte y entera energía debió de ser en medio de su pueblo ingrato. La majestad de su misión no mermaba con la pobreza de su traje sencillo, el que visten de ordinario los hijos peregrinos del desierto, el grueso vestido talar ceñido con una correa a la cintura. Ni lo santo de su empresa padecía con la oscuridad de su vida azarosa. Antes bien, los altibajos de su carrera conducían a probar el favor divino que resguardaba su persona y que legitimaba su lenguaje de entonación imperativa y audaz.

A toda hora deduce fuerza de la voz soberana que domina el aparato alucinante de las zarzas y montañas incendiadas. De ella escucha el precepto legal saludable que conviene a cualquier tiempo y lugar, y recoge asombrado la historia primitiva del universo. De igual origen viene la inspiración que lo posee y levanta con vuelo inaudito. Así pudo elevarse su lenguaje a la dignidad de interlocutores y de temas extraordinarios. Ni se concibe que de otro modo hubiera serenado a su pueblo numeroso y turbulento cual la abrasada arena de su senda. Ni reducido al propio ingenio pudo inventar la serie desconcertante de prodigios, volcando sobre el reino del soberbio la repleta cornucopia de los males.

Es el legislador de faz radiosa en cuya frente erige Miguel Ángel los cuernos augustos de la fuerza. Logra disponer en torno de la divinidad única un sistema de verdades presentidas, consuela el clamor de aspiraciones difusas, y no olvida el deber de la actividad despierta. No surge de su altar aquella sugestión pesimista que petrifica los pueblos más viejos del mismo continente, y que ha sido para el eslavo indocto el más atroz fermento de su humor absurdo. Desnuda la torpeza de las civilizaciones réprobas y el deshonor de los esclavos mustios, y expande el ígneo espíritu civil que fragua las sociedades libres. Surte de raudales eternos la moral

de los hombres, y arrulla el sueño de sus caravanas con las harpas de una angélica aleluya.

Duelo de arrabal

En la pobre vivienda de suelo desnudo, alumbrada con una lámpara mezquina, las mujeres se congregaron a llorar. Fuertes o extenuados alternativamente, no cesaban los trémulos sollozos, palabras ahogadas y confusas escapaban de los pechos sacudidos, gestos de dolor suplicaban a los cielos mudos. En torno de un pequeño ataúd crecía el clamor y llegaba al delirio; contenía el cuerpo de un niño arrebatado por la muerte a la vida de arrabal. Hacia un rincón estaban reunidos en haz los juguetes recién abandonados, junto a los pobres útiles de industrias femeninas, y, en irónica ofrenda a los pies del Crucifijo, las drogas sobre la mesa descubierta. Nobles sacrificios fracasaron en resguardo de su vida: el consumo del ahorro miserable, los días de zozobra, las noches de vigilia. Aquel día, cuando la oscuridad prosperaba hasta en el ocaso tinto de sangrante sol, vino la muerte al amparo de las sombras leves y benignas, con fría palidez sellando su victoria.

Vino a aquella mansión, como a otras muchas; un mal tremendo, como aquel que de orden divina diezma los primogénitos de Egipto, apenas dejó casa pobre sin luto. Por su influjo tuvieron de cuna el seno de la tierra innumerables niños, despedidos por coros gemebundos, lamentados con llanto breve y clamoroso, el llanto de quienes en la vida sin paz tienen peor enemigo que la muerte.

Siguiendo el general destino de los tristes que, con la urgente pobreza, desconocen el deleite del recuerdo lloroso, los dolientes de la pobre vivienda, alumbrada con una lámpara mezquina, también se lamentaron con desesperanza pasajera. Las voces roncas gimieron hasta la partida del pequeño cadáver; pero el olvido, ante el esperado afán del día siguiente, hizo invasión con el sosiego de la primera noche augusta y encendida.

La aristocracia de los humanistas

Carencia de objetividad, lo que multiplica los dictámenes personales, como si de opiniones no constara el tesoro de austeras disciplinas humanas. Flojo enlace, consecuencia problemática entre los acontecimientos, falta de regularidad que engaña a la previsión. He aquí los argumentos de quienes reducen la historia a simple entretenimiento literario, donde cada autor de respeto marca su estampa, enriqueciendo más la diversidad del mundo.

La historia puede merecer el majestuoso nombre de ciencia, desde que ésta, despojada de lo absoluto y allanada a tarea más humilde, renuncia a explicar y antever y se reduce a describir.

La historia como pasatiempo estético es parecer de humanistas. Los hombres del Renacimiento repetían en la escritura de ella la grandiosa unidad del poema épico, y ejecutaban una y otra empresa literaria bajo el dictado de la misma musa. Seguían otras veces el curso de los acontecimientos, para exponerlos a guisa de ejemplos, con fines de moral práctica para uso de los príncipes. Prestaban a los personajes en consejo discursos armados de sutilezas y figuras, como en torneo de escuelas. Atribuían a los caudillos de la batalla arengas razonadas o briosas que tenían de Tito Livio o de Homero. Cerraban el comentario a los sucesos estampando con duro buril de hierro la grave sentencia escapada a la ceñuda concisión de Tácito.

Jamás se ha tratado la historia, como entonces, con tan fina curia, como para público de artistas. Los personajes son todos héroes, y hablan extraordinario lenguaje sobre un tablado trágico. Desde aquí amonestan a caballeros y monarcas. La Edad Media contribuye con la parte más principal al brote del Renacimiento. Aporta el entono caballeresco, el menosprecio casi feroz hacia el villano, sentimientos más benéficos para el culto del arte que todo el primor de la erudición grecolatina. Los letrados se alejan hoscos e inhumanos de la plebe.

Escriben historia a modo de epopeya, o con moraleja que no sirve a la turba de los mortales. Plagan, por lo mismo, las literaturas de la época con aquellos modos de expresión, raros y artificiosos, que sedujeron a Góngora, entre muchos. Eran, en suma, estilos y temperamentos cortesanos y heroicos, en los cuales se reiteraba el Feudalismo.

Discurso del contemplativo

Amo la paz y la soledad; aspiro a vivir en una casa espaciosa y antigua donde no haya otro ruido que el de una fuente, cuando yo quiera oír su chorro abundante. Ocupará el centro del patio, en medio de árboles que, para salvar del sol y del viento el sueño de sus aguas, enlazarán las copas gemebundas. Recibiré la única visita de los pájaros que encontrarán descanso en mi refugio silencioso. Ellos divertirán mi sosiego con el vuelo arbitrario y el canto natural; su simpleza de inocentes criaturas disipará en mi espíritu la desazón exasperante del rencor, aliviando mi frente el refrigerio del olvido.

La devoción y el estudio me ayudarán a cultivar la austeridad como un asceta, de modo que ni interés humano ni anhelo terrenal estorbará las alas de mi meditación, que en la cima solemne del éxtasis descansarán del sostenido vuelo; y desde allí divisará mi espíritu el ambiguo deslumbramiento de la verdad inalcanzable.

Las novedades y variaciones del mundo llegarán mitigadas al sitio de mi recogimiento, como si las hubiera amortecido una atmósfera pesada. No aceptaré sentimiento enfadoso ni impresión violenta: la luz llegará hasta mí después de perder su fuego en la espesa trama de los árboles; en la distancia acabará el ruido antes que invada mi apaciguado recinto; la oscuridad servirá de resguardo a mi quietud; las cortinas de la sombra circundarán el lago diáfano e imperturbable del silencio.

Yo opondré al vario curso del tiempo la serenidad de la esfinge ante el mar de las arenas africanas. No sacudirán mi equilibrio los días espléndidos de sol, que comunican su ventura de donceles rubios y festivos, ni los opacos días de lluvia que ostentan la ceniza de la penitencia. En esa disposición ecuánime esperaré el momento y afrontaré el misterio de la muerte.

Ella vendrá, en lo más callado de una noche, a sorprenderme junto a la muda fuente. Para aumentar la santidad de mi hora última, vibrará por el

aire un beato rumor, como de alados serafines, y un transparente efluvio de consolación bajará del altar del encendido cielo. A mi cadáver sobrará por tardía la atención de los hombres; antes que ellos, habrán cumplido el mejor rito de mis sencillos funerales el beso virginal del aura despertada por la aurora y el revuelo de los pájaros amigos.

Sturm und drang

Carlyle eleva a Cromwell con su cortejo austero y fúnebre sobre los turbulentos regicidas del noventa y tres. Taine le objeta con acierto que el propósito de los segundos contrasta con la filantropía, con el motivo casi egoísta del puritano. Nuevos ideales habían ennoblecido durante el siglo XVIII el apasionado anhelo de reforma.

El esfuerzo generoso de la Revolución ocasiona el aserto muy socorrido y abundante de que la política desinteresada es prez singular de Francia con el mismo título y en la misma proporción que el talento discursivo, regular y consecuente. Ello es declarar por tenaz virtud de un pueblo lo que es apenas mérito y carácter exclusivo de cierta época inaudita. En la Europa sentimental de aquel siglo las personas cultas se preocupaban por la suerte del hombre, abstracto y universal, como que todas ejercitaban y honraban la razón, facultad propensa a omitir lo particular e individuante. En Alemania, semillero para entonces de filósofos distraídos y perplejos, abundaban naturalmente los *weltbürger* o ciudadanos del mundo. Los de Inglaterra aplaudían a la faz de un gobierno réprobo las victorias de Washington. Estaba de moda abstenerse del patriotismo, por mezquino, y oscilar entre la monarquía constitucional de Montesquieu y la república democrática de Rousseau.

Dos poetas, Schiller y Shelley, a mutua distancia de treinta años, albergan y retratan el sentimiento humanitario de aquellos días ardientes. Los dos descontentos, nebulosos y oratorios. Intrépidos heraldos, videntes irritados, bajo el cielo tormentoso y enigmático sostienen y vibran en la diestra un haz de rayos.

Miércoles de Ceniza

Sobresale en el concurso de los fieles ingenuos por la severa majestad que levanta su hermosura decaída. Lucen las galas últimas de la juventud con el doliente esplendor de la tarde, y aridece y blanquea sus cabellos el implacable otoño que arranca las hojas trémulas. Las melancólicas memorias de sus años juveniles sugieren la nostalgia de espléndidos festejos en un castillo señorial abandonado, y a oscurecer de lágrimas sus ojos viene, en el umbral de la vejez, un mensaje del pasado radiante en el recuerdo de anticuadas músicas.

El olvido, inexorable centinela, custodia su ventana, y ya ante ella no sucumben las demandas suplicantes, como olas rumorosas y humildes al pie de una roca inaccesible. Esquiva su alma a la mundana agitación, y moderada por el desengaño, vuela como la enlutada golondrina a recogerse en el ambiente místico del templo. Allí queda cautiva de la música que surge y se dilata cual la humareda lenta del incienso, y abomina del siglo entre un rumor de fúnebres latines.

Ocupa su alma el pensamiento de lo que es divino e inmortal desde que tuvo el espejo para su belleza mustia la censura pesimista de la calavera, y viste desde entonces los sombríos colores que simbolizan la desolación de nuestra vida y que son propios para lamentar el estrago irremediable del tiempo. La injuria de los años no oscurece el espejo de sus ojos que alumbran con vivo esplendor, como en virtud de un rito perenne. Ellos prestan a su rostro religiosa gravedad y la exhiben agotada y penitente cual si extenuara su vida el culto de un numen adusto.

Arrepentida de profanos coloquios y ávida de dolores, guarda para la cruz inflexible la confidencia de sus cuitas. Con desear para su frente, por piadosa imitación, la corona de sangrientas espinas ahuyenta el recuerdo de las fiestas. Para expiar las mundanas ilusiones satisface el extremo de la enmienda y eleva sobre el yermo de su vida, para alumbrar el resto de su viaje, el cirio de cadavérica luz.

Crítica

El Dilema de la Gran Guerra, por Francisco García Calderón.

Este honroso ingenio se apresura en el examen de la guerra europea. Mayor demora lo habría apartado de trabajar este libro superfino y rudimental, que divide el campo de la contienda entre feudales y demócratas, como ya lo hicieron tantos viles papeles de propaganda, interesados en seducir el mercado antes que el foro de los neutrales. Esta y cualquier otra realidad confunde y escarnece con patentes contradicciones los distingos formales y las explicaciones sencillas. Mucho más cuando se trata de los hombres, de las repúblicas que ellos forman y de los intereses que las gobiernan. Entonces, una heterogeneidad abundante y sucesiva burla aquella crítica simple y aquel sistema enterizo que pudieran ser loables en el estudio de los seres inertes.

La pasión de un alma optimista, sin el lastre saludable de alguna misantropía, alaba el desinterés de uno de los dos bandos, impulsa el torrente de una prosa magnífica, allega una erudición abusiva, como de litigante que amontona ansioso autoridades y hechos. Párrafos caudalosos marcan, por ejemplo, el contraste que separa el Estado consensual tolerado por los pueblos occidentales de aquel otro Estado absorbente y divino, que ensalzan a porfía, con devoción teologal, los doctores prusianos.

Ninguna realidad más confusa que la del humeante conflicto, donde los imperialismos culpables cruzan aceros mortales, donde venganza y atropellos equivalentes niegan la existencia del dilema, y necesitan en igual medida la disculpa del patriotismo, donde aparecen concordes en un súbito amor del derecho los pueblos más desemejantes, desde el japonés desalmado y oblicuo hasta el ruso nihilista, a la orden para entonces de supresiva tiranía. Enganche metódico y silencioso que trae gentes inferiores a mancillar el culto suelo de Europa, a que asedien y extrañen de la humanidad al hermano de raza condenado a muerte, zagal forzudo, innovador del hecho consumado.

Algún escolástico puede entretenerse en redactar el antidilema, con variados argumentos. Diría que Alemania imita la moral expansiva y codiciosa que cunde en todo el orbe civilizado con el advenimiento del régimen capitalista; que sin la amenaza de Francia se habría perpetuado en la generosa utopía del Parlamento de Fráncfort, trayendo su unificación el triunfo de los principios avanzados; que los alemanes no son reaccionarios ni feudales, sino observadores de la continuidad histórica; que sienten que nada está descoyuntado y solo en la continuidad del universo; que por eso practican la colaboración y la convergencia social en cuyo seno se esfuerza holgadamente la iniciativa del individuo; que por lo mismo ninguna institución ni órgano, inclusive el ejército, alcanza desproporcionado desarrollo en el crecimiento cíclico del imperio; que por lo mismo dan el ejemplo de alzar a desheredados y débiles con leyes providentes; que tradiciones de cultura niegan su concurso a los teorizantes más o menos transitorios de la fuerza; que no se encierran en intratable vanidad nacionalista, sino que conocen simpáticamente a todos los pueblos y letras de la tierra; que representan con mayor densidad y anchura el sentimiento que los románticos ponderan sobre la razón crítica e irreverente de Francia.

El escolástico distaría de la justicia. Habría observado el método de quienes retratan a la generación alemana entretenida en la aciaga incertidumbre, solicitante de la prosperidad en la guerra clamorosa, atenta a la flaqueza de la paz con el júbilo de aquel pueblo maldito, cuando el temporal anunciaba naufragios cerca de su playa inhospitalaria.

El episodio del nostálgico

Siento, asomado a la ventana, la imagen asidua de la patria.

La nieve esmalta la ciudad extranjera.

La luna prende un fanal en el tope de cada torre.

Las aves procelarias descansan del océano, vestidas de edredón.

Protejo, desde ayer, a la huérfana del caballero taciturno, de origen ignorado.

Refiere sobresaltos y peligros, fugas improvisas sobre caballos asustados y en barcos náufragos. Añade observaciones singulares, indicio de una inteligencia acelerada por la calamidad.

Duda si era su padre el caballero difunto.

Nunca lo vio sonreír.

Sacaba, a veces, un medallón vacío.

Miraba ansiosamente el reloj de hechura antigua, de campanada puntual.

Nadie consigue entender el mecanismo.

He espantado, de su seno, las mariposas negras del presagio.

El retorno

Para entrar en el reino de la muerte avancé por el pórtico de bronce que interrumpía las murallas siniestras. Sobre ellas descansaba perpetuamente la sombra como un monstruo vigilante. Extendíase dentro del recinto un espacio temeroso y oscuro, e imperaba un frío glacial que venía de muy lejos. Era el suelo bajo mis pies como una torpe alfombra, y sobre él avanzaba lentamente suspendido por alas invisibles. El pasmo de la eternidad se revelaba en augusto silencio, comparable a la calma que rodea el concierto de los astros distantes. Con él crecía el misterio en aquella región indefinida, donde ningún contorno rompía la opaca vaguedad. El espectáculo igual de la sombra invariable perpetuaba en mí el estupor del sueño de la muerte.

Había invadido voluntariamente el mundo que comienza en el sepulcro, para ahogar en su seno, como en un mar de olvido, mi lastimado espíritu. Allí detenía el tiempo su reloj y sucumbía la forma en el color funeral. Surgía de oculto abismo la oscuridad, con el sigilo de una marea tarda y sin rumor, y me arrastraba y tenía a su merced como una voluptuosa deidad. Cautivo de su hechizo letal, erré gran espacio a la ventura, obstinado en la peregrinación extraña y lúgubre. Pero al sentir tras de mí el clamor de la vida, como el de una novia abandonada y amante, volví sobre mis pasos.

Felipe Segundo

El despotismo es heredero pródigo. Consume la reserva atesorada en días más benignos. España cesa de producir, bajo los reyes austríacos, el político oportuno, el soldado emprendedor, el diplomático sutil.

Los hombres capaces abundan todavía en torno de Felipe Segundo, que los envidia y persigue. Evocan el prodigio de una vegetación que se renueva triunfante sobre el clima que se torna hostil. Acepta apenas lo que le semejan en sus prácticas de oficinista nimio y temporizador, los que le acompañan en el culto de la fórmula, del requisito y del expediente. Circunstancia que explica la fortuna más sostenida del duque de Alba, sofista en vez de soldado por la costumbre de la cavilación y de la hipótesis.

Ninguno más adecuado para el castigo superfluo e impolítico de Flandes. Tipo de su pueblo estrecho, desaseado, famélico y violento. Descarga su encono de fanático sobre la vida pagana y la prosperidad rebosante del país que recibe a guisa de botín. No hubiera perdonado a alguna dama flamenca el intento de seducirlo con su hermosura esponjada y lozana, porque habría dado el tema de trágico romance haciéndola morir. Habría seguido al féretro con andar mesurado y ufano, y, ya de vuelta, se habría sentado insomne a la luz de su candelabro de plata, sin deponer el traje de terciopelo ni el continente digno de su persona marcial.

El séquito de servidores idóneos facilita los planes de Felipe Segundo con más seguridad que la riqueza de todo el orbe nuevo. Ningún tesoro equivale al ánimo fecundo. Pero él los enreda y paraliza con la ordenanza detallada y el programa rígido. El monarca absoluto recela de la iniciativa individual, capaz de alterar la unidad y la uniformidad que él se propone.

Este ideal en boga para entonces proviene de que el hombre simplifica para entender. Santo Tomás de Aquino gradúa los espíritus en razón de esa facultad de unificar. Asegura que los seres sobrehumanos comprenden con

el mínimo caudal de ideas. La unidad pasa, sin demora, de requisito del pensamiento a meta de funesta política.

El esfuerzo absorbente y centralizador era ensalzado en toda Europa pollos teólogos que recordaban las razones de San Agustín en la Ciudad de Dios y por los juristas que traían del Derecho Romano las máquinas con que arrasar el feudalismo. Por unificar, servía la política a la ortodoxia.

Felipe Segundo personifica y extrema el designio totalizador que consolida las realezas. Suma bajo su autoridad al clero y esteriliza el entusiasmo de las nuevas órdenes religiosas. Vive en trato solitario con la Divinidad, a quien representa y sustituye sobre la tierra en desacato de la Santa Sede.

El tercio decae sin remedio bajo aquel rey amanuense y trapacista, que acusa de rebeldía al pundonor, sin agradecer que exalta los ejércitos y fertiliza la disciplina. Bachilleres y trámites consumen el estipendio de los héroes.

Aquella manía de centralización y reglamento, injerta en la perfidia de un Tiberio, había prosperado con su crianza lejos de la naturaleza, en medio de la etiqueta y de la educación formalista y mezquina. El Ticiano lo exhibe impropiamente delante de un paisaje pintado con los colores que tienen la hilaridad del día.

El historiador de esa vida maligna necesita reproducir la continuidad de la pieza dramática y su creciente efecto, iluminándose con la indignación de Alfieri. Esforzar fantasía de vate y examen de filósofo en vez de minucia de archivero. Señalar con entonación sacerdotal a la fatalidad que frustra cada empresa del rey, y promulgar en el horror del desenlace el comentario edificante del coro en la tragedia antigua.

El crimen de la esfinge

—Sí, señores, es cierto, dijo enfáticamente don Álvaro, mientras arrojaba como desabrido un cigarro celebrado por sospechosa propaganda; el vulgo no yerra cuando atribuye a los leprosos el cálculo de proporcionar a los hombres sanos la ocasión del contagio.

Serenó un momento el semblante y quedó silencioso; esperaba la improbación de los oyentes para satisfacer su manía de argumento y de polémica.

Pero sus palabras dejaron entonces de suscitar comentarios irónicos y ásperos debates. Como se trataba de los enfermos por antonomasia, vencía a todos un respeto que participaba de la compasión y del miedo.

Así, pudo continuar conmovido y teatral:

—Los muchos años no han logrado apagar la memoria que guardo de mi amigo Julio. La cortesía graciosa, el talante despejado, el cuerpo de príncipe le concillaban la simpatía de los hombres y el amor de las mujeres. Era su carácter extraviado y arbitrario como de artista. Vivía para la acción intrépida y el enlace galante.

Una noche siguió tenazmente por cierta calle estrecha y azarosa los pasos de una mujer embozada. Después de alcanzarla, confirmó su conjetura de que era joven y hermosa. Al principio ostentó ella altanero recato para verse instada por el rendido galán. Diciéndose casada le impuso fácilmente no descubrir su cara ni seguirla jamás a su vivienda.

Sin embargo, convino en acudir a la casa que él tenía reservada para sus diversiones en una calle escondida. Una casa desolada y espaciosa, de difícil alquiler, en cuyo patio se enderezaba un pino aciago. Allí voy con frecuencia a calentar el recuerdo de su más infortunado habitante.

La insistencia de aquella mujer en quedar desconocida lisonjeó primero el espíritu novelesco de mi amigo; luego despertó su curiosidad. Para resolver el enigma determinó seguirla hasta su casa.

Así lo hizo ocultándose una que otra vez. Anochecía cuando la vio penetrar en aquel edificio a cuyo nombre temblaba. Ya sabemos que era una construcción antigua, de amenazador sello español, con más de presidio que de hospital, de paredes soberbias, como para guarecerse en días revueltos y armados. En torno suyo se disipó alguna vez la algazara de los aborígenes indóciles.

No esperaba verlo allí recluido cuando concurrí después a la fiesta anual, costeada por los patronos de la institución.

Después de la misa, el sacerdote acusó a la vida como a un cómplice pérfido, rechazó a la alegría como a un bufón indigno, habló de la tierra como de una madre enferma.

Alguna ráfaga desprendida de los cerros vecinos depuraba el aire infecto, suplantaba con aromas agrestes la nube del incienso, estremecía la llama de los cirios y las lágrimas de los ojos enternecidos.

El sermón evocaba el hálito fosforado del osario, la boca muda del sepulcro, cuando él me invitó a un sitio apartado.

Me precedía con pies tardos y gruesos que humillaban su alto porte.

Cuando llegamos al lugar previsto, donde nos salvaba del sol la sombra que proyectaba una pared, pude advertir que vestía uno de sus antiguos trajes elegantes en lastimoso estado, para remedo de su suerte.

Luego me habló entre sollozos potentes.

La conversión de Pablo

Los moradores de aquel pueblo extrañaban la facilidad con que yo había ganado la privanza del sacerdote que los presidía y curaba de sus almas. Ponderaban su carácter extraordinario, insistían en su retraimiento lastimoso, recordaban para contraste los desmanes de su libre juventud rectificada bruscamente. Venía al caso apuntar la índole sombría de sus deudos, que buscaban el sosiego en diversiones brutales y en regocijos estruendosos, antes de incurrir en el desvarío místico o zozobrar en la demencia.

Decían que el arrepentimiento lo había consumido, que la virtud adoptada de pronto le había prestado aquel aspecto de árbol delgado y vacilante. La frente grave y los ojos desatentos indicaban al hombre desprendido del mundo, que recorre alado la tierra, que oye en el silencio altas voces aéreas.

Acostumbraba el monólogo mortificante, la retirada excursión bajo la luna lenta, el huraño extravío a lo largo de los árboles que mece el aura de la tarde.

Una vez toleró mi compañía. Las estrellas lucían nuevas en la atmósfera despejada por la lluvia. Celajes desvaídos viajaban hacia el sol declinante. Cálido vapor surgía de la tierra desperezada al extinguirse el fuego del día.

Avanzaba a mi lado con el paso temeroso de un anciano, cuando me reveló el motivo de su sacerdocio, la razón de su perfeccionamiento asiduo. Entrecortaba este relato bajo un miedo angustioso:

—Vivía yo en donde nací, en una ciudad de claras bizarrías, de consejas extrañas y cármenes morunos. Debieran ser mármoles truncos sus escombros para completar el cuadro helénico del cielo y del mar cristalinos.

Por una de sus calles vetustas regresaba solo a descansar de la noche de orgía y de pasión. Yo adelantaba por aquella oscuridad de caverna cuando me detuvo un miedo superior.

Alguien se me oponía en traje de religioso...

Reconocí la aparición infausta que augura el trance supremo a los hombres de mi raza licenciosa y doliente, y que les inspira el pensamiento invariable en las postrimerías que amenazan más allá de la muerte. Entonces contraen ellos la demencia o conciben desesperada contrición.

Ocaso

Mi alma se deleita contemplando el cielo a trechos azul o nublado, al arrullo de un valse delicioso. Imita la quietud del ave que se apresta a descansar durante la noche que avecina. Bendice el avance de la sombra, como el de una virgen tímida a la cita, al recogerse el día y su cohorte de importunos rumores. Crecen silenciosamente sus negros velos, tomándose cada vez más densos, hasta dar por el tinte uniforme y el suave desliz la ilusión de un mar de aguas sedantes y maléficas.

Envuelto en la obscuridad providente, imagino el solaz de yacer olvidado en el seno de un abismo incalculable, emulando la fortuna de aquellos personajes que el desvariado ingenio asiático describe, felizmente cautivos por la fascinación de alguna divinidad marina en el laberinto de fantásticas grutas.

Expiran los sones del valse delicioso cuando el sol difunde sus postreras luces sobre el remanso de la tarde. A favor del ambiente ya callado y obscuro disfrutan mis sentidos su merecida tregua de lebreles alertos. Y a detener sobre mi frente el perezoso giro de su vuelo, surge del seno de la sombra el vampiro de las melancolías.

En días de Cartago

I

Los arenales y el mar se extienden indefinidamente debajo de la torre, clavada como una saeta. El atalaya siente que se confunde en torno suyo la ráfaga salobre con los vapores del desierto. Sin mudar de sitio, domina las rutas opuestas, por donde amenazan a Cartago la armada del romano y la caballería de los númidas infieles.

Las hermosas suben en bulliciosa corte a esperar el asomo del peligro. Sofonisba descuella por la belleza extraña, por los verdes ojos y el cabello oscuro. Reproduce el hechizo de su madre, cautiva comprada en fabulosa isla del norte.

De su amor, cuando sea ingenuo, pende la suerte de la patria. Ha dicho el familiar de una divinidad sanguinaria, el más anciano de los sacerdotes, para quien la naturaleza es transparente y franco el porvenir.

Pero el amor de Sofonisba oscila como una balanza sin peso. Concilla alternativamente a su pueblo la enemistad o el apoyo de Sifax, e invierte desde luego el ánimo de Masinisa, su rival.

Los dos hombres más divergentes concuerdan en el blanco de la pasión. Sifax combate por el brazo de sus capitanes, y cultiva en el retiro la política. Masinisa prueba el exquisito hierro de sus armas en las batallas ardientes e inseguras.

II

Cartago se doblega bajo el desastre. Escipión la amenaza con apretado cerco. La juventud ha caído con lástima en España, el país amontado y fiero, de cuyas guerras no se vuelve. Las naves huelgan en el puerto, amedrentadas por la derrota, esquivas del combate que buscaban empavesadas y veloces. Los cadáveres de los vencidos abundan en el Mediterráneo.

Sofonisba parte en numerosa cabalgata hacia Sifax, de cuya astucia necesita la república. Los guardianes dicen que Masinisa no se atreve bajo

el alcance de las máquinas de guerra, con que la ciudad defiende su distrito. Hace tiempo que no lo reconocen bajo el nuevo atavío de su casco rematado por la cola de un caballo y de su manto formado por el cuero de un león.

El concurso avanza sobre la celada, bajo la dirección de un guía pérfido. Cien hombres lo asaltan repentinos desde los escombros de una aldea. Los guardianes resisten torpemente, en lucha con las bestias espantadas. Masinisa arrebata a Sofonisba y, entre los dardos que se clavan trémulos, escarnece el clamor de sus doncellas.

Escipión aplaude el lance de su aliado, y ensalza obsequioso a la cautiva, que le responde con pasión disimulada. Olvida en su presencia la costumbre de la severidad, muda el semblante enérgico, desoye las voces del senado.

Masinisa está seguro de perder sin remedio su presa, y defrauda por el veneno a su rival. Sofonisba muere, enamorada y sin dolor, en una tarde cálida. La misma noche, el tumulto singular de los vientos, al remedar el galope de los corceles, augura la vuelta de los combates.

La vergüenza de haber cedido redobla el patriotismo de Escipión. Ante el cadáver de la víctima, alaba a la fortuna que allana definitivamente su camino.

A propósito de Boyacá

La guerra es labor y profesión de empírico, según el reposado fallo del Mariscal de Sajonia. El alumno del campamento y del combate quiebra fácilmente las alas al técnico adocenado y pedante. El azar preside las hostilidades, ensalza la conjetura, burla el cálculo.

La campaña presenta situaciones que se suceden sorprendentes y diversas. Requiere por tanto a cada paso astucia instantánea, originalidad brusca. Derrota la teoría preconcebida, la erudición encastillada y minuciosa.

Los acontecimientos buscan y revelan al jefe. En el curso de luchas prolongadas surgen los capitanes en parvada moza y arrogante a oscurecer asentados renombres. El general germina muchas veces en el mancebo magro y soñador.

El entusiasmo suscita los conductores aptos e intrépidos con igual certeza que el tiempo calamitoso o el curso alterno de las lides largas. Ello ocurre cuando circunstancias extraordinarias vuelcan y difunden la energía de algún pueblo, hasta ese momento empozada y oculta.

El entusiasmo resiste a la pericia y arrebata la victoria en porfías intrincadas e inciertas. Incorpora a las naciones y arma las ondas populares que sumergen al cabo el poderío napoleónico. Demuestra rigurosamente la incontrastable fuerza del espíritu, secreto sedimento del mundo.

De otro modo no se podría explicar la áspera tenacidad, el denuedo finalmente victorioso del antepasado venezolano comprometido en la justa con el partido del rey. Los generales de atrevimiento juvenil, los soldados de zafia energía aprendieron el arte jamás escrito de vencer en la escuela de atribuladas carrañas, por el consejo del entusiasmo, como por el de una deidad.

No tiene mucho valor la habilidad previa que alguno de ellos lograra en el servicio de la rudimentaria milicia colonial ni la atrasada teoría aprendida en el trato con jefes peninsulares, si se las compara con la práctica depurada en medio del exterminio, en la alternativa de la victoria y del desastre.

Anzoátegui es honroso ejemplar en la falange ambiciosa, inexperta e imberbe. Mancebo enjuto y soñador que percibía el efluvio electrizado de Europa que consagraba de una vez la vida entera a grandes hechos, en voto de clásica factura. Días después, militar airado y enteco, a prueba del desaliento en la campaña diez veces comenzada. Más tarde, general inspirado y juvenil, de brega y de consejo, que acude al desastre, que empuña la dirección de la retirada, que apura los resultados de la victoria. Sellado de melancolía por la muerte cercana, decide a Boyacá con la encendida espada de un arcángel.

Bolívar lamenta su muerte con palabras entonadas y llorosas. Recuerda agradecido la sumisión del subalterno y la probidad del ciudadano. No ejercitaba para honrarlo la pródiga indulgencia ni el clemente olvido. Había aprovechado sin trabajo la abundancia de aquella energía dócil. Había seducido desde un principio para fines importantes la voluntad del héroe malogrado. Había recogido y armonizado, sin lastimarse, aquel carácter con otros varios para la sola empresa. Con el mismo objeto de ahuyentar la noche, combina el sagaz campesino las virtudes diferentes de los árboles, al desgajar sus ramas para una sola antorcha.

La venganza del Dios

El desafuero de los habitantes afeaba la fama de aquella tierra amena, vestida de flores, rota por manantiales ariscos, amada por la nube de gasa y el sol paternal. Tenía el nombre de una piedra rara y al mar de tributario en perlas.

El Dios velaba el crimen de los hombres en el inmerecido país, y quiso el nacimiento de un mensajero de salud y concordia, lejos de ellos, en la más umbría selva. Nace una noche del seno de una flor, a la luz de un relámpago que pinta en su frente luminoso estigma. Crece al cuidado de las aves y los árboles y al apego de las fieras.

Aquellos hombres reciben la misión de virtud con atrevimientos y excesos y pagan al enviado con trance de muerte ignominiosa. El Dios los castiga engrandeciendo la riqueza de la tierra que mancillan. La nutre de tesoros fatales que son desvelo de la codicia, que dividen al pueblo en airados bandos de ricos y de pobres. Los nuevos dones infestan de odios vengativos y pueblan con huesos expiatorios.

El canto anhelante

El castillo surge a la orilla del mar. Domina un ancho espacio, a la manera del león posado frente al desierto ambiguo. Al pie de la muralla tiembla el barco del pirata con el ritmo de la ola.

El vuelo brusco y momentáneo de la brisa recuerda el de las aves soñolientas. Sube la luna, pálida y solemne, como la víctima al suplicio.

Con la alta hora y el paisaje límpido despierta la nostalgia del cautivo y se lastima el soldado. Mueve a lágrimas alguna extraña y ondulante música. La contraría con rudos acentos, con amargura de irritados trenos un cántico ansioso que tiene el ímpetu recto de la flecha disparada contra un águila.

Fulmen

Por los cristales viejos y manchados entra la luz a la oficina de trabajo. Viene del cielo oscuro y nublado a este sitio de orden severo y melancólico retiro. Queda suspensa, sin rozar la tierra, como una aparición beatífica.

El rayo luminoso atravesó en su viaje el aire húmedo y turbio. Parece llegar a los objetos que ilumina con fatiga de enfermo. Diríase el dardo impotente del homérico arco de Apolo. O más bien que pronostica la luz futura del sol envejecido.

Mientras luce el desleído esplendor, bulle el trabajo esforzado y afanoso. Las almas se comunican a través del pesado silencio, la atención endurece el semblante, la tarea apremia los brazos fuertes y las manos ágiles. Casi no alientan los pechos animosos.

No hay tregua para la diversión ni el pensamiento. El patrón quiere el mayor beneficio de sus máquinas. Impone a sus hombres por única actitud la espalda doblada del siervo. Guarda para ellos el recelo de un cómitre a sus galeotes.

Insta a la hosca grey sin respetar su tedio por la vida uniforme y estrecha. Irrita sus oprimidos anhelos, que alcanzan la tensión de la nube gruesa. Reta al peligro hasta que ve la muerte en la idea siniestra que exalta las lívidas frentes. Siente la consternación del viajero ante el signo grave del rayo, flagelo de áridas cimas.

La hija de Valdemar

Los pinos aparecen humildes al pie del palacio que alzaron con exaltación de aves de presa hombres soberbios. Su mole oculta durante algún tiempo el ascenso de la luna después que ha evadido el lomo del monte. Su fábrica imponente deprime el osado proyecto del normando, que solo se acerca en son de paz. Concuerda con el sitio agreste donde el torrente cae desde la cima silenciosa, frecuentada por águilas, e impera el misterio de la vecina selva. Recibe del pasado luctuoso una tremenda majestad que turban con el favor de la noche los duendes vocingleros.

La flor oculta en una gruta no se consume con mayor desdicha que la hija del señor en el recato de la torre, muy cerca de las nubes revueltas en la fuga de los vientos glaciales. Demora en medio de la tempestad con la osadía del ave en el vértice de un mástil. Se alivia del clima helado, del cielo oscuro, del paisaje desierto, del árbol verdinegro con el espectáculo de la nieve. Recuerda entonces el mármol blanco y frío que guarda los despojos de su madre, a cuyo lado anhela descansar.

Disfruta apenas la compañía del ciervo familiar, cuya enramada testa abate la tierna gala de los montes y prefiere el espejo de los lagos yertos. Ella lo tiene bajo sus pies cuando suscita la angustia honda y trémula del arpa.

Canta el amoroso duelo del invierno que arriba del norte a funerales nupcias con la tierra; el extravío de los navegantes en el mar despoblado; la amenaza del pez deforme y la masa del témpano; el desmayo del náufrago en la noche inmensa; la luna blanca y torva que es nuncio de la muerte.

Escapa al cautiverio por la mística fuerza del canto encumbrado y solitario. Cultiva el divino atributo a la manera de pío ejercicio que consume la vida y apresura el tiempo. Espera la hora última con himno melodioso por merecer de tal modo el sitio que la fe del país augura entre las almas aladas y errantes. Venturosa esperanza, rescate liberal del duro encierro: una vez libre y con la nueva forma, seguiría a las aves en el viaje al Sur festivo y musical.

De la vieja Italia

El caballero Leonardo nutre en la soledad el mal humor que ejercita en riñas e injurias. No lo consuela su palacio y, lejos de gozarlo, se aplica a convertirlo en caverna horrenda y sinuosa, en castillo erizado de trampas. Allí interrumpe el silencio con el aullido de cautivas fieras atormentadas. Recorre la ciudad desgarrando el velo medroso de la media noche con los golpes y las voces de secuaces blasfemos.

Antes de amanecer, con miedo de la luz, se recoge a descansar de la peregrinación desnatural. Huye de mirar la belleza en la alegre diversidad de los colores repartidos en edificios y jardines, y solaza los ojos en la oscuridad confusa y en la sombra llana.

Encuentra en lecturas copiosas el consejo que induce a la maldad y el sofisma que la disculpa. Entretiene, por el recuerdo de encendidas afrentas, el odio hético y febril. Desvela a sus malquerientes con la amenaza de infalibles sicarios, con la intriga perseverante y deleznable, con la interpresa en que ocupa gente de horca y de traílla.

Sigue sin esfuerzo la austeridad que endurece el alma de los malos. Niega extraterrenos castigos y venturas con amarga e imprecante soberbia. Desafía el sino de la muerte sangrienta que despuebla su alcázar. Espera de su erizado huerto el prometido talismán de alguna flor de rojo centro en cáliz negro. Viste entretanto de luto el caballero siniestro y medita bajo el torvo antifaz.

Está rodeado de miedo y de silencio el palacio en que de día descansa o traza para la noche su delito. Morada ruidosa, ufana de antorchas, desde que las sombras agobian el resto de la ciudad, y urna de recuerdos y leyendas desde que el cadáver del enlutado señor muestra en el pecho abierto manantial de sangre, y figura el absurdo talismán. El pueblo se apodera de esa vida, y dice, con sentimiento pagano, que fue víctima de la noche y de sus vengativos númenes guardianes.

Visión del norte

La mole de nieve navega al impulso del mar desenfrenado, mostrando el iris en cada ángulo diáfano. Tiembla como si la sacudiera desde abajo el empuje de pechos titánicos; pero la trepidación no ahuyenta al ave, retirada y soberbia en lo más alto del bloque errabundo; antes engrandece su actitud extraña, como de centinela que avista el peligro, observando una ancha zona.

Las ráfagas fugaces no alcanzan a rizar el plumaje ni los tumbos de la ola asustan la testa inmóvil del pájaro peregrino, cuyo reposo figura el arrobo de los penitentes. Boga imperturbable a través del océano incierto, bajo la atmósfera destemplada, interrogando horizontes provisorios.

El ave no despide canto alguno, sino conserva la mudez temerosa y de mal agüero que exalta en leyendas y tragedias la aparición y la conducta de los personajes prestigiadores y vengativos, los que por el abandono de la risa y de la palabra excluyen la simpatía humanitaria y la llaneza familiar.

A vueltas de largo viaje, circulan aromas tibios y rumores vagos, y ruedan olas abrasadas por un sol flagrante, las que atacan y deshacen la balumba de hielo, con la porfiada intención de las sirenas opuestas al camino de un barco ambicioso.

El panorama se diversifica desde ahora con el regocijo de los colores ardientes, y con la delicia de los árboles vivaces y de las playas bulliciosas, descubriendo al ave su extravío, precaviéndola de conocer tórridas lontananzas, aconsejándole el regreso al páramo nativo; el ave se desprende en largo vuelo, y torna a presidir, desde cristalina cúspide, el concierto de la soledad polar.

La balada del transeúnte

¡Cuánto recuerdo el cementerio de la aldea! Dentro de las murallas mancilladas por la intemperie, algunas cruces clavadas en el suelo, y también sobre túmulos de tierra y alguna vez de mármol. El montón de urnas desenterradas, puestas contra un rincón del edificio, deshechas en pedazos y astillas putrefactas. Densa vegetación desenvolvía una alfombra hollada sin ruido por el caminante.

De aquella tierra húmeda, apretada con despojos humanos, brotaba en catervas el insecto para la marcha laboriosa o para el vuelo rápido. Los árboles de follaje oscuro, agobiados por las gotas de la lluvia frecuente, soplaban rumor de oraciones, trasunto del oráculo de las griegas encinas. Alguna que otra voz lejana se aguzaba en la tarde entremuerta, zozobrando en el pálido silencio con la solemnidad de la estrella errante, precipitada en el mar.

Las nubes rezagadas por el cielo, cual procesión de angélicas novicias, dorándolas el sol occidental, el que inunda de luz fantástica el santuario a través de los góticos vitrales. Montes de manso declive, dispuestos a ambos lados del valle del reposo, vestido de nieblas delgadas, que retozan en caballos veloces de vallarías, dejando repentino arco iris en señal y despojo de la fuga.

Abandono aflictivo encarecía el horror del paraje, aconsejaba el asimiento a la vida, ahuyentaba la enfermiza delectación en la imagen de la fosa, mostrando en ésta el pésimo infortunio, de acuerdo con la razón de los paganos. La luz de aquel día descolorido secundaba la fuerza de este parecer, siendo la misma que en las fábulas helenas instiga la nostalgia de la tierra en el cortejo de las almas suspirantes a través de los vanos asfódelos.

Alabanza a Bermúdez

Juan Vicente González ensalzó los méritos de Bermúdez con remontado estro y pluma altiva. El familiar del torvo Dante ajustaba con el héroe que sólo discurre holgado entre los límites anchos de la fábula. No se decanta al hosco ejecutor de la guerra a muerte sin el azufrado tinte y el cavernoso terror de la Divina Comedia.

He aquí el ejemplar del patricio colonial, soñador de la aventura en la larga paz, rota de vez en cuando por la amenaza del filibustero. Bermúdez aparece en malvada leyenda con el porte de un Sileno obtuso y popular; pero jamás fue la taberna el estrado del caballero cejijunto ni se da el mentecato entre los naturales intensos de la costa.

Hijo insumiso en medio de familia de tono, calavera predestinado, de los que satisfacen con hazañas y tesoros e imperios el resentimiento maternal de la patria, segundo Lord Clive, muy digno de que otro Macaulay lo celebrase en historia anecdótica y risueña.

Juan Montalvo lo saluda comparándolo al Cid, de quien tuvo hasta la airosa costumbre de amedrentar con el grito del propio nombre al adversario. Mas no lo iguala en aquella venturosa plenitud de campeador y de esposo de Jimena; no se divide entre el campamento y la familia, entre la ardiente lijada y la doméstica Odisea.

La guerra es situación anómala, donde es más bochornoso el robo y se disculpa el homicidio. Bermúdez no se enriquece con el botín, a pesar de que su brazo impulsa a toda hora la contienda. Muestra el desinterés y la invulnerabilidad de algún dios batallador en septentrional mitología.

Su campaña en demanda de Caracas, el año 1821, causa el desconcierto de instantáneo zarpazo. Iguala el arrebato de siete años antes en Maturín, el doce de setiembre de 1814, cuando gana la jornada más desigual. Ese día recorre el campo enemigo entre el vuelo de los jinetes que sacian los aceros vengativos y vocean la victoria ante el crepúsculo más tinto. Aquella

campaña y su término infausto en El Calvario corresponden a la indocilidad del adalid irregular, a la porfía del que sostuvo la bandera desamparada de Venezuela en los cien días del asedio de Cartagena, y la empuñó y la subió hasta retar con ella al ofuscado cielo.

Las honras consuetudinarias desdicen del soldado excesivo. Su sepulcro debiera ser el de un caudillo celta: el túmulo de rocas a la orilla del mar o en desnuda cima. El laurel, demasiado escolar y extranjero, no conviene con la frente del paladín desorbitado y sencillo. En nuestro clima abunda el árbol que lo premie y lo recuerde, el que simboliza su estatura, asombró su cuna y arrulló su sueño: la vertical palma sonante, cuyo engreimiento se repite en los trofeos que multiplicó su espada.

Romanza

Cuando ya declina mi doliente juventud, y nace la nostalgia de sus días primeros, regresa el mismo amor que convidó sus matinales' ímpetus.

Vuelves a mí en un rellano de la vida, en un recodo de la tupida selva, cuando ya tu belleza vacilante es un espejo de apagada luna.

Guardas el porte airoso y la diadema triunfal de los cabellos, reliquia de alegres dones y de rubias galas; ¿por qué no tiene la tez de las hermosas la tersura del lago, que escapa al raudo tiempo?

Aquellos días de suaves horas y de azules sueños son aves fugitivas cuyo gorjeo contrista al nauta errante. Un vuelco de la suerte ha mudado en tristeza el retozo de la cálida mañana: ya la noche dirige hacia nosotros las ruedas silenciosas de su ebúrneo carro, y el sol occidental, a ras del mar, figura la cabeza del león asomada al horizonte del desierto; un enlutado cisne augura nuestra ruta, y, encontrados nuevamente al azar, somos viajeros únicos a bordo del bajel que lleva nuestro ideal difunto.

La ventana

Ella está puesta a la ventana, desierta de galanes. Vestida de luto y pensativa, reclama la atención de los artistas y demanda la reverencia de los soñadores. Ajada por el tiempo, regala y apacigua las almas afligidas. Vuelve los ojos de la calle solitaria a la colina opuesta, por donde el día se aleja como un rey asiático sobre lerdo elefante. Observa la sombra que adelanta con el furtivo paso de la mendiga a un festín regio. Conforma el ánimo con el apocamiento de la luz; bendice con un recuerdo la estrella más temprana; y mira que los celajes dolorosos componen una escena de holocausto, donde su esperanza, casta Ifigenia, sucumbe entre lamentos.

El culpable

Agonicé en la arruinada mansión de recreo, olvidada en un valle profundo.

Yacían por tierra los faunos y demás simulacros del jardín.

El vaho de la humedad enturbiaba el aire.

La maleza desmedraba los árboles de clásica prosapia.

Algunos escombros estancaban, delante de mi retiro, un río agotado.

Mis voces de dolor se prolongaban en el valle nocturno. Un mal extraño desfiguraba mi organismo.

Los facultativos usaban, en medio del desconcierto, los recursos más crueles de su arte. Prodigaban la saja y el cauterio.

Recuerdo la ocasión alegre, cuando sentí el principio de la enfermedad. Festejábamos, después de mediar la noche, el arribo de una extranjera y su belleza arrogante. La pesada lámpara de bronce cayó de golpe sobre la mesa del festín.

Entreveía en el curso de mis sueños, pausa de la desesperación, una doncella de faz seráfica, fugitiva en el remolino de los cendales de su veste. Yo la imploraba de rodillas y con las manos juntas.

Mi naturaleza venció, después de mucho tiempo, el mal encarnizado. Salí delgado y trémulo.

Visité, apenas restablecido, una familia de mi afecto, y encontré la virgen de rostro cándido, solaz de mi pasada amargura.

Estaba atenta a una melodía crepuscular.

El recuerdo de mis extravíos me llenaba de confusión y de sonrojo. La contemplaba respetuosamente.

Me despidió, indignada, de su presencia.

Sobre las huellas de Humboldt

Los alemanes del siglo diez y ocho, alucinados y magnánimos, celebran especialmente las invenciones de Juan Jacobo Rousseau. Ellos militan debajo de las banderas del sentimiento y de la originalidad, y censuran las culpas de la vida social, recreándose con el ejemplo de la naturaleza.

El mismo filósofo anima el afecto de aquel siglo por el viaje erudito y la excursión remota, y exalta generaciones libres, aventureras y esquivas. Repudia la literatura vigente de palaciegos y de colegiales, y describe la escena habitual, y refiere el hecho corriente, y sin grandeza, confesándose espectador simpático de las vidas humildes. Educa los ingenios vehementes, entretenidos en la emigración lejana, en el retraimiento acerbo, en el ensueño estrafalario y orgulloso.

Alejandro de Humboldt muestra cercana semejanza con dos literatos que elevan las sociedades silvestres e ingenuas, al cantar las endechas del amor infausto; quienes se llaman Bernardino de Saint Pierre y Francisco Renato de Chateaubriand; y son próceres de nombre engolillado y molesto; y son alumnos pendencieros de Rousseau. Los cita en notados pasajes donde él mismo se regodea alabando la belleza equinoccial. Esta semejanza y compañía se manifiesta mejor advirtiendo que el naturalista compone en francés sus obras más pintorescas y manuales. Usa el idioma del abuelo hugonote; el que más sirve para la diplomacia reticente, según la queja de la abandonada Aurelia a Vilhelm Meister; el habilitado para la ciencia antes que los otros de Europa, desde que Descartes lo redime del formulario escolástico, renovando el gesto del que retira una vegetación criada en cavernas, lejos del sol, desfigurada y pálida.

Humboldt pertenece a la Alemania indulgente y enciclopédica de entonces. A cada paso adorna sus escritos con la referencia del literato y del artista. Un sitio del litoral venezolano le rememora el paisaje donde Leonardo coloca la persona de La Gioconda, y tal escena del mercado de esclavos de

Cumaná le recuerda el modo de evaluarse los cautivos en el *Trato de Argel,* el drama vigoroso, aunque descosido e inorgánico de Cervantes. Aún no había nacido la plaga de la especialidad reclusa y miope, tan zaherida por Eça de Queiroz, quien cita el caso de un sabio alemán, autor de recios tomos sobre la fisonomía de los lagartos.

El pensamiento germánico sube constantemente del pormenor a la idea universal, de la observación pequeña al concepto grandioso, a la empresa alentada y quimérica. Humboldt observa gradualmente los naturales del nuevo mundo, y encuentra que el medio geográfico no logra decentar la integridad del tipo conservado por la herencia, aviso que ilustra los conatos juveniles de la sociología, esa interpretación determinista de la vida. Visita el Orinoco hasta su enlace, por el Casiquiare, con el Río Negro, y discurre el modo de unir por medio de canales los ríos internos de la América del Sur, soñando una pasmosa navegación desde Angostura a Buenos Aires.

Mira que el caballo decide originalmente la suerte de las naciones; sugiere que si el morador de la llanura venezolana y el de la pampa argentina hubieran conocido y domesticado el generoso animal antes de la invasión europea, habrían subido las altiplanicies de Cundinamarca y del Perú, y derribado su gobierno teocrático, para sustituirlo con el régimen patriarcal de las sociedades pastoriles; y esta conjetura sale verdadera al marcarse el rumbo de las campañas emancipadoras. También observa que el colono español, aturdido por la naturaleza americana, asombrado con las circunstancias de la nueva morada, concibe un alma nueva, olvida el suelo nativo, suelta las amarras que lo atan a la playa distante de la metrópoli; y este fenómeno denuncia de una sola vez las pasiones y los sentimientos del criollo descontentadizo, censor de la patria de sus mayores, dócil a la sugestión de extranjeros adelantos.

Habla de estudiar en el hombre salvaje el desarrollo paulatino de la mente, en lo cual se anticipa al acierto de sabios ulteriores, y emite discretas opiniones sobre el desenvolvimiento de las sociedades primitivas. Declara

que la circulación de las ideas y de las noticias precede en los pueblos nacientes al cambio de los artículos mercantiles, y que los salvajes más internados de la América del Sur habían sabido del mar y sus grandezas. Dice que los habitantes del selvático Alto Orinoco no lograban comunicarse por tierra, de tanto crecer la vegetación en medio de la disoluta abundancia de las aguas; así, aislados y hostiles hasta los más vecinos, usando solamente los ríos, no conseguían estado menos bárbaro, juntándose en tribus mayores. Más adelante observa que el culto de la trompeta santa, guardada en la colina del Tomo, sitio del mentado país fluvial, podía reunir los indios en un solo estado, regido teocráticamente, ganando aquel adoratorio la importancia de Delfos con su oráculo. En otra parte nota, para enseñanza de viajeros y de filósofos de la historia y respecto del indígena americano, que el carácter y las costumbres de un pueblo confiesan mejor su pasado que su presente.

Filosofa acerca de los vegetales reparando que determinan la fisonomía del paisaje y enderezan de modo correspondiente el alma de los moradores. Habla del ministerio sucesivamente guerrero, civilizador y pacífico de la caña, la esbelta *arundinacea*, que sirvió antes de flecha, luego de flauta y que más tarde se mudó en docto cálamo. Indica el decisivo alcance del moriche, palma que satisface cualquier necesidad del guaraúno, asociado en cabañas lacustres, y que tanto vale en la economía natural de los llanos de Venezuela, anunciando bajo sus pies el manadero de aguas, y ganando, por esta señal de la frescura, el nombre de árbol de la vida, con que lo recompensa la pluma gracejosa y mendaz del padre Gumilla. Recuerda, con Linneo, que la primera patria del hombre debió de ser la región de las palmas providenciales, y cuenta de primitivos lotófagos, despertando evocaciones rumorosas de Simbad. En pasaje digno del moderno Rudyard Kipling describe el árbol que da las castañas del Brasil, nueces triangulares muy amadas de las bestias montaraces, que se las disputan en estrepitosa porfía, mientras el indígena infantil aspira a reprimir aquella negación de su gobierno.

No falta el discurso pesaroso, costumbre de su generación anhelante. Retrata muchos de sus contemporáneos cuando refiere que el explorador Malas- pina goza en la soledad las emociones profundas que la contemplación de la naturaleza y el estudio del hombre, en distinto suelo, suscitan en un alma sensible y experimentada por la desdicha. En cierto lugar de sus escritos opina, con dejo pesimista, que el mono pierde su alegría al asemejarse al hombre, y más adelante se abandona a la contemplación amarga de que este último puede sobrar en el concierto de la naturaleza. Así piensa al visitar el Alto Orinoco, país absorbido por la espesura y su fecundidad infatigable.

Allega noticias contra la filosofía sencilla, obra de la pereza mental y del interés político, que califica los pueblos como si fueran individuos, y distingue razas fuertes, escogidas desde la eternidad para el privilegio del mando, y razas humildes y precitas, abandonadas a la degradación irremediable. Elogia la vivacidad de los canarios, los oprimidos insulares, anticipándose a la murmuración vulgar, olvidadiza de aquilatados nombres y desagradecida con Andrés Bello, el inspirado civilizador, y con José Félix Ribas, general delantero en campaña de portentos; dos prohombres nacidos bajo el cielo, más clemente, de Caracas. Niega la enervación del hombre por el solo efecto del clima tropical y sin la causa del miasma deletéreo; y maravilla el poder físico del indio que rema quince horas en contra de la corriente, el de los faquines mulatos del puerto de La Guaira, capaces para la carga más pesada, y el de los mineros aztecas, que llevan y traen, seis horas continuas, por subterráneos de calor sofocante, cuerpos de metal de trescientas cincuenta libras. Ensalza el valor del zambo americano, enfrentado sin armas al cocodrilo y a las fieras del bosque, y cree que los agitadores del nuevo mundo pueden triunfar con el séquito de la gente de color, de energía doblada en el infortunio. Entiende que los caribes, de lenguaje diserto, deben contarse entre las razas más bellas y robustas de la tierra, y aplaude la agudeza nativa y el arrojo de los guaiqueríes de Cumaná y Margarita, que ejecutan atrevidas navegaciones en

delgados bajeles, sin más gobierno que el de las estrellas fijas; empresa digna de los vasallos de Alcínoo.

Declara la suerte y muestra el carácter del indígena, sujetándose al sabio principio de examinar las instituciones, dejando el cuento del infortunio individual. Cita los privilegios y favores que recibe de la piadosa legislación española, servida por agentes retrecheros y desmandados, y lo recuerda escarnecido desde bajo el mando de sus príncipes nacionales. Encuentra su casta multiplicada sin término en los mismos sitios donde formaba reinos urbanizados el día del descubrimiento. Sostiene, contra Ulloa, que el número de los indios ha crecido en ciertos lugares del nuevo mundo español, componiendo, en 1825, la mitad de sus diez y seis millones de almas; suma considerable en un hemisferio, donde fieros nombres de lugar, Victorias y Matanzas, celebran a cada paso el exterminio. Cree que, de esclavo, no sucumbe en excesivo número al maltrato, antes al cambio súbito de clima. Niega la antropofagia, cual refinamiento malicioso, y la censura, ingenua costumbre, hasta en tribus inteligentes y pacíficas. Absuelve de esta abominación a los caribes del continente y la confiesa apenas respecto de los caribes antillanos. Enseña que el indio reducido en misión se propaga mejor que el montaraz, avezado al aborto y desperdiciado de la prole; que en uno y otro estado se le topa agricultor; que en uno y otro estado entiende baja y cortamente el dogma del europeo y, gustoso de la nueva ceremonia, la refiere a los antiguos númenes, con los cuales interpreta a la naturaleza permanente; y cita el ejemplo del azteca, el que reúne en un mismo culto el águila gentilicia y la paloma evangélica. Consigna que el precolombino ejercita la cerámica, descuida los rumiantes y los lacticinios, ignora la vida pastoril, y omite la cultura de cualquier cereal, distinto del maíz. Antepone, por el carácter de adelantados y de progresivos los indios del clima alpino y los de la militante nación caribe; y ve que los segundos mejoran la aritmética palpable de los quipos y aprovechan las armas de fuego de los vecinos holandeses y, puestos de pies, semejan estatuas de bronce, y son

alados corredores, pero menos diestros que el guaraúno, práctico natural del Orinoco, quien corre sobre el lodo sin hundirse. Al indicar la igual fisonomía de los indios, enseña que el rostro difiere individualmente con la vida civilizada, rica de sentimientos y emociones, y advierte que el drama del mundo salvaje, eternamente repetido, y el hábito del matrimonio dentro de la misma tribu ayudan la conservación del semblante uniforme. Observa que los indios, y todos los hombres, buscan la belleza corporal, adelgazando y remarcando los rasgos físicos de la propia raza. Encuentra los indios bien conformados, sin la aflicción de jorobas y demás notas repugnantes. Indica la aparición del pudor en el hombre, antes que en la mujer primitiva, y sonríe donosamente de la urbanidad de los caribes y de sus parciales, que consiste en pintarse de onoto. Humboldt dilata el entrecejo más altivo con la narración de un mito indiano, que parece el ensueño nevado y lunar de un alma escandinava, y cuenta el nacimiento del primer hombre en el mundo inocente, en una selva amena, rodeado de las aves y de los venados, desprovistos aún de las alas y de los cuernos, con que se salvan y defienden. Dispone el tema de sencillos cuentos, arrullo de niños desvelados, con la historia de dos tribus ocultas en el bosque venezolano, la de los otomacos, enviciados en comer tierra, y la de los sálivas, indios silbadores de flautas. Regocija cuando nota que el indio asiente oficiosamente al mayor dislate que se le pregunte; que el preparador del curare, donde se aspira el efluvio de las aguas amazónicas, ponía su trabajo por encima de los inventos europeos, descontada la composición del jabón; y que los indios de esta última comarca anunciaban, juntados en un coro de voces, el curso de dos ríos, el Inírida y el Atabapo, tan vecinos como los dedos contiguos de la mano; rasgo magistral para una conseja inocente.

Señala pueblos más incultos y atrasados que sus lenguas; razón nueva para distinguir entre los bárbaros de original rudeza y los decaídos de anterior civilización. Apunta el origen antillano de los vocablos indios que envician el lenguaje de los conquistadores. Encuentra que las mujeres usan

idioma anticuado en donde conservan el retiro doméstico; y cuenta de cautivas de los caribes, que hablan con el vocabulario propio y con la gramática de los varones vencedores. Refiere que el linaje de las lenguas americanas practica la costumbre de la aglutinación, que consiste en reunir varias ideas en un solo vocablo prolongado; y declara que este fenómeno, igualmente notado en históricas lenguas del viejo mundo, origina las teorías fatuas y las comparaciones violentas de los primeros estudiosos. Enmienda la desvariada lingüística de sus contemporáneos; niega la etimología por la semejanza del sonido, y ordena y junta los lenguajes por la estructura y el funcionamiento de la gramática. Escribe que esta última difiere esencialmente en los idiomas arios y en los del nuevo mundo, lo que fatiga los indios en la asimilación del castellano, y despierta en los jesuitas el sensato pensamiento de propagar la fe en el habla de los incas, usándola con todas las tribus, devolviéndola los títulos de privilegiada, cortesana y general, con que la honra más de un cronista enfático. Sugiere que este idioma adopta las mentiras deliciosas y magníficas de la literatura, y advierte que guarda en su tesoro los idilios de Teócrito, el más dichoso pasatiempo de la imaginación antigua, gracias a la versión de Juan de Larrea, aplicado naturalista ecuatoriano. Refiere que el caribe, cuya claridad perdura en el curso de cláusulas consecutivas y anchurosas, ha servido para el tratamiento de la teología, materia donde pueden escasear los vocablos concretos y de origen sensorio y abundan los términos espiritualizados y abstractos.

Humboldt escatima los elogios al misionero, sucesor disipado y regalón de otros más meritorios. Aprueba apenas sus establecimientos vecinos de la costa, y condena sin rebozo los de adentro. Goza en todos la hospitalidad y la tolerancia, y extraña libros de ciencias naturales en la misión venezolana de Caripe. Encuentra la vegetación desapoderada y sin término de la fábula y del cuento en el ocio de los planteles retirados, y recuerda los mapas desleales de regiones desiertas, donde el misionero y el gobernador mienten ciudades, villas y castillos a la corte perezosa y crédula. Nota que los

religiosos penetran los ríos y civilizan las orillas, sin renovar la mente basta del primitivo. Aconseja la educación de los evangelizadores en seminarios particulares de la zona tropical y el abandono de la disciplina monástica sobre el indio desmemoriado y candoroso. Censura el poder indiviso del misionero, enemigo de la autoridad episcopal, de la militar y de la civil, monopolista del comercio y de heterogéneas facultades. Acusa francamente los del Alto Orinoco, rapaces de criaturas apocadas para la servidumbre, desaprovechados de terrenos fecundos para la agricultura. Narra la desazón de su presidente, domiciliado en San Fernando de Atabapo, a quien elude la sonsaca de un elogio manuscrito para los establecimientos deplorables. Descubre los vestigios de ferales batallas entre los indios del remontado Orinoco; sugiere las valentías sin cuento ni memoria; deplora el osario de los vencidos; y admira otras señales del odio en la república de los monjes indolentes, y tacha las intrigas delgadas y zahiere las revoluciones de escamoteo. Mira las consecuencias del régimen colonizador del portugués, aplicado por autoridades contrapuestas de orden religioso y profano, cuando cita el estado más venturoso de las misiones de la cuenca amazónica y el número abundante de los reducidos. Expone en breve trecho el curso y el destino de la institución, al ver en ella la especie de un distrito separativo entre el colono español y el indio de las soledades forestales, y agrega que el blanco mira sin descanso a invadir el cerrado pueblo de misiones y que el presbítero del clero secular sucede tarde o temprano al religioso. Muestra al indio secuaz del misionero y enemigo de su émulo, el soldado, quien lo molesta con vejaciones más desordenadas. Exceptúa los guaraúnos por abandonados del celo catequista, y señala jovialmente su morada en la cima de los árboles, para susto de los varones apostólicos. Gradúa la mies de los segadores misionarios al distinguir los apacibles monteros de la selva situada al este del Orinoco y los alzados vagabundos de la sabana extendida al oeste. Divide entre el misionero y la reiterada expedición de límites el prez de adelantar el conocimiento geográfico de la América del Sur.

Encuentra que los altivos y diligentes capuchinos catalanes habían reunido casi todos los naturales del Bajo Orinoco en sus misiones opulentas, entre el Caroní y el Cuyuní, y que, enfrentados al gobernador y al obispo, administraban estado independiente; y deja ver que otros soldados de la milicia franciscana, bienquista del salvaje, tuvieron mucha parte en la reunión de los sesenta mil indios puros, la mitad de los de Venezuela, contados en la provincia de Cumaná y en la de Barcelona el año 1800, y abandonados después al exterminio.

Calcula trescientos ochenta y siete mil negros entre los diez y seis millones de habitantes del continente hispanoamericano, el año 1826. Cuenta otros tantos en Cuba y Puerto Rico, y más de dos millones en el resto de las Antillas; todos oprimidos y con la fortaleza y la jovialidad del oso bailarín y del mono petulante. Observa siempre esclavos menos numerosos, menos maltratados y más favorecidos con la manumisión en las comarcas sujetas al cetro de Castilla. Cita un negro de la América Española por cada cinco del Brasil y de los Estados Unidos. Teme a cada paso el nacimiento borrascoso de una confederación etíope, absorbente del archipiélago antillano, y añade que el miedo a los esclavos irritados ayuda la seguridad del gobierno de la metrópoli y la continuación de la adventicia dinastía en el Brasil, cuyos naturales son africanos hasta la mitad del número el año 1818. Recuerda con este hecho la política uniforme de los gobiernos europeos, encaminada a conservar la colonia por el odio entre los habitantes. Repite la acostumbrada alabanza de las leyes españolas, caritativas con la raza ofendida, y frustradas ocasionalmente en la administración de la servidumbre doméstica. Deja ver que la emancipación progresiva de los serviles basta a disipar la amenaza de su resentimiento, y olvida el fútil prejuicio que los niega a la asimilación de la cultura europea. Recomienda la reforma gradual y en paz, enraizada en la misma opresión bárbara y nefanda, el lento rescate escogido por el presidente de Colombia, el general Simón Bolívar, hombre insigne por los méritos del republicano, por el lucimiento

de la carrera militar y por la moderación el día de la fortuna. Desmiente el cómputo fabuloso de Depons, que eleva cuatro veces el número de los negros en Venezuela; y sustituye cuarenta mil en la provincia de Caracas, seis mil en todo el territorio de Cumaná y Barcelona, y cuatro mil, bastante entreverados y dispersos, en los llanos de San Carlos, Guanare, Barquisimeto y Calabozo. Observa la fácil propagación de los demás hombres de color y el desmedido fallecimiento de los siervos, y opina que la colonia mayor de des millones, aposentada en la ergástula de Las Antillas, supone la introducción de un número duplicado de cautivos; y refiere que el régimen de les brasileños alienta la multiplicación de la casta y defiende la vida de los infantes atezados. Despierta la conjetura de que el África surtía más hombres que mujeres, de suerte que la prole servil era menos castiza que los padres; e inspira la observación correlativa de que la unión ilegítima apaga la diferencia de una a otra casta venezolana, y les confiere sin tregua la apetecida merced de la tez blanca.

Humboldt recorre, ileso de los hombres, los dominios del mundo colombino. Agradece el humor del criollo inteligente y hospital, pródigo de la atención afectuosa. Los tacha de indolentes, de esquivos del afán, de prolongar la vida sin ocuparla. Los describe enredados en odios municipales, en rencillas de cuerpo, siguiendo los resabios de origen español, divididos en dos noblezas, enemigas a matarse; la una de antepasado remoto, aventurero de la conquista, fundador de la ciudad, patrono de la villa iniciada; y la segunda, de más reciente cuna, ralea del ensimismado agente de la metrópoli; y consigna la protesta sediciosa y tercera del vizcaíno, por la cual todo blanco es caballero. Los describe ignaros de los recursos nacionales, porque el gobierno reserva la noticia estadística, capaz de alentar el propósito rebelde; ufanos y ansiosos del tratamiento hidalgo y del calificativo nobiliario, conformes con el supletivo mando en la milicia; y nota el provento de la corte en el comercio del pergamino señoril y de la insignia militar. Razona el enojo del criollo contra el español de la península, su

igual en la legislación escrita, su tirano en la practicada, y confiesa que el sujeto más ruin, con sólo nacer en el suelo de la metrópoli, sube sin esfuerzo donde es despedido el americano más ilustre. Encuentra la generación juvenil descontentada y sin piloto, revolviendo ideas fogosas e informes, y omite el nombre de los campantes valvasores, sometidos más tarde a la prueba de una guerra sin ejemplo. Encuentra los cabildos a cargo de una minoría, remota de la plebe, dispuesta al dominio de otra corona antes que al reparto de los privilegios con el resto de los compatriotas. Cuerita doscientos mil españoles en el nuevo mundo castellano, bastantes a salvar el partido del rey en medio de tantos altercados, sin dejar inmediatamente los menesteres civiles y de paz, con que se sustentan los más de ellos. Ilustra la diversidad entre los americanos de origen español, distinguiendo los países de población internada de aquellos donde es litoral y novelera, y notando los territorios de apretada y culta raza indígena el día de la conquista, y los de tribus ambulantes y escasas esa misma fecha. Mira la vocación literaria entre los criollos de Lima y Quito, la aplicación por las ciencias en Bogotá y en Méjico, y la inquietud de orden político en Caracas y La Habana, capitales de vecindario marítimo, francas a la novedad extranjera; pero añade que los colonos guarecidos pierden la originalidad ganada en el aislamiento, desde que fundan república vivaz, familiar con las naciones hermanas y con las más cultas del viejo mundo.

Advierte las mejoras del gobierno colonial, bajo el mando de recientes monarcas, atentos a la enseñanza de los filósofos contemporáneos, amigos del género humano; la propensión de la corte a facilitar esos días el adelanto de los reinos ultramarinos, y el encuentro del estorboso mecanismo administrativo. Aplaude la comenzada educación de los americanos en las ciencias naturales; el desvelo gubernativo por la ilustración de la geografía, alentado de aptos ingenieros y marinos de origen español; el subvenido estudio de la botánica en el hemisferio enorgullecido de un Mutis; el edicto del comercio libre, ordenado en 1778, desmentido en parte por

los aranceles aduaneros, pero bastante a romper el bloqueo de los puertos americanos por el monopolista de Sevilla y Cádiz. Pasa a los rezagos vivaces de la opresión, de la política sencilla, más severa en las islas, que paga con el artefacto de la metrópoli el fruto natural y la materia prima de la colonia cerrada al extranjero; y cita la consiguiente prohibición del taller industrial en los nuevos reinos; el cultivo de la vid, del moral, del cáñamo, del lino y del olivo, negado por el Consejo de Indias; los recursos extraordinarios de Venezuela, ocultos por la clausura y el estanco, ligeramente desenvueltos por el contrabando, remedio de la ley fiscal; el marasmo de territorios opulentos, necesitados del subsidio mejicano para la satisfacción del gasto oficial; la breve renta de las colonias americanas, dividida en veintinueve millones para el gobierno de ellas mismas, y en ocho millones, saldo irrisorio guardado al cabo en el tesoro de la metrópoli. Lamenta la política suspicaz ocupada en contar los pasos del criollo; el malcaso de fincar el régimen de la corona en la división de los gobernados; el inveterado consejo de cultivar la asechanza entre las castas, entre los naturales del clima alpino y los del suelo caliente, entre los clérigos seculares y los religiosos, entre el obispo y el presidente de la misión, entre las diversas autoridades por medio de la confusión de los distritos y poderes. y en la muchedumbre de los súbditos por la culpa de un derecho procesal absolvedor de la instancia, tupido de excepciones y recursos, que alimenta un ejército de abogados y curiales y envicia los caracteres litigiosos y atrabiliarios. demasiado frecuentes; y guarda mayores argumentos contra el derecho penal y su administración a cargo de tribunales perezosos, que exasperan con el encierro superfino el averío bullicioso de los reos induciéndolos a la evasión y al subsiguiente oficio de bandolero.

Deja las disensiones entre los lugares hasta el examen pasajero de la república de Colombia. Adivina su rompimiento provocado y acelerado por la aplicación de un régimen centralista de confianza en el curso de las hostilidades, pero molesto el día del orden a la cerviz de los pueblos nativamente

solícitos de la independencia municipal y provincial. Aprueba, entretanto, la forma republicana faustamente escogida en las naciones emancipadas, y la recomienda por bien conforme a sociedades nuevas, de breve tradición, exentas del verdoyo de los siglos medios, advenedizas e intrusas. Repite, en esta y otra oportunidad, la acusación profetal dirigida a la derrotada metrópoli, porque enmalezó los nuevos planteles de la raza, sembrando a manos llenas los gérmenes de la guerra civil. Califica de esta última suerte la contienda de la emancipación, y la sigue con asombro hasta su término. Cierra el más ameno de sus relatos el año 1825, cuando los clarines colombianos decantan la victoria y prometen el descanso dichoso de las armas. Pero solo acontece que, según el uso de la guerra melancólica ordenan el reposo de la batalla en la declinación de la tarde.

A una desposada

Cualquier invención de mi enfermizo numen desluciría las páginas de este álbum. Las ofendería con el desentono de azarosa tela de araña en una mansión regia. Más conviene el relato de venturosas nupcias.

Sueño que lo escuché de virgen lisonjera en una comarca del Asia inverosímil; que era de noche, y estaba yo embriagado con la plácida expiración de rumores, canciones y perfumes; que el paisaje exótico se coronaba con la luna y con el cortejo de las estrellas mayores, porque las menores no conseguían lucir en medio de la irradiación de aquellas, sus hermanas; y sueño que, sobre la tierra y delante de mis ojos, fantástica ciudad de cúpulas y torres dormía cabe el espejo de un río fabuloso; y recuerdo que la virgen me refirió esta fábula amena: Yo conocí una princesa prometida en matrimonio al sultán de un país remoto. Veía en las bodas el comienzo de un cautiverio, porque, retirada y asustadiza, imitaba las selváticas gacelas. Buscaba mi compañía y luego la contemplación de sí misma en el espejo de una fuente ornamental. Era delgada, firme y de tupidos cabellos, que bajaban a confundirse con las aguas del ensombrado tazón de mármol. Hasta aquí vino una tarde cierto poeta errante, precursor del cortejo nupcial cada vez más vecino. Él se dijo despedido de entre los suyos para entretener a la princesa durante el viaje a la capital del esposo prometido. Todos se reúnen y parten el día siguiente, cuando ya la princesa acepta los agasajos del poeta y lo ama sin manifestarlo. El cortejo recorre selvas y desiertos, en medio de la lluvia rumorosa y del estío lento, cuando el sol prefiere su carro de bueyes albos. El poeta ejerce, en su vez, el valor, el gracejo y la piedad. Ofende al tigre de estirpe real; burla al mono desvergonzado; acoge la mariposa blanda, de seda y lana; reverencia al asceta absorto. Se muestra cortesano amable y jinete aguerrido. Ella se acerca al término del viaje y divisa los palacios dispuestos para hospedarla, y repara que más le convendría el desierto en compañía del vate gentilísimo. Entretanto, este

ha desaparecido de su lado, y ella es introducida, con el rostro sumiso, a presencia de su dueño; pero una voz oculta y bien conocida la exhorta a la alegría. La princesa alza los ojos y observa que el cortés poeta era el esposo prometido, quien había dejado las galas de monarca para ganar afectuosamente la mano de la amada, omitiendo el prestigio de su elevado puesto.

Así me dijo la virgen lisonjera en un país distante, debajo de un árbol musical; y su relato y mi único sueño venturoso terminaron cuando la aurora llamaba, enamorada, a mi ventana.

Hechizo

La tarde aterida vestía de azul, ceniza y plata. Las neblinas, fantasmas de la atmósfera, bajaban la escala del monte procero hasta las ondulaciones de la tierra dura y parda. Circulaban arpegios moribundos, sones eolios, gemidos del aire. Descendía en sacudidos copos la tristeza y una difusa luz tildaba los vértices de cristal.

La niña de infausta belleza rompía con emersión de nelumbo el lago del tedio. Lucía también colores austeros y marchitos, excepto el azul cándido de los ojos infantiles y el lujo solar de la cabellera, capaz de coronar con majestad de tiara su continente de sacerdotisa intacta, al servicio de una religión astronómica.

Yo soy ahora un mar callado al pie de una columna de basalto, orillas de un reino de escaldas, donde no alcanza el sol oblicuo. Y ella misma, druidesa de espantoso bosque, sugiere el lago de una comarca hiperbórea, oscuro y glacial, de donde huyera la danzante luz con el arribo de noviembre. Y su rostro perdura en mis ojos desde que me apareció por vez primera en el curso de un letargo, del cual desperté con la súbita fractura de un espejo, en medio de mansión desamparada, una noche interminable.

La noticia de su nombre debía prenunciar mágicamente este segundo encuentro, parecido al reconocimiento fortuito, desenlace de los dramas fatales. Yo conocí aquel nombre leyéndolo con dificultad a la luz de arrinconada lámpara, en la sala de una fiesta concluida. Aquella luz era intermitente, fuliginosa y de color pálido. También eran de color pálido los contados trechos libres del cielo y, con significación de presagio irrevocable, una nube enorme, vampiro de alas satánicas, estorbaba en aquel instante el nacimiento del sol.

Filosofía del lenguaje

El señor Pedro Emilio Coll insiste una vez más en que el adjetivo aporta al lenguaje una contribución de valor subjetivo. Este juicio demanda algún reparo: los autores más calificados de la materia distinguen el adjetivo antepuesto y el adjetivo pospuesto al sustantivo, parten de la sentencia fundamental de que el ordenamiento de las palabras traduce el ordenamiento de las ideas, y entienden que el sustantivo y el adjetivo se oponen como la sustancia y el fenómeno, distinción más entrañable que la superficial entre el sujeto y el objeto. Siguen de consecuencia en consecuencia hasta sustentar que la frase entera asume el color emocional cuando el adjetivo va antes del sustantivo, y asume valor impersonal en el caso contrario, porque reparan que el discurso se caracteriza por aquella de las dos palabras, adjetivo o sustantivo, escrita primero. De modo, pues, que el adjetivo solo ofrece y comunica valor subjetivo en el caso de gobernar en cierto modo la frase, antecediendo al sustantivo. Estos principios se han aplicado ya a las lenguas romances, y más de un autor ha disertado sobre la adjetivación de la lengua oíl y sobre la adjetivación de Cervantes. Huelga decir que el genial heraldo de nuestra raza se acomodó intuitivamente a las verdades de ardua metafísica que gobiernan la ciencia del lenguaje. En obsequio del lector, se omite la lista de los filólogos que han apurado este asunto, porque ellos son profesores teutones, más o menos atracados y ultrasabios, y todos de apellido rebelde y pedregoso.

La presencia del náufrago

La dama singular y gentil se disponía a comunicarme esa tarde la confidencia prometida una y otra vez.

Yo le servía una silla plegadiza en un retiro de la playa aireada.

El disco del sol rodaba fugitivo hacia el límite de un mar oscuro.

El azar nos había reunido en aquel rincón del litoral italiano. Habíamos llegado por caminos opuestos a reposar la fatiga y la melancolía de largos viajes.

Ocultaba su origen bajo el sello de una reserva altiva. Era difícil acertar con su patria porque usaba atinadamente cualquier idioma culto, y porque su persona física armonizaba los rasgos y las prendas más nobles de razas esculturales. Había nacido en alguna familia acaudalada, con raíz en naciones divergentes.

Cabellos de oro, perdición de las flechas del sol, y ojos verdes, memorias de alta mar, solemnizaban su hermosura lozana y perdurable de deidad.

Declaraba haber contentado con sencilla gratitud las finezas y los requiebros de los galantes, sin pasar a mayor afecto; y convenía en referirme ahora la razón de su aislamiento definitivo. Dejaba entrelucir el nombre de un criollo español, mi compatriota.

Iba yo el año pasado, cantaba su voz artística, en un vapor lujoso, invención de hadas, a través del océano. Viajeros de distinto origen sentían y propagaban una alegría vivaz, exaltada, y me compusieron inmediatamente una corte enfadosa. Aquel bullicio retrocedía ante el recato inexpugnable de un agitador hispanoamericano, hombre de urbanidad sobria, idéntica. Circulaba entre comentarios y leyendas su nombre de soldado. Aquel retraimiento podía venir de una juventud infructuosa, de una vida descabalada. Su duro semblante de asceta vencía las fachas contentas y mofletudas. Vino un día de cerrazón y el vapor lujoso, herido por un témpano, bajó al abismo con sacudidas de terremoto. Yo fui salvada de morir por aquel

militar hastiado, de fisonomía absorta. Me declaró su afecto y su nombre y me llevó en peso hasta un bote, donde me había cedido su puesto. Regresó al barco náufrago, donde ocupó sucesivamente los lugares libres todavía de las aguas. Poco después, el sitio mismo de la catástrofe se borraba en el mar raso. Aquel hombre invitaba con la ilusión de una vida intrépida en república desquiciada. De uniforme azul, sobre un caballo blanco, debió de regir las montoneras turbulentas, libres de escalafón, magnetizándolas con su voz marcante, de una seducción irresistible...

Cesó de hablar, y la más espesa noche completaba el pensamiento de la mujer desilusionada y casta. Se habían roto las compuertas de las tinieblas.

El tesoro de la fuente cegada

Yo vivía en un país intransitable, desolado por la venganza divina. El suelo, obra de cataclismos olvidados, se dividía en precipicios y montañas, eslabones diseminados al azar. Habían perecido los antiguos moradores, nación desalmada y cruda.

Un sol amarillo iluminaba aquel país de bosques cenicientos, de sombras hipnóticas, de ecos ilusorios.

Yo ocupaba un edificio milenario, festonado por la maleza espontánea, ejemplar de una arquitectura de cíclopes, ignaros del hierro.

La fuga de los alces huraños alarmaba las selvas sin aves.

Tú sucumbías a la memoria del mar nativo y sus alciones. Imaginabas superar con gemidos y plegarias la fatalidad de aquel destierro, y ocupabas algún intervalo de consolación musitando cantinelas borradas de tu memoria atribulada.

El temporal desordenaba tu cabellera, aumento de una figura macilenta, y su cortejo de relámpagos sobresaltaba tus ojos de violeta.

El pesar apagó tu voz, sumiéndote en un sopor inerte. Yo despuse tu cuerpo yacente en el regazo de una fuente cegada, esperando tu despertamiento después de un ciclo expiatorio.

Pude salvar entonces la frontera del país maléfico, y escapé navegando un mar extremo en un bajel desierto, orientado por una luz incólume.

Sobre la poesía elocuente

La elocuencia es el don natural de persuadir y de conmover. La retórica, arte de bien decir, es sierva leal o desleal de la elocuencia, y cuando usa palabra altisonante o superflua merece el nombre de declamación. De modo que no hay disculpa al confundir maliciosamente la elocuencia, ventaja del contenido, emanada del afecto vehemente o de la convicción sincera, con la declamación que es vicio de la expresión, retórica defectuosa.

Algunos poetas sostienen que debe torcerse el cuello a la elocuencia, y conviene objetarles que tal severidad sólo debe usarse con la declamación, porque aquel don afortunado sirve muy bien a la poesía entusiasmada y lírica. Además, debe distinguirse entre los poetas inactuales y egotistas y los poetas comunicativos, de apostolado y de combate, bardos de aliento profético y simpatía ardorosa que ejercen una función nacional o humanitaria. Los últimos no pueden prescindir jamás de la elocuencia y se expresarán inevitablemente en imágenes, medio que puede enunciar la filosofía más ardua y comunica eléctricamente la emoción. La imagen es la manera concreta y gráfica de expresarse, y declara una emotividad fina y emana de la aguda organización de los sentidos corporales. Algunos dialécticos, enamorados de la idea universal y sin fisonomía, reprueban esta manera de expresión, considerándola de humilde origen sensorial, y abogando por la supremacía de la inteligencia, con lo cual insisten en las distintas facultades de la mente humana, que es probablemente una totalidad sin partes.

La imagen siempre está cerca del símbolo o se confunde con él, y, fuera de ser gráfica, deja por estela cierta vaguedad y santidad que son propias de la poesía más excelente, cercana de la música y lejana de la escultura.

La imagen, expresión de lo particular, conviene especialmente con la poesía, porque el arte es individuante.

La imagen es un medio de expresión concreta y simpática, apta para poner de relieve las ideas sublimes e independientes de la metafísica y las

nociones contingentes de la experiencia, y comunica instantáneamente los afectos. Pero nunca deja de ser un medio de expresión, y quien la use como fin viene a parar en retórico vicioso, en declamador.

El rapto

El follaje exánime de un sauce roza, en la isla de los huracanes, su lápida de mármol.

Yo la había sustraído de su patria, un lugar desviado de las rutas marítimas. Los más hábiles mareantes no acertaban a recordar ni a reconstituir el derrotero. La consideraba un don funesto y quería devolverla.

Pero también deseaba sorprender a mis compatriotas con aquella criatura voluntariosa, de piel cetrina, de cabellos lacios y fuertes. Su lenguaje constaba de sones indistintos.

Enfermó de nostalgia a la semana de la partida. Los marinos de ojos verdes, abochornados con el sol de las regiones índicas, escuchaban, inquietos, sus lamentos. Recalaron para sepultarla, una vez muerta, en sitio retraído. Se abstuvieron de arrojarla al agua, temerosos de la soltura de su alma sollozante en la inmensidad.

La compasión y el pesar desmadejaron mi organismo. Pedí y conseguí mi licencia del servicio naval. Me he retirado al pueblo nativo, internado en un país fabril, donde las fraguas y las chimeneas arden sobre el suelo de hierro y de carbón.

Mi salud sigue decayendo en medio del descanso y de la esquivez. Siento la amenaza de una fatalidad inexorable. Al descorrer las cortinas de mi lecho, ante la suspirada aparición del día, he de reconocer en un viejo de faz inexpresiva, más temible cuando más ceremonioso, al padre de la niña salvaje, resuelto a una venganza inverosímil.

El hijo del anciano

Unas rayas de buril bastarían para el trasunto del paisaje elemental.

Algún árbol enjuto, esqueleto de palos, signo de blasón, vivía sobre el suelo calcinado.

Montes negros, de perfil translúcido, encerraban el valle.

Mi casa desaparecía, al cabo de un día incierto, en la inundación de la noche fluida.

Los ruidos subterráneos duraban hasta el advenimiento del sol retardado. Fuerzas sobrehumanas removían la piedra de los sepulcros.

Yo dividía la vida uniforme entre la lectura de epopeyas y tragedias y los hábitos de una mocedad inquieta.

Concebí la imagen de una infanta, amenazada por los silenciarios en el palacio del miedo. Yo sólo besaba de rodillas la franja de su manto.

Salí una vez al pasatiempo de la caza en día venerado, no obstante los avisos de mi progenitor. El anciano de los dichos infalibles, aficionado a narrar, descansaba en una silla majestuosa, de arte primitivo.

Una bocina invisible, perdida en la montaña, extravió los perros de mi jauría.

Después de una jornada infructuosa, penetré a descansar en la cámara de una vivienda ilusoria. Las quimeras surgieron paulatinamente de las tinieblas de mi sopor. Creía visitar el palacio del miedo, en donde la infanta de mi pasión afrontaba, en un suplicio, el trance de la muerte. Los ministros y los criados avisaban e imponían el secreto. Las lámparas agotadas soltaban cabelleras de humo en la sala encubertada de negro.

Desperté, cerca de la mañana, en medio del campo.

Mi cabeza reposaba sobre una piedra. Tenía los cabellos húmedos de rocío y, en el rostro, la luz de una luna diluida.

El rezagado

La tempestad invade la noche. El viento imita los resoplidos de un cetáceo y bate las puertas y ventanas. El agua barre los canales del tejado.

He dejado mi lecho, y me he asomado, por mirar la calle, a la ventana de la sala en ruinas. Los meteoros alumbran un panorama blanco.

Estoy a solas en la oscuridad restablecida, velando el sueño de la tierra.

Mis compañeros, avezados al trajín de estepas y desiertos, me abandonaron pérfidamente en esta aldea, etapa de jornada arriesgada. Rehusaron admitirme al aprovechamiento de sus riquezas, guardando para sí solos el secreto de sus metales y piedras. Mentaban un lago verde y salobre, escondido en una selva de pinos, amenazada por la brumazón.

La aldea es el campamento de una banda feroz. Hombres de tez amarillenta circulan inquietos, la espada en el puño, calado el sombrero cónico.

Aliento la esperanza de volver a mi suelo meridional, cerca del mar bruñido por el sol.

He tratado mi fuga con un hombre menesteroso, de la aviltada raza aborigen.

Ofrece conducirme por caminos desusados, a espaldas de salteadores homicidas.

Él y yo escaparemos definitivamente de este lugar, donde las víctimas escarpiadas invitan las aves de rapiña, criadas entre las nubes torvas.

El ensueño del cazador

Yo me había avecindado en un país remoto, donde corrían libres las auras de los cielos. Recuerdo la ventura de los moradores y sus costumbres y sus diversiones inocentes. Habitaban mansiones altas y francas. Se entretenían en medio del campo, al pie de árboles dispersados, de talla ascendente. Corrían al encuentro de la aurora en naves floridas.

Se decían dóciles al consejo de sus divinidades, agentes de la naturaleza y sentían a cada paso los efectos de su presencia invisible. Debían abominar los dictados del orgullo e invocarlas, humildes y escrupulosos, en la ocasión de algún nacimiento.

Señalaban a la hija de los magnates, olvidados de la invocación ritual, y a su amante, el cazador insumiso.

El joven había imitado las costumbres de la nación vecina. Renegaba del oficio tradicional por los azares de la montería y retaba, fiado en sí mismo, la saña del bisonte y del lobo.

Olvidó las gracias de la amada y las tentaciones de la juventud, merced a un sueño desvariado, fantasma de una noche cálida. Perseguía un animal soberbio, de giba montuosa, de rugidos coléricos, y sobresaltaba con risas y clamores el reposo de una fuente inmaculada. Una mujer salía del seno de las aguas, distinguiéndose apenas del aire límpido.

El cazador despertó al fijar la atención en la imagen tenue.

Se retiró de los hombres para dedicarse, sin estorbo, a una meditación extravagante.

Rastreaba ansiosamente los indicios de una belleza inaudita.

La resipisencia de Fausto

Fausto quiere pacificar su curiosidad, encontrar razones con que explicar de una vez por todas el espejismo del universo. Ha solicitado la inspiración de la soledad y domina abrupta cima, teniendo debajo de sí un apretado cerco de nubes. Huella con ligereza de ave una mole de aristas resaltadas. La borrasca embiste sin tregua el paraje sublime, adecuado para la meditación del problema fundamental.

Fausto ha abandonado el estudio parsimonioso y el amor suave de Margarita, desde que trata con cierto personaje recién aportado al pueblo: un hombre de sospechosa parla, que desordena el vecindario con prestigios de invención diabólica, señalados por más de un detalle arlequinesco.

El propone a Fausto las interrogaciones últimas, inspirándole una curiosidad descontenta y soberbia, habilitándolo con máximas feroces, enemigas de contemplaciones y respetos. Fausto lo rechaza de su trato y amistad con términos violentos, proferidos en la abrupta cima, redoblados por los ecos temerosos del precipicio; y el seductor se retira gesticulando grandiosamente y sin compás, obstinado en visajes y maniobras de truhan. Parte confiado en la germinación de su influjo malsano.

Fausto prueba a aliviar con el viaje distante, dividido en peligros y orgías la enfermedad de aquel ideal orgulloso, infundida por la ciencia; pero encuentra la desesperanza al cabo de las nuevas emociones. Solicita las vivaces comarcas meridionales; atraviesa, menos que fugitivo, un reino tenebroso, obseso de la matanza y de la hoguera, de alma sacerdotal con vistas a la muerte, y renegado del esfuerzo y de la vida.

Pero llega finalmente a un país elisio donde los mirtos y los laureles, criados bajo un cielo primaveral, tremolan al paso del aire melodioso y montan guardia al lado y en torno de los mármoles ejemplares y de las ruinas sempiternas. Descansa en una ciudad quimérica, de lagunas y palacios, visitada por las aves; y deja entonces la investigación desconsolada.

Crédulo en la mayor veracidad de los símbolos del arte, espera dar con una explicación musical y sintética del universo.

Renacentista

La veneciana altiva de tez nevada, escucha las barcarolas desde la azotea de su mansión bizantina. Mira la tarde fantástica, de celajes dispersos, semejanza de tesoros volcados sobre el piso de un palacio roto a la fuerza. Un soplo del mar desata los cabellos de luz sobre la veste azul y la besa el rostro mortificado.

Defiende a veces con la diestra los ojos deslumbrados, adornándose con el atributo de una ceguedad temprana y divinatoria, y la breve sombra de la mano aumenta la dignidad de la faz muda.

La mujer nota el arribo de las galeras alegres, ostentosas de blasones dominantes, animadas con el atavío de las banderolas triangulares y volubles. Vienen de visitar naciones índicas, de alma sinuosa, de prosperidad inficionada, sujetas a la voluntad de reyes disipados.

Reconoce a los vencedores del mar fluctuoso, deshecho en montes, marinos prendados de constelaciones hechiceras, rescatados y salvados por algún vuelo de aves de vida continental; y desadvierte la hazaña de la juventud aguerrida, de fuerza probada en el océano patente.

La virgen refractaria condena las mercedes de la fama, siguiendo la voz de un orgullo terminante. Conoce las ideas de su tiempo, recreo de un ideal soberbio, enemigo de la fe tradicional. Resume el infortunio de su casta, de porte senatorial, extinguida bajo la saña de una facción victoriosa, y oculta su vida y su nombre en la morada bizantina, arruinada secretamente por el mar, celador previsto de su lápida.

El escudero de Eneas
II. 1,49

Los eventos de la lid dejan en salvo la calma de Eneas, el héroe paciente. Acude al mayor peligro, donde lo demandan las voces de los suyos.

El humo de los funerales sube a despintar los arreboles del verano.

La greguería de los combatientes, vestidos de metal, hiere el cielo cóncavo.

El héroe transita a pie, seguido de un solo escudero. Siente a veces el roce de un dardo o de una piedra.

Reúne súbitamente una escuadra de soldados entusiasmados y la arroja sobre una muchedumbre de insulares, desperdigados en medio del contento de un éxito reciente.

Los enemigos, criados entre los embates del mar, resisten y mueren con las armas en la mano, antes de componer su desorden.

Eneas confirma los fieros barraganes, atentos a la suerte de la ciudad nativa, en la esperanza de un destino superior, libre de las contingencias de la guerra presente.

Su discurso domina la protesta de los vencidos.

El gesto de su mano, siempre exenta de sangre, anuncia la traza de una ciudad, rompiente de las olas del tiempo, término y descanso de las avenidas del mundo. Sobre los palacios suntuosos vuela perpetuamente una tropa de aves consagradas, juntas en forma de triángulo o de arco; y sus ruinas, el día de postrera decadencia, no alimentarán la hoguera, donde se caliente la orgía del vencedor.

El héroe conforta sus amigos y se aleja hasta perderse en el horizonte caldeado.

El escudero vuelve el rostro, y dispara desde el límite del campo.

Los contendores maravillan la cauda luminosa y el son espeluznante de sus flechas.

Siglo de Oro

El caballero sale de la iglesia a paso largo. Saluda con gentil mesura a las señoras, abreviando ceremonias y cumplimientos. Aprueba sus galas y las declara acordes con la belleza descaecida.

Del río, avizor de la mañana y espejo de sus luces, sopla un viento alado y correntón. Mece los sauces, y penetra las calles solas, alzando torbellinos de polvo.

El caballero se retira a su casa desierta. Depone el sombrero y la recorre lentamente, ensimismado en la meditación. Apunta y considera los asomos de la vejez.

Los suyos se extinguieron en la contemplación o se perdieron en la aventura. El mismo llega de ejecutar bizarrías en aguas levantinas. Decanta su juventud fanfarrona en las urbes y cortes italianas.

Junta con la devoción una sabiduría alegre, una sagacidad de caminante, allegada de tantas ocasiones y lances.

El caballero se sienta a una mesa. Escucha, a través de las letras contemporáneas, la voz jocunda de las musas sicilianas. Pone por escrito una historia festiva, donde personas de calidad, seguidas de su servidumbre, adoptan, por entretenimiento y en un retiro voluntario, las costumbres de los campesinos.

El caballero finge discursos y controversias, dejos y memorias del aula, referentes a la desazón amorosa.

Administra la ventura y el contratiempo, socorros de la casualidad, y conduce dos fábulas parejas hasta su desenlace, en las bodas simultáneas de amos y criados.

La ciudad

Yo vivía en una ciudad infeliz, dividida por un río tardo, encaminado al ocaso. Sus riberas, de árboles inmutables, vedaban la luz de un cielo dificultoso.

Esperaba el fenecimiento del día ambiguo, interrumpido por los aguavientos. Salía de mi casa desviada en demanda de la tarde y sus vislumbres.

El sol declinante pintaba la ciudad de las ruinas ultrajadas.

Las aves pasaban a reposar más adelante.

Yo sentía las trabas y los herrojos de una vida impedida. El fantasma de una mujer, imagen de la amargura, me seguía con sus pasos infalibles de sonámbula.

El mar sobresaltaba mi recogimiento, socavando la tierra en el secreto de la noche. La brisa desordenaba los médanos, cegando los arbustos de un litoral bajo, terminados en una flor extenuada.

La ciudad, agobiada por el tiempo y acogida a un recodo del continente, guardaba costumbres seculares. Contaba aguadores y mendigos, versados en proverbios y consejas.

El más avisado de todos instaba mi atención refiriendo la semejanza de un apólogo hindú. Consiguió acelerar el curso de mi pensamiento, volviéndome en mi acuerdo.

El aura prematinal refrescaba esforzadamente mi cabeza calenturienta, desterrando las volaterías de un sueño confuso.

La peregrina de la selva profética

La castellana recorre el bosque. Su canción despierta la espesura. Los árboles vuelven del sopor de la noche y de sus nieblas.

La voz lánguida declara afectos y memorias de la ausencia. Mienta al único hermano, fascinado, al empezar la juventud, por el ejemplo de recios adalides en reinos ultramarinos. Partió sobre un caballo rápido, vencedor de los dragones, y un águila seguía la carrera del héroe.

Algún viajero aporta con breve noticia, recordada laboriosamente después de la zozobra de un mar intransitable.

El héroe se ha perdido en medio de un laberinto de montañas, donde se cruzan caminos indiferentes y nace el manantial de un río sin nombre, alimentado por las lluvias.

El bosque entero exhala voces compasivas, y un álamo, el más bello de todos, plantado por el ausente, se ha desplomado sobre la fuente cándida.

El mensajero

La luna, arrebatada por las nubes impetuosas, dora apenas el vértice de los sauces trémulos, hundidos, con la tierra, en un mar de sombras.

Yo cavilaba a orillas del lago estéril, delante del palacio de mármol, fascinado por el espanto de las aguas negras.

Ella apareció bruscamente en el vestíbulo, alta y serena, despertando leve rumor.

Pero volvió, pausada, a su refugio, cerrando tras de sí la puerta de hierro, antes de volver en mi acuerdo y mientras esforzaba, para hablarle, mi palabra anulada.

Yo rodeo la mansión hermética, añadiendo mi voz al gemido inconsolable del viento; y espero, sobre el suelo abrupto, el arribo del bajel sin velas, bajo el gobierno del taumaturgo anciano, monarca de una isla triste, para ser absuelto del pesado mensaje.

El viaje de Himilcon

El almirante de la escuadra pisó el templo. Estaba ajado por las tribulaciones del viaje. Venía a cumplir los votos enunciados, debajo del peligro, en un mar desconocido. Portaba en la diestra el volumen donde había consignado los portentos de la navegación. Lo puso en manos del sacerdote, a quien abordó modesta y dignamente, previniéndolo con una reverencia. Aquel relato debía inscribirse, a punta de cincel, al pie del ídolo gentilicio, en honor de la ciudad marítima.

Las naves aportaban rotas y deshabitadas. Los marineros escasearon en medio de un mar continuo, cerca del abismo, cabo del mundo.

Algunos recibieron sepultura nefanda en el seno de las aguas. Muchos perdieron la vida bajo los efluvios de un cielo morboso, y sus almas lamentan el suelo patrio desde una costa ignorada.

Los supervivientes divisaron, camino del ocaso, el reino de la tarde, islas cercadas de prodigios; y descubrieron el refugio del sol, labrador fatigado.

Unos bárbaros capturados en el continente, prácticos de naves desarboladas, contaban maravillas de su visita a un país cálido, más allá del miraje vespertino; y aquellos hombres de semblante feroz y ojos grises, criados bajo un sol furtivo, motivaron con sus fábulas insidiosas el comienzo del retorno.

El aventurero

Estaba inerme por efecto de la porfía secular con el burgués y el villano. Había perdido sucesivamente mis privilegios.

Un afecto legítimo reposó los días iniciales de mi juventud.

La doncella rústica, peregrina del mundo de los sueños, portaba una hoz de plata en la ocasión de la primera vista.

Enviudé en el curso de hostilidades activas. La algazara de los rebeldes abrevió los últimos instantes de mi compañera.

Pasaba las noches, solo y vestido de hierro, al pie del lecho de su última dolencia. Amigos y criados me habían abandonado en el peligro.

Escrutaba, asomado al ventanal, el cielo manchado de luz tímida.

La muchedumbre se revolvía al pie de los muros, apercibiendo armas y vociferando amenazas.

Aproveché la celebración de un armisticio y escapé, en demanda de la fortuna, sobre un caballo nervioso. Buscaba peligros más importantes.

Dormía con las riendas en la mano sobre el suelo rudo. La noche letárgica borraba las siluetas.

Monté en una barcaza del comercio levantino y hallé el ejército de los cristianos en donde corrieron, bajo la sanción divina, los días primeros de la humanidad.

Los azores y los corceles habían muerto de sed en los desiertos de arena. Los paladines jadeaban a pie o cabalgaban el asno modesto y el buey palurdo.

Un intrigante, fugitivo de mazmorra bizantina, se propuso desviarme de la hueste lacerada. Me insinuaba la conquista del mando en reinos indefensos, al alcance de la mano, y me prometía la cohorte desigual de sus adeptos.

Ejecuté el proyecto después del escarmiento de los nuestros. Los infieles salieron por escuadras, de los senos y de las cuevas de una serranía.

Fuimos acorralados y vencidos por la multitud de sus jinetes. Usaban caballos habilitados para combatir simulando la fuga. Sus armas, de un metal claro, encarnaban tenazmente.

Las mujeres, guardadas en el medio del campamento, prefirieron la servidumbre al sacrificio. Vistieron galas y preseas para aumentar su belleza a los ojos del vencedor.

Mi consejero quedó entre los muertos. Yo salí a salvo, con el séquito de sus parciales, siguiendo una despedazada vía romana.

Atravesé los escombros de una civilización historiada por los gentiles.

Llegué donde me aclamaron pueblos desconocidos, segregados.

He cimentado la fortuna de mi reino por medio de mi casamiento con la sobrina de un príncipe armenio.

La vida del maldito

Yo adolezco de una degeneración ilustre; amo el dolor, la belleza y la crueldad, sobre todo esta última, que sirve para destruir un mundo abandonado al mal. Imagino constantemente la sensación del padecimiento físico, de la lesión orgánica.

Conservo recuerdos pronunciados de mi infancia, rememoro la faz marchita de mis abuelos, que murieron en esta misma vivienda espaciosa, heridos por dolencias prolongadas. Reconstituyo la escena de sus exequias, que presencié asombrado e inocente.

Mi alma es desde entonces crítica y blasfema; vive en pie de guerra contra los poderes humanos y divinos, alentada por la manía de la investigación; y esta curiosidad infatigable declara el motivo de mis triunfos escolares y de mi vida atolondrada y maleante al dejar las aulas. Detesto íntimamente a mis semejantes, quienes sólo me inspiran epigramas inhumanos; y confieso que, en los días vacantes de mi juventud, mi índole destemplada y huraña me envolvía sin tregua en reyertas vehementes y despertaba las observaciones irónicas de las mujeres licenciosas que acuden a los sitios de diversión y peligro.

No me seducen los placeres mundanos y volví espontáneamente a la soledad, mucho antes del término de mi juventud, retirándome a esta mi ciudad nativa, lejana del progreso, asentada en una comarca apática y neutral. Desde entonces no he dejado esta mansión de colgaduras y de sombras. A sus espaldas fluye un delgado río de tinta, sustraído de la luz por la espesura de árboles crecidos, en pie sobre las márgenes, azotados sin descanso por un viento furioso, nacido de los montes áridos. La calle delantera, siempre desierta, suena a veces con el paso de un carro de bueyes, que reproduce la escena de una campiña etrusca.

La curiosidad me indujo a nupcias desventuradas, y casé improvisamente con una joven caracterizada por los rasgos de mi persona física, pero

mejorados por una distinción original. La trataba con un desdén superior, dedicándole el mismo aprecio que a una muñeca desmontable por piezas. Pronto me aburrí de aquel ser infantil, ocasionalmente molesto, y decidí suprimirlo para enriquecimiento de mi experiencia.

La conduje con cierto pretexto delante de una excavación abierta adrede en el patio de esta misma casa. Yo portaba una pieza de hierro y con ella le coloqué encima de la oreja un firme porrazo. La infeliz cayó de rodillas dentro de la fosa, emitiendo débiles alaridos como de boba. La cubrí de tierra, y esa tarde me senté solo a la mesa, celebrando su ausencia.

La misma noche y otras siguientes, a hora avanzada, un brusco resplandor iluminaba mi dormitorio y me ahuyentaba el sueño sin remedio. Enmagrecí y me torné pálido, perdiendo sensiblemente las fuerzas. Para distraerme, contraje la costumbre de cabalgar desde mi vivienda hasta fuera de la ciudad, por las campiñas libres y llanas, y paraba el trote de la cabalgadura debajo de un mismo árbol envejecido, adecuado para una cita diabólica. Escuchaba en tal paraje murmullos dispersos y confusos, que no llegaban a voces. Viví así innumerables días hasta que, después de una crisis nerviosa que me ofuscó la razón, desperté clavado por la parálisis en esta silla rodante, bajo el cuidado de un fiel servidor que defendió los días de mi infancia.

Paso el tiempo en una meditación inquieta, cubierto, la mitad del cuerpo hasta los pies, por una felpa anchurosa. Quiero morir y busco las sugestiones lúgubres, y a mi lado arde constantemente este tenebrario, antes escondido en un desván de la casa.

En esta situación me visita, increpándome ferozmente, el espectro de mi víctima. Avanza hasta mí con las manos vengadoras en alto, mientras mi continuo servidor se arrincona de miedo; pero no dejaré esta mansión sino cuando sucumba por el encono del fantasma inclemente. Yo quiero escapar de los hombres hasta después de muerto, y tengo ordenado que este edificio desaparezca, al día siguiente de finar mi vida y junto con mi cadáver, en medio de un torbellino de llamas.

Sueño

Mi vida había cesado en la morada sin luz, un retiro desierto, al cabo de los suburbios. El esplendor débil, polvoso, de las estrellas, más subidas que antes, abocetaba apenas el contorno de la ciudad, sumida en una sombra de tinte horrendo. Yo había muerto al mediar la noche, en trance repentino, a la hora misma designada en el presagio. Viajaba después en dirección ineluctable, entre figuras tenues, abandonado a las ondulaciones de un aire gozoso, indiferente a los rumores lejanos de la tierra. Llegaba a una costa silenciosa, bruscamente, sin darme cuenta del tiempo veloz. Posaba en el suelo de arena blanca, marginado por montes empinados, de cimas perdidas en la altura infinita. Delante de mí callaba eternamente un mar inmóvil y cristalino. Una luz muerta, de aurora boreal, nacida debajo del horizonte, iluminaba con intensidad fija el cielo sereno y sin astros. Aquel paraje estaba fuera del universo y yo lo animaba con mi voz desesperada de confinado.

La penitencia del mago

Recibí advertimientos numerosos de origen celeste cuando empezaba a iniciarme en una ciencia irreverente. Me disuadían de seguir la demanda de verdades superiores a la fragilidad del hombre, y me amenazaban con la pérdida de la felicidad el mismo día de tenerla a mi alcance y con la prolongación expiatoria de mis días.

La meditación orgullosa había desmedrado aceleradamente mi organismo, anticipando las señales de la vejez.

Vi en la ruina de mi salud el último aviso de una potestad indignada.

Volví en mis fuerzas retirándome a la soledad de un predio, defendido por barrancos y hondones. De allí salí más tarde, en busca de impresiones nuevas, para un reino de tradiciones y de ruinas. Y, debajo de un pórtico despedazado, encontré una mujer adolescente, de ojos extasiados.

De tanto frecuentar su trato plácido, sentí el contagio de su arrobamiento, y sané de la zozobra anterior, disfrutando una promesa de bienestar.

Una tarde le referí los atentados de mi pasada curiosidad soberbia.

Mis palabras alarmaron su imaginación; ratificaron temores informes de peligros entrevistos o soñados durante su niñez retraída. Aquel sobresalto comenzó la abolición de su pensamiento y fue el estímulo de una agonía larga.

Seguí adelante al comenzar el advenimiento de las amenazas fatales. Buscaba un lugar apacible donde pagar el resto de la sanción irrevocable y esperar el diferido término de mis días.

Di con este país sumido en silencio nocturno. Escogí para edificar mi retiro la sombra de esta selva, tapiz desenvuelto al pie de los montes.

Sobre la selva y sin alcanzar la altura de los montes, vuelan ocasionalmente algunas aves de alas fatigadas.

Del ciclo troyano

Polidoro, hijo último de Príamo, demasiado joven para los deberes militares, vivió lejos de la patria cercada y en la corte de un rey fementido, donde lo había relegado el celo afectuoso de los suyos.

No sabía del asedio funesto, ni de su término en la noche de lamentos, tinta en llamas, cuando cayó bajo el hierro de su huésped, mudado en pro del vencedor.

Su tumba, asombrada por áspero matojo que emite una voz compasiva, suscita el miedo en los peregrinos de Virgilio.

El príncipe venía macilento por efecto de un monólogo suspiroso. Pensaba en Ifigenia, escapada de en medio del sacrificio y a punto de morir, refugiada entre los sármatas, cuyos corceles infatigables hieren un suelo de nieve marmórea. Había tratado a la virgen tácita, de reposado continente y blando paso, en uno de los santuarios insulares, donde amistaban los pueblos comarcanos, separados por los agravios personales de sus reyes. Clitemnestra alentaba la pasión de los niños; pero su esposo la vedaba por el interés de la política y por la insinuación de los sacerdotes, necesitados de una víctima regia.

Clitemnestra salva a su hija con valiente superchería, y medita años continuos el desquite.

Espera en su cubil de leona durante el decenio de la lid fatal, repartido entre ventajas y reveses: más de una vez el regio esposo, holgado y soberbio, no obstante el peso de las armas flamantes, increpa las catervas de los suyos, amedrentadas porque un trueno fortunoso recorre las alturas, y Héctor desordena el campamento, redoblando su furiosa acometida de vendaval.

Clitemnestra dispone la muerte del real consorte, en reparación de su voluntad desoída, en desagravio de su vil sumisión, propia de las cautivas ganadas a lanza; y el crimen acontece la noche misma del regreso y sigilosamente, en medio del angustiado clamor de los pájaros nocturnos, de vuelo disparado y errátil.

El cruzado

Los árboles, de columna desnuda, esparcen hacia arriba una ramazón vigorosa, reparo de la frente del castillo.

De los torreones cuelga una broza parásita, de crines ralas. Allí suben aves corpulentas, de irónico rostro de gárgola.

Desde mi ventana remontada miro a mis pies la ondulación de la floresta y, en un ángulo del horizonte, la luz espasmódica del relámpago.

Huyeron lejos los días de andanza militar. Defendí contra el musulmán apartados reinos zozobrantes. Ejecutábamos y sufríamos una guerra de asechanza y campo abierto, perpetua y sin merced. Una noche de consternación dejé, entre aves de rapiña y acostado en un precipicio, el cadáver de mi hermano de armas. La luna asomaba por una brusca apertura del nublado.

Un consejo interior me restituyó a esta vivienda, una vez convenida la paz. Derribé encinas y robles para vedar, tras de mí, las sendas y carriles de la selva. Escogí, por mi aposento, la sala de los trofeos de caza, donde sobresale un espejo nebuloso.

El ocio y la monotonía recrecieron mi natural amargura, aliviada pasajeramente por el intervalo de trajín mundano.

Sentía un desmayo de la voluntad, un rapto sobrenatural, efecto de presencia desconocida. Perdí la cuenta del tiempo y de su paso.

Una vez quiso verme el más alegre de mis camaradas, y lo consiguió adivinando las veredas y sorteando los estorbos colocados de través.

La ambición desengañada lo había reposado, confiriendo autoridad a su discurso. Había penetrado los secretos de la sabiduría.

Me refirió las tradiciones de mi casa, los atropellos de mis antepasados y su término aciago. Mi orfandad temprana, mis hazañas de cruzado habían bastado a rescatarme del sino. Debía poner fin a mi raza, pasando a mejor vida sin descendientes.

Por su mandamiento me acerqué al espejo nebuloso, momentáneamente esclarecido.

Y allí miré, asombrado, mi faz de anciano.

Los lobos del yermo

Los infanzones dejan rara vez el asilo de su torre. Miran, debajo de sí y en derredor, un contorno de roquedos de esterilidad mineral.

Un ave negra vuela verticalmente desde la tierra y traza en la altura un circuito obstinado.

La imaginación popular mira en el pájaro obsedente el alma del anterior castellano, progenitor de los actuales garzones desmandados.

Nacieron de una joven raptada, cargada, hasta morir, de afrentas y de golpes. Conservan la memoria de su ademán sufrido.

Los villanos censuran y repugnan el desmán. Osan manifestar su propio resentimiento y el de sus antepasados.

Se agazaparon, mal armados y de tropel, en los tornos y recodos de un monte hueco, frontero de la torre; y consiguieron desbaratar la hueste de sus mandones.

Los mozos vencidos resisten uno contra dos y cejan, sin volver la espalda, hasta guarecerse.

Los villanos se conciertan para el asalto de la torre, desenlace de la guerra impía. Sus emisarios visitan aldeas apartadas, en demanda de hombres y pertrechos.

La muchedumbre entusiasmada y bisoña llega de sobresalto, empuñando armas tundentes, enarbolando pendones gaiteros.

Embiste una y otra vez, y retrocede en desorden. Los agresores sucumben, por escuadras, bajo una lluvia de cantos y de flechas. Sus jefes los increpan, alzando sobre la cabeza los brazos desesperados.

Organizan, en un instante de tregua, el ataque unánime, y aparejan puentes y escalas, para vencer la resistencia de avenidas y puertas.

Logran, de esa suerte, romper la indiferencia de la victoria titubante.

Entran la torre descollada, profiriendo amenazas y cumpliéndolas sin misericordia, hasta despoblarla.

Los vencedores la envuelven en llamas, y dejan sobre el suelo, por único vestigio, una mancha de fuego.

Los campesinos dejan de ver, en toda la redonda, el ave saturnina.

Vislumbre del día aciago

El prado fenece en una arboleda. Los vegetales, de un verde luctuoso, prosperan libremente al aire embebido, fiados al sol mortecino. Un ave friolenta, de gorjeo tenue, sube en demanda de la luz. Vuela y trina en medio de un débil esplendor blanco. Posa alguna vez sobre el techo rojo de un edificio, mansión de dos pisos, aislada y abandonada.

Lamenta la primavera transparente, cuando revolaba, trazando orbes y rayas fugaces. Soporta diluvios y torbellinos, meteoros de la estación maligna. Observa el reposo de las nubes y de las sombras amontonadas. Recibe la sugestión de la tierra letárgica y permanece inmóvil, sumada al panorama desanimado.

Resiste las energías calamitosas, soltadas de su cárcel nocturna, juntando los débiles alientos de sí misma, acostumbrada a las oscilaciones de la naturaleza inmortal; y guarda semejanza con el espectador de una escena litúrgica, preliminar del retorno indefectible del júbilo, comentada por el viento en su triste pífano.

La cuna de Mazeppa

Un aura fácil propaga la querella de la tierra cubierta de ruinas, lastimada por el invierno y su saña de vencedor. La estación nueva espira un fuego vital, preludio del bullicio. Los ánades retornaron a los pantanos deshelados, y turban la superficie de azogue. Humilde flor esporádica supera al yerbazal fecundo, tapiz de la sabana, mullido por la primavera. Los tallos surgen a porfía, delgados y briosos, del agua superficial, derramada. El sol diferencia los tonos del verde en las ondulaciones de la pradera agitada por el viento, y una nube proyecta la sombra de su vuelo. Aves de rapiña circulan frecuentes en las alturas del aire, y desde allí registran su dominio o lo recorren con determinación de mensajeros. El cielo, de azul nítido, baja en redondo sobre el yermo, criadero de lobos, y un jinete, embutido en su hábito de felpa, cruza a galope en demanda de una ciudad de cúpulas doradas.

Las aves de la visionaria

He visto la doncella retraída, sujeta al pesar, obsesa de memorias. Acostumbra la veleidad y el ensueño. Desatiende alguna vez el rumor seducente de un arroyo, peregrino desde cima invisible por un cauce hundido. Precipicios de roca desnuda componen sus márgenes paralelas, de breve intervalo, negando luz al raudal abismado. La doncella admira el vuelo suspenso de unas mismas aves taciturnas sobre este sitio del yermo, y quiere saber dónde posan a reponer el vigor de sus alas. Pero las aves querenciosas del abismo escapan siempre de su atención y huyen a disiparse en la inmensidad.

Trance

He soñado con la beldad rubia. Miro su despejo y siento su voz.

Inicia con razones elegantes una conversación de motivo lisonjero.

Yo estoy prosternado. Quiero oprimir entre mis manos su diestra delgada y perezosa.

Expone en lenguaje selecto un suceso de siglos ilustres. Refiere las cuitas de un trovador desengañado.

Yo espío los rasgos de su faz iluminada.

Añade comentarios de crítica afilada y suspicaz, y yo asiento con mudez inescrutable.

La casa del olvido

Un espejo retrata la oscuridad de la estancia, donde los muebles antiguos aumentan la majestad de la sombra. El color amarillo de los marcos, guarniciones y entalladuras vacila y fenece en un borde negro. La estancia ocupa un extremo interior de la mansión desierta, salvo de ruidos y de alarmas; conviene con la meditación abismada y con el desconsuelo infinito; rememora las ilusiones de antaño, desfile de lamentos. El sueño, de semblante lívido y alas funerales, visita el retiro inexpugnable, posando finalmente sobre el piso de alfombras; él es la única interrupción del soliloquio vertiginoso.

Una alta ventana descubre el cielo sublime, donde la nube flota con natación de náyade y corre con desbandada fuga de Atalanta. Un vegetal flexible sigue la jamba de la ventana, se dobla en arco y termina en flor solitaria; una flor que parece de artificio: casta, indemne del tiempo, color de alabastro y sin aroma; y esa flor beata, de palidez litúrgica, traba relaciones dichosas con una estrella, divisada desde la ventana en un mismo sitio del cielo.

Pero la flor padece otro amor secreto y más vehemente: solicita el estanque vecino, yacija del agua dormida y desnuda, y quiere escapar de la sombra, para morir sumisa bajo el dardo del sol, igualando el sacrificio de tal cautiva, amante del vencedor en bárbara epopeya.

La luna coloca un nimbo de plata sobre la flor enjuta, monja negada al sueño y sustraída del mundo, una noche amenizada con inmensa luz remota, preludio y mensaje del cielo; y esa noche de contemplación, en su llano estanque, murmura en sueños el agua virginal.

La mansión enorme engrandece los fantasmas de la sombra y recibe la inundación del sol con el sosiego del desierto. Dispone la mente a la meditación escrupulosa de la muerte y su recinto sellado enuncia agüeros de la eternidad.

En el centro de la morada funeral, edificada con regularidad severa, el agotado pozo antiguo, convertido en fosa, puede sustentar la vida de un ciprés inmóvil. El árbol huraño vigila sin fin sobre la fosa inadvertida, y su cúspide, finalmente elevada por encima de los muros de la mansión rigurosa, demanda el horizonte lejano y el lenitivo de la aurora.

Cuento desvariado

El infante de los reyes proscritos fue abandonado en un esquife, después de vencidos en la contienda desesperada.

Bogaba en medio del cántico de las olas salvajes, hacia la isla de los naufragios, visitada por las aves.

Aportó derechamente donde lo esperaba el adepto de una ciencia aborrecida, árbitro de los elementos, adornado con una guirnalda de roble. Había dejado su retiro, entre las ruinas de fortalezas inmemoriales, al sospechar el arribo del predestinado.

Debía trasmitirle las enseñanzas fiadas a la memoria de una secta formal, temerosa de escribirlas.

El niño creció con sólo respirar un aire vital. Mandaba sobre la milicia de las aves, celosas de contentar su voluntad inocente y de contarle mensajes de un origen superior.

Su vida apacible conserva el dejo de un solo pesar, desde la evasión inopinada del maestro. La isla alargaba en ese momento de la tarde su sombra triangular sobre el mar violáceo.

La luna, anegada en la borrasca, inspira al solitario la imagen de una mujer distante, de alma simpática.

La busca en un bajel insumergible, de estela argentina.

Ella vive, abrazada a una esperanza, en el aposento más alto de una torre.

El proscrito descubre su única hermana en la mujer vigilante.

Conoce el principio de su separación y recupera, por sus avisos y con los medios aprendidos en la isla tormentosa, los bravos súbditos de sus progenitores.

Paisaje del mar desierto

El bajel atraviesa el mar inhospitalario, donde el cielo uniforme pinta visos de un color de acero. La luz vaga horizontalmente, oprimida por el aire turbio, originaria de un sol humoso; el bajel de negro volumen interrumpe la inmensidad.

La llovizna sosiega el mar oleoso, ocupando las horas iguales; y el horizonte oscuro limita el agua inerte, ciñe un abismo en que duerme la vida.

El balance del bajel descolma el silencio; y el aire fusco difunde cristales inquietos, mitigando el arrebol de un péndulo fanal.

El bajel está servido por marinos de calma adusta, que reposan de la maniobra atisbando sin esperanza; ellos afrontan el día nebuloso y la noche retinta, y prodigan la hazaña en la soledad, secuaces de un orgullo invicto.

El avenimiento de sagitario

Yo había escapado la saña de mis enemigos, retirándome dentro del país, al pie de las montañas, de donde bajan, en son de guerra, las tribus homicidas. Había dejado la ciudad nativa y su alegre ensenada al arbitrio de una facción vehemente.

Me había seguido la cautiva meditabunda, a quien rescaté de los piratas, seducido por su belleza grave. Sólo se animaba al recordar el suelo de su nacimiento, donde las selvas de ébano prosperan cerca del océano infecundo.

Mis huéspedes temían haber ofendido a su dios aborigen, arquero vengativo. Lo creían deseoso de continuar entre los hiperbóreos, moradores, en casas de madera, de un clima propicio, donde una luz vaga reposa los sentidos.

Autoritarios sacerdotes, negados al regalo, buscaban reconciliarlo por medio de una ceremonia decisiva. Me impusieron la separación de mi compañera y el sacrificio de su vida.

Partió de mí con adiós interminable, despertador de la compasión.

Un galope solitario y el aire trémulo de saetas invisibles anunciaban, al mediar la noche, el retorno del numen.

Fantasía de la estación adversa

El desfile de los días morosos, enlutados por el invierno, visitados por la pesadumbre. Los pájaros del cielo, emisarios de la tormenta, desbandados por la ventolera. La niebla suspendida, de pies alados, esquivos del contacto de la tierra.

El palacio de los escombros fulminados sobresale en la comarca ignota, orillas del mar de las aguas pesadas, y una selva le cubre las espaldas.

El cortejo de los jóvenes alegres, venidos de más allá del horizonte, profana cierto día las salas y aposentos de la ruina feudal. Motejan las armas de la panoplia antigua y su retozo descomunal despierta los ecos indignados.

Visitan la selva, donde cortan de raíz los árboles macizos, reproduciendo a cada paso el derrumbe estrepitoso de una torre, y componen esquife liviano, seguros de continuar, por nuevos caminos, su peregrinación bulliciosa.

Partieron entre canciones volanderas, señal de su humor desprevenido, a la exploración del mar enigmático, y perecieron náufragos en sus aguas pesadas, antes de comunicar el descubrimiento del palacio fatal.

El pupilo de Fabricio

Era un sensible. Amaba la vida indeterminada y en paz, sin fines tiránicos. ¿Por qué había nacido él, esbelto y condescendiente, en aquella familia maciza y bronca?

Las gentes lo comparaban con el tío, hermano de su difunto padre, y lo tenían por segundo ejemplar de aquel hombre, devoto de la teoría y del ensueño, que murió temprano en medio de sus amigos desconsolados.

El hermano mayor, limitado a las satisfacciones corporales, había contraído un matrimonio desigual, y vivía lejos, despreocupado de los suyos.

La familia, de alma insocial y austera, constaba de la madre y tres hermanas. Recordaban la cruel significación del proverbio español: tres hijas y una madre, cuatro diablos para un padre. Porque eran negadas a convenir en las angosturas de la pobreza, en las negativas de la suerte, sin embargo de esquivar la exhibición y el estruendo. Eran egoístas y duras.

Después de breve educación escolar, al desaparecer el jefe de la familia, se asentó de empleado en un almacén famoso, en cuyo aumento aplicó largos años la potencia de su alma nocturna y sin refugio. Mas no logró seducir, con tanto esfuerzo, la voluntad del amo, un profesor de energía, enamorado de la iniciativa anglosajona, censor de la indolencia criolla, encarrilado por máximas ruines, conversador de simpleza magistral, admirado de las señoras.

Pasaba la vida monótona; huía la juventud sin sonrisas.

Una ocasión, el héroe de este relato sustrajo de la caja una corta suma, esperando reponerla antes del próximo tanteo, con el socorro de un amigo; y se atrevió tanto por remediar un apremio de los suyos, por serenarles el regaño permanente. Pero una visita fiscal trajo por consecuencia el examen anticipado de los caudales, la confesión del sustrayente y su arresto bajo las inculpaciones del amo.

Más de una vez hubo de venir al tribunal, a pie, entre gendarmes que le formaban alas, y con el séquito de los curiosos.

Un abogado novel asumió espontáneamente la defensa, gustoso de la novedad y del escándalo. Tartajeó en un castellano adúltero los retazos de su erudición apelmazada y bárbara.

Llovían las citas de origen italiano, cotorreadas con la mediocridad ejemplar del buen estudiante.

Pero sobraban las razones del curial presuntuoso. El jurado, constante de hombres humanitarios, sintió, entendió y disculpó.

Salió libre al cabo de meses. La mortificación lo había embrutecido. La afrenta le impedía la reconstitución de la propia estima, y huyó lejos de la ciudad, lejos de los suyos, siempre interesados y descontentos.

Se acordó de Fabricio, un muchacho humilde, amigo de su niñez, antiguo sirviente de la casa, quien había fundado familia en una aldea del litoral vecino.

Resolvió esperar, bajo su protección corta y afectuosa, el relevamiento de su salud y de su nombre.

Allí lo conocí años después, idiota, persiguiendo a pedradas una banda de granujas. De vez en cuando sonaban apodos indecentes.

Diva

La dama venusta lee, entre sonrisas, las dos páginas de mi invención.

Desea dar con un pensamiento disimulado, escurrido entre las líneas.

Deja la estancia de recibo, llena de luz enfadosa.

Pasa a la sala con airoso continente, diciendo a media voz una canción remota. La sombra porfía con el destello de los espejos y de las baratijas de cristal.

Se esconde una vez más en el recinto sosegado y tibio. Repugna el floreo de los salones y la galantería sobajada.

Ennoblece la conversación y el debate con ideas inventadas en el retiro, o sugeridas por autor descollante, hijo de nación activa.

Mira desde un zócalo, guardando reposo escultural, la sucesión de los días.

La dama venusta, de alma fatigada, reposa a oscuras en la sala apacible. Sigue las figuras y especies de su imaginación volátil, y se abraza a la visión de su vida acabada, resorbida en la sombra caótica.

Entrevisión del peregrino

El vendaval riguroso, nacido en el secreto de un páramo, sacude los árboles encarados al crepúsculo violáceo. Los sones del viento, flébiles y largos, recorren la ciudad de las ruinas monumentales, donde el contado transeúnte desaparece con pasos de muda sombra. El sol esclarece las cúpulas de las mansiones de ecos profundos.

En los jardines impenetrables, murados de excelsas paredes, que despiertan la emoción opresiva de un secuestro en hundido calabozo, prosperan los árboles verdinegros y piramidales, rezagos de una flora pretérita. A cada paso algún recinto espacioso brinda su lóbrega soledad, bajo la guardia de quimeras ornamentales, reliquias de un arte excepcional, símbolo de una fe desertada.

La rotura de los monumentos revela profanaciones sucesivas a fuerza de armas, obra de invasores arribados en tumultuosa caballería, y la despoblación recuenta la visita de las epidemias errabundas, criadas en lejanas riberas inundadas, en el seno de los pantanos cálidos.

Aves engrifadas, de hábitos sanguinarios, cortejo de ejércitos, celebran el estrago, y describen en la atmósfera letal, antes de caer sobre la presa, vuelos arremolinados en forma de embudo. Columbran, tangente al horizonte, la última cinta de la luz execrada, y su conjunto movedizo, encima de los pórticos maltratados, desordena la noche estancada.

Santoral

El monje vive en la caverna, originada de pretéritos asaltos del mar. El agua vehemente consiguió practicar un portillo en la roca.

La costa retorcida, alba de tantas olas, es la orla del manto de la noche cerrada.

La aspiración de las criaturas al infinito se torna angustiosa bajo el peso de la sombra. Adivinan y sienten el cerco de un cautiverio.

Seres informes se deslizan por el aire fluido. Son agentes del mar, anteriores al nacimiento de la tierra, más poderosos en el cambio de la estación.

El monje está rodeado por las tentaciones del miedo. Acude al oficio de la media noche, aprendido de una hermandad sigilosa.

El socorro del cielo fuga las potencias enemigas de la luz. Se manifiesta en el trueno hondo y espacioso, en el relámpago entrecortado.

La faz del monje conserva para siempre el estupor de la noche del prodigio.

A orillas del mar eterno

Los vientos recorren a galope el estadio del mar, sacan sones profundos de las naves, provocan sonoras palpitaciones en el velamen, y arrastran las olas a una vida más bulliciosa y efímera. Una montaña de cuesta dificultosa proyecta lejos su vaga sombra, dando al mar la oscuridad de un espejo envejecido.

Los vientos bullen bajo una zona del aire, adornada con distinta gaviota inmóvil, un pájaro de vida rutinaria y tediosa, avezado a las alturas de los mástiles, donde culmina el tremendo pulso del piélago. Observa la retirada lenta del sol, del cual recibe trémula aureola.

Las naves padecen sacudidas bruscas, semejando bestias amodorradas y en descanso penoso. Desentonan con espeso color negro en medio de la tarde avanzada. Su reposo pronostica navegaciones raudas, bajo el impulso de las velas sopladas.

El aire se llena con los sones bárbaros del agua, en los que se declara una fuerza profunda; ellos componen un cántico infinito, concertado herméticamente con otras armonías distantes. Su rumor canta la huella rutilante del sol descendente y reconstituye, en la gradual oscuridad nocturna, la voz del abismo primordial.

Geórgica

Los dolientes, portando ramos de ciprés, hollaban el camino de los sepulcros. Cantaban a una sola voz trenos lentos, de ternura íntima, extinguidos en breve espacio. Aquellos gemidos, propagados en el oquedal, morían a la luz de un ocaso lívido. Todos vestían de lienzo blanco en la procesión ocupada de contentar los manes.

Una mujer avanzaba en medio del concurso, juntado para el aniversario de su hija, doncella muerta el pasado otoño; y lo presidía con la dignidad de un sentimiento venerable. El séquito constaba de paisanos, acudidos de los escondites de la campiña, sensibles a la memoria de la virgen finada, y dispuestos a sublimarla con los títulos de nueva deidad rural, tutelar de sus faenas.

Siguieron hasta posar en un rellano, donde algunas piedras, arrimadas a un árbol austero, defendían la fosa y componían la mesa de un altar. Dejaron el canto por el sacrificio de un animal negro, dedicado a los poderes tenebrosos, conforme un rito inmemorial; y dos mozos gentiles tributaron las primicias de su numen, porfiando a sobresalir en las endechas.

Recordaron la hermosura de la joven, los prodigios contemporáneos de su muerte y el acto de sepultarla bajo una lluvia opaca. Todos callaron a la primera anunciación de la luna, y de su esplendor escaso, dejaron encendida una antorcha simbólica, y se dividieron y se alejaron consolados por la noche apacible.

El romance del bardo

Yo estaba proscrito de la vida. Recataba dentro de mí un amor reverente, una devoción abnegada, pasiones macerantes, a la dama cortés, lejana de mi alcance.

La fatalidad había signado mi frente.

Yo escapaba a meditar lejos de la ciudad, en medio de ruinas severas, cerca de un mar monótono.

Allí mismo rondaban, animadas por el dolor, las sombras del pasado.

Nuestra nación había perecido resistiendo las correrías de una horda inculta.

La tradición había vinculado la victoria en la presencia de la mujer ilustre, superviviente de una raza invicta. Debía acompañarnos espontáneamente, sin conocer su propia importancia.

La vimos, la vez última, víspera del desastre, cerca de la playa, envuelta por la rueda turbulenta de las aves marinas.

Desde entonces, solamente el olvido puede enmendar el deshonor de la derrota.

La yerba crece en el campo de batalla, alimentada con la sangre de los héroes.

Vestigio

Tu suerte infundía el pesar de una ilusión anulada, de una felicidad escapada y distante; tu distinción exótica daba relieve a la desventura interminable de una vida anómala. Yo escuchaba tus lamentaciones de criatura débil, amenazada y fugitiva.

Vestías de azul y blanco, los colores de la ola momentánea; y tus ojos, de mirada atónita y lejana, compendiaban un nostalgioso panorama oceánico. Yo celebraba tu belleza alba y taciturna de pájaro boreal.

Adornabas la tarde; y yo recuerdo que entonces acrecentaba la melancolía del poniente e inundaba la ciudad patricia una procelosa irrupción de nieblas, indómitas mensajeras del mar.

La muerte benévola te llevó dormida a su limbo oscuro y vano; pero tu imagen alada, vencedora del olvido, humilla las malezas de mi jardín sellado con una sobrenatural blancura de mármol.

EL CIELO DE ESMALTE

(1929)

Victoria

Su veste blanca y de galones de plata sugería la estola de los ángeles y las galas primitivas del lirio. Una corona simple, el ramo de un olivo milenario, ocultaba sus sienes. Los ojos diáfanos de esmeralda comunicaban el privilegio de la gracia.

Los rasgos sutiles del semblante convenían con los de una forma tácita, adivinada por mí mismo en el valle del asombro, a la luz de una luna pluvial. Uno y otro fantasma, el de la veste blanca y el de la voz tímida, se parecían en el abandono de la voluntad, en la calma devota.

Yo recataba mi niñez en un jardín soñoliento, violetas de la iglesia, jazmines de la Alhambra. Yo vivía rodeado de visiones y unas vírgenes serenas me restablecían del estupor de un mal infinito.

Mi fantasía volaba en una lontananza de la historia, arrestos del Cid y votos de San Bruno. Yo alcancé una vista épica, en un día supremo, al declinar mi frente sobre la tierra húmeda del rocío matinal, reguero de lágrimas del purgatorio. Yo vi el mismo fantasma, el de la voz tímida y el de la veste de azucena, armado de una cruz de cristal. Su nombre secreto era aclamado por los arcángeles infatigables, de atavío de púrpura.

Penitencial

El caballero de túnica de grana, la misma de su efigie de mártir, aspira a divertirse del enfado jugando con un guante.

Oye en secreto los llamamientos de una voluntad omnímoda y presume el fin de su grandeza, el olvido en la cripta desnuda, salvo el tapiz de una araña abismada en el cómputo de la eternidad. Ha recibido una noche, de un monje ciego, una corona risible de paja.

El caballero se encamina a verse con el prior de una religión adusta y le propone la inquietud, el ansia del retiro. Los adversarios se regocijan esparciendo rumores falaces y lo devuelven a la polémica del mundo.

Las mujeres y los niños lamentan la muerte del caballero inimitable en la mañana de un día previsto, censuran el éxito de la cuadrilla pusilánime y besan la tierra para desviar los furores de la venganza. El cielo negro, mortificado, oprime la ciudad y desprende a veces una lluvia cálida.

El valle del éxtasis

Yo vivía perplejo descubriendo las ideas y los hábitos del mago furtivo. Yo establecía su parentesco y semejanza con los músicos irlandeses, juntados en la corte por una invitación honorable de Carlomagno. Uno de esos ministriles había depositado entre las manos del emperador difunto, al celebrarse la inhumación, un evangelio artístico.

El mago furtivo no cesaba de honrar la memoria de su hija y sopesaba entre los dedos la corona de perlas de su frente. La doncella había nacido con el privilegio de visitar el mundo en una carrera alada. La muerte la cautivó en una red de aire, artificio de cazar aves, armado en alto. Su progenitor la había bautizado en el mar, siguiendo una regla cismática, y no alcanzó su propósito de comunicarle la invulnerabilidad de un paladín resplandeciente.

El mago preludiaba en su cornamusa, con el fin de celebrar el nombre de su hija, una balada guerrera en el sosiego nocturno y de esa misma suerte festejaba el arribo de la golondrina en el aguaviento de marzo.

La voz de los sueños le inspiró el capricho de embellecer los últimos días de su jornada terrestre con la presencia de una joya fabulosa, a imitación de los caballeros eucarísticos. Se despidió de mí advirtiéndome su esperanza de recoger al pie de un árbol invisible la copa de zafir de Teodolinda, una reina lombarda.

Los herejes

La doncella se asoma a ver el campo, a interrogar una lontananza trémula. Su mente padece la visión de los jinetes del exterminio, descrita en las páginas del Apocalipsis y en un comentario de estampas negras.

La voz popular decanta la lluvia de sangre y el eclipse y advierte la similitud con las maravillas de antaño, contemporáneas del rey Lear.

Un capitán, desabrido e insolente con su rey, fija la tienda de campaña, de seda carmesí, en medio de las ruinas. Los soldados, los diablos de la guerra, dejan ver el tizne del incendio o del infierno en la tez árida y su roja pelambre. Un arbitrista, usurpador del traje de Arlequín, los persuade a la licencia y los abastece de monedas de similor y de papel.

La doncella aleja la muchedumbre de los enemigos, prodigando las noches de oración. Se retiran delante de una maleza indeleble, después de fatigarse vanamente en la apertura de un camino. El golpe de sus hierros no encontraba asiento y se perdía en el vacío.

El verso

El nenúfar blanco surgía de la piscina, entre los ánades soberbios de lucir en sus plumas el rubor de las llamas. El ciprés confundía en el polvo las hojas tenues, en el cruce de las avenidas. Sufría, vestido de luto, el riego de una llovizna de cristal.

Un doméstico, abastecido de un tridente de hierro y de una linterna en la cintura, recorría dando voces el jardín aciago. Los pavones ruantes animaban las horas indolentes de la cerrazón.

La princesa de China, de talle esbelto, apareció de puntillas a lamentar la corola decadente de las flores criadas bajo una campana de vidrio y se abandonó a sus lágrimas humildes e infantiles.

Ese mismo día fue solicitada en casamiento y dividió conmigo su amargura. Quiso llevarse a la tienda de campaña de un nómade, al yermo glacial, un juicio profundo, un verso de mi fantasía, aplicado a la dureza de la suerte y yo lo dibujé en su abanico de marfil, recordando los signos de una caligrafía noble.

El duende

El cardenal me circunvenía y agasajaba desde cuando sorprendí sus trampas en el juego. Yo había militado en garitos innumerables.

La ambición terrestre lo había desviado de contraer los votos del sacerdocio. Los murmuradores le imputaban el proyecto de ganar cabida y mando en una familia arrogante, por medio de un casamiento secreto.

Se acercaba constantemente al objeto de sus afanes. Una mujer del linaje soberbio se desvelaba al lado de su consorte, reducido a los huesos por un mal progresivo, y esperaba a cada paso la viudez.

El Sumo Pontífice, animado de una sana intención, me despidió de entre sus familiares, revueltos contra mí por el cardenal, y me confió un recado para la diócesis de Rávena. Yo estaba prendado de la belleza antigua y su ritmo preciso y censuré, en la ciudad de mi destierro, el arte pródigo de los bizantinos y el desvarío de Dante, un poeta absurdo, sepultado allí mismo.

He rastreado los motivos del cardenal en contra de mi persona y dignidad. Acaso me creyó en la pista de sus relaciones culpables con una ralea sindicada. Un niño díscolo, el más consentido de sus servidores, me derribó en su palacio, enredándome con un hilo invisible, y yo lo azoté a mi satisfacción. El cardenal lo había tomado de los brazos de una mujer aviesa, reliquia de una tribu de idólatras.

Lucía

Yo abría las ventanas de la cámara desnuda y fiaba el nombre de la ausente a los errores de una ráfaga insalubre. Mi voz combatía una lápida, imitaba el asalto del ave del océano sobre el fanal.

Yo adivinaba los acentos claros del alba, salía de mi retiro y pisaba con reverencia y temor la escalinata roída por la intemperie. Yo divertía la pesadumbre con la vista de un horizonte diáfano. El fresno y el pino menudeaban lejos y a la ventura en el país de lagos y raudales.

Yo me censuraba fielmente. Quería atinar un desliz de ineptitud o de apatía en el proceso de sus dolores inhumanos y no recordaba sino mi actividad y mi presencia continua en el aposento. Su muerte reprodujo el semblante de la agonía de Jesús.

Las brumas lentas nacían, al empezar la noche, de los pozos del agua pluvial, sosegaban los ruidos y se perdían en la vivienda alucinada.

Los velos del agua palúdica facilitaron el regreso de la virgen asidua. Se allanó a dejar en mis manos, señal de reconocimiento, la presea de su candor. Me devolvió la corona de su frente.

El capricornio

Fijamos la tienda de campaña en el suelo de arena, invadido por el agua de una lluvia apacible. Vivíamos sobre las armas con el fin de eludir la sorpresa de unos jinetes de raza imberbe.

Unas aves de pupila de fuego, metamorfosis de unos lobos empedernidos, alteraban la oscuridad secreta. Un lago trémulo recogía en su cuenca la vislumbre de un cielo versátil.

Sufríamos humildemente la penuria del clima. Derribamos un cabrío, el primero de una tropa montaraz, y nos limitamos a su vianda rebelde, coriácea. Los cuernos repetían la voluta precisa de los del Capricornio en la faja del zodiaco.

Plutarco, prócer de un siglo decadente, cita los ensueños torpes, derivados de los manjares aviesos, y persiste en reprobar la cabeza del pólipo.

Los jinetes habían dirigido en nuestro seguimiento el rebaño funesto. Esperanzados en el desperdicio de nuestra pólvora, inventaron el ardid magistral de ponerlo a nuestro alcance. De donde vinieron la captura y el aprovechamiento de la res infame y la danza de unas formas lúbricas en el reposo de la cena.

Disparamos erróneamente los fusiles sobre el ludibrio de los sentidos. Unos gatos de orejas mútilas cabriolaban, a semejanza de los sátiros ebrios de un Rubens, en el seno de una llama venenosa.

Los gafos

La noche disimulaba el litoral bajo, inundado. Unas aves lo recorrían a pie y lo animaban con sus gritos. Igualaban la sucedumbre de las arpías.

Yo me había perdido entre las cabañas diseminadas de modo irregular. Me seguía una escolta de perros siniestros, inhábiles para el ladrido. Una conseja los señalaba por descendientes de una raza de hienas.

Yo no quería llamar a la puerta de uno de los vecinos. Se habían enfermado de ingerir los frutos corrompidos del mar y de la tierra y mostraban una corteza indolora en vez de epidermis. La alteraban con dibujos penetrantes, de inspiración augural. El vestido semejaba una funda y lo sujetaban por medio de vendas y de cintas, reproduciendo, sin darse cuenta, el aderezo de las momias.

Las líneas de una serranía se pronunciaban en la espesura del aire. Daban cabida, antes, a la aparición de una luna perspicaz. Un espasmo, el de la cabeza de un degollado, animaba los elementos de su fisonomía.

El satélite se había alejado de alumbrar el asiento de los pescadores, trasunto de un hospital. Yo me dirigí donde asomaba en otro tiempo y lo esperé sin resultado. Me detuve delante de un precipicio.

Los enfermos se juzgaron más infelices en el seno de la oscuridad y se abandonaron hasta morir.

Antífona

Yo visitaba la selva acústica, asilo de la inocencia, y me divertía con la vislumbre fugitiva, con el desvarío de la luz.

Una doncella cándida, libre de los recuerdos de una vida mustia, sujetaba a su albedrío los pájaros turbulentos. El caracol servía de lazarillo al topo.

Yo frisaba apenas con la adolescencia y salía a mi voluntad de los límites del mundo real. La doncella clemente se presentó delante de mis pasos a referirme las venturas de una vida señoril, los gracejos y desvíos de las princesas en un reino ideal. Yo los he leído en un drama de Shakespeare.

La memoria de mis errores en la selva diáfana embelesó mi juventud ferviente. Larvas y quimeras de mi numen triste, una ronda aérea seducía mis ojos bajo el cielo de ámbar y una corona de espinas, la de Cordelia, mortificaba las sienes de la doncella fiel.

La salva

Una amante pérfida me había sumergido en el deshonor. Su discurso ocupaba mi pensamiento con la imagen de una carrera absurda, en un bajel proscrito. Yo desvariaba en la sala de una orgía cínica.

Los cazadores de ballenas, aventurados antes de Colón y Vasco de Gama en el derrotero de los países inéditos, no habían previsto en sus cartas el sitio del extravío. Las aves del mar sucumbieron de fatiga sobre los palos y mesetas de mi galera. Yo me detuve al pie de unos cantiles inhumanos, bajo un cielo gaseoso.

Recorría en la memoria los pasajes de la Divina Comedia, donde alguna estrella, señalada por la vista augural de Dante, sirve para encaminarlo entre el humo del infierno y sobre el monte del purgatorio.

Mi viaje se verificaba en un mismo tiempo con la orgía decadente. Quise interrumpir el hastío del litoral grave, disparando el cañón de proa. El estampido redujo a polvo la casa del esparcimiento infame.

Las fuentes del Nilo

El rey libraba sus mandamientos desde el pie de un sicomoro. Engrandecía la solemnidad de la persona con los espejuelos y el par de zapatos, recibidos de mí el día anterior. De ese modo le retorné la fineza de un diente de marfil.

Yo presencié el castigo administrado por dos ujieres del palacio, vivienda de cañas, sobre un pastor de las greyes del soberano. La resistencia de la víctima fatigaba las correas de hipopótamo.

Siguió la vez de los prisioneros inhibidos de pies y manos por una soga de cáñamo. Un verdugo de salvaje esfuerzo los arrojó de bruces al abismo. El más indócil se proclamaba descendiente de David, a pesar del tizne y del monte de cabellos. Servía de acólito y manejaba el sistro en una iglesia de Abisinia. Fue sacrificado antes de una reata de palurdos ingenuos, alentados por él mismo a querellarse de los servidores del rey, de sus vejámenes y robos.

Emprendimos una jornada continua en solicitud de unos comerciantes árabes, juntados en caravana a través del desierto. El tumulto de un rebaño de cabras, botín de los soldados, impedía la celeridad del movimiento. La greguería simulaba el regocijo de la vendimia, el bullicio de una fiesta de Ceres.

Los árabes previnieron el combate y se alejaron en sus cabalgaduras veloces, dejando a merced de los nuestros algunos camellos y borricos. La presa, odres de vino de palma y vasos de alfarero, dividió a los vencedores y los enredó en litigios y porfías.

El ejército arribó tropezando y cayendo, enajenado por la bebida espirituosa, a la gruta de un mago versátil y lo consultó, a voz en grito, sobre el éxito de una cacería. El impostor, ganado por los árabes, dedujo del pecho una voz profunda e hirió el suelo con la semejanza de un caduceo. Un ave de alas descompasadas salió de entre sus pies a oscurecer la rueda del sol y produjo el desconcierto y la fuga de la muchedumbre sencilla.

El autor del prodigio me separó cortésmente de la compañía frenética y me invitó a refugiarme en su casa. Desprendía de las orejas el disfraz de unas barbas de vellón.

El cirujano

Los valentones convinieron el duelo después de provocarse mutuamente. El juglar, compañero del médico de feria, motivó la altercación irritándolos con sus agudezas.

Acudió la multitud encrespada del barrio de la horca y las mujeres se dividieron en facciones, celebrando a voz en grito el denuedo de cada rival.

La cáfila bulliciosa recibía alegremente en su seno al verdugo y le dirigía apodos familiares. Los maleantes vivían y sucumbían sin rencor.

Yo estudiaba la anatomía bajo la autoridad de Vesalio y me encaminaba a aquel sitio a descolgar los cadáveres mostrencos. El maestro insistía en las lecciones de la experiencia y me alejaba de escribir disertaciones y argumentos en latín.

Uno de los adversarios, de origen desconocido, pereció en el duelo. El registro de ninguna parroquia daba cuenta de su nacimiento ni de su nombre.

Fue depositado en una celda de osario y yo la señalé para satisfacer más tarde mis propósitos de estudioso. Nadie podía solicitar las reliquias deplorables, con el fin de sepultarlas afectuosamente. Yo no salgo de la perplejidad al recordar el hallazgo de dos esqueletos en vez del cuerpo lacerado.

Bajo la ráfaga de arena

Una muchedumbre de hormigas había practicado sus galerías en el suelo de nuestra tienda de campaña. Insinuaban en las venas una saliva cáustica. Nos defendíamos sufriendo un barniz general de aceite de palma.

La aridez consentía apenas el sicomoro y el áloe.

Visitábamos profundamente los desiertos de una raza infeliz para abastecernos de marfil y de cortezas perfumadas. Esperábamos aumentar en una sola vez los tesoros del comercio y los recursos de la medicina. Las preseas de la flora debían usarse en la mitigación de los dolores humanos.

Los naturales se habían dividido en facciones y se consumían en una guerra ilimitada. El vencedor acarreaba lejos los prisioneros, donde no podían desertar, y los vendía para la esclavitud. Una sola cuerda los juntaba por el cuello. El espanto dominaba en las aldeas reducidas a cenizas.

Unos ciegos habían sido desviados de la muerte o del cautiverio. Los recogimos para llevarlos a un lugar habitado y feraz, donde pudieran vivir de la compasión. Navegamos a la sirga, por un río seco, durante una semana.

Nos anunciamos por medio de cohetes al divisar el vecindario de casas de paja, en donde esperamos alojar los desvalidos. Las casas de paja, de un dibujo circular, se prolongaban en aposentos subterráneos.

Un ministro del rey vino a preguntarnos el objeto de nuestro viaje. Yo lo insté a mediar en obsequio de mi interés civilizador.

El rey me llamó a su presencia y me regaló un caudal de resinas, de bálsamos y de hojas. Aproveché la entrevista para despertar su misericordia, refiriéndole el caso de los ciegos.

Se holgó extremadamente de saberlo y decidió mostrarme al punto los méritos de su presente. Ensayó con los desgraciados el efecto de las hojas narcóticas y murieron en medio de un embeleso.

El rebelde

El cincelador italiano trabaja con el arcabuz al lado. Trata a los magnates de su siglo mano a mano y sin rebozo, arrogándose una majestad superior.

Sus pasiones no se coronan de flores, ajustándose a la imagen de Platón, muy celebrado en esos días, sino se exaltan y revuelven a la manera de la hueste épica de las amazonas.

Los cortesanos de un rey batallador lo saludan con un gesto de asombro y se dividen para formarle calle. Derrama en el suelo y a los pies del trono las dádivas de su arte seguro y de su numen independiente. Las joyas despiden en la oscuridad una luz convulsa y reproducen la vegetación caprichosa del mar y las quimeras del terror.

Se cree invulnerable y desahoga en aventuras y reyertas la índole soberbia. Aleja de tal modo las insinuaciones del amor y de los afectos humanos para seguir mereciendo el socorro de la salamandra y de la república volante de las sílfides.

El peregrino de la fe

Yo gustaba de perderme en la isla pobre, ajena del camino usual. Descansaba en los cementerios inundados de flores silvestres, en el ámbito de las iglesias de madera.

Mi pensamiento se desvanecía a la vista del cielo de ámbar y de una serranía azul.

Yo rompía al azar la flora voluble de los prados. El iris mágico de una columna de agua aturdía la serie de mis caballos imprudentes.

El sol fortuito invertía las horas de la vigilia y del sueño, presidiendo el fausto de una latitud excéntrica.

Los ríos verdes ocupaban un cauce de cenizas. Merecían el privilegio de llevar al océano el ataúd de una virgen desconsolada.

Yo recliné la cabeza en una piedra, compadeciendo la frente proscrita de Jesús, y dormí en una colina sobria, en donde crecía una maleza perfumada, cerca del blando tapiz del mar.

Yo disfruté, en el curso de la noche plácida, las visiones reservadas a Parsifal y recibí, antes del alba, el mandamiento de alejarme en silencio.

Un prócer de la corte celeste, favorecido con el semblante y la sabiduría de un San Jerónimo, me esperaba a breve distancia en el barco del pasaje y lo dirigió con la voz.

Cereal

Los labradores se detuvieron a escuchar el ruido. Habían llegado de la profundidad del horizonte, por sendas vías, y coronaban una meseta. Se encontraban desconcertados.

Los perros miraban fijamente el suelo y lo despolvoraban con sus resoplidos. El rumor crecía por momentos y semejaba el de una ciudad precipitada a su ruina.

Los labradores ahuyentan y matan un ave sanguinaria, ensañada con un toro fugitivo de la muerte, herido por la segur del sacrificio.

El sol arroja de sí mismo el velo de azafrán, efecto del verano, y preside la salvación de la víctima ensangrentada.

Los labradores observan el respeto de la vida y aborrecen las prácticas de sus vecinos. Conjeturan su pérdida en medio de un portento.

Los labradores emprenden el camino de su aldea y reservan al predilecto del sol una ribera fecunda.

La inspiración

Yo me esforzaba en subir el curso de un río. No soltaba de la mano los remos de un bajel fugaz, fabricado de una corteza. Yo la había desprendido de un árbol independiente, familiar de las alondras y pregonero de sus flores virginales en una selva augusta, reflejada en el espejo del éter.

Yo dibujé en la frente del bajel la imagen fácil del amor y redimí sus ojos del cautiverio de la venda. Había usado en penetrar la corteza fragante un estilo de hierro.

Vine a dar en una llanura libre, donde se encrespaba y corría, vencedora de un asalto de leones, la hueste de unos caballos ardientes.

Se adelantaba hasta la presencia del océano y se volvía al sentir el sonido frenético de la carrera me presentaba a cada instante un motivo nuevo y singular de admiración. Yo pensaba en unos retóricos de la gentilidad, divididos y hostiles al calificar méritos en los caballos de un friso, agilitados por el cincel de Fidias.

El sonido frenético de las trompetas repercutía en el cielo diáfano y anunciaba a la soberana del país quimérico. Vino a la cabeza de una escolta de monteros y de prohombres ancianos, pares de una orden cortés en los días de una briosa juventud. Había dejado un mundo inefable, a semejanza de Beatriz y con el mismo atavío de sus llamas, y esgrimía el acero de Clorinda. Me invitó al estribo de su carro e impuso en mi frente una señal de su autoridad, por donde me visitaron pensamientos y sentimientos de una grandeza ilimitada.

La cábala

El caballero, de rostro famélico y de barba salvaje, cruzaba el viejo puente suspendido por medio de cadenas.

Dejó caer un clavel, flor apasionada, en el agua malsana del arroyo.

Me sorprendí al verlo solo. Un jinete de visera fiel le precedía antes, tremolando un jirón en el vértice de su lanza.

Discutían a cada momento, sin embargo de la amistad segura. El señor se había sumergido en la ciencia de los rabinos desde su visita a la secular Toledo. Iluminaba su aposento con el candelabro de los siete brazos, sustraído de la sinagoga, y lo había recibido de su amante, una beldad judía sentada sobre un tapiz de Esmirna.

El criado resuelve salvar al caballero de la seducción permanente y lo persuade a recorrer un mar lejano, en donde suenan los nombres de los almirantes de Italia y las Cicladas, las islas refulgentes de Horacio, imitan el coro vocal de las oceánidas.

Cervantes me refirió el suceso del caballero devuelto a la salud. Se restableció al discernir en una muchedumbre de paseantes la única doncella morena de Venecia.

Marginal

Una crónica inicia el episodio de un aventurero desengañado de sus correrías y lastimado por la pobreza. No había alcanzado ninguna presea en medio de los sobresaltos del campamento. Supo acaso la destitución de un rey y su cautiverio de casi tres decenios sin otra compañía sino la de su enano.

El aventurero interrumpe la crítica de las rapsodias homéricas en el original griego, único solaz de su decadencia, para abrazar en vano la empresa de soltarlo. El cautivo había sido un déspota soberbio y se le acusaba de haber lanzado su jauría al encuentro de un obispo solícito.

El aventurero volvía de una guerra con los infieles en las praderas del Danubio. Sentado sobre un tambor de piel de asno, ocuparía el desvelo de las noches de alarma en recoger de un bizantino prófugo las noticias del idioma vibrante. Debió de recrear el carácter desabrido en las vicisitudes de la Ilíada y de esa misma escena puede escogerse el símbolo del buitre, enemigo de los moribundos, con el objeto de significar el estrago de su voluntad empedernida.

Los hijos de la tierra

Los nómades, reducidos a la indigencia, habían fijado su tienda de campaña en medio de un llano roído por el fuego. Los caballos, prácticos en el arte de acertar con la hierba debajo de la nieve, mordían y trituraban la paja renegrida. Habían sido soltados de unos carros innobles. Una polvareda fortuita venía del horizonte a malograr la faena de los herreros y de los albéitares, oficios reivindicados para satisfacer las preguntas de la policía.

Los naturales del país, fieles de un dogma tiránico, vigilaban la actitud de los peregrinos y los acusaban de impíos y de rapaces. Yo no me aventuraba en su campamento sino a caballo y provisto de un sable recurvo y después de calarme hasta las orejas un gorro cilíndrico, de pelambre de carnero.

Los nómades se decían ofendidos en su credo rudimental y solicitaban el auxilio de unas divinidades obtusas, fantasmas del caos desolado. Referían el origen de su raza a la invasión de un cometa, en el principio de los siglos.

Decidieron alejarse en las últimas oscilaciones del otoño. Volaban los cristales de la nieve precoz. Las ráfagas del polo disolvían el sudario de una virgen insepulta, en la noche estigia, en el límite del mundo.

Lastimaron, antes de su viaje, la fe de los indígenas con el sacrificio de un perro en la actitud del crucifijo. Consultaban de ese modo el éxito de sus pensamientos y requerían el arribo inmediato y el socorro de la noche. La invitaban a fustigar sin tregua la pareja de cuervos de su carro taciturno.

La hueste famélica se dirigió al encuentro de un sol precipitado.

Azucena

El solitario divierte la mirada por el cielo en una tregua de su desesperanza. Agradece los efluvios de un planeta inspirándose en unas líneas de la Divina Comedia. Reconoce, desde la azotea, los presagios de una mañana lánguida.

El miedo ha derruido la grandeza y trabado las puertas y ventanas de su vivienda lucida. Un jinete de máscara inmóvil retorna fielmente de un viaje irreal, en medio de la oscuridad, sobre un caballo de mole espesa, y descansa en un vergel inviolable, asiento del hastío. Las flores de un azul siniestro y semejantes a los flabelos de una liturgia remota, ofuscan el aire, infiltran el delirio.

El solitario oye la fábrica de su ataúd en un secreto de la tierra, dominio del mal. La muerte asume el semblante de Beatriz en un sueño caótico de su trovador.

Una doncella aparece entre las nubes tenues, armada del venablo invicto, y cautiva la vista del solitario. Llega en el nacimiento del día de las albricias, después del viernes agónico, anunciada por un alce blanco, alumno de la primavera celeste.

El ciego infalible

El doncel indiferente pregona desde una balsa los cereales de la campiña. Sortea la angostura y el vórtice del río sedentario. Un sombrero de paja de arroz defiende su persona lisa, escultural.

Un anciano de ojos vacíos ejecuta una música desolada en su caramillo de bambú. Vive de limosna a la puerta de mi tienda de abalorios de laca y de porcelana. Refiere alguna vez su cautiverio en el escondite de unos salteadores encarnizados con su vista, recelosos de su práctica del terreno.

Ejercito el menester igual de comerciante en una ciudad mustia. No alcanzo ningún esparcimiento sino la muerte de un mendigo en la vía pública y la cremación de su cadáver en medio de una algazara de pilletes o bien el suplicio de un parricida estrujado y desarticulado sagazmente por el verdugo.

El doncel me debe su crianza. Yo lo salvé de sucumbir en medio de unas ruinas, durante una guerra con los piratas de Europa. Las armas del invasor devastaron el puente de mármol de una metrópoli e imprimieron el tinte del carbón y del hollín sobre las efigies de unos leones decorativos. Yo descubrí al infante en una cesta de mimbre, abandonado de sus servidores en un vergel de camelias y de hortensias. El humo de la batalla ofendía la glicina rozagante, de guirnalda aérea, de flor azul.

El anciano de los ojos vacíos alienta mi esperanza en los efectos del bien y me promete una gracia de la fortuna. Ignora mi diligencia en defender a un niño privilegiado.

He seguido la conducta de un pescador en un episodio honesto e imagino la visita de una princesa de semblante de marfil, atribulada con el extravío de un hijo. Sus dones deben de rescatarme de la penuria.

El bejín

Yo vivía a la sombra de una iglesia en la ciudad devota. El aire de un cielo desvanecido soliviantaba el polvo y lo difundía en el ámbito severo.

Yo me encenagaba en los placeres de una vida libre y perdía el sentido sorbiendo a solas un licor depravado.

Yo pertenecía a una fraternidad de pillos y me criaba y me servía de su renombre. No conseguí desempeñarme con lucimiento y refería gatadas, robos pusilánimes.

El más fiel de mis compañeros me dirigió en el asalto de un palacio. La aventura se convirtió en mi arrepentimiento y en la pérdida de su vida. Fue precipitado desde un ventanal.

Yo recogí en mi desván, esa misma noche, un niño lacerado. Me llamaba soplando hipos y zollipos de lástima y desconsuelo. Yo maldije sus ojos redondos y su nariz de cigüeña. Su cabeza era un monte de pelo contumaz.

Me esforcé en facilitar su vida y en prosperar su infancia y lo rodeaba con la solicitud de un filántropo. Me enfadó con su voracidad y su carácter espinoso y lo despedí llenándolo de golpes.

El atropello de mi impaciencia trajo, según mis conjeturas, un desenlace rápido. Yo porfío en sustentar la identidad del amigo frecuente con el niño perverso.

Mi captura por los ministriles de la justicia sobrevino el día siguiente de mi rabia. Fui instado a la confesión por medio del azote y de la rueda. El cirujano me retiró de la cámara del suplicio cuando el síncope amenazaba la muerte.

El juez se deslizó a compadecerme y festejó el auxilio de una persona en el descubrimiento de mi celda. Reprodujo el ademán y los hábitos de mi consejero de antes.

El vértigo de la decadencia

Asisto en el coliseo romano al sacrificio de los mártires sublimes. Se han juntado en el centro del estadio y sugieren el caso de una cohorte diezmada, sensible al mandamiento del honor.

Las fieras soltadas de su cárcel rodean la turba lastimosa, agilitándose para el asalto. Las espaldas flexibles ondulan voluptuosamente y las zarpas agudas, hincadas en el suelo, avientan mangas de polvo.

La muchedumbre de los espectadores, animada de una crueldad gozosa, rompe en un clamor salvaje. Reproduce el estruendo de la ovación.

El soberano del orbe domesticado nota los accidentes y pormenores de la fiesta, mirándola a través de una esmeralda, la piedra mejor calificada para el atavío de las divinidades.

Las fieras se fatigan dilacerando el grupo inerme y respetan los residuos inanimados y una virgen de gesto profético.

Una voz la condena al suplicio del fuego y provoca el asentimiento unánime. La muchedumbre asume una responsabilidad indivisible y se pierde en el delirio de su maldad, hiriendo a la inocencia.

La hoguera despide una lumbre fatídica y les dibuja, a los más inquietos, un rostro de cadáver.

Isabel

Había recibido del cielo el presente de una belleza infausta. Sus ojos benignos se abrieron, llenos de espanto, a la maravilla del mundo y una estrella de lumbre matinal, embeleso de los arcángeles aguerridos, se extinguió a esa misma hora en el infinito. Yo velaba al margen de su cuna y concebía pensamientos felices para allanarle el porvenir.

Yo la admití y la guardé en mis brazos con el fin de salvar su infancia de los ejemplos de la tierra y dirigí desde entonces su voz ferviente a cantar la agonía del viacrucis y la resistencia de los mártires.

Yo me retiraba sobre el vértice de una colina a vigilar y defender su esparcimiento en un valle recóndito. El lirio galano de la parábola alternaba con el rosal nacido y florecido en una misma noche sobre la tumba de Isolda.

Yo la seguí a una entrevista en la hora del alba, cerca de un río transparente. Se enajenaba al fijarse en el discurso de un anciano, doctor o caballero en el reino celeste, y se perdía en la admiración del signo de la cruz, pintado súbitamente en el aire. El himno de unas vírgenes la invitaba con instancia desde un bajel rutilante.

Dijo mi nombre entre loores y promesas antes de transfigurarse y perderse en el espacio y consiguió de tal modo incorporarme del suelo, en donde me había derribado el sentimiento de su ausencia.

Edad de plata

Yo vivía retirado en el campo desde el fenecimiento de mi juventud. Lucrecio me había aficionado al trato de la naturaleza imparcial. Yo había concebido la resolución de salir voluntariamente de la vida al notar los síntomas del tedio, al sentir las trabas y cadenas de la vejez. Yo habría perecido cerca de la fuente del río oscuro y un sollozo habría animado los sauces invariables. Mi cisne enlutado, símbolo y memoria de un eclipse, habría vuelto a su mundo salvaje.

Había dejado de visitar la ciudad vecina en donde nací. Me lastimaba la imagen continua de su decadencia y me consolaba el recuerdo de haber combatido por su soberanía.

Mis nacionales ejercitaban sentimientos afectuosos en medio de la infelicidad y me llamaron del retiro a participar en un duelo general. Rodeaban la familia de una doncella muerta en la mañana de sus bodas.

Yo asistí a las exequias y dibujé el movimiento circular de una danza en la superficie del ataúd incorruptible. Meleagro, el mismo de la Antología, escribió a mi ruego, un solo verso en donde intentaba reconciliar al Destino.

Entre los eslavos

La iglesia inmemorial cabía en la sombra de un roble. Yo admiraba el altar de plata dorada, primor bizantino. Registré el coro y los muebles de encina esculpida.

Allí se efectuaron unas exequias inolvidables. El cortejo de unos hombres enlutados se anticipaba al féretro de un joven. Portaban sendas linternas.

El consejo de los ancianos se había reunido para decidir el restablecimiento de una ceremonia antigua, en señal de tribulación.

La virgen más bella del lugar montaba el caballo del difunto y presidía el duelo. Se habían apasionado desde la niñez.

La fiesta debía terminar fuera de poblado, en el cementerio, y yo la observé desde lejos. La virgen se abandonó al trote de su cabalgadura y yo la vi desaparecer en un camino ideal, de vaguedad celeste.

El superviviente

El río funeral principia en una ciénaga del infierno, donde gimen las sombras errátiles. Describe circuitos lánguidos antes de salir a la faz de la tierra. Su linfa discurre por una vía de sauces tenues y los inunda. Ovidio no transita, durante su confinamiento, una ribera más infeliz.

Yo venía siguiendo los pasos de la sibila de castidad incólume. Escondía su rostro en el velo mágico donde Proserpina dibuja, siglos antes, las formas de los seres. Yo portaba en la diestra una flor mitológica y la ofrecía en secreto al signo presente del zodiaco.

La sibila se perdió en la gruta del río, subiendo el curso lóbrego. Se hurtaba a la vista de la humanidad nueva, sustraída, mil años, al dictamen del Olimpo resplandeciente.

La fuga de la sibila me inspiró el acierto de recorrer la obra de Virgilio para conciliar sus presagios volátiles y entenderlos a cabalidad. Yo vislumbro el semblante del vate romano en el pórtico del mundo caliginoso.

El asalto de una raza boreal anuncia el milenio del eclipse. Yo me insinúo en la muchedumbre de los vencedores y reprendo el desmán y la jovialidad incivil. Mi intrepidez en el umbral de la muerte y la asistencia de Virgilio me confieren el privilegio de una vida inmune.

El derrotero de Camoens

Nos proponíamos visitar a un reyezuelo timorato. Pendía del asentimiento de la Gran Bretaña.

Mandó, para facilitarnos el viaje, una escolta de sus ministros, vestidos de seda amarilla. Montaban un barco fluvial, canoa de guerra, semejante a una mariposa desplegada. ¡Tan original era el aderezo de sus velas!

Teníamos siempre a la vista alguna pagoda de forma de campana situada en una tregua del bosque. La naturaleza tropical soltaba el coro de sus voces innumerables y lo gobernaba el grito de un mono colgado por una sola mano. Los ministros del reyezuelo aumentaban la batahola sonando una música de carraca y tambor.

Superamos los rodeos del majestuoso caudal de agua y llegamos al palacio de nuestro personaje, edificio de estilo quimérico, en medio de una salva de cañones desusados. Los espantajos del sueño y las fieras del desierto constituían los motivos ornamentales de la arquitectura. El rey incorporaba a su propio nombre, una serie de calificativos y atributos sanguinarios, holganza de su vanidad ingenua.

Nos recibió cortésmente y se dio por satisfecho con nuestro saludo prosternado. Nos recitó, en la primera entrevista, los preceptos relativos a la cólera y al orgullo, para darnos una idea de las doctrinas de su raza.

Nos invitó, la noche siguiente, al pasatiempo de un drama. La decoración poseía un-olvidado sentido litúrgico y los parlamentos, iguales y prolijos, componían la historia de una venganza. El conflicto se desenlazaba por medio de un acaso inverosímil y la ilusión dramática cedía el puesto a un desmán efectivo. Una mujer del serrallo, malquista del rey, desempeñaba el papel más odioso y fue enterrada viva.

El páramo

Los huérfanos se han formado en las praderas libres. Ejecutan solamente las veleidades de su albedrío.

Han descubierto los secretos de la medicina rústica, mirando las costumbres de los animales. Discurren sobre los ejemplares de la selva, desde el cedro hasta el hisopo, a semejanza de Salomón, el monarca feliz. Un oso les ha cedido su caverna, usando la condescendencia de un abuelo. Un pájaro estridente les enseña el pronóstico de la lluvia.

Cantan en el retiro de la noche y el sapo verdinegro danza en dos pies delante de una luna mortal.

Disipan las visiones de la sombra y del miedo agitando en el aire un ramo de verbena céltica.

Se abstienen de encender lumbre en los días sujetos a una constelación inicua. Una figura sangrienta, vestida con la sotana de los supliciados, divide las fauces de la tierra y se declara su progenitor.

Los huérfanos la ahuyentan dirigiéndole motes indignos, reservados para el topo y demás criaturas de vivienda sórdida.

El nombre

Un navegante del rey Salomón celebraba sus aventuras en un mar diáfano y lucía las perlas y los corales del abismo. No alejaba de sus hombros un pájaro de voz humana.

Unos leones amenazaron la nave desde un litoral ardiente. Los marinos acertaron a distinguirlos en medio del resol y los hirieron con saetas encarnizadas.

Un viejo de fisonomía aguda gobernaba de noche el viaje después de humillarse en presencia de una luna bermeja, reducida a un esquife. Pertenecía a una raza de costumbres livianas, avezada a prosperar con la guerra, adquiriendo cautivos para venderlos de nuevo.

Los marineros se amedrentaron al escuchar su discurso infame y lo presentaron maniatado a la boca de las fieras, donde rugían más gravemente.

El viejo dirigía la nave a los jardines de loto del olvido.

El ave de voz humana sobrevino poco después a garantizar la fortuna de la navegación. Un pasajero intentó abatirla con su arco de marfil. Pero lo disuadió el grito unánime de los demás.

El ave se colgó del hombro del navegante hebreo, autor del cuento. Enunciaba a cada instante el nombre de su dueña y retenía en sus alas el perfume de un camarín. Felicidad es el apelativo constante de las princesas en los reinos fantásticos.

La vida mortecina

Una mirada involuntaria había despertado la pasión. El afecto volvía de su letargo a semejanza de un ser fantástico, de vida perdurable y sujeta a un ritmo de actividad y de inercia.

Mi casa se alzaba en el extremo de un vial despojado. Yo vivía lejos de las diversiones, abismado en pensamientos laboriosos. Atendía especialmente a la salud del alma y recorría una estampa lúgubre, en donde el ángel de una amenaza profética domina la soledad de los mundos abolidos.

Un recuerdo interrumpía y malograba la meditación desabrida. Nos habíamos salvado osadamente de la calamidad sobrevenida en una fiesta de carnaval. Yo tomé en brazos a la mujer alucinante y la saqué a la ribera del río viejo, lleno de limo, en donde ardía la nave del bullicio.

Me advertía ahora, por medio de una confidente, su proyecto de visitarme. Yo me disponía a recibirla, en el secreto de la noche, vistiéndome conforme el fausto del siglo. Había retirado del armario la espada, el jubón azul y el birrete encarnado de pluma negra.

Yo la esperé sentado en el balcón y a la intemperie, hasta el momento de rayar el día. El aire húmedo y la oscuridad aumentaron mi desazón. Yo distinguí el perfil de la mujer, desvanecido entre los cendales del alba, sobre la raya del horizonte.

La confidente vino poco después a preguntarme el derrotero y la suerte de su dueña. Yo no descubría la manera de responderle y de calmar su impaciencia.

La vigilia infructuosa me había desalentado y me volvió al arrepentimiento y al celo tiránico. Deseché las ropas galanas y escogí el traje de luto y el rosario para expiar la veleidad de la entrevista.

El niño

Los egipcios aprendieron de las avispas el arte de fabricar el papiro. Un niño refractario a la disciplina debió de sorprenderlas en su trabajo febril. Resistió los dardos emponzoñados y contó a sus padres, durante la convalecencia, el denuedo y el ingenio de los insectos.

Los antiguos alaban el entendimiento de las mujeres egipcias y su consejo en la administración de la república familiar. La madre del niño discurrió la manera de imitar el aderezo de las avispas y acertó con un nuevo medio de facilitar la comunicación entre los presentes y los venideros. El papel se usa desde entonces en vez de la piedra.

El labrador egipcio no ganaba la propiedad de su campo y era despedido sin remedio. El invento del rapaz debió de mejorar la existencia de sus progenitores y los salvó, seguramente, de sucumbir en el trajín de la obra pública, sufriendo la dieta de las tres cebollas crudas y el azote del sobrestante.

Los acusadores

Yo defendí a la hija menor del rey cuando se vio estrujada por sus hermanas infieles emprendí desde ese momento el camino del destierro.

Atravesé el mar en una noche y me encontré delante de una costa derruida. Reconocí el domicilio de un eremita servido por una muchedumbre de aves marinas, de porte espeso y voz gutural.

Él puso en mis manos una gaita. Yo debía sonarla al caer la tarde y sus melodías bastaron para crear la imagen del suelo nativo y salvarme de olvidarlo. Yo cultivé de tal modo el sentimiento de la ausencia y alcancé fama de artista elocuente y retribuía la hospitalidad con los sones de una música sensible.

Yo sonaba la gaita en medio de la incertidumbre de un crepúsculo vano, irisado por la lluvia. La luna surgía poco después, ceñida de una aureola tenue, y recordaba a la virgen resentida y su corona de verbena céltica.

Las hermanas la ocuparon en ministerios indignos y de apremio, atentas a marchitarla. Adoleció y murió al reparar en su belleza mustia y galopines y fregonas compusieron el cortejo de su entierro.

Yo quise difundir el malcaso a los cuatro vientos y lo referí a los actores de una farándula, aprovechando una estancia de su carreta.

La juventud del rapsoda

Yo vivía feliz en medio de una gente rústica. Sus orígenes se perdían en una antigüedad informe.

Deliraban de júbilo en el instante del plenilunio. Los antepasados habían insistido en el horror del mundo inicial, antes de nacer el satélite.

Una joven presidía los niños ocupados en la tarea de la vendimia. Se había desprendido del séquito de la aurora, en un caballo de blonda crin. Los sujetaba por medio de un cuento inverosímil y difería adrede su desenlace.

Escogía el jacinto para adornar sus cabellos negros, de un reflejo azul. Yo adoraba también la flor enferma de un beso de Eurídice en un momento de su desesperanza.

Me esforcé en conjeturar y descubrir su nombre y procedencia al darme cuenta de su afición a la flor desvaída. La joven disfrutaba el privilegio de volver de entre los muertos, con el fin de asistir a las honras litúrgicas del vino. Desapareció en el acto de evadir mis preguntas insinuantes.

El casuista

El rey desvariado preside la corte y juzga las controversias al pie de un álamo de plata, en el territorio de lontananza fúnebre.

Un ave locuaz, presente de un rústico, imita la voz humana e imprime un sesgo al pensamiento fortuito del rey.

El médico judío, alumno de una escuela de Italia e inspirado en sus versos leoninos, desea restablecer la salud. Cumple de ese modo con los méritos de Carlomagno, autor de la cultura, ascendiente de las casas reales. Aprecia los efectos del eléboro de los antiguos, hallazgo de un simple, y maravilla sus flores originarias del manto del invierno patriarcal o de su barba fluida.

El rey siente, después del ocaso, el vuelo rumoroso de las almas en solicitud del infinito y se imagina en una selva alegórica, donde una beldad imposible se distingue en el paisaje tenue.

Un hada, según los trovadores, viene furtiva de Bretaña, el país de las siete florestas, a ocupar la mente inválida. Un obispo reconoce en la forma espiritual un trasunto de la Virgen María y se abstiene de corregir el dispendio del rey en hábitos flamantes, costumbre de enamorado. San Eloy, afecto de la piedad caballeresca, se vestía de las estofas más ricas del Asia, durante su vida en el castillo del rey Dagoberto.

El tótem

Yo había perdido un año en ceremonias con el rey del país oculto. Los áulicos sagaces anulaban mi solicitud y sufrían los desahogos de mi protesta con una sonrisa neutral.

Yo procuraba intimidarlos con el nombre de mi soberano y describía enfáticamente los recursos infinitos de su armada. Se creían salvos en el recinto de sus montes.

Yo entretenía el sinsabor criticando el estatuto de la familia. Me holgaba con el trato de las mujeres infantiles y de los niños alegres y descubría los efectos de una crianza atenida a la captura del presente rápido. Un pasaje en verso, el primer asunto fiado a la memoria, escrito en una cinta de seda, insistía de modo pintoresco en la realidad sucesiva.

Nunca he visto igual solicitud por las criaturas simples de la naturaleza. Los niños demostraban un alma indulgente en su familiaridad con las cigarras y con las mariposas recogidas, durante la noche, en una jaula de mimbre y se divertían con las piruetas y remolinos de unos peces de sustancia efímera, circulantes en un acuario de obsidiana.

Un cortesano, especie de senescal, me visitó una vez con el mensaje de haber sido allanados los inconvenientes de mi embajada. Yo debía presenciar, antes de mi retorno y en señal de amistad, una fiesta dirigida a conciliarme los genios defensores del territorio. El cortesano se alejó después de asentarme en el hombro su abanico autoritario.

La fiesta se limitaba a recitar delante de un gamo unicorne, símbolo de la felicidad, pintado en un lienzo escarlata, unos himnos de significación abolida. Unos sacerdotes calvos no cesaban de imprimir un sonido igual en sus tamboriles de azófar.

Uno de los oficiantes renunció el vestido faldulario y el instrumento desapacible con el propósito de facilitar mi salida. Gobernó un día entero mi balsa rústica, palanca en mano, según el curso de un río tumultuoso.

El gamo unicorne, signo del feliz agüero, se dejó ver sobre la cima de un volcán extinguido.

Los sentidos iluminados

Los ministriles de alma sencilla proferían el himno de la augusta alabanza y lo encomendaban a la brisa de travesura infantil.

El creciente, escabel de María, bogaba en el cielo de nitidez heráldica.

El cántico sosegaba los suspiros íntimos de un cortejo de mujeres invisibles, mártires de un amor ilustre. Yo sorprendía el desliz de sus pies en el musgo de esmeralda.

La voz inocente de los donceles creaba en un instante, sobre la tierra oscura, el embeleso *paradisial*. Yo distinguía el concierto de unos pájaros ignotos, músicos de una floresta divina, atentos a interrumpirse delante del aria del ruiseñor, amigo de Julieta.

Trova

El enano belitre envidiaba la fortuna de Amadís y lo equivocó adrede con el caballero salteado e inmolado al pie del árbol de la encrucijada. Corría por los caminos soñolientos, de espaldas y sobre el cabrío soez, el de los baladros, y difundía lejos el horror. Un volatín había dibujado en un naipe la cabalgadura.

El enano baldío se encaminaba de tal modo al paso de un monte, sitio distinguido por la muerte de una doncella, y solicitaba de una criatura falsa el escarmiento de Amadís y de su ninfa. Una vieja disimulaba su boca de Gorgona, hebilla de un solo diente, y contrahacía el viso noble de Oriana. Su destreza no conseguía reproducir los ojos de vaguedad celeste, alzados en mudo pensamiento, afligidos por la ausencia del paladín.

Yo acudí a la presencia de Oriana y le dije el parabién, arrojándome a sus pies. Su enemiga no salía avante en imitarle el gesto y Amadís es hallaba lejos y no era uno mismo con el galán sacrificado al pie del árbol, en el cruce de las vías.

La bruja mentecata y el enano rahez desperdiciaron el ardid en separar los amantes castizos y se desavinieron con Satanás y le negaron la pleitesía vergonzosa. El maestro de los célibes y de los egoístas, censor y falsario de los afectos humanos, había prestado un socorro inerme. Redujo los cómplices al secreto, hiriéndoles y torciéndoles la cerviz, humillándolos con el trato infligido sobre las aves de corral.

El político

La carroza del caudillo sanguinario solivianta el polvo de la ruta de fuego. Su escolta ha recogido las tiendas de campaña sobre el lomo de unos perros inicuos.

El tizne del incendio releva la tez bisunta y los cabellos lacios de los guerreros enjutos, efialtos y vestiglos, delirio de un bonzo.

El mandarín, astuto y perezoso, gato sibarita, socava el auge de la horda montés. Su discurso indirecto, proferido a sovoz en una entrevista con los invasores, divierte el estrago a una lontananza quimérica. Su frívolo cincel refina la corola de marfil de una flor mecánica.

El tropel de sagitarios, amenaza frenética, se engolfa en el erial, se encara al cielo resplandeciente, de límites violáceos. Un numen aleve suelta la cuadriga de los torbellinos y sepulta la algazara de los jinetes bajo un tapiz monótono.

El mandarín, azar de su niñez, recibió de su maestro, un peregrino tunante, el apólogo de la calavera nihilista, en el sitio del vendaval. Un astrólogo señalaba ese día el equilibrio de los elementos.

La nave de las almas

Recuerdo apenas el lugar de mi ausencia. Una columna de fuego iluminaba el clima boreal. Yo me había perdido en un desierto de nieve.

La voz de mi congoja subía hasta las nubes de ámbar pálido.

Tu fantasma vino de la distancia, en la nave taciturna, dirigida por el vuelo de un albatros herido. Tu vida real se había deslizado, siglos antes, en una ciudad gentil. Shakespeare ha soñado los jardines quiméricos, en donde los señores y las damas de viso porfían a ganar el prez de la agudeza o decantan los méritos del amor con citas y argumentos de Platón. Cipreses y laureles demandan el cielo virginal.

Yo había concebido en torno de tu imagen una leyenda inhumana y señalado tu paso de este mundo en la oscuridad nocturna. Yo deposité furtivamente sobre tu féretro unas violetas, las flores de tu mismo nombre.

Tú me llevaste, en premio de mi fidelidad, al país desvaído de tu vivienda, a un horizonte de ensueño. Yo presencié el desfile sonámbulo de tus hermanas, las heroínas de la tragedia, y caí de bruces a la vista del dolor, bajo los aletazos de un pájaro vengativo, condenado a la suerte de Satán.

La frontera

La infanzona habilita la gente del servicio, las criadas simples, en el uso de la ballesta y del arco. Distingue, esforzando el oído, los atabales de la morisma.

Los castellanos se han dividido en facciones y olvidan la saña con los infieles. Un prelado violento los acusa de amistarse con el adversario, de sobrellevar sus maneras lúbricas, de preferir la sombra de la palma y el ambiente del jazmín al resol de la jornada pulverulenta.

Un leproso de semblante escarnecido no se limita a ofender el sosiego de las fuentes, sino allana la empresa del invasor, asumiendo el servicio de práctico. Se ha formado entre los judíos y herejes del Languedoc y difunde sus doctrinas culpables. La enfermedad lo precipita de la grandeza.

El prelado sabe del conflicto por un medio original. Se esfuerza en reprimir una desazón, un susto repentino, y acude al secreto del santuario, a la consulta reverenda. Un hilo de sangre divide el corporal, el lienzo eucarístico.

El prelado se encamina a la plaza, junta los feligreses en son de guerra y los induce a un entusiasmo victorioso.

La turba de los humildes acorre a suprimir el asedio y admira a la heroína sobre el adarve. Un anciano triste y de vestido rozagante proclama el avenimiento de la santidad con el valor en una misma persona. Ha visto en sueños, dirigido por una voz juvenil, la cota de armas de lumbre diamantina, arrojada a los pies de una cruz.

El donaire

Los enanos forjaban tridentes para las divinidades marinas. Enseñaban a los naturales de la isla de las canteras el arte de pescar las esponjas. Inventaron los espejos de obsidiana.

Se ocupaban de educar el ruiseñor y el alción, los pájaros de la felicidad, y maldecían la escasa inteligencia de las aves de rapiña. Habitaban en viviendas de yeso y no se atrevían sino con las liebres. Fueron desterrados por una muchedumbre de hormigas cáusticas.

Aristófanes se complacía refiriendo, entre carcajadas homéricas, la sumersión de los enanos en una ciénaga después de su brava resistencia en un bosque de lirios y azafranes.

Los enanos habrían salido vencedores sin la animadversión de unas grullas de pico incisivo, autoras de lesiones incurables.

Los enanos corrieron a salvarse en la nave de los argonautas y confesaron el origen de su infortunio. Habían imitado de modo risueño el paso de Empous, una larva coja, de pies de asno.

El lego del convento

Al recorrer los caminos de Italia, yo tuve la fortuna de recibir los consejos del mismo Amor, disfrazado de peregrino. Ningún mortal, sino Dante, pudo contar ese privilegio.

Me anunció una vida solitaria y me felicitó por haber escuchado a la mujer de voz infantil, sin llegar hasta su presencia. La plegaria, un himno eucarístico, nacía en la oscuridad del campo y volaba a perderse en el éter inmaculado.

Yo me separé del mundo y dirigí mi contemplación al mismo objeto del cántico sagrado. Renuncié al aplauso terrenal y olvidé el devaneo del arte cuando mis maestros, los poetas contemporáneos, expresaban el cansancio de una generación diezmada por las guerras napoleónicas y Leopardi recogía en su obra el acento de la patria ofendida.

Conservé la admiración noble por la mujer del linaje de Beatriz y vine a servir en una sociedad franciscana, profesando en su beneficio la santa mendicidad. Yo imito al hermano insipiente, administrador del asno de la cuestación en la novela perfecta de Manzoni.

Los elementos

El pescador de la isla secana me refería los mitos de la gentilidad, conservados en la tradición humilde. Se parecía a la cigarra febril, imagen de la elocuencia en las fábulas de Homero, al decantarlos en una forma inaudita.

El pescador insistía en el caso de un joven sacrificado por Aquiles. Se había ausentado llorando para el reino de los difuntos y aspiraba a ver de nuevo el panorama del día. Las musas acudieron del monte a extinguir la hoguera de sus cenizas y provocaron el nacimiento de una fuente, espejo de la aurora, en el mismo suelo inflamado. Las aguas de la fuente satisficieron, años indefinidos, la sed de los caballos de las cuadrigas siderales.

El pescador pasó a describirme el retorno vengativo del fuego desde el abismo infernal y su efecto en las aguas de la fuente, convertidas en una humareda rápida.

Una brisa de origen celeste disolvía su barba incivil y unas aves antiguas, desde unas ruinas egregias, prestaban asentimiento a la conseja entusiasta.

La reforma

El caballero extático ha salido por el arco de tres puertas, de estilo olvidado, de líneas y proporciones ilimitadas. Observa el cometa de la agonía y su reflejo en el mar de cristal.

Repugna el torneo y la conversación en el palacio de los nobles, morada de la alegría. Ha abrazado la vida penitente desde su estancia en Italia, para desagravio de los pasatiempos juveniles. Asistió, la víspera del regreso, a un festival académico, en donde abundaban los sobrenombres mitológicos. Un abate leía su discurso facticio, a la luz de las antorchas, en una sala adornada de bustos egregios y en presencia de los cardenales.

El caballero alemán posee nuevamente su alma seria y profunda. Descubre, en torno de sí y en el universo, los vestigios del mal originario y sin rescate, el estrago de la voluntad insinuante de Satanás y duda salvarse por sus propios méritos.

Sirve celosamente a María, la madre de Jesús, y dirige, de ese modo, sus actos al contento y a la satisfacción de una dama perfecta, ateniéndose al único principio, libre de censura, de la urbanidad de Italia, desenvuelto una y otra vez en el libro de Baltasar de Castiglione.

El cazador de avestruces

El nómade se divorció de su mujer y la despidió de su tienda, regalándole un camello.

Escogí esa montura, en vez de un asno, para atravesar el desierto de las hogueras. Buscaba el mar de los arrecifes de coral, en donde se crían las tortugas inmortales.

Debía tratar con una gente silvestre, de cara infame. Se jactaba de haber nacido en las cavernas de la tierra, en donde cegaba los manantiales. Se congregó, siglos antes, en torno de una anfisbena, el vestiglo capaz de caminar en sentidos opuestos. Sus próceres no bajaban de unos carros livianos.

Fui recibido con extrañeza y consternación por aquellos infieles. Adivinaron mi llegada, recordando el aviso de generaciones difuntas. Los servidores del culto se precipitaban en todas direcciones, dando señales de miedo, o caían sobre su rostro.

Yo me atreví con el ídolo más reverenciado. Era hueco y sonoro y en su seno descubrí la piedra preciosa para la diadema de mi rey.

La valentía

El clérigo lleva los mastines violentos, asidos con la traílla. Ha revisado las páginas de la epopeya con el fin de asignarles un apodo gentil. Dirige los perros a un prócer inclemente, versado en los rodeos de la caza, émulo del sol y obstinado en escogerlo para cifra de su vanidad y señal de su escudo.

El prócer demora en una aldea simple y su vida huraña y sus maneras solemnes motivan el nacimiento y la soltura de rumores solapados. Los satélites recelosos viven a la redonda y bajo el imperio de su voz inflexible.

El prócer alcanza nombre de político en un reino sedicioso, en un siglo de monjes y caballeros, desviándose del criterio feudal. Se precave del asalto de la fortuna engolfándose en los avisos del drama de la historia y descubre el solaz de los embates del mundo en las imágenes de un romance libre.

El clérigo maravilla los bríos del prócer, su voluntad encaminada al dominio de la tierra y su afecto a los revuelos de la fantasía. Deposita en sus manos una leyenda fatua, en donde él mismo, autor de inspiración antojadiza, allana los conflictos por el ministerio del azar.

El prócer demuestra una vez más el denuedo irreprensible. Suspende la entrevista con el clérigo y se aparta a reprimir el baladro sanguinario de los canes, hiriéndolos en el rostro con la mano desnuda.

Entre los beduinos

Nos recogíamos en un cauce labrado por las aguas de la lluvia y respirábamos del sobresalto perenne. Los torbellinos de tierra cegaban el horizonte.

Las nubes regaban al azar y brevemente el país del ensueño. El sol mitigaba la arena cándida y el guijarro de bronco perfil esparciendo una gasa de amatista, dibujando una ilusión vespertina del Bósforo.

No osábamos elevar la voz en el silencio ritual. El pensamiento se anegaba en el éxtasis infinito. El polvo continuaba indemne bajo el pie elástico del camello. Los guías invocaban en secreto el nombre y la asistencia de Moisés.

Los monjes de un convento secular, adictos al dogma griego, comparecieron a facilitarnos la visita del área del resol. Habían labrado su casa guerrera y feudal en presencia de un bajo relieve esculpido en la faz de una piedra. Yo reconocí la efigie de Sesostris.

Siempre he guardado algún desvío a las reliquias del reino del Faraón y les he atribuido anuncios malignos. Un salteador de los arenales, señalado por un tatuaje supersticioso, me visitó con el fin de venderme un arco infalible, de fábrica milenaria y de una sola saeta recurrente. Yo pensé en el privilegio del martillo de Thor.

Yo disparé el arma falaz en seguimiento de unas aves grifas, encarnizadas con las liebres. Yo perdía de vista la fuga de la saeta en el seno del aire y el volátil amenazado se desvanecía en la calina del estío.

Un dolor me derribó súbitamente en el caudal de mi sangre.

El clamor

Yo vivía sumergido en la sombra de un jardín letal. Un ser afectuoso me había dejado en la soledad y yo honraba constantemente su memoria. Unos muros altos, de vejez secular, defendían el silencio. Los sauces lucían las flores de unas ramas ajenas, tejidas por mí mismo en su follaje estéril.

He salido de esa ciudad, asentada en un suelo pedregoso, durante el sueño narcótico de una noche y he olvidado el camino del regreso. ¿Habré visto su nombre leyendo el derrotero de los apóstoles? Yo estaba al arbitrio de mis mayores y no les pregunté, antes de su muerte, por el lugar de mi infancia.

La nostalgia se torna aguda de vez en cuando. La voz del ser afectuoso me visita a través del tiempo desvanecido y yo esfuerzo el pensamiento hasta caer en el delirio.

He entrevisto la ciudad en el curso de un soliloquio, hallándome enfermo y macilento. La voz amable me imploraba desde el recinto de un presidio y una muchedumbre me impedía el intento de un socorro. Los semblantes abominables se avenían con los símbolos de sus banderas.

Yo no acostumbraba salir de casa en la ciudad de mi infancia. Mis padres me detenían en la puerta de la calle con un gesto de terror.

El mito versiforme

Unas sombras ilusorias frecuentan el palacio de Helena y desaparecen furtivamente de su mirada crítica. Emiten unas voces casuales y provocan recuerdos infelices.

Helena se lamenta de haber atravesado indemne las llamas de Troya derruida y se promete sinsabores y reprensiones al asentarse de nuevo en su morada. Adivina en la fisonomía de las mujeres el vestigio del llanto, el pensamiento en la ausencia irreparable de la juventud nativa. Un águila negra circunscribe el vuelo sobre el aposento real y despierta en la memoria el presagio del sacrificio de Ifigenia.

Helena se confunde al juzgar las fábulas imaginadas en su desdoro por los griegos versátiles. Aparece escondida en el reino de los egipcios y tributaria de su culto singular o cautiva del espectro de Aquiles, a hurto del sol veraz, entre figuras aéreas.

Los griegos no alcanzan a esclarecer el portento de Helena. Su fantasma visita la mente de Eneas, el más noble de los adalides contemporáneos, y los secunda en la vía de la apoteosis.

El favor

Yo salí a correr monte, en la hora del alba, con unos jinetes proscritos. Nos detuvimos a leer el cartel donde se les amenazaba, fijo en un rollo de piedra, insignia del gobierno de la ciudad.

Yo retenía en mi poder el velo de una musulmana. Su dueña lo había despedido sobre mí desde su balcón, una noche serena de Tiflis. Sus deudos velaban a la redonda, con la mano en el puño de la espada y el caballo presto. El velo de seda transparente desprendía un viso mágico, ornamento y prestigio de mi persona.

El jefe de los jinetes no me perdía de vista y me señalaba al recelo de la cuadrilla en un lenguaje secreto, arte del garito y del presidio. La penuria del traje desentonaba con la nobleza de sus caballos y el lujo de sus armas de fuego. Preferían el antiguo fusil de pedernal.

No los acompañé sino breves instantes. Los soldados y los agentes de policía los habían alcanzado y sorprendido a hurto. La musulmana había denunciado el rumbo de la cuadrilla y el modo de salvarme. Los enemigos atendían al velo de seda y desviaban de mí sus disparos.

Los jinetes contumaces riñeron hasta morir. La vista de la mañana jovial los animaba a defenderse, a asirse de la vida. Los caballos, lejos del espacio de su llanura, prestaban un socorro fútil. Los heridos y los prisioneros fueron arrojados de cabeza a los precipicios de la montaña.

Se encarnizaban llamándome traidor.

Del país lívido

No me atrevía a interrumpir con la voz el sosiego de los olivos uniformes. Yo veneraba su follaje de un color cetrino. Habían crecido, conforme una ley, en el circuito de unos sauces impasibles.

Los residuos de un acueducto romano aumentaban la majestad del valle sombrío. Una balanza adornaba la frente de un templo ultrajado por las generaciones infieles y significaba las amenazas irremisibles de la justicia en un mundo superior.

Yo me perdía adrede en las avenidas, invocando los difuntos de mi predilección. Un sol rojo, presagio del temporal, desaparecía en la niebla de la tarde húmeda.

El afecto y la presencia de una sombra asidua me habían desprendido de la tierra. Yo me retiraba a descansar cuando la luna, el astro de los muertos, ocupaba el medio del cielo.

Un fantasma idéntico, reliquia del mito de Psiquis, me visitaba en el curso del sueño. Yo despertaba con la memoria de haberme fatigado en una persecución inverosímil y descubría en mis dedos el tizne de una mariposa nocturna.

El exvoto

El rey progenitor del paladín, bebía agua de un pozo. Guardaba una simplicidad rural. Defería al parecer de su noble consorte, segura y satisfecha de una vejez lozana.

El rey había recibido agravios de un salvaje de extraña fealdad y esperaba de un hijo desaparecido el restablecimiento de la honra. Descubrió en un sueño, la noche de un domingo, la suerte del niño y su crianza bajo la encomienda de un caballero denominado Héctor, émulo del héroe troyano en las virtudes, y no pudo acertar con el domicilio, ni consultando a los sabios del reino.

El desaparecido retorna, sin el consejo de nadie, al sentir los bríos de la mocedad y encuentra el camino derecho de su casa. Ha empezado el viaje del regreso al ceñirse, por travesura y petulancia juvenil, un arma invencible, una espada secreta, sin el asentimiento ni la presencia de su maestro.

El caballo resplandeciente de un santo, autor del miedo pánico en la muchedumbre de los paganos, lo espera el principio de un bosque envuelto en una lumbre matinal; y la hija del maestro lo alcanza y lo sigue en otro de la misma casta, después de tejer en sus cabellos el iris y el nenúfar de un estanque diáfano.

El príncipe fue reconocido por sus progenitores y les sucedió y su compañera vino a ser reina. Agradeció la felicidad emprendiendo y ejecutando la fábrica de una iglesia y tejió en su ornamento la semblanza de la llama, de la rosa y del trébol; y su dama constante se disculpó de la presunción de usar corona, ofreciendo su guirnalda de flores acuáticas para el adorno de los capiteles.

Las almas

La nave tenía el nombre de una flor y de un hada. Dividía rápidamente la superficie elástica del mar. El grumete anunciaba a voz en grito la isla de las aves procelarias. Sus rocas se dibujaban en el crepúsculo tenue, simulando las reliquias de una ciudad. Significaban la guerra de los elementos en un día inmemorial.

Una humareda se descomponía, a breve distancia del suelo, en una serie de orbes distintos. Un ser aleve se entretenía quemando leña verde en una atmósfera alterada artificiosamente. De donde venían las figuras inusitadas del humo.

En pisando tierra, descubrimos al autor del fuego. La naturaleza había intentado de modo involuntario y a ciegas el esbozo de una criatura humana. La malignidad del endemoniado se traspintaba en su fisonomía rudimental. Encerraba el viento en un odre.

Lo tratamos osadamente y sin respeto y lo dejamos inerme y contrito. El nombre de nuestra nave despertó de su letargo y redimió de su cautiverio una compañía de formas aéreas. Nos siguieron en el tornaviaje y su presencia no llenaba espacio.

Las condujimos al pie de un monte y penetraron en el seno de unos árboles, para esconderse. Una laguna las rodeaba y defendía con sus gases.

Quedaron bajo la encomienda de un ave libre de los menesteres y limitaciones de la vida.

La cuestación

Salía de mi celda, en anocheciendo, a juntar limosnas para el enterramiento de los supliciados y el consuelo de sus hijos. Las recibía copiosamente de los próceres de la ciudad, amigos de la diversión y del riesgo, atentos al mejor provecho de la hora presente, según la costumbre de los paganos y la advertencia de sus autores mendaces. La mañana eclipsaba a menudo las antorchas vigilantes de la orgía, cuando no declaraba las víctimas de la sensualidad o permitía reconstituir, en vista de una carroza volcada, la riña de los satélites.

El cielo habría llovido sus meteoros fulminantes sobre la ciudad incrédula, si no estuviera presente la doncella de mirada atónita y rostro exangüe, ejemplo de una fraternidad religiosa y de su ley estricta. Volaba sobre la tierra nefanda y su voz prevenía el ademán del homicida.

Pertenecía a un linaje de caballeros, los más entusiastas de una cruzada, lisonjeados con la promesa de una corona en ultramar. Satisfacía una penitencia atávica, motivada por una de sus abuelas, el hada Melusina, acusada de mudar la mitad del cuerpo, un día de la semana, en una cauda lúbrica de sirena.

La devoción de la doncella redime sus deudos de la visita de un fantasma. El hada Melusina, resentida con sus descendientes, frecuentaba las torres de sus palacios, amenazando calamidades.

El herbolario

El topo y el lince eran los ministros de mi sabiduría secreta. Me habían seguido al establecerme en un paisaje desnudo. Unos pájaros blancos lamentaban la suerte de Euforión, el de las alas de fuego, y la atribuían al ardimiento precoz, al deseo del peligro.

El topo y el lince me ayudaban en el descubrimiento del porvenir por medio de las llamas danzantes y de la efusión del vino, de púrpura sombría. Yo contaba el privilegio de rastrear los pasos del ángel invisible de la muerte.

Yo recorría la tierra, sufriendo la grita y pedrea de la multitud.

No conseguí el afecto de mis vecinos alumbrándoles aguas subterráneas en un desierto de cal.

Una doncella se abstuvo de censurar mi traje irrisorio, presente de Klingsor, el mago infalible.

Yo la salvé de una enfermedad inveterada, de sus lágrimas constantes. Un espectro le había soplado en el rostro y yo le volví la salud con el auxilio de las flores disciplinadas y fragantes del díctamo, lenitivo de la pesadumbre.

La mesnada

Los colores vanos del alba me indicaban la hora de asistir al oficio de difuntos, celebrado en honor de la joven reina por unas monjas de celestial belleza. Yo sosegaba de ese modo el humor sombrío y castizo.

Las monjas adivinaban mi interés por la memoria de la soberana y me rodeaban solícitas. Yo quedaba de rodillas en el oratorio impenetrable, después de la celebración de la misa. Entreveía las figuras entecas, dibujadas en las vidrieras y mosaicos. Unos santos armados y a caballo militaban contra los vestiglos de un arte heráldico.

Yo salía del retiro a unirme con los devotos de mi persona, esparcidos a distancia de la voz en las avenidas del asilo venerable. Debían acudir al mediar la mañana.

Yo recuperaba, al pisar la calle, mi presunción innata. Habría dirigido, en presencia de los matasietes, la bienvenida al peligro, imitando una actitud de César.

Un jorobado empezó a reírse de manera abominable al reparar en el entono y compás de mis ademanes. Lo había salvado, el año anterior, cuando el verdugo se disponía a descuartizarlo, acusándolo de homicida.

Mis aficionados se precipitaron a satisfacer mi indignación y lo enderezaron por medio del tormento.

El error vespertino

Unos jinetes bravíos me escoltaban durante la visita al país de las ruinas legendarias. Nos detuvimos a maravillar los arabescos y perfiles de un puente de arcos ojivales.

Invadimos la ciudad fatídica por una avenida de cipreses violados. Yo me extasiaba en el ambiente de pureza, a la vista de un cielo de tintes ideales. La imagen de un alminar brillante se dibujaba en el río de linfas indolentes.

Yo adelantaba, peregrino del desencanto, en el sosiego inverosímil.

Un cortejo nupcial, pregonado por los sones de una melodía sensible, se despertó del ensueño, me volvió a la presencia del infortunio. La joven se dirigía al cautiverio en un carro de usanza agreste.

Yo traté de seguir los vestigios sutiles del cortejo a la luz del crepúsculo de éter y me encontré solo y a ciegas en el circuito de unas tumbas idénticas.

El duelo

El galán quedó tendido en el suelo de nieve, entre los árboles disecados por el invierno. Salía del baile de máscaras, animado de la pasión de los celos, a demandar un desagravio. Recibió en el pecho la aguda lámina del hierro.

La dama vestida de terciopelo azul, motivo de la discordia, presenció el curso y el desenlace del conflicto sangriento. Le atribuían en secreto uno de los apellidos más nobles de Francia.

El mágico de ropilla escarlata sostiene en sus brazos al moribundo y escucha las últimas palabras, enunciadas con la voz ansiosa y débil de un infante. Presta el auxilio de una ciencia difamada.

La mujer culpable se recoge en el palacio de exquisita arquitectura. Sus autores y fabricantes se habían inspirado en la fauna. Balbuce de miedo al considerar la noticia de una peste ensañada con las hermosas y criada en los puertos de Levante.

La dama sucumbe en la sala del piso de pórfido, al lado de su lebrel blanco. Ha divisado en la penumbra de los aposentos la figura mortal de Empous, una larva de ojos de envidia y cabeza de asno, repulsada por Mefistófeles.

La parvulista

Los niños fallecidos antes del bautismo saludan la aparición de la luna, el numen infernal de tres visajes, y son los duendes inquietos y malignos. Vuelven a ser, cuando nace el día, hongos, parasoles del diablo.

Una bruja los disciplina cruelmente y los precave de las ceremonias y de los símbolos del cristianismo.

La novicia de casto perfil desea salvar la hueste de los niños infelices y sale del convento, armada de resolución. La Virgen María ha consentido en llenar su ausencia, vistiéndose de su persona, según se cuenta a cada paso en la Edad Media.

La novicia reprende a la bruja pérfida y le prohíbe despojarse de su figura de lechuza, mensajera de la esterilidad.

Arrastra consigo la muchedumbre de los inocentes y los reconcilia con la fe de Cristo. No incurrieron en travesuras ni dieron más noticia de su existencia después de amaestrados en cantar las alabanzas de María.

Los secretos de la Odisea

El rey de los feacios apresuró el viaje de Ulises y se negó a cultivar su recuerdo y amistad. Había concebido un miedo extravagante al fijarse en su confesión de una entrevista con los difuntos. Imaginaba a través de la fábula del peregrino, el resentimiento de Tiresias, asaltado y sujeto.

El rey de los feacios amaba ansiosamente la vida y la juventud. Se espantaba de la vejez y del cautiverio en la tumba sempiterna. Al oír el cuento de Ulises y para eliminar sus efectos aciagos, requirió una espada de bronce, presente de Mercurio, alojada en una vaina de marfil. Se levantó bruscamente, animado de una idea precisa, y se dirigió, por una avenida de estatuas, al arsenal de sus navíos indemnes.

Unos remeros próvidos se aventuraban, poco después, con el héroe sagaz en un mar vacío. Tremolaba en las entenas y en los mástiles el apéndice de luz de los Dioscuros.

El rey de los feacios fue herido en su afecto más noble. Debía pagar con una senectud inconsolable el azar de una hospitalidad réproba. Su hija Nausicaa, la hermana pensativa de las fuentes, se había prendado de la elocuencia de Ulises y se consumió llorando su alejamiento perentorio.

Las doncellas de su trato la sepultaron, vestida con el atavío de las nupcias, bajo un túmulo de piedras humedecidas por el relente de un valle fluvial.

La visita

Los brujos del yermo se escondían a pasar los meses de la nieve en los senos del monte. Un rústico los sorprendió en el curso de un sopor y murió de extinguir con su aliento una lámpara de ónix, sobre una mesa de piedra, en la galería falaz.

Su hija, atenta a los signos de la lluvia, retiene en torno de sí los hermanos menores y los persuade con la amenaza del temporal. Interrumpe la urdimbre de un tejido, solaz de la espera, e imagina el caso de su progenitor. Distingue el acto imprudente y las consecuencias del humo funesto.

Las almas de los brujos insensibles recorren el vecindario en forma de gnomos y las preside Lucifer, vestido de gris.

La hija del rústico demanda el auxilio sobrenatural y lo retribuye de antemano, arrojando por la ventana y al espacio libre un ratón, presente de los supersticiosos a Lucifer.

Los hijos del rústico pierden el sentido al descubrir en su ventana, poco después, el semblante de un oso crepuscular.

El vejamen

Yo omití el nombre de la beldad florentina cuando referí el cuento de su perfidia a uno de los donceles del Decamerón. La mujer me había permitido, con tal reserva, celebrar su muestra de ingenio y yo pude contribuir un asunto a la retórica magistral de Bocaccio. Me proponía divulgar el desengaño de un galán presuntuoso.

El cuento se difundió velozmente y encontró auditorios alegres y despertó esclarecimientos malignos. De donde nació el rencor del escarnecido y su aspereza con mi reputación.

Se acercó a desafiarme en mi propia casa, al cerrar la noche, y fue ahuyentado por el ademán fiero de un autómata apostado en la escalera de entrada y destinado al oficio de pandorga en una fiesta campesina.

Esta ocurrencia me dejó libre y yo me vi en el caso de trasmitirla a los fanfarrones y pedantes de la Comedia del Arte. El generoso Bocaccio se había arrepentido de su hilaridad.

El ramo de la Sibila

El canto de la salud, vuela sobre el mar jocundo, sube al cielo de ópalo. Sirve para distinguir los momentos de la maniobra. No se requiere el portavoz ni el mandamiento lacónico.

He despedido los vestigios de una visión infeliz al incorporarme del regazo de la noche. Una voz inmortal había insinuado en mis oídos el verso canoro de Virgilio, para describirme el naufragio de un timonel vencido por el sueño.

Yo reconstituí los pormenores del episodio al despertar y volver en mi acuerdo. Reconocí inmediatamente el litoral donde fue sacrificado el náufrago después de salir a salvo.

Tenía a mi alcance un ramo de olivo, el árbol místico y virtuoso. Lo sumergí en las aguas lívidas y lo agité sobre mis compañeros indiferentes.

El resfrío

He leído en mi niñez las memorias de una artista del violoncelo, fallecida lejos de su patria, en el sitio más frío del orbe. He visto la imagen del sepulcro en un libro de estampas. Una verja de hierro defiende el hacinamiento de piedras y la cruz bizantina. Una ráfaga atolondrada vierte la lluvia en la soledad.

La heroína reposa de un galope consecutivo, espanto del zorro vil. El caballo estuvo a punto de perecer en los lazos flexibles de un bosque, en el lodo inerte.

La artista arrojó desde su caballo al sórdido río de China un vaso de marfil, sujeto por medio de un fiador, e ingirió el principio del cólera en la linfa torpe. Allí mismo cautivó y consumió unos peces de sabor terrizo. La heroína usaba de modo preferente el marfil eximio, la materia del olifante de Roldán.

Un sol de azufre viajaba a ras del suelo en la atmósfera de un arenal lejano y un soplo agudo, mensajero de la oscuridad invisible, esparció una sombra de terror en el cauce inmenso.

El monólogo

El caballero de los pensamientos desvariados registra el mar. Se apoya de espaldas en una roca perenne. Deja de la mano y en el suelo el sombrero y la espada.

Un ave feudal, de librea cenicienta, domina el aire desierto. ¡Cuántas batallas se libraron a la vista de las torres!

El caballero descubre la imagen de su vida en la soledad del pájaro altivo. ¿No sucumbe en la amargura y rehúsa la sociedad desde el rapto de su amada, el día de una incursión de los infieles?

El caballero piensa en redimirla y fía en la merced de un azar feliz, prodigado en la realidad contemporánea. Se ha arruinado con la desdicha y se extravía en medio de las lucubraciones de un entendimiento evaporado.

Inventa, entre suspiros y sonrisas, el término de su inquietud. Los accidentes de su fortuna y el desenlace imaginario se encuentran en más de una conseja de romeros infantiles, recitada en una etapa vespertina.

El rencor

La música del clavecín, alivio de un alma impaciente, vuela a perderse en el infinito. La artista divisa, por la ventana de su balcón, el río fatigado y el temporal de un cielo variable.

El instrumento musical había venido de Italia, años antes, por la vía del mar. Los naturales de mi provincia convinieron en el primor de la fábrica y dejaron, esa vez, de enemistarse por una causa baladí. Los artesanos habían aprovechado la madera de un ataúd eterno.

La artista no se mostraba jamás. Un drama de celos había arruinado su casa y dividido a sus progenitores. Los hermanos la vedaban a la vista de los jóvenes y riñeron conmigo al sorprenderme en la avenida de su mansión. Yo vivía suspenso por efecto de los sones ansiosos y sobrellevé la arbitrariedad y no me adherí al resentimiento de mis abuelos, heridos por esa familia rival.

La artista había nacido de una pasión ilícita, oprobio del honor intransigente. Yo vine a discurrir sobre el desvío de los suyos para mis antepasados y concebí una leyenda oscura y tal vez injusta.

Los hermanos de la artista aceptaron sin recato mi pésame cuando sucumbió de un mal exasperado. Los retratos de la sala mortuoria me dirigieron una mirada penetrante e impidieron la reconciliación definitiva.

El espejo de las hadas

La virgen de la espada al cinto visita el remanso profundo para ver la imagen de su galán, devuelta de entre los muertos. Contenta su propósito sin bajar del caballo rebelde.

La virgen ciñe en ese momento una corona de ortigas, la del rey Lear, víctima de su presunción.

Se envanecía de su felicidad al ensalzar con elogio redundante los méritos del galán y la escucharon los celadores del orgullo, los aviesos ministros del Destino.

La muerte asume el gesto de un viejo socarrón e interrumpe el camino del amante a la entrevista apasionada. Consigue indignarlo con sus parábolas ambiguas y lo burla y lo derriba con una suerte de su tridente, arma desusada.

Ovidio, el fabulista de los gentiles, habría decantado el llanto de la mujer en una elegía ronca y la habría convertido en un ciprés, anulando la figura humana.

Las hadas septentrionales, reconciliadas con el niño Jesús y partícipes de la fiesta de su nacimiento, se compadecieron de un amor desventurado y permiten la aparición de la sombra en la cuenca de su lago de zafir.

La taberna

Los libertinos disparaban en una risa abundante al lanzar con el pie, en distintos sentidos, la gorra de la fondista. Su embriaguez, efecto de un brebaje mortal, se confundía con la enajenación. La llama de los reverberos imitaba el tinte del ajenjo.

Un duende rojo volaba sobre las copas vacías y derribadas.

El más viejo de los libertinos se había tornado flemático y adiposo. Los compañeros intentaban irritarlo con sobrenombres amenos. Pero nada lograban con el veterano de la licencia y de la bacanal. Había arrojado de sí mismo la caperuza de campanillas del bufón.

Alguien despidió una mecha encendida sobre el fauno soñoliento y sobresaltó su torpeza y la convirtió en aflicción y en miedo. Los calaveras le formaron una rueda festiva y probaron a refrescarlo con aspersiones de agua. Presenciaron, atónitos, la ignición del ebrio, caso maravillado y hasta desmentido por la ciencia.

El senador

Las súplicas de los ancianos llenaban el ámbito del edificio. La intemperie lo había revestido de musgo y de liquen.

Nadie conseguía desplegar el entrecejo del vencedor y persuadirlo a la clemencia. El joven rey ordenaba el suplicio desde un escaño de piedra. No se conmovía ante la hermosura atlética de los cautivos.

Los verdugos desprendían los cabellos nobles y los afrentaban con el pie. Se divertían hiriendo la cerviz lozana.

Los prisioneros se ofrecían a la muerte con ademán soberbio, y le asignaban un semblante de belleza fatídica.

Los ancianos se prosternaron al terminar el sacrificio. El concierto de sus voces profundas se alzaba en loor de los vencidos y en desagravio de la justicia invisible

La hija del cisne

Goethe saludó la presencia de María Antonieta
en Fráncfort del Main, pausa del camino de Viena
a París, con los únicos versos franceses de su pluma.

Yo dejo el vapor de ruedas y visito la abadía de los benedictinos en una orilla apacible del Danubio. Una joven afable me refirió el origen del edificio, delante de una capilla solitaria. Los monjes lo habían labrado en un límite de la civilización antigua, ileso del vestigio de César.

Los monjes erigieron la abadía, monumento expiatorio, con el fin de eliminar de la memoria de los hombres el desenlace de un afecto profano y escogieron el sitio mismo en donde unos amantes soberbios se arrojaron a perecer en la corriente.

Los monjes facilitaron el socorro de Viena, asediada por el musulmán. Acudieron al encuentro de Sobieski, el héroe del carcaj primitivo y del escudo homérico, y lo dirigieron donde el caudillo de los infieles, seguro de la victoria, departía libremente con sus hijos sobre un tapiz de Bokara.

El joven me describió con lástima el abandono de la casa reverenciable por los monjes, un día amargo. Los vencedores de una guerra igualaban el cortijo y la aldea con paja del suelo y esparcían la voz iracunda de sus mecanismos de muerte en el ámbito desolado.

El joven asignó el principio de la hecatombe al casamiento de María Antonieta y celebró su blancura en términos fervientes, donde se traslucía un amor quimérico a la reina martirizada. El último director del establecimiento pío adivinó las consecuencias del viaje nupcial y se abstuvo de mirar el cortejo. El asceta se había encerrado en un lugar incólume de los rumores del mundo sensible.

El joven terminó la apología vivaz de su heroína citando el epitalamio de Goethe, el pensador cautivo de la belleza marmórea de Elena y crédulo en el retorno de su fantasma.

El olvido

Yo no pisaba las huellas del cazador extravagante. Quería evitar el contagio de su pesadumbre.

Morábamos vecinos en un país de belleza augusta. El azufre y demás fósiles predilectos del fuego se juntaban en la composición de la tierra.

El cazador frecuentaba los montes de granito. Su gesto valiente se dibujaba en la zona del éter cándido. Una lumbre fugitiva dirigía sus pasos.

Había domesticado el ser más viejo entre las gamuzas repentinas. Acertaba de espaldas con el objeto de sus tiros.

No lo abordé sino una vez, para dar con el motivo de su desvío.

La manera grave de su discurso no me permitió recoger una vislumbre.

Había fabricado su cabaña a la sombra de un pino glacial.

Yo la visité furtivamente al advertir su ausencia de una semana. El cazador, libre de los efectos deletéreos de la muerte, yacía en un ataúd de piedra. El semblante helado, ajeno del pesar, no inspiraba conjeturas sobre la causa del fallecimiento. Un reguero de carbunclos magnéticos había caído de su diestra.

Un torrente, creado por la lluvia fortuita, arroja sobre la cabaña un sedimento de arena y promete cegarla.

Los ortodoxos

Yo recorría el país grave en solicitud del monasterio decadente. Recuerdo la pausa y el zurrido monótono de mi carro de bueyes en el camino de guijarros y su vuelvo en el río de lodo. Los naturales morían de consumir los peces de su corriente paralítica.

Unas aves negras, de calvicie petulante, retozaban en la hierba incisiva y sobre el dorso de unos caballos enjutos. Su vuelo repetía, en el azul violento, el orden estricto de la falange.

El revés de los tiempos sumía las aldeas en la miseria, aconsejaba la indolencia, el aborrecimiento de la vida. Una mujer impasible, de ojos áridos, presidía el juego de sus niños en el recinto de un cementerio obstruido por el matorral. El traje de antigüedad noble y la rueca doméstica secundaban el ascendiente de su faz.

El abad me esperaba antes del edificio, al pie de un nogal mustio. Su discurso voluble me retrajo de pedir un sitio en el aposento de los peregrinos. Se lamentaba del egoísmo y parsimonia de los feligreses.

Yo recogí, durante la visita, motivos frecuentes de suspicacia y desvío. Unos monjes dibujaban imágenes canijas, siguiendo la costumbre de un arte fanático, y el más incivil acudía a la autoridad de San Basilio, con el fin de recomendar la sucieza, en señal de penitencia.

La redención de Fausto

Leonardo da Vinci gustaba de pintar figuras gaseosas, umbrátiles. Dejó en manos de Alberto Durero, habitante de Venecia, un ejemplar de la Gioconda, célebre por la sonrisa mágica.

Ese mismo cuadro vino a iluminar, días después, la estancia de Fausto.

El sabio se fatigaba riñendo con su bachiller presuntuoso, de cuello de encaje y espadín, y con Mefistófeles, antecesor de Hegel, obstinado en ejecutar la síntesis de los contrarios, en equivocar el bien con el mal. Fausto lo despidió de su amistad, volvió en su juicio y notó por primera vez la ausencia de la mujer.

La criatura espectral de Leonardo da Vinci dejó de ser una imagen cautiva, posó la mano sobre el hombro del pensador y apagó su lámpara vigilante.

La alianza

Yo escuchaba sollozos a través del sueño ligero y variable. No podían venir de mi casa desierta ni de mi vecindario diseminado en un área espaciosa.

Yo vivía delante de una plaza vieja, sumida en la penumbra de unos árboles secos, de un dibujo elemental. Mostraban una corteza de escamas y sus hojas afiladas y de un tejido córneo, semejantes a cintas flácidas, habían cesado de criar savia.

Un mensajero llegó de lejos, al rayar el día, a decirme la nueva infausta. Había devorado la distancia, montado sobre un caballo impetuoso, de arnés galano. Admiré el estribo de usanza arábiga.

Las hijas de mi ayo y consejero me recordaron al verse desvalidas. La muerte lo hirió sigilosamente en medio de la espesura de la noche y los sones de su flauta burlesca de ministril revelaron la desgracia y propagaron la consternación.

Yo había olvidado en una cámara de muebles pulverulentos el carruaje de mis excursiones juveniles. Alcancé el hogar visitado por el infortunio, después de restablecer el armazón y las ruedas en más de un sitio de la campiña reseca.

Las mujeres vinieron a mi encuentro, solemnes y demacradas a la manera de las sibilas. Me habían reservado la ceremonia de esparcir el puño de cal sobre el rostro del difunto, semejanza de algún rito de los gentiles en obsequio del piloto infernal.

Yo sellaba de tal modo el convenio de un pesar inmutable, sin esforzar mi lenguaje exento de efusión y de gracia. Asisto fielmente al responso cuotidiano en el oratorio familiar y añado mi voz a una salmodia triste.

La jornada del eremita

Yo asistí en su agonía al ciervo de edad prolongada y recogí el collar de bronce, de monedas romanas, soltándolo de su cerviz.

Los gentiles habían atribuido al ciervo una longevidad prodigiosa, según se refiere en muy doctos escritos, y Nuestro Señor despertó por medio de uno de ellos la vocación de San Huberto.

Nadie había logrado seguir la pista del ciervo de edad prolongada. Las zarzas humildes y sin nombre dejaron de trabarse delante de mí, el día de hallarlo en su última hora. Unas flores se prendieron en mi saya monástica, tejiéndole una franja, y me turbaron con su belleza. Yo sé defenderme del hechizo de las criaturas.

Tuve entre mis manos la cabeza del ciervo caduco y su ruina se manifestó cuando solté de su cerviz el collar antiguo, de labor secreta y efecto pasmoso, por donde se volvía invisible.

Una vez despojado de aquella prenda de su fuerza, espiró la vida gimiendo.

La abominación

El solitario maldijo la ciudad en términos precisos y se escondió lejos, en una selva de espinos florecientes.

Los naturales divisaban, desde los miradores y solanas, un contorno inflamado. El moral resistía esforzadamente el suelo de nitro y el pozo de betún.

Las mujeres ejercían la autoridad y celebraban de noche un rito lúgubre y sensual. Yo mismo presencié la fiesta del llanto y del amor.

Conseguí sustraer de la muchedumbre una joven destinada a la orgía clamorosa. Adiviné el fervor de su ternura e inocencia. Unos piratas la habían cautivado sutilmente.

El solitario nos puso en el camino del mar y yo no acierto a distinguir si me perteneció la idea súbita de invocar el nombre de Ulises, para conciliarme la voluntad de unos remeros griegos.

Siglos medios

Klingsor, el mago tenebroso, desaparece de la tierra al nacer Santa Isabel de Hungría.

Los alemanes lo presentan en un certamen de trovadores. Se quiere dar con el más liberal de los magnates contemporáneos. Suena entre loores el nombre del rey de Francia y lo contrasta el de pródigos landgraves. Un manuscrito de la época refiere al porfía y acusa al hechicero de falsear las opiniones y desordenar el juicio. Klingsor merece figurar en el teatro de Shakespeare. Se había enemistado con los hombres al sucumbir en una aventura galante. Incurría en el exceso de llamarse heredero y descendiente de Virgilio. El dramático inglés, apasionado de Italia, pudo convenir en esta novedad y honrarlo con el sobrenombre de marqués de Capua, acogiendo un residuo de la tradición.

La merced de la bruma

Yo vivo a los pies de la dama cortés, atisbando su benigna sonrisa de numen.

El cierzo invade la sala friolenta y cautiva en su torbellino las quimeras y los fantasmas del hastío. Repite el monólogo del pino desventurado y humedece ¡oh lágrimas invisibles! la faz de los espejos y de las consolas de un dorado triste.

Yo diviso a través de la ventana el desmán de un oso y el sobresalto de unas aves lentas, de sueño precoz. La tarde engalana el bosque de luces taciturnas.

El discurso de la mujer insinuante no consigue mitigar la pesadumbre del exilio. Yo padezco el sortilegio de su voluntad repentina y declaro en frases indirectas el pensamiento del retorno al mediodía jovial. Mis palabras vuelan ateridas, enfermas de la congoja del cielo.

La dama cortés adivina en lontananza un mensaje benévolo. Recibe de manos de un jinete menudo y suspicaz el secreto de la belleza inmortal, el iris de los polos, una flor ignorada.

El monigote

El senescal, observando el consejo de Ambrosio Paré, nos había salvado del veneno por medio del azufre. Sentíamos, sin embargo, las consecuencias de un vino de sabor metálico.

Las cortesanas, vestidas de raso blanco, permanecían indiferentes y resultaron libres del mal. Habían nacido en Venecia y ayudaban al embajador de su república, el mejor espía de la historia. No sospechábamos el interés de este personaje en el seguimiento de nuestros pasos y recibimos gozosamente en nuestra compañía las mujeres del cabello rojo y de la tez azucena. Vivíamos prendados de Italia y habíamos llegado hasta defender, espada en mano, el nombre de Vignola, negando el estrago de su doctrina en el arte francés.

Los servidores del rey, armados sólidamente, aparecieron en la meseta más alta de la escalera y bajaron a prendernos sin peligro. Entrábamos de modo insensible en una especie de letargo y lo atribuíamos a un pólipo servido en nuestra mesa, no obstante la censura de los médicos de la antigüedad. Interrumpíamos el sopor infernal con gritos de espanto y de furia y desviamos la atención de los centinelas del presidio.

Yo fui separado de mis compañeros y sometido a un tratamiento más humano. He aceptado del rey la invitación a abrazar el estado sacerdotal, esperando imitar la liviandad de Rabelais.

No he podido averiguar la situación de mis cómplices. Diana de Poitiers acostumbra vender al sultán de Turquía los enemigos del rey de Francia, a veinte escudos la pieza.

Analogía

El solitario lamenta una ausencia distante. Se consuela escribiendo el soneto difícil, en donde el análisis descubre a menudo un sentido nuevo.

El solitario se pierde en las distinciones de su doctrina escolar y satisface los requisitos del arte cuando el ocaso pinta de negro el mirto y el ciprés y marca sus perfiles.

La imagen de la ausente, de semblante excavado por la meditación y vestida de los matices del fuego, recorre la floresta de las arditas y de las gacelas en donde subsiste la memoria de la reina Ginebra.

El solitario se embelesa en la transfiguración de la ausente y describe sus méritos, refiriéndose al motivo heráldico del lirio de hojas de acero.

El sedentario

En la mañana de ámbar, el murciélago rezagado vuelve a la torre sacrílega de Fausto. El ave réproba de Moisés llega de recoger en los calabozos el treno de los prosélitos del mal. Invade la cámara por la ventana fiel a la luna desierta e infunde el sobresalto de la vida en la imagen de un hombre, portento del arte mecánica.

Fausto domina el estupor y dirige un puño de tierra al volátil siniestro, usando el arbitrio de la geomancia. Conjetura la pérdida de su alma en la eternidad al reconocer el esparcimiento del polvo en la sobremesa.

Los lazos de la quimera

Yo velaba en la crisis de la soledad nocturna. El retrato de una mujer ideal, única alhaja del aposento, desplegaba mi sobreceño, divertía algunas veces mi inquietud.

Yo lo había conseguido en la subasta de unos muebles gentiles. El matiz de los cabellos me recordó los de una beldad grácil, fantasma del olvido. El pincel de un iluso había persistido inútilmente en imitarlos.

Yo me esforzaba en calar el enigma de una disciplina singular, de un arte secreto, y dibujaba, sin darme cuenta, la cifra de cantidades inéditas.

Me he fatigado hasta el momento de hundirme en un sopor, bajo los dedos de una mano fría de mármol.

Yo desperté en una sala funeral y la recorrí por entero, sorteando las urnas de piedra. En el zócalo de una imagen de la eternidad, cegada por una venda, acerté con el residuo del veneno de Julieta.

La hora

La doncella compasiva, de voz alada, cruza el vergel de anémonas y caléndulas.

Una ráfaga del cielo mustio solivianta de un zócalo derruido los buitres de la guerra y humedece las hojas de un legendario mirto.

La silueta de un numen fatídico y de su caballo turbulento crece en el horizonte libre.

Su amenaza, ritmo del trueno, ofusca las torres impávidas.

El exorcista

El monje inocente se esforzaba en dirigir los actos del joven. Lo inducía a condenar los ejemplos de soberbia, frecuentes en la casa de sus mayores.

El joven fue persuadido a la caridad y se abstuvo de presenciar los suplicios impuestos sobre los campesinos alzados en una lejanía silvestre.

El monje inocente se había escurrido entre los sediciosos y los había invitado al avenimiento. Un sujeto de faz grave, distinguido con el atavío de una dignidad universitaria, acudió del seno de la espesura y lo envolvió en una red de argumentos profanos.

El zascandil hiere al monje en su afecto más ingenuo, seduciendo al joven alumno. Se dedica a facilitar el extravío de las costumbres y se huelga de haber precipitado al mismo Fausto en una correría vana. Solivianta las cuadrillas de los fugitivos y anima los señores a la severidad. Se divierte con los ayes y lágrimas del ser humano.

El monje inocente desea prevenir la astucia de su enemigo y se entera del nombre y de los hábitos de los demonios. Acierta con el segundo de Satanás e insiste en su filatería de rapabarbas y de alcahuete leyendo unas pláticas del rey Jacobo, el hijo aprensivo de María Estuardo.

La zarza de los médanos

El país de mi infancia adolecía de una aridez penitencial.

Yo sufría el ascendiente de un cielo desvaído y divisaba el perfil de una torre mística.

Los montes sobrios y de cima recóndita preferían el capuz de noviembre. Las almas de los difuntos, según el pensamiento de una criatura pusilánime, se recataban en su esquivez, seguían las vicisitudes de un río perplejo y volaban en la brisa del océano.

Vencíamos el susto de las noches visionarias a través del páramo, en la carroza veloz. Unos juncos lacios interrumpían la fuga de las ruedas y la luna indolente vertía a la redonda el embeleso de sus matices de plata.

La criatura infantil, objeto de mis cuitas, amaba de modo férvido unas flores balsámicas, de origen sideral, imbuidas en el aire salobre. Vivía suspensa del anuncio de la muerte y las demandaba para su tumba. Yo he defendido las hojas montaraces del asalto de las arenas.

El mar salió de sus límites a cubrir el litoral desventurado. Una sombra muda y transparente dirigió el esquife de mi salud al reino de la aurora, a la felicidad inequívoca. Yo despertaba de unos sueños encantados y percibía en el aire del aposento los efluvios de la maleza fragante.

La presencia

La imagen de las torres se dibujaba en el mar. Unos pájaros tenues las rodeaban con su vuelo metódico. No podían sostenerse en sus pies elementales, falsos.

Los rayos caían al azar y con frecuencia desde el cielo vacío. Yo esforzaba el pensamiento y no descubría su origen imposible. Las torres y un ciprés lacio permanecían indemnes.

Yo había despertado de un sueño inmóvil y de sus visiones fatídicas, originarias de la luna. La vista del ciprés me encaminó a un sepulcro inédito.

Isolda había desaparecido de la tierra y descansaba allí mismo de su pasión agónica. Yo quise hablar y mis palabras volaron por el aire, convertidas espontáneamente en gemidos.

De profundis

He recorrido el palacio mágico del sueño. Me he fatigado en vano por descubrir el vestigio de una mujer ausente de este mundo. Yo deseaba restablecerla en mi pensamiento.

Conservo mis afectos de adolescente sufrido y cabizbajo. Su belleza adornaba una calle de ruinas. Yo me insinuaba hasta su ventana en medio de la oscuridad crepuscular. Me excedía en algunos años y yo ocultaba de los maldicientes mi pasión delirante.

Dejó de presentarse en una noche de temores y congojas y recordé infructuosamente las señas de su vivienda. Un temporal corría la inmensidad.

Yo seguí a desahogar la melancolía indeleble en una aventura, donde mis compañeros se perdieron y murieron. Yo amanecí en el recinto de una iglesia, monumento erigido por una doncella de otros siglos. El sacerdote encarecía las pruebas de su devoción y anunciaba desde el púlpito amenazas invariables. Celebró después el oficio de difuntos y llenó mis oídos con el rumor de un salmo siniestro.

El alumno de Garcilaso

El doncel visita la fuente de los alisos, donde una mujer afectuosa, en siglo distante, había acabado la vida llorando. Se desviste el seguro arnés de hierro. Guarda en la mente los pormenores del caso infeliz y los cuenta a sovoz en un romance. Gusta de refugiarse en el paraje secreto, disponiéndose en un mismo grado, para el oficio de las armas y la sutileza del arte.

Un ocaso del otoño pinta de rojo los vergeles. Una muchedumbre de pájaros se ha criado de los árboles y exhibe el color de la hoja primitiva.

Allí se ha avecindado en otro tiempo un ermitaño sencillo. Iba y venía sobre un asno agobiado por una figura negra de la cruz. Agasajó varios huérfanos de una misma edad, encomendados a un cisne receloso, y coronó la vida con el martirio.

El doncel saca a lucir una viola, fabricada de una madera acústica de ese mismo sitio. Paga su tributo a la pesadumbre de la mujer y a la abnegación del religioso, decantadas por los aldeanos, y aniega el bosque en una serenidad argentina.

Ofelia

La bruja adereza el veneno de la fiebre soñolienta. Requiere los nenúfares y lentejas del agua.

Desde el cielo de colores sordos, el aquilón de carrillos inflados, imagen de un dibujo holandés, arroja su brisa letal.

Una canturía lenta, insipiente, erige de la tierra la zarza de las espinas y demanda la presencia de un lagarto famélico. El monje de la zozobra avista su efigie en la frente de una calavera de risa desdentada.

Sobre las ruinas, ocultas bajo las redes y lazos de una vid silvestre, la forma aérea de una virgen florecida en un siglo ideal suprime el sortilegio y sosiega el ambiente con sus alas de fantasma.

Y la secunda el ruiseñor, poeta del amor inconsolable.

El disidente

San Francisco de Sales aconsejaba dirigir invectivas al demonio, para alejarlo de nuestra presencia. Yo había leído en otro escritor ascético la costumbre saludable de arrojarse de bruces sobre la tierra desnuda.

La muchedumbre de los posesos había molestado la atención de Bodin, el probo jurisconsulto francés, y motivado largos trabajos de su pluma.

Los suplicios difundían el terror y contristaban el ánimo. Se multiplicaron los casos de enajenación y el padre de un ahorcado se declaró igual a Jesucristo y salió de noche a quejarse con voz sepulcral.

No me avine jamás con el arte lúgubre de aquellos hechizados y pude esperar a mansalva el fin de las hogueras de la represión.

En medio de la amenaza constante, quise expiar mis culpas ignoradas y despistar los satélites de un poder asombradizo. Recordé la ceremonia de los israelitas con el cabrío emisario y la usé con un ave nocturna.

El rescate

Los duendes visitaban la luna a su voluntad y entretenían la vista de los palurdos, a tan larga distancia, con el simulacro de una liebre despavorida.

Los duendes voluntariosos se ensañaban con los palurdos y sus animales de labranza y cubrían de herrumbre los enseres. Se habían soltado, un siglo antes, del magisterio de Paracelso.

Los duendes fementidos habían divulgado a los cuatro vientos un error galante de la reina Mab y señalaban sus mercedes ilícitas en el trato con Ariel. La ofensa dirigida a la reina contrista el alma indulgente de Shakespeare e influye en su muerte precoz.

Yo percibí el temperamento de los palurdos al convalecer de una fiebre en su vecindad. Yo servía de pedante en una farándula trivial.

El más crédulo solicitó mi consejo en un caso de sobresalto. Me preguntó si debía retener cautivo al maestro de los duendes fútiles, enlazado en una trampa de lobos e insigne por el pie bisulco o si lo perdonaba en cambio de una suma de rubíes.

Desoyó mi sentencia de sujetarlo y de alternar la aspereza con el donaire y recibió un premio irrisorio.

Plinio se refiere a las piedras preciosas originadas del residuo abyecto del lince.

La procesión

Yo rodeaba la vega de la ciudad inmemorial en solicitud de maravillas. Había recibido de un jardinero la quimérica flor azul.

Un anciano se acercó a dirigir mis pasos. Me precedía con una espada en la mano y portaba en un dedo la amatista pontifical. El anciano había ahuyentado a Atila de su carrera, apareciéndole en sueños.

Dirigió la palabra a las siete mil estatuas de una basílica de mármol y bajaron de sus zócalos y nos siguieron por las calles desiertas. Las estatuas representaban el trovador, el caballero y el monje, los ejemplares más distinguidos de la Edad Media.

Unas campanas invisibles difundieron a la hora del ángelus el son glacial de una armónica.

El anciano y la muchedumbre de los personajes eternos me acompañaron hasta el campo y se devolvieron de mí cuando las estrellas profundas imitaban un reguero de perlas sobre terciopelo negro, sugiriendo una imagen del fastuoso pincel veneciano. Se alejaron elevando un cántico radiante.

Yo caí de rodillas sobre la hierba dócil, rezando un terceto en alabanza de Beatriz, y un centauro desterrado pasó a galope en la noche de la incertidumbre.

El extranjero

Había resuelto esconderse para el sufrimiento. Se holgaba en una vivienda sepulcral, asilo del musgo decadente y del hongo senil. Una lámpara inútil significaba la desidia.

Había renunciado los escrúpulos de la civilización y la consideraba un trasunto de la molicie. Descansaba audazmente al raso, en medio de una hierba prehensil.

Insinuaba la imagen de un ser primario, intento o desvarío de la vida en una época diluvial. El cabello y la barba de limo parecían alterados con el sedimento de un refugio lacustre.

Se vestía de flores y de hojas para festejar las vicisitudes del cielo, efemérides culminantes en el calendario del rústico.

Se recreaba con el pensamiento de volver al seno de la tierra y perderse en su oscuridad. Se prevenía para la desnudez en la fosa indistinta arrojándose a los azares de la naturaleza, recibiendo en su persona la lluvia fugaz del verano. Dejó de ser en un día de noviembre, el mes de las siluetas.

La virtuosa del clavecín

Las minas se esconden bajo el suelo fragoso. Los residuos fatigan el río diezmado, lineal. Una colina difiere bruscamente del paraje desabrido. El visitante de la cúspide se distingue reflejado, conforme una ley natural, en los vapores del cielo.

La hija de un minero pensativo me dirigía en el territorio adusto y me señalaba sus maravillas. Dejó de aplicarse, esa mañana, a las emociones vagas de la música y me introdujo en un palacio y en su capilla recóndita, debajo del suelo. La estatua yacente de una beldad insigne mostraba a los pies el acero de su paladín sacrificado. La recámara o tesoro de la sacristía contaba la prenda muy singular de un relicario de figuras de marfil. Allí se juntaban las efigies de los evangelistas y los simulacros del león y del águila, defensores del cordero en un paso de Apocalipsis. Yo pensé de modo involuntario en los símbolos de los elementos, dibujados en un escrito réprobo de Hermes.

La hija del minero me sacó después al espacio libre y me encaminó a las ruinas de una fortaleza labrada por un descendiente de Carlomagno. La fortaleza se había fundido, afectando una sola forma, con el monte donde había sido asentada. Yo miré en ese portento una venganza de la tierra, el desquite de una divinidad telúrica.

Yo reconocí la sombra majestuosa de Goethe, antes de sentirla mi confidente. El poeta augusto había meditado allí mismo los secretos de la naturaleza, refiriéndolos a las doctrinas de la fábula, a las señales de la superstición, y se había esforzado en consolar de la vida a un joven nostálgico, del linaje de Werther.

La hija del minero gustaba de referirme las menudencias de la visita de Goethe. Insistía en la gravedad y en el sosiego del genio salubre y aspiraba a conferirme igual indiferencia ante las zozobras del mundo con solo otorgarme, en presente y memoria de su amistad, la anémona del Broken, la flor del sortilegio.

El predestinado

El sonido reverberante de las cornetas avisa la llegada de la reina. Viene de ultramar y no ofrece al consorte, escogido libremente, ningún tesoro ni feudo, sino el de la belleza.

Los políticos rabian al considerar el desinterés del soberano.

Los caballeros permanecen amables y prudentes. Han ordenado en la última guerra el silencio de los cañones para lidiar con más gallardía. ¿Son acaso los caballeros del Santo Grial, renuentes a declarar su propio nombre?

La reina es enérgica y trae consigo la victoria. El gavilán estaba de centinela el día de su nacimiento y sobresaltó la junta de las brujas, alimentadas de carne mortecina. El autor de la discordia entre los hombres se retiró al abismo, bajando por una escalera de espiral vertiginosa. El consejero nefasto leía en la oscuridad.

Un caudillo precoz, de semblante infantil, nace de las nupcias alegres. Anuncia la fuga de los infieles desde el puente de su galera destrozada, señalando el límite de un espacio lleno de humo.

El cronista del reino consigna en un lenguaje solariego la hazaña del Doncel del Mar.

El alumno de Violante

Un ciprés enigmático domina el horizonte de mi infancia.

Yo prefería el éxtasis vespertino, me retiraba de la aldea y me perdía a voluntad en el recato de los montes. Un poder invisible me encaminaba a la presencia de unos sepulcros, a descubrir la serenidad y la esperanza en el semblante de unas imágenes de mármol.

Una sombra clemente, distinta de las figuras del miedo, me envolvía con sus agasajos y me situaba en el camino del retorno. Su faz anunciaba un dolor celeste y el ciprés de su refugio despedía el lamento de una cítara.

Yo me sumergía en un sueño libre de visiones y alcanzaba un olvido cabal.

Una virgen atenta dirigió mis primeros años con el ejemplo de sus facultades. Su canto fugitivo despertaba el júbilo de los silfos del aire. Sus dedos fáciles herían una mandolina de Francia.

Su voz cándida enajenaba mis sentidos al recorrer los episodios de un romancero. Conjuraba del limbo de mis sueños la sombra clemente y la rodeaba con el atavío de una balada legendaria.

El asno

Yo no podía sufrir la vivienda lóbrega y discurría por la vega de la ciudad escolar.

Yo disfrutaba la soledad montado sobre un asno y me detenía en presencia de un río sereno. Los pájaros volaban al alcance de la mano y al amor de una ráfaga del infinito. Yo buscaba en el seno de las nubes rasantes el origen de una música de laúdes.

El senescal de un rey santo me había separado de solicitar la salud por medio de las letras y me invitaba a abrazar la humildad de las criaturas insipientes. El trato del senescal me reposaba de la meditación febril.

El rey santo vivía afligido por los reparos de una conciencia mórbida y se calificaba de soberbio al aceptar de sus hermanos el ministerio de criados de su mesa. La etiqueta se inspiraba en un paso de la Biblia.

El rey santo me había dirigido a pensar en los rodeos y asaltos del diablo a las almas de los moribundos. El trote modesto de mi cabalgadura facilitaba el arrobo y la pérdida de mis facultades. El asno frugal y resignado, presente en las ceremonias del culto, dividía conmigo la cuita suprema. Me salvó en una carrera súbita al descubrir, en el enredo de unas espadañas y lentejas fluviales, la obesidad innoble de una esfinge de ojos oblicuos.

El año desierto

Yo subía despacio la escalera de piedra y descansaba a mis solas en una silla grave, de autoridad secular. La azotea dominaba una redonda fría, mortecina, y yo me guardaba de recorrerla con la vista.

Una memoria infeliz me obligaba a permanecer cabizbajo y me retraía de contemplar la maravilla del edificio, refugio de mi desesperanza. Había surgido en una sola noche, según la fábula de los humildes, y por un arte réprobo. Los metales, los elementos más enérgicos de la naturaleza, obedecían al punto la voluntad de un arbitrista o demiurgo de faz inmóvil y de boca sellada y florecían mágicamente en sus dedos.

Yo entretenía la pesadumbre leyendo las páginas de Boecio y meditando el revés de su fortuna. Una conseja le asignaba el invento de artificios de hierro, destituidos de ejes y de ruedas y proporcionados a imitar la carrera de los planetas. Recibían un movimiento perenne de manos de un ser invisible.

Yo demandaba el favor sobrenatural. La doncella nostálgica había desaparecido de los caminos de la tierra y volado con alas transparentes bajo el cielo mustio. Yo la invitaba desde mi lasitud y desconsuelo a volver de la ausencia infinita. Una forma aérea convino en aparecer, en sosegar mi sensibilidad gemebunda. Recuerdo apenas el tinte de sus cabellos, lumbre de volátil oriflama.

El jugador

La nube estadiza, de color negro, domina la vista del suelo de escorias y del monte descortezado.

Un personaje recorre el área taciturna. Su caballo, de cerviz humilde, sopla el polvo de la tierra.

El personaje debe jugar hasta en el cadalso, conforme la amenaza de una cartomancia lúgubre. Se ha conciliado la suerte por medio de un naipe falaz, en donde mira estampado su retrato.

El personaje cabalga hasta una vivienda arruinada, al distinguir la máscara jovial de la sobrepuerta. Pone en manos de una mujer el puño de cequíes rutilantes y se rinde a la belleza fúnebre y al discurso astuto.

La mujer, de raza nómade y exterminada, presencia desde una azotea, la mañana siguiente, el suplicio pronosticado y suspende un mensaje al cuello del ibis nacional.

El caballo del lucero

He recorrido el territorio de Elsinor para allegar noticias acerca de Ofelia. Se atreve a comparecer, durante el plenilunio, en el sitio donde perdió la vida. Allí mismo se cultivan, por mi consejo, las flores de su cabellera y las vírgenes lugareñas se abstienen de profanarlas.

Yo intentaba atravesar un puente de fresno cuando una anciana me detuvo para invitarme a seguir la jornada con mis pies. Yo faltaba a la modestia con explorar a caballo el reino hundido en la pesadumbre.

El acento metálico y frío de una trompeta me llenó de espanto. Un alférez la soplaba desde la azotea visitada por el espectro.

La anciana me retrajo de tomar en cuenta el sonido lúgubre. De otro modo, me dijo, quedaba yo cautivo en el circuito de la melancolía.

Desprendió la rama de un sauce para componer una imitación de la corona silvestre de la heroína.

Sus avisos me alejaron para siempre del ámbito de la desgracia en donde circulaba el pensamiento desesperado de Hamlet. Mi caballo debía sacarme por sí mismo y sin el gobierno de mi mano a un lugar saludable y yo me abandoné a su trote incierto. Sobresaltó con su relincho, el día siguiente, los cisnes y las cigüeñas de Copenhague.

El cautivo de una sombra

Yo no intentaba salir de la ciudad, de contorno infecundo, anegada en la arena del litoral. Sufría, a semejanza de mis compatriotas, la amargura de la decadencia. Los ayudaba con mis amonestaciones y con el ejemplo de una pobreza altiva.

Yo me apresuré a recibirlos al pie de la escalera de mi casa vetusta, cuando volvieron de perder una lid desigual. Los consolé en nombre de mis antepasados.

Los contratiempos me desviaron de la realidad y me persuadieron a la esquivez. Yo vivía absorto en la contemplación del puerto vacío. Los bajeles evitaban el país indigente.

Una doncella de mi afecto, destinada a acompañarme, no sobrevivió al desvanecimiento de mis sueños. Los cabellos rojos y la tez blanca se avenían con la tarde violácea, hora de nuestra cita. Acudió, la vez última, con un ramo de adelfas y con un espejo en forma de luna, símbolo de la brava castidad de Diana.

Sobrellevo el retiro con la cabeza hundida entre las manos y sin exhalar una voz. El infortunio me arraiga de nuevo en el suelo de mi nacimiento. Después de su muerte, una figura suspicaz adivina el sentido de mis pasos.

He encendido un fanal sobre su tumba, al pie de un monte ríspido, y la visitan las aves de la lluvia y del agua estancada.

El aniversario

Los señores, envejecidos en las atenciones del gobierno y en los menesteres y fatigas del campamento, subieron la escalera de pórfido. Se habían diseminado para adelantar con más holganza. Cada uno había escogido su confidente.

Retardaban adrede el paso y prevenían una voz reverencial. Posaron en una azotea humedecida por el relente y quedaron a la vista de un horizonte pálido. Algunos se apoyaron sobre el pretil de granito, límite de la azotea, a mirar la tierra lúgubre.

El rey los había citado para un tributo a la memoria de su hija, el primer año de su muerte. Carecía de otros descendientes y agonizaba imaginando el porvenir de su reino.

Los señores dudaban al recordar la virgen pensativa. Habían sepultado un féretro vacío.

Volvieron el pensamiento a las bodas del rey, en una fecha inolvidable. Un lunático lo asaltó en la sala del baile nupcial y negó su nombre en medio del tormento.

La presea

La magistratura y la nobleza reñían a la continua en el foro de la ciudad libre. Se juntaban en el hábito de irritar con tributos e injurias a los villanos del contorno, arrojándolos a la desesperación.

Yo vivía lejos de las hostilidades y en presencia de un monje discursivo, mi consejero en los asuntos de la cortesía. Me señalaban, en más de un pasaje sensible del Evangelio, la sonrisa clemente de la Virgen María y me invitaba a pensar en las tribulaciones de Blancaflor, vendida a los piratas. Un acto de mi niñez bastó para el júbilo perenne de su vida.

Los nobles habían destituido un juez intransigente y lo paseaban en un carro tirado por vacas, en medio del vocerío de la muchedumbre. Su hija acudió entonces a rescatarlo, sin otra autoridad sino la de su inocencia y sobre un caballo impulsivo. Dividió y dispersó, con solo anunciarse, el tumulto de los indignos.

Yo recogí entre mis manos una flor desprendida de sus cabellos.

Del suburbio

La miseria nos había reducido a un sótano. Yo sufría a cada paso la censura de mis culpas.

Conservo la satisfacción de no haber ultrajado a mi consorte ni a mis hijos cuando gemían en la oscuridad. El vicio no me negaba a la misericordia.

Enfermaron y murieron de un mal indescifrable, tórpido. Una fiebre, efecto de la vivienda malsana, les suprimió el sentido.

Me he consolado al recordar la agonía del niño superviviente. Se imaginaba con bastante vivacidad el temple de ese día, el primero del año, y señalaba el sol cárdeno y el cielo desnudo. Una figura lo seducía desde un trineo veloz, de campanillas de plata.

Su madre le había descrito una escena parecida antes de abandonarlo en este mundo.

Gloria

El asceta vive sojuzgado por una imagen funeral. Se aplica a discernir el asunto de la salvación y duda asirse a la doctrina de la gracia. Olvida su costumbre de producir himnos seráficos.

Se pierde en la contemplación del crucifijo de semblante desesperado y alcanza el límite sideral de la santidad. Alberto Durero podría asignarle, de alumno, el león de San Jerónimo.

El asceta repulsa los fantasmas del miedo. Abandona la cama de guijarros, en la noche sepulcral, y acude a una voz emitida en el pórtico de su vivienda. Reprime a un demonio de cabeza de asno.

El asceta adivina el término de sus fatigas y el éxito de su jornada terrestre en una visión del sueño matinal. La Virgen María, refugio de los penitentes y alivio de las conciencias mórbidas, esparcía de su regazo la violeta, el amaranto y el lirio de plata, recompensa de los trovadores místicos.

Bajo el cielo monótono

Yo seguía, en mis primeros años, el derrotero de la imaginación de Shakespeare. Divisaba, desde la fragata, unos molinos de viento desvanecidos en la atmósfera líquida.

Las cigüeñas descansaban en las torres y linternas de una iglesia.

La devoción popular les confería ventajas y privilegios ingenuos. Habían denunciado la inhospitalidad de los gitanos con la Virgen María y se les anticipaban en los caminos de su peregrinación varia, ejercitando una venganza inmemorial.

Yo me interné, después del desembarco, en una selva de fresnos y una rama azotó furiosamente mi rostro. La había dejado en ese instante el búho insomne de la noche del regicidio, según me esclareció de seguida mi guía y confidente, un viejo benévolo. Hallé menos su presencia cuando salí a un prado de flores de luz.

Retrocedí en demanda del primer vecindario y una mujer de cabellos sueltos y de frente inspirada me describió las señas de mi protector. Había muerto en una fecha antigua y su aparición auguraba felicidad. No se mostraba sino a los niños.

Evangelio

El místico revuelo me había sobresaltado. Yo presenciaba una visión aérea. Los símbolos de la fe ganaban una forma espiritual y despedían voz.

Yo caí de rodillas bajo el cielo radiante.

Un mensaje de salud, música del silencio casto, sorprendía la tierra, consolaba la aridez empedernida.

La fuga del ensueño devoto suscitó un lamento unánime en los retiros del valle sombría. Los humildes se dijeron alucinados por un meteoro de luz vana y se quejaron de su lástima y orfandad.

El selenita

Yo no sabría distinguir, en las cartas más fieles de los náuticos, dónde se hallaba la isla de mi cautiverio. Debe de aparecer con el nombre de un arrecife.

La luna deprimía su vuelo a través de la oscuridad e inspiraba la ilusión de comenzarlo desde una torre impenetrable. Yo me recliné sobre su escalinata pulverulenta y fui adormecido por el pífano de un pastor de bisontes. Soñé con una doncella de otras edades y con un vestigio de su breve estancia en la isla de los torrentes. La reliquia de su paso, oculta en unos escombros olvidados, podía restituirme al seno del mundo civil.

Ignoro si yo había despertado cuando emprendí la demanda quimérica, la vía de la sierra. No me dejé espantar de unas mujeres bellas e irascibles, reunidas en tumulto y armadas de tallos y de ramos de ortigas.

El hechizo del pífano me suspendía en los aires y yo volaba, convertido en una sustancia leve, sobre los roquedos y precipicios. La isla estaba desierta y los residuos solemnes de una raza difunta no se daban sino en la cima de los montes incólumes.

Yo encontré un anillo de oro, la prenda augurada, entre las ruinas de un alcázar, vivienda rupestre, en donde circulaban todavía el estampido y el humo de un rayo.

La virgen de la palma

Yo vivía retirado en la oscuridad y en el polvo de mi casa desierta. El aire frío, convertido alguna vez en ráfaga maldita, criaba a ocultas de la luz el hongo linfático y siniestro y sumía bruscamente en la sombra la sala austera, suprimiendo los candelabros. Un velo de seda violácea, joya ancestral, imitaba la colgadura del templo de Jerusalén, rasgada por una mano invisible en la muerte de Jesús.

Yo había crecido en la orfandad y sin aviso ni disciplina. El mudo recinto de la vivienda me persuadía a solicitar en calles y plazas el desenfado, el esparcimiento de mi juventud rebelde. Una mujer inmaculada, ajena de sí misma, se recató de mí y del trote petulante de mi caballo en el secreto de su ventana. Había reposado la vista en las formas de un arrebol mágico.

El conde Alfieri, obstinado en el énfasis de la tragedia, había permanecido antes en la misma ciudad y más de un vecino ponderaba su desvío de los hombres, su refugio en la avenida del ciprés atónico y del sauce de la elegía. El artista meditaba a solas en un amor inclemente, en una visión tácita.

Ensayé repetidas veces el hallazgo de la mujer pensativa y de su palacio gentil y me perdí sin desquite en medio del día. Yo dibujé en el sosiego de la noche unas letras dominantes en la frente del edificio y vine a perder la afición a la oscuridad y al polvo de mi casa recóndita. Un sobresalto, primicia del infortunio, dividía a cada paso mi pensamiento y me arrojaba a una amistad impura.

Los paladines

Los caballeros, sujetos a un voto difícil, habían edificado una iglesia redonda, acordándose del Santo Sepulcro.

Vivían en un espacio oprimido por el cielo bajo, de colores muertos, y abrazaban la tribulación y guardaban el ayuno.

Se habilitaban para las faenas y peligros de la milicia por medio de penitencias inexorables y miraban la inanidad de la gloria en la imagen del lagarto de las ruinas, pintada en la mejilla de una cabeza descarnada. No se ejercitaban para el acaso de las hostilidades usando con los animales simples el artificio y el rodeo de la caza, en donde los antiguos vieron el simulacro de la guerra.

Se despojaban de la severidad para festejar el nacimiento del Salvador y se esparcían con el desagravio del asno, ceremonia risueña, y escogiendo por soberana de ellos mismos, durante esa jornada, a la doncella más hermosa del lugar, prevenida de ejercer su autoridad con fines caritativos.

El domicilio del Eider

La manteca viciada, el comestible rancio, el pescado fétido provocaban el escorbuto y la sarna en la isla secreta. Los naturales se felicitaban de su longevidad. Yo conocí más de un anciano de faz devorada.

Los pescadores aliviaban mi nostalgia alejándome de la costa de hierro en sus esquifes agudos, sobre un mar impasible.

El sol rezagado, el de una latitud anómala, variaba los colores del témpano en medio de una superficie de cobalto y se complacía en la amatista religiosa y en el ópalo de Bizancio.

Yo regresaba de la correría marítima a esconder la desesperanza en una vivienda singular. Los huesos de una ballena habían servido para su fábrica.

Me esforzaba infructuosamente en conciliar el sueño después de repetir un salmo gemebundo. Un rey me había proscrito de Dinamarca.

Yo volvía la mente a la doncella de mis afectos y celebraba su valentía en el acto de alentarme al destierro. Un sapo verrugoso, en el cieno torpe, levantaba su voz en honra de la luna y de la aureola fatídica de su tristeza.

La doncella de mis afectos había alcanzado las visiones de Santa Brígida y sentía a menudo la voz del Crucifijo. Su cadáver inmarcesible reposa en un ataúd de vidrio, a la vista de unas monjas de alma celeste.

Las virtudes

Recuerdo el festejo de las nupcias en la noche transparente. Un artista nómade rozaba con una pluma las cuerdas metálicas de un instrumento de su invención. El sonido secundaba el efluvio de los jazmines. Yo soñaba en el arribo inmediato de un califa.

El cortejo de las vírgenes disipó en un instante el sinsabor de mi niñez pensativa. Sus nombres musicales, de origen italiano, circulaban en medio de alabanzas. Ningún mortal sino Dante pudo referir un caso de igual felicidad. Yo suspiraba y sonreía al mismo tiempo.

La fiesta sucedía al luto de la guerra y demostraba una vitalidad inmune. Los vecinos se habían sacrificado con altivez y honraban el ejemplo de sus mártires. Yo no advertí sino el vestigio del conflicto en los montes de la ciudad, el día de retirarme para siempre. La brisa enderezaba por un mismo camino los arreboles y la nave de la ausencia.

El cortejo de las vírgenes, de sonrisa tímida, ha desaparecido del mundo. He adivinado sus voces, reunidas en un cántico, al perderme voluntariamente en el limbo de la esperanza. Un río de plata divide al sesgo una pradera de la eternidad y un ciervo, el de San Huberto, muestra la pesadumbre del viernes santo. Yo me recreo en el episodio de mi infancia y en la ilusión de las voces y fío en morir a la vista de los ojos diamantinos.

Falena

Esbelta y seráfica, vestida de negro, se recataba del sol. La sombra había pulido su tez de mármol.

Yo sufría del cautiverio de mi voluntad y pensaba en las cadenas invisibles, imaginadas por un aeda, labor del numen del fuego.

Juntos los dos, desde el balcón florido, maravillábamos la selva trémula y un cazador alado, mensajero de la muerte, desprendía de los árboles las hojas de plata y visitaba la fuente de los ciervos.

Yo velaba hasta el alba, en presencia de mi señora, despidiendo el sueño de mis ojos y bajo el relente del cielo cristalino. Las alondras del júbilo huían a perderse en la inmensidad, amedrentadas por una elegía monótona.

Las doncellas de su amistad y servicio se desconsolaron en la semana del anuncio y repitieron de un modo fatídico la actitud escultural de las vírgenes de Ismenia y sus voces juntas en un solo treno.

El principio de su ausencia, la funesta visión, ocupa a toda hora mi pensamiento. Se había retirado a descansar, lamentando la opresión de unos dedos de hierro en su frente lacia y desde su recámara me citó con adioses gemebundos. Un ser indescifrable, de ojos hendidos y faz lívida, presidía una mojiganga nocturna.

El aprendiz

Yo me esforzaba en atinar los vestigios de una sombra aventurera. Le atribuía la rueda y el compás, los avíos de Santa Catalina o de Urania, e imaginaba su descenso de una sala etérea, de un reino inverosímil.

Yo trataba entonces con el maestro de un arte sublime, autor de edificios reflejados en las linfas del Rin, y atento a imitar la regularidad sideral, la melodía visible del cielo.

Yo horadaba continuamente la tierra para descubrir maravillas sombrías. Un ser proscrito me había celebrado a solas los aposentos y corredores de una urbe sepultada y añadía los méritos del gnomo en la fábrica del cristal y su recelo de los hombres. Una piedra me separó de la entrevista, cayendo de repeso en las aguas de una laguna crepuscular.

Yo vine a pensar en los artistas de una raza difunta y soterrada. Los residuos de su grandeza habían inspirado sin duda la disciplina de mi consejero y maestro y yo erraba al asignarle un origen celeste. El espió desde ese momento mis pasos, sin arrepentirse de su benevolencia, me siguió por una caverna sinuosa y me recogió, inerte y desvariado, delante de un sepulcro distinguido con la rueda y el compás, los signos de Santa Catalina o de Urania.

La pía

El temor encadena mis facultades si pienso en la aridez, en el olvido, en el silencio mágico del país fulminado.

Una forma leve se dibujaba en el aire. Se había desprendido de un cortejo de heroínas, de santas imperfectas, alejadas en un cielo fatal, desiguales con el privilegio del nimbo.

Yo vine entonces a reconstituir la desventura de una joven ferviente, ajena del siglo. Murió víctima de los celos, precipitada de un mirador, y yo la recogí de la tierra. He sostenido la verdad de su inocencia.

Una gracia, un bien superior a las ventajas del mundo, retribuye mi denuedo. Su imagen cristalina me socorre en los trances de la amargura, adivinando, desde el mirador de su tragedia, los colores atónitos del alba.

La canonesa

Yo visité la ciudad de la penumbra y de los colores ateridos y el enfado y la melancolía sobrevinieron a entorpecer mi voluntad.

El sol de un mes de lluvia provocaba el hechizo del plenilunio en el espejo del suelo glacial. Yo salí a recrear la vista por calles y plazas y pregunté el nombre de las estatuas vestidas de hiedra. Prelados y caballeros, desde los zócalos soberbios, infundían la nostalgia de los siglos armados de una república episcopal.

Una iglesia esculpida y cincelada imitaba la de San Sebaldo en la vetusta Nuremberg. Las imágenes de la puerta reproducían el semblante del águila, del león y del buey.

Los nativos se esmeraban en la fábrica de juguetes infantiles, de tiorbas angélicas, salterios y laúdes. Una doncella me separó de la reverencia a los monumentos arcaicos, me otorgó el privilegio de su amistad y vino en referirme su vida sombría, un ejemplo de sencillez y de sacrificio. Ofrendaba su juventud a la memoria de un hermano fallecido antes de tiempo y lo sustituía, conservándose pura y célibe, en el consejo de una orden militar.

Elaina

La virgen duerme el sueño invariable en su ataúd de vidrio. Una lámpara de piedra ilumina el bajo relieve de la pasión en la iglesia nocturna. El reguero de la lluvia divide las piezas del tejado y disemina en los muros una broza caduca.

La virgen se incorpora de donde yace, en los días de portento y de amenaza. Su voz incoherente ha revelado las maravillas de otro siglo, del mundo sobrenatural, el alivio de las almas del purgatorio en el viernes santo.

Los naturales no se atreven a depositarla en el seno de la tierra y admiran cómo pasó de una juventud alegre al pensamiento ensimismado, a un afecto mortal y conflictivo. La doctrina mística no consiente la desmedida afición a las criaturas.

La virgen del sueño padece con las zozobras de los enamorados y los endereza por el camino del remedio. Yo vivía consumido por la desesperanza y di con el solaz permaneciendo de rodillas al pie del ataúd de vidrio.

Yo no sabía de la virgen del sueño ni de esa manera de salud durante los días de lluvia del año marchito, cuando las nubes arrojaban sobre las colinas una gasa fría. Descubrí la iglesia del prodigio y miré en la actitud prosternada y humilde un requisito para el hallazgo del júbilo, al romper el alba de la primavera y en vista de un mensaje del hada golondrina.

El peregrino ferviente

Yo sufría en paz el sinsabor de los cielos ateridos. Un esplendor lívido, el sol extraviado, nacía debajo del horizonte e iluminaba la urbe glacial. El agua de los meteoros ennegrecía las casas monumentales.

Un monje reflexivo, poseído de la soberbia, conocía los secretos de la mecánica y de la magia natural. La cabeza de un autómata anunciaba el porvenir y yo la consulté sin remordimiento.

Yo recibí ese día un castigo de origen arcano. Pasabas de esta vida a ocultas de mí y sin esperanza. Yo vine a perderme en la sombra y en el polvo de un palacio frágil, seguí los errores de un fantasma ciego, de una efigie entrevista bajo las tenues gasas de Eurídice y volví a la plaza misma del ingreso, después de una ronda febril.

Yo emprendí la vuelta de mi patria en medio del rumor de una inmensa desventura. Los hombres desertaban de las ciudades, huyendo de la peste y de los ludibrios del miedo. El incendio de las ricas mansiones desentumía al lobo condenado.

Unas vírgenes de tu amistad, inspiradas en el ejemplo de tu virtud y vestidas con el atavío del fantasma ciego, de la sombra aérea, me encaminaron al lugar de tu sepulcro, me arrodillaron al pie de tu imagen de alabastro.

Constanza

Me sobrecoge el remordimiento al precisar la imagen esbelta y seráfica, asomada del limbo del olvido. Desde las iglesias subía la plegaria de los bronces al infinito de la bruma. Yo sustentaba la semejanza de la doncella fiel con la pasionaria.

Yo la visitaba en su casa antañona, bajo el atisbo de sus deudos y valedores decrépitos. Me detenían con el objeto de referirme episodios elegantes, el auge de la ciudad convertido en laceria, el orgullo de los notables y la virtud de las damas en presencia de un ejército vencedor, atento a la honra y servicio de la corona de Castilla. Una mujer de su linaje, de belleza casta, vino a morir en esos días agitados y los jóvenes de una y otra parcialidad se unieron en la pesadumbre. Los ancianos me describían, sin darse cuenta, los funerales de Julieta.

Me ensalzaban el amor de un iluso a una señora de gesto solemne, los escritos de una pluma vivaz y los desahogos bizarros del afecto al recibir el informe de su viaje en la carreta del sepulturero, en medio de una peste. Yo quise esclarecer la valentía del abnegado con recitar en la junta senil la nota humilde, llorosa, de Petrarca en la orla de su manuscrito virgiliano con motivo del fallecimiento de Laura, en la sazón igual de una epidemia.

Yo vivía a mi antojo en el aire de ruina y de leyenda y me descuidé en aliviar de su hastío a la doncella de alma inocente. Se limitaba al sacrificio de la misa en la primera luz del día, a una hora tenue, y viajaba a una visita de condolencia en la carroza tiránica de una virgen triste en el siglo de Cervantes.

El temporal nace en la incertidumbre del océano y asalta por momentos su tumba derruida. Yo no podría contar a sabiendas sus dolores últimos, pero más de una vez la he imaginado de rodillas y con las manos juntas, salvando por medio de la voz el muro de un encierro lúgubre.

La huella

Una luz febril recorría los cielos en la noche del viernes santo.

Yo distinguía los perfiles de una ciudad oculta en la sombra y el símbolo de una escala de sones volátiles en el silencio penitente.

Yo me había asomado a la ventana después de consignar en un escrito los azares de una pasión ideal. Yo volvía el discurso al caso de Dante, a sus cuitas de amor en la cámara del sobresalto y de la amargura.

Yo sufría del arrojo de mi pensamiento. Una forma aviesa imitaba el objeto de mis devaneos y sugería con el ademán la vista de un suplicio.

El temporal, nacido en unos montes lívidos, fugaba delante de sí el tumulto de las tinieblas y esparcía las voces de una multitud precita. Yo dije entre alabanzas el nombre soberano, cifra de mis anhelos, y el fantasma lacónico se deslizó de mi presencia, dejando en su vez un reguero de polvo.

El buhonero de Gálata

Yo descansaba de mis fatigas en el receso de un desván. Un negociante de raza armenia me había alentado en el oficio de perfumista. Yo fascinaba los incautos abusando del nombre de Cleopatra y encareciendo sus recetas maravillosas.

Una carantoña aleve y un mensajero etíope, avezados al castigo servil, insinuaban en más de un harem fanático el prestigio de mis arreboles y drogas.

La mujer apuntaba la originalidad y el relieve del orbe musulmán y se detenía en los momentos de ansia, perentorio, de alguna tragedia flébil. Una cautiva de origen persa, contenta de su forma gentil, se había atrevido con la hermana del sultán, hiriéndola en el rostro con la guía de un abanico de plumas, y fue vencida y estrangulada por los sicarios de su dueño, verdugos de habilidad siniestra. El sultán escogió para la tumba el mármol de vena azul, prodigado en los edificios y pabellones del Bósforo, y cultivó a la redonda y de su mano el mirto y el jazmín.

El mensajero etíope me refería el cautiverio de su niñez, mostrándome el vestigio del azote rudo, y se esparcía en decantar el pánico de la fuga a través de la arena soñolienta, febril. Mitigaba la acedumbre de sus memorias describiéndome su establecimiento en la gruta de un dervís ladino y el progreso y la bonanzas alcanzados con el hábito de seguir una devoción aparente.

Mi trato con el etíope y la mujer astuta cesó de un modo repentino. Llevé a cabo, por su consejo, una aventura distinguida y libré desde entonces la salud en el retorno a casa, a las banderas de Cristo. Convine en ocultar, lejos de los infieles, el infante de una odalisca griega, amenazado por la cólera de su rival, y lo deposité en la cabaña de unos labradores albaneses.

La odalisca me había requerido a tomar de sus brazos el niño infeliz. Desde el suelo, donde había caído de hinojos, me inspiró lástima perenne, fidelidad esclarecida. Juntaba en su persona la faz y el nombre de Ismenia, la hija inconsolable de Yocasta.

La ciudad de los espejismos

Yo cultivo las memorias de mi niñez meditabunda. Un campanario invisible, perdido en la oscuridad, sonaba la hora de volver a casa de recogerme en el aposento.

Ruidos solemnes interrumpían a cada paso mi sueño. Yo creía sentir el desfile de un cortejo y el rumor de sus preces. Se dirigía a la tumba de un héroe, en el convento de unos hermanos inflexibles, y transitaba la calle hundida bruscamente en el río lánguido.

Yo me incorporaba de donde yacía, atinaba un camino entre los muebles del estrado, sala de las ceremonias, y abría en secreto las ventanas. Porfiaba inútilmente en distinguir el cortejo funeral. Una vislumbre desvariada recorría los cielos.

No puedo señalar el número de veces de mi despertamiento y vana solicitud. Recuperaba a tientas mi dormitorio, después de restablecer el orden en las alhajas de la sala. Un insecto diabólico provocaba mi enfado ocultándose velozmente en la espesura de la alfombra.

La ruina de las paredes había empolvado la sala desierta. Mis abuelos, enfáticos y señoriles, no recibían sino la visita de la muerte.

Yo no alcanzaba a desprenderme de los fantasmas del sueño en el curso de la vigilia. La mañana invadía de tintes lívidos mi balcón florido y yo reposaba la vista en una lontananza de sauces indiferentes, en un ensueño de Shakespeare.

El jardinero de las espinas

Un relicario de bronce guardaba, más de mil años, los despojos de una virgen cristiana arrojada al Tíber. Yo había reconstituido algunos episodios de su jornada en este mundo por medio de las noticias breves, lineales, de una crónica devota.

La iglesia de su descanso dominaba una vía desierta. Las reliquias de los jardines y palacios declaraban el esfuerzo magnánimo de los antiguos. Yo visité el paraje en la mitad de noviembre, bajo un cielo de ópalo, desnudo y friolento. Yo me detuve al pie de un árbol de hojas invictas y las persuadí al sosiego recitando unos versos augúrales de Virgilio.

Adiviné en ese momento uno de los prodigios atribuidos a la virgen martirizada. Su imagen ilusoria había consolado los días de un proscrito de la Edad Media, de un enfermo arrojado lejos de los hombres, impedidos en su cubil de helecho, y había puesto en sus manos el arpa de Israfel. Un judío de vida imperecedera me había revelado el nombre del primer músico en el cortejo de los ángeles.

Yo me restablecí de un afecto desvariado asumiendo una actitud contemplativa, esforzándome en dibujar la figura ideal de la santa. Yo me perdí adrede en la soledad de unos montes bruñidos y me abandonaba sobre un reguero de piedras. Una golondrina desertaba de los suyos en el mes de sombras de la cuaresma y creaba delante de mí, enredándose en mis cabellos, la vista de la vía desierta y de la iglesia del relicario en la Roma pontifical.

Serafita

Yo presencio el sombrío castigo del orgullo.

El rey díscolo se envanece de su virtud inflexible.

Una piedra, lanzada por la mano de un palurdo, hiere en el rostro la imagen profana de la victoria, alhaja de la frente del alcázar.

Los ruiseñores líricos, bajo el cielo uniforme, celebran un encantado país. Infunden la nostalgia del sol y del tornasol y se declaran cautivos de unas flores ataviadas según el retozo de Iris.

Un arduo pensamiento lastima, desde la viudez, el alma del rey. Los familiares huyen del ambiente de pureza y desvarío.

Su hija cruza, aérea y celeste, los aposentos y las torres. Oye el himno de las alondras al triunfo del guerrero místico del cáliz mágico.

El tejedor de mimbres

Un ave espectral, imagen de la pesadumbre y del sacrificio, volaba entre el humo y el ámbar de noviembre. Yo me perdía en la contemplación del vuelo monótono.

Los hábitos indolentes, la afición al ensueño, impedían mi rescate de la miseria. Yo me escondía en la maleza de un río palustre.

Una beldad seráfica aparecía a interrumpir mi desidia y me señalaba el camino del océano. Yo me aventuraba a recoger unas hierbas salobres y, pensando en el atavío de su persona, las despojaba de sus flores de marfil, emitidas súbitamente en el día más prolijo del año.

Yo asistí de lejos a la fiesta de sus bodas, perdido en la muchedumbre de los descalzos. La doncella clemente vestía de luto y las luces de la basílica, una joya italiana, la rodeaban de un aura mortecina. Había nacido para el embeleso de un amor ideal.

Pasó brevemente de esta vida. Su caballo la derribó por tierra, al emprender un viaje fortuito.

Yo penetré en la sala de su vivienda, la semana misma del llanto. Los deudos solemnes preguntaban el linaje de sus flores de marfil, reunidas sobre un cojín de terciopelo. No alcanzaban a comprender su origen de un mundo invisible.

El arribo forzoso

La fragata divide el mar de las ballenas y suspende la correría en el archipiélago de las aves. Los indígenas habitan cobertizos de madera y viven de la pesca, bajo un cielo de hollín.

El mito resume el origen de la sociedad módica.

El cuervo de la aventura, par del lobo en el festín de la batalla, dirige la nave del pirata ancestral, en una edad impía, y detiene el vuelo en el monte desnudo, en la cima de vidrio.

Yo me propongo recorrer la isla de basalto, percibir el lienzo de nieve.

Las olas de ritmo funeral mecen unos veleros de España en la rada sombría. Yo vuelvo la memoria a los mareantes vizcaínos, augures de la mitad del orbe en un siglo ignaro, y los diviso atónitos delante de la aurora boreal, danza de luces, asueto de corte en la soledad húmeda.

Visito la ciudad episcopal y sufro el ascendiente de la mujer súbita en una calle gris, donde prevale el signo procero de la ojiva.

He descrito su efigie al pastor de almas, cuando me hospedé en su vivienda ese mismo día. Una lámpara de tierra, abastecida del aceite de un pez y dibujada conforme un arte secular, iluminaba la entrevista.

Señaló en el hallazgo fortuito un presente de la gracia. La faz convenía a la reina de un pasado arcaico, devota del viacrucis. Los ojos inspiraban el ansia de un mundo invisible y lucía, en realidad, el hábito de una estatua yacente, sobre una tumba de hierro, en el país de la lluvia.

El bienaventurado

Unas luces mágicas retozaban en las aguas inmóviles del mar. Las cabañas de la ribera, escasez y ruina, surgían y zozobraban alternativamente en la sombra.

Los nativos interrumpían mi sueño pregonando la desnudez y el frío. Yo me retiraba de sus lágrimas a la esquivez de unos montes eremíticos y volvía tarde a su vecindad.

Yo vivía atento a los desahogos del dolor. La diaconisa de mirada inocente y voz angélica me había señalado ese medio de juntar méritos, de crecer en salud y sabiduría.

Yo recibí el mensaje de la gracia en su cántico de acento gris. El salmo del exilio y de la congoja subía de la celda a las ventanas de mi sala, en el país erial.

Una lástima infantil, merced de mi visita a los desheredados, y el treno de la nostalgia a una misma hora del día me convirtieron fácilmente al hábito del sacrificio. A la vista de los arreboles de un ocaso flamante, adolecí de la memoria del viacrucis.

Fantasía del primitivo

Los querubines de semblante esclarecido vibraban sus espadas versátiles de fuego.

Las estrellas de lumbre entusiasta animaban el portento de la noche diáfana, erigían los guiones pontificales del cortejo de las virtudes e imitaban su cántico de esperanza.

Yo descubría delante de mis pasos el amaranto del certamen de los trovadores, la sencilla rosa de carmín y el junco ritual, el cíngulo del poeta florentino en el alba del purgatorio.

Yo me vi rodeado de mis sueños y memorias de la tierra. Siguiendo el hilo de un río lacio, un grifo solemne dirigía un bajel, ataúd de la virgen del nimbo, sacrificada en un eclipse. Desde su sepulcro había revolado sobre la humanidad, en alas del pavor, la protesta de su fe.

Yo recibí la gracia de atinar con el secreto de prodigios recatados a la mente profana del hombre. Convertida en una forma celeste, la virgen del nimbo alentaba los paladines del empíreo al socorro de los conflictos de los fieles y ella misma había serenado la faz y enaltecido la última hora de Roldán.

Omega

Cuando la muerte acuda finalmente a mi ruego y sus avisos me hayan habilitado para el viaje solitario, yo invocaré un ser primaveral, con el fin de solicitar la asistencia de la armonía de origen supremo, y un solaz infinito reposará mi semblante.

Mis reliquias, ocultas en el seno de la oscuridad y animadas de una vida informe, responderán desde su destierro al magnetismo de una voz inquieta, proferida en un litoral desnudo.

El recuerdo elocuente, a semejanza de una luna exigua sobre la vista de un ave sonámbula, estorbará mi sueño impersonal hasta la hora de sumirse, con mi nombre, en el olvido solemne.

Las Formas del Fuego

(1929)

A Carmen Elena de Las Casas

Las ruinas

Sentía bajo mis pies la molicie del musgo de color de herrumbre, aficionado a la humedad. Proliferaba sobre el tejado y en la rotura de las paredes y de las ménsulas.

Sobre la maciza escalinata había corrido un tropel de caballos alados y de zueco de hierro, a la voz de un héroe imberbe, lisonjeado por la victoria. Hería con una maza ligera y usual como un cetro, de cabeza redonda y armada de puntas metálicas.

Yo visitaba, después de un decenio, el palacio de techo hundido. La lluvia, descolgada perpetuamente a raudales, había desnudado, de su delgado tapiz de tierra, la roca de granito situada a los pies y delante del edificio. Su acceso había llegado a ser una cuesta difícil.

Yo me incliné delante de la imagen de un santo, aposentada en su vetusta hornacina, orlada de parietarias, y bajé a perderme en una senda de robles. Desde sus ramas bajaban hasta el suelo de arena los sarmientos péndulos de una flora adventicia.

Yo seguí por ese camino, solo y sin deponer la espada, y vine a sentarme, ansioso de meditar y de leer, en un poyo de piedra, ceñido al pie de un árbol imprevisto.

Sus hojas amarillas y de un revés grisáceo vibraban al unísono del mar indolente y una de ellas, volando al azar, rozó mi cabeza y vino a llenar de fragancia las páginas de mi libro de Amadís.

El rito

Me habían traído hasta allí con los ojos vendados. Llamas sinuosas corrían sobre el piso del santuario en ciertos momentos de la noche sepulcral, subían las columnas y embellecían la flor exquisita del acanto.

Las cariátides de rostro sereno, sostenían en la mano balanzas emblemáticas y lámparas extintas.

Me propongo dedicar un recuerdo a mi compañero de aquellos días de soledad. Era amable y prudente y juntaba los dones más estimados de la naturaleza. Aplazaba constantemente la respuesta de mis preguntas ansiosas. Yo le llevaba algunos años.

El murió a manos de una turba delirante enemiga de su piedad. Me había dejado en la ignorancia de su origen y de sus servicios.

Yo estuve cerca de abandonarme a la desesperación. Recuperé el sosiego invocando su nombre, durante una semana, a la orilla del mar y en presencia del sol agónico.

Yo retenía un puñado de sus cenizas en la mano izquierda y lo llamaba tres veces consecutivas.

La isla de las madréporas

Los salvajes miran una mueca en el rostro de la luna. Se llenan de susto e imputan al ogro nocturno alguna ofensa infligida al astro malignante.

Sintieron durante el sueño sus pisadas rotundas. Debía de apoyar en ese momento su talla desemejable sobre un asta arrancada del bosque.

El más gallardo de los mozos se dispone a salir en demanda de la ballena. Los compañeros celebran sus hazañas de cazador, su impavidez en el escalamiento de las montañas y traen su genealogía del buitre carnicero.

Un lamento del bosque desaconsejaba la empresa del joven caudillo y sonó más fuertemente al salir en su nave de velamen de esparto.

Los compañeros lo seguían cabizbajos y se equivocaban a menudo en la maniobra.

El joven cazador, esperanza de una sociedad natural, divisa un pez desleznable y lo persigue apasionadamente. Los compañeros se quejan de la caza infructuosa y proponen el retorno.

El joven caudillo pierde el dominio de sí mismo y solicita derechamente su ruina. Se enreda en la soga del arpón y lo dispara consumiendo el esfuerzo de su brazo.

El pez herido lo arrastra al abismo de las aguas y un torbellino de gaviotas señala, días enteros, el paraje del suceso.

Acíbar

Yo lo trasladé sobre mis hombros a la fosa nocturna, al abismo de la naturaleza mecánica, a reposar de su dolor inclemente.

El crepúsculo simulaba el día de un pasado originario en donde nacieron, del aire y de la tierra, las formas de la vida inmarcesible.

Una flor de corola de seda, presea de su último baile, sucumbe en un vaso de cristal de figura esbelta. Reflejaba las vicisitudes de la enfermedad y el estrago de la fiebre solapada.

Adopté, en consecuencia de su muerte, una severidad lacónica y suprimía celosamente el desahogo del pesar continuo.

Yo estaba sentado, cerca de la media noche, delante de una mesa artística, en una taberna de lujo. Bebía cerveza en un jarro de pino de Alemania.

Un importuno me recordó la suerte del extinto y puso delante de mis ojos la ruina y lasitud de su prometida.

Hube de soltar en ese momento la pesadumbre sojuzgada. La imagen de su amada infeliz sacó de mi ser un sollozo recóndito y mi cabeza cayó pesadamente sobre el mármol de la mesa de ébano.

El talismán

Vivía solo en el aposento guarnecido de una serie de espejos mágicos. Ensayaba, antes de la entrevista con algún enemigo, una sonrisa falsa.

Había exterminado las hijas de los pobres, raptándolas y perdiéndolas desdeñosamente. Alberto Durero lo descubrió una noche en solicitud de una incauta. El galán se había provisto de un farol de ronda para atisbar a mansalva y volvió a su vivienda después de un rodeo infructuoso y sobre un caballo macilento. El artista dibujó, el día siguiente, la imagen del caballero en el acto de regresar a su guarida. Lo convirtió en un espectro cabalgante y le sustituyó el farol de ronda por un reloj de arena.

El caballero habita una casa desprevenida de guardianes, sumida en la sombra desde la puesta del sol. No se cuenta de ningún asalto concertado por sus malquerientes.

Se abandona sin zozobra al sueño inerme. Fía su seguridad al efluvio de una redoma fosforescente, en donde guarda una criatura humana, el prodigio mayor del laboratorio de Fausto.

El mandarín

Yo había perdido la gracia del emperador de China.

No podía dirigirme a los ciudadanos sin advertirles de modo explícito mi degradación.

Un rival me acusó de haberme sustraído a la visita de mis padres cuando pulsaron el tímpano colocado a la puerta de mi audiencia.

Mis criados me negaron a los dos ancianos, caducos y desdentados, y los despidieron a palos.

Yo me prosterné a los pies del emperador cuando bajaba a su jardín por la escalera de granito. Recuperé el favor comparando su rostro al de la luna.

Me confió el debelamiento y el gobierno de un distrito lejano, en donde habían sobrevenido desórdenes. Aproveché la ocasión de probar mi fidelidad.

La miseria había soliviantado los nativos. Agonizaban de hambre en compañía de sus perros furiosos. Las mujeres abandonaban sus criaturas a unos cerdos horripilantes. No era posible roturar el suelo sin provocar la salida y la difusión de miasmas pestilentes. Aquellos seres lloraban en el nacimiento de un hijo y ahorraban escrupulosamente para comprarse un ataúd.

Yo restablecí la paz descabezando a los hombres y vendiendo sus cráneos para amuletos. Mis soldados cortaron después las manos de las mujeres.

El emperador me honró con su visita, me subió algunos grados en su privanza y me prometió la perdición de mis émulos.

Sonrió dichosamente al mirar los brazos de las mujeres convertidos en bastones.

Las hijas de mis rivales salieron a mendigar por los caminos.

El castigo

El visionario me enseñaba la numeración valiéndose de un árbol de hojas incalculables. Pasó a iniciarme en las figuras y volúmenes señalándome el ejemplo del cristal y la proporción guardada entre las piezas de una flor. Descubría en el cuerpo oscuro un átomo de la luz insinuante.

El visionario desaparecía al caer la tarde en un esquife de cabida superficial. Creaba la ilusión de zozobrar en una lejanía ambigua, en medio de un tumulto de olas. Yo miraba flotar las reliquias de su veste y de su corona de ciprés.

Volvía el día siguiente a escondidas de mí, usando el mismo vestido solemne de un sacerdote hebreo, conforme el ritual de Moisés.

Comentaba en ese momento el pasaje de un rollo de pergamino, escrito sin vocales. La portada mostraba la imagen del licaón, el lobo del África. Terminaba citando el nombre de los profetas vengativos y soltaba a faz de la mañana un himno grandioso donde se agotaba el torrente de su voz.

Dejé de verlo cuando se puso a hablar temerariamente, a través del espacio libre, con un astro magnético.

La rotonda, en donde se había acogido, vino súbitamente al suelo, rodeada de llamas soberbias.

El emigrado

Quedé solo con mi hijo cuando la plaga mortífera hubo devastado la capital del reino venido a menos. Él no había pasado de la infancia y me ocupaba el día y la noche.

Yo concebí y ejecuté el proyecto de avecindarme en otra ciudad, más internada y en salvo. Tomé al niño en brazos y atravesé la sabana inficionada por los efluvios de la marisma.

Debía pasar un pequeño río. Me vi forzado a disputar el vado a un hombre de estatura aventajada, cabellos rojos y dientes largos. Su faz declaraba la desesperación.

Yo lo compadecí a pesar de su actitud impertinente y de su discurso injurioso.

Pude alojarme en una casa deshabitada largo tiempo y acomodé al niño en una cámara de tapices y alfombras. El padecía una fiebre lenta y delirios manifestados en gritos.

El mismo hombre importuno vino a ofrecerme, después de una noche de angustia, el remedio de mi hijo. Lo ofrecía a un precio exorbitante, burlándose interiormente de mis recursos exiguos. Me vi en el caso de despedirlo y de maldecirlo.

Pasé ese día y el siguiente sin socorro alguno.

Yo velaba cerca del alba, en la noche hostil, cuando sentí en la puerta de la calle, una serie de aldabonazos vehementes.

Me asomé por la ventana y solo vi la calle anegada en sombras.

Mi hijo moría en aquel momento.

El hombre de carácter cetrino había sido el autor del ruido.

Spleen

El viajero inglés era la imagen del remordimiento. Se había separado de los hombres y los retaba a cara descubierta. Recorría con paso autoritario el esquife de un pescador cipriota, en la vecindad de una costa árida, frecuentada de cabras.

El pescador gemía disuadiendo del peligro al magnate presuntuoso, de gesto de pirata.

El inglés se proponía mirar de cerca la muchedumbre de los infieles, juntada para el exterminio de la civilización. Acampaban en donde antes crecía el viñedo y el olivar. El humo tortuoso de una fogata se criaba en el vestíbulo de un antro, reliquia venerada por los escolares de las naciones cultas, y seguía a infectar el aire enérgico del mar. Aquel humo vedaba la lumbre del sol y significaba un puñado de tierra lanzado al disco divino.

Un militar croata, desertor de la fe de sus mayores y contento de los extremos de una vida equívoca, dirige la artillería de los infieles y deshace el esquife en el segundo tiro.

El pescador, alcanzado en el hombro, no pudo intentar un esfuerzo y se convenció de la verdad de su temor. Las olas bulliciosas llevaban y traían, una hora después, su cadáver anémico y liviano.

El inglés volvió al real de sus compañeros y se ofreció de nuevo para el servicio de escampavía.

Se comparaba a un nadador mitológico e insistía en la veracidad de los aedas.

El guía

Sucumbíamos de sed en el territorio cálido. Un aliento de fuego se levantaba del arenal reverberante, ceñidor de un lago salado.

Uno de los nuestros arrojó una piedra dentro de un pozo de betún y provocó un incendio y sucesivos estampidos.

Nosotros buscábamos el domicilio de la raza veraz de los iranios, bajo la dirección de un guía indiferente.

Debíamos subir una montaña caliza y hospedarnos en una ciudad de hombres corredores del monte, destruida por los terremotos.

Los caballos morían de comer un ajenjo rastrero o de la ponzoña de los escorpiones.

No vimos en aquel trayecto señales de habitación, sino las reliquias de pabellones de campaña y de otras viviendas efímeras. El paraje calizo y monótono había enfermado de tedio, veinte años antes, una colonia de desterrados.

Los cazadores aguerridos de la ciudad aislada en la zona volcánica, se abstuvieron de molestarnos. Vestían pantalones anchos, recogidos inferiormente en unas polainas, y mostraban en la cintura un arsenal inquietante.

Vivían en el presente, limitando, estoicos o mezquinos, las necesidades. El humor bravío y el juicio rudimentario surgerían el temperamento de las aves de presa.

El guía taciturno, enemigo del júbilo, se retiró de nosotros advirtiendo el fin de la jornada.

Escuchamos inmediatamente la bienvenida en el canto de los ruiseñores de Firdusi.

El real de los cartagineses

Los enemigos nos atacaban a mansalva, desde sus montes y derrocaderos. Las peñas de aquel lugar simulaban monolitos y columnas e igualaban, cuando menos, la estatura de un hombre.

Los cirujanos, imperturbables ante el lamento de los heridos, trabajaban día y noche extrayendo las flechas más insidiosas, provistas de uñas laterales en forma de anzuelo.

Uno de aquellos hombres bajó, en el secreto de la noche, hasta el pabellón de nuestro caudillo y le dio muerte sin provocar sospecha ni alarma. Nosotros admirábamos un sueño tan prolongado.

Capturamos al invasor cuando escapaba a su satisfacción, dejando muy atrás la raya de nuestro campo. Resistió, sin exhalar una queja, los suplicios más esmerados. No se inmutó cuando el verdugo, asistente de los cirujanos, le cercenó las manos y le soldó las arterias aplicando un hierro candente.

Los próceres del ejército se juntaron en senado venerable para escoger el nuevo caudillo. Uno de ellos optaba por el nombramiento de un jefe despreocupado y listo, capaz de remediar los ahogos del soldado. Veía en la juventud la garantía de la victoria y se esforzó hasta sacarme preferido.

Yo era el más joven de los capitanes.

Farándula

El drama empieza con el altercado entre un joven impetuoso y un cortesano de edad marchita. La controversia es transferida a la presencia del rey y cae bajo su arbitrio.

El progenitor del joven iracundo ha perecido, años antes, en una celada nocturna. Salía de un baile espléndido y retaba a sus enemigos dejando tras de sí y a larga distancia el séquito de sus pajes cabalgantes y portadores de antorchas. Él se adelantaba al encuentro de la muerte, cuando sus secuaces le componían una teoría nupcial, conforme la usanza helénica.

El rumor del pueblo acusó al palaciego más cauto y ambicioso, recrudeció el encono del huérfano y lo habilitó para el arresto marcial.

El rey despide a los disidentes y los aleja a reinos dispares, vedándoles la reconciliación antes de un lapso marcado.

El joven caballero ha trabado una conversación casual con la hija del político y se dedica a seguir sus pasos y a contentar sus caprichos y pensamientos. De ese modo se frustra el veto del monarca y el avenimiento ocurre en la Ciudad de Maestros Cantores.

El joven y el ministro destituido confieren sobre las sucesivas perfidias del rey y esclarecen el homicidio del magnate arrogante, adelantado locamente a los suyos en la noche del festival célebre.

Los avenidos vuelven triunfalmente del destierro al acontecer la súbita muerte del rey. La voz del pueblo insiste en haber sido sofocado por sus camareros.

Las bodas del joven impetuoso con la hija del antiguo familiar del soberano se verifican en la sala del baile deplorado.

La amada

La hermosa vela y defiende mi vida desde un templo orbicular, rotonda de siete columnas.

Su voz imperiosa desciende, por mi causa, a las modulaciones del canto.

Salí confortado de su presencia, llevando, por su mandamiento, una rama de cedro.

Descendí por una vereda montuosa hasta la orilla del mar, donde se balanzaba mi esquife.

El cántico seguía sonando, ascendente y magnífico. Paralizaba el curso de la naturaleza. Me alentó a salvar la zona de la borrasca.

El sol permaneció, horas enteras, asomado sobre la raya del horizonte.

La noche

Yo estaba perdido en un mundo inefable. Un bardo inglés me había referido las visiones y los sueños de Endimión, señalándome su desaparecimiento de entre los hombres y su partida a una lejanía feliz.

Yo no alcanzaba la suerte del pastor heleno. Recorría el camino esbozado en medio de una selva, hacia el conjunto de unas rocas horizontales, simulacro distante de una vivienda. Desde la espesura, amenazaban y rugían las alimañas usadas por los magos de otro tiempo en ministerios perniciosos.

Un escarabajo fosforescente se colgó de mis hombros. Yo había distinguido su imagen sobre la tapa de un féretro, en la primera sala de un panteón cegado.

La luna mostraba la faz compasiva y llorosa de Cordelia y yo gobernaba mis pasos conforme su viaje erróneo.

Salí a la costa de un mar intransitable y fui invitado y agasajado por una raza de pescadores meditabundos. Suspendían las redes sobre los matojos de un litoral austero y vivían al aire libre, embelesados por una luz cárdena difundida en la atmósfera. Hollaban un suelo de granito, el más viejo de la tierra.

La sala de los muebles de laca

La hetaira colocó sus pies encima de un escabel de marfil y comenzó a pulsar un laúd de veinte cuerdas dobles. Alteraba a voluntad la longitud de esas cuerdas por medio de unos trastes móviles.

Se inquietaba por la suerte de un pintor de ánades, perdido en la muchedumbre de Cantón o en sus garitos. Los jugadores desleales habían minado con paciencia de topos el suelo de los suburbios.

La hetaira se encontraba sojuzgada por una aspirante al amor del ausente. Imploraba en vano el socorro de una imagen de yeso, armada de un cetro de mandarín y agorera de la felicidad.

La rival conseguía retener al prófugo en el sitio de mayor peligro, en el estrado de los fumadores de opio. Él se distinguía para ese momento entre los alucinados y furiosos.

La rival perspicaz se felicitaba de haber sumido al pintor en la desdicha. Anunciaba el éxito final de su maniobra al quemar en el fuego, sin producir ceniza, una piedra de virtud fecunda.

La plaga

Mi compañero, inspirado de una curiosidad equívoca y de una simpatía vehemente por los seres abatidos y réprobos, andaba de brazo con una joven extraviada.

Intentó disuadirlo de semejante compañía, alegando el porte censurable de la mujer, afectada por la memoria de un hermano vesánico, autor da su propia muerte.

Nos separamos una noche memorable. Las fortunas se hacían y deshacían en el garito de mayor estruendo. Los reverberos derramaban una luz clorótica y aguzaban la fisonomía de los tahúres. La angustia electrizaba el aire del recinto y reprimía el aplauso y la risa de las mujeres livianas.

Una muchedumbre de insectos alados, cayó, el día siguiente, sobre la ciudad y difundió una peste contagiosa. Sus larvas se domiciliaban en los cabellos de los hombres y desde allí penetraban a devorar el encéfalo, socorridas de un mecanismo agudo. Arrojaban de sí mismas un estuche fibroso para defenderse de alguna loción medicinal. Herían, de modo irreparable, los resortes del pensamiento y de la voluntad. Los infectados corrían por las calles dando alaridos.

Mi compañero se resistió a mi consejo de huir y vino a perecer, sin noticia de nadie, en su vivienda del suburbio.

Los naturales del reino se abstenían de pisar el contorno de la ciudad precita. Los agentes del orden asentados en lugares oportunos, impedían la visita de los rateros y circunscribían la zona del mal.

Yo arrostré la prohibición y conseguí descubrir la suerte de mi amigo.

Abrí, después de algún forcejo, la puerta de su casa y lo vi tendido en el suelo, mostrando haberse revolcado.

Unas arañas, de ojos fosforescentes y de patas blandas y trémulas, saltaban sobre su cadáver. La nueva ralea había despoblado la ciudad, corriendo en pos de los supervivientes.

El retórico

Una lámpara de arcilla, usada por los romanos, perfila una figura de sombra en la pared. El discípulo de los alejandrinos combate la victoria del cristianismo, afeando la sandez y la ignorancia de sus fundadores y eclipsando la austeridad de los feligreses por medio de una sobriedad elegante y recatada. Escribe disertaciones para contrastar la fábula necia de los hijos del desierto con el mito juvenil de los helenos. Observa en torno de sí una humanidad inferior, empecinada en el seguimiento de una doctrina basta y absurda y se da cuenta de haberse extinguido la clase privilegiada del senador y del oficiante. Mira en la conspiración universal, dirigida al exterminio del júbilo y a la ruina de la belleza, el retorno y el establecimiento definitivo de los antiguos fantasmas del caos y de la nada y se arroja en brazos de la desesperación. Acaba de saber el sacrificio de Hipatia en un desorden popular, animado contra la fama y la existencia de la mujer selecta por la envidia de unos monjes cerriles, y decide refugiarse y perecer de hambre en el santuario de las Musas.

La venganza de Viviana

Yo permanezco de pies en presencia de la señora. He imaginado, para su belleza de icono, la estola bizantina y la corona de esmeraldas y berilos.

El traje de luto mejora su tez de jazmín. He visto, durante mi correría por España, la flor primorosa de los infieles.

La señora está sentada en una silla de roble y mira, por la ventana, el bosque maligno. Los soldados de César temieron atravesarlo, según escribe un monje elocuente.

El señor desapareció en la primera mañana de su viaje y el caballo volvió solo, dando señales de pesadumbre.

El cierzo arroja sobre las almenas un cuervo fugitivo.

La señora ordena guarecerlo y prohíbe su caza a los arqueros.

El nómade

Yo pertenecía a una casta de hombres impíos. La yerba de nuestros caballos vegetaba en el sitio de extintas aldeas, igualadas con el suelo. Habíamos esterilizado un territorio fluvial y gozábamos llevando el terror al palacio de los reyes vestidos de faldas, entretenidos en juegos sedentarios de previsión y de cálculo.

Yo me había apartado a descansar, lejos de los míos, en el escombro de una vivienda de recreo, disimulada en un vergel.

Un aldeano me trajo pérfidamente el vino más espirituoso, originado de una palma.

Sentí una embriaguez hilarante y ejecuté, riendo y vociferando, los actos más audaces del funámbulo.

Un peregrino, de rostro consumido, acertó a pasar delante de mí. Dijo su nombre entre balbuceos de miedo. Significaba Ornamento de Doctrina en su idioma litúrgico.

La poquedad del anciano acabó de sacarme de mí mismo. Lo tomé en brazos y lo sumergí repetidas veces en un río cubierto de limo. La sucedumbre se colgaba a los sencillos lienzos de su veste. Lo traté de ese modo hasta su último aliento.

Devolvía por la boca una corriente de lodo.

Recuperé el discernimiento al escuchar su amenaza proferida en el extremo de la agonía.

Me anunciaba, para muy temprano, la venganza de su ídolo de bronce.

La entrevista

La hermosa descansa a sus anchas en la butaca y la llena con su persona y con las cintas y volantes de su traje suntuoso.

Miro a sus espaldas el campo de yerba alegre y su término en el monte de zafir.

La dama trashumante refiere los percances de la vida mundana, suplicio de la inteligencia susceptible. Reproduce el gesto del sinsabor y se ensimisma a ratos, guardando una pausa lenitiva.

La majestad de su belleza aumenta en el paraje de reposo diuturno, alivio de un alma descontenta. El raudal mitiga una rotura de la sierra y suma, en un remanso, la atmósfera severa del paisaje.

La hermosa perfecciona el hechizo de su rostro de marfil, desatando los cabellos renegridos, en donde se pierde una espiga humilde.

Teme las zozobras del aire, avisadas por los disones y preludios del arpa del otoño, y emprende el camino de su vivienda.

Asume el porte y el paso de una divinidad telúrica, anunciada por un largo trueno de címbalos.

Fragmento apócrifo de Pausanias

Teseo persiguió el ejército de las amazonas, cautivó su reina y la sedujo. La tropa de las mujeres huyó sobre el Bósforo congelado, montada en caballos de alzada soberbia. Una de ellas murió en el sitio de su nombre, donde los atenienses la recuerdan y la honran. Las fugitivas volvieron a perderse en la estepa de su nacimiento, socorridas de la brumazón.

Un autor anónimo refiere las valentías del hijo de Teseo y de la amazona cautiva. Se atrevió a solicitar el amor de la sacerdotisa de un culto severo, dedicado a una divinidad telúrica, reverenciada y temida por los esclavos asiáticos.

El joven licencioso contrajo una rara enfermedad de la mente y vagaba delirando por la ciudad y su campiña, amenazando con volverse lobo.

Teseo escucha el parecer de viajeros memoriosos, habituados a la nave y a la caravana, y manda por un médico hasta el valle del Nilo.

El sabio se presentó al cabo de un mes y consiguió sanar al mozo delirante por medio de la palabra y envolviéndolo en el humo de una resina balsámica.

Teseo fiaba en la medicina de los egipcios y lo tenía por el pueblo más sano y longevo de la tierra.

El médico dejó, en memoria de su paso, una efigie de su persona. Yo la he visto entre los simulacros y ensayos de un arte rudimentario.

La figura del egipcio, de cráneo desnudo, mostraba la actitud paciente y ensimismada de un escriba de su nación.

El cómplice

Yo temía la presencia de la castellana. Recelaba de su moral austera y de su orgullo indiferente.

Había despedido varios galanes de humor salvaje, de rudeza castrense. Desdeñaban la mesura del ademán y el acierto del discurso.

Se había retraído de la sociedad, adoptando una vida igual, insípida. Conseguía, a un mismo tiempo, la satisfacción del pundonor y el restablecimiento de la hacienda.

Me prefería entre sus domésticos y familiares. Había ganado su aprecio atendiéndola celosamente y sin precipitación. Me retiraba de su presencia después de contestarle en términos estrictos.

Me citó una vez para contarme su resentimiento de un clerizonte bigardo, criado con bellotas, y captó mi voluntad para el propósito de su venganza.

Lo invitamos a una partida de caza y yo mismo le escogí, en la caballeriza de mi señora, un caballo taimado, lleno de resabios.

Los tres salimos por una avenida al campo llano, en presencia del alba.

La castellana me recordó el grito convenido.

El bruto desleal despidió por delante su jinete, después de ejecutar una serie de saltos vehementes. Yo me acerqué al rostro inanimado y aconsejé el regreso, dando por fructuosa la jornada.

La primavera había tejido flores modestas, durante la noche, en el paño del verdegal.

Mito

El rey sabe de los motines y asonadas provocados por los descontentos en torno de la misma capital. Recibe a cada paso un mensajero de semblante mustio. Se traba un diálogo sobresaltado en torno de una noticia ambigua.

El soberano imagina la devastación de una zona feraz y el exterminio de sus labradores. Una tribu cerril se ha aprovechado de la confusión del reino y lo ha invadido en carros armados de hoces. Unas brujas desvergonzadas, consejeras de los caudillos montaraces, vociferan sus vaticinios en medio de los residuos negros de las hogueras. A través del aire calentado se distingue un sol rojo, de país cálido.

Los hombres de la tribu cerril trasportan unas tiendas de cuero sobre el lomo de sus perros desfigurados, ávidos de sangre, y se establecen con sus mujeres, a sus anchas y cómodas, en cavernas practicadas en el suelo. Reservan las tiendas para sus jefes.

El rey consulta en vano el remedio del estado con los capitanes antiguos, de barba pontificia y de elocución breve.

El príncipe, su hijo, sobreviene a interrumpir el consejo, en donde reina un silencio molesto. Inventa los medios saludables y los recomienda en un discurso fácil. Posee la idea virtual y el verbo redentor. Acaba de salir de la compañía de los atolondrados.

Los veteranos se retiran ceremoniosos y esperanzados y se sujetan a sus órdenes. La presencia del joven suprime las fluctuaciones de la victoria y neutraliza el ardid de los rebeldes.

El héroe ha salido al peligro con la asistencia de una muchedumbre entusiasmada.

El día de su regreso, las mujeres hermosas entonan, desde la azotea de los palacios de la capital, un himno de antigüedad secular en alabanza del arco iris.

El desagravio

He presenciado la cabalgata dirigida a un reino meridional, bajo el mando de una dama risueña. Vi la imitación de la primavera y de su escolta bizarra.

Cada señor iba a pie delante del palafrén de su elegida, llevándolo del diestro, y escuchaba de su compañera algún relato gracejoso o galante. Ahuyentaban de ese modo la melancolía, siguiendo la consigna impuesta para el trayecto por la soberana del cortejo.

Yo me había retirado a un yermo, en donde simulaba el cumplimiento de una penitencia asignada por la señora de mi devoción, descontenta de mis maneras excéntricas.

Las del cortejo oyeron entre risas el cuento de mi falta y decidieron llevarme consigo, esperanzadas de alcanzar mi absolución.

Yo me junté a la compañía de los próceres y adopté su alegría desvariada, montado sobre un asno recalcitrante.

Caí de rodillas delante de mi señora, mientras las damas la persuadían en coro bullicioso. La más bella de todas adaptaba entretanto a mi cabeza una corona de papel.

La dama de mis pensamientos me alzó de la humillación, alargándome la diestra.

El extravío

He seguido los pasos de una mujer pensativa. Me sedujeron los ojos negros y la extraña blancura de la tez.

Una enfermedad me había desinteresado de la vida.

Recorrí una serie de calles desempedradas y sumidas en la oscuridad. Yo me abandonaba al peligro de una manera indolente.

He llegado hasta el suburbio de su vivienda. La luna me fascinaba imperiosamente.

He presenciado el desfile y la reunión de unas figuras ambiguas. Todas mostraban el rostro de la mujer pensativa y me rodearon, formando un coro de amenazas y de lamentos.

Volví a la plaza principal de la ciudad, apoyado en el brazo de un sereno.

Visité, no obstante la hora avanzada, la sala en donde se me aceptaba de buen grado. Las ventanas dejaban salir a la calle una luz profusa.

Me incorporé, sin decir palabra, a la tertulia de los abates incrédulos.

El convite

Thais era una cortesana de la antigüedad. Su nombre constaba en la obra perdida de Menandro. El tiempo respetaba su juventud y yo no he encontrado en los residuos de la era clásica ninguna señal de su muerte.

He leído una hazaña de su perfidia en un documento reconstituido. Si yo no revelara a los hombres ese episodio, faltaría a los consejos de la moral de Plutarco.

Thais atrajo sus amantes a una celada, después de reconciliarlos mutuamente. Se acomodaron en unas curules de marfil, dignas de un senado de reyes. La mujer los dejó maravillados y suspensos con la bizarría de su imaginación y les ciñó una corona de adormideras, mientras arrojaba al fuego un laurel seco. Ese laurel había bastado para defender la vida de un héroe en la empresa de visitar los infiernos.

Los invitados quedaron embelesados y perdidos en la incertidumbre.

Thais había abolido su entendimiento y les había inspirado la ilusión de estar siempre en medio de los preludios del alba. Oían a veces un himno desvanecido en la bruma cándida. Lo entonaban unas jóvenes coronadas de jacintos.

Las arpías y las quimeras tejían un velo circular y bajaban a colgarse de los brazos de un árbol insociable.

El ídolo

La hermosa amenazó con el ceño al fijarse en mi negativa a uno de sus caprichos. Volví de mi decisión añadiendo los agasajos de la condescendencia y del afecto. Yo temía acelerar el desenvolvimiento de sus dolores.

Sucumbió esa misma noche en la crisis de un delirio. Narraba una vez más, en términos apasionados, las cuitas de su niñez y de su adolescencia. Yo amanecí a los pies de su cama de roble.

Recorro sin descanso los aposentos de mi casa antigua, recatada en la esquivez de una sierra. Solo perdura el techo de una torre vigilante.

Rehúso volver al mundo y menosprecio las invitaciones de mis amigos. Deseo reconstituir la situación de ánimo de aquel día nefasto y el ademán estéril de juntar con mi pecho su cabeza inerte.

El retrato

Yo trazaba en la pared la figura de los animales decorativos y fabulosos, inspirándome en un libro de caballería y en las estampas de un artista samurai.

Un biombo, originario del Extremo Oriente, ostentaba la imagen de la grulla posada sobre la tortuga.

El biombo y un ramo de flores azules me habían sido regalados en la casa de las cortesanas, alhajada de muebles de laca. Mi favorita se colgaba afectuosamente de mi brazo, diciéndome palabras mimosas en su idioma infranqueable. Se había pintado, con un pincel diminuto, unas cejas delgadas y largas, por donde resaltaba la tersura de nieve de su epidermis. Me mostró en ese momento un estilete guardado entre su cabellera y destinado para su muerte voluntaria en la víspera de la vejez. Sus compañeras reposaban sobre unos tapices y se referían alternativamente consejas y presagios, diciéndose cautivas de la fatalidad. Fumaban en pipas de plata y de porcelana o pulsaban el laúd con ademán indiferente.

Yo sigo pintando las fieras mitológicas y paso repentinamente a dibujar los rasgos de una máscara sollozante. La fisonomía de la cortesana inolvidable, tal como debió de ser el día de su sacrificio, aparece gradualmente por obra de mi pincel involuntario.

Los gallos de la noche de Elsinor

La bruma del canal subía a envolver los jardines lacios. Los faroles, de vidrios húmedos, arrojaban durante el día una luz fatua, de alquimia.

La joven macilenta había cautivado mi atención al asomarse por la ventana con el propósito de descubrir la hora en el reloj de la plaza. El tiempo y la intemperie habían mancillado la esfera y oscurecido el número romano, más propio de una lápida.

Hablábamos a escondidas de sus padres y guardianes. Se presentaba fielmente a averiguar por la ventana la misma hora en el reloj decrépito y la enunciaba escrupulosamente con su cauda de minutos y segundos.

Prometió acompañarme en la vida, huyendo conmigo, a favor del conticinio, sobre la grupa de mi caballo.

Le facilité la salida a la calle, despedazando los barrotes arcaicos de la ventana. Apareció envuelta en el lienzo plañidero de Eurídice.

Mi caballo nos arrebató en una carrera ciega, me lanzó por tierra y me arrastró un largo espacio del suelo. Un pie se me había prendido en la correa del estribo.

Dejó el galope y volvió a su mansedumbre natural, cuando el pregón de los gallos despidió de mi compañía el vano simulacro de la mujer.

El desesperado

Yo regaba de lágrimas la almohada en el secreto de la noche. Distinguía los rumores perdidos en la oscuridad firme.

Había caído, un mes antes, herido de muerte en un lance comprometido.

La mujer idolatrada rehusaba aliviar, con su presencia, los dolores inhumanos.

Decidí levantarme del lecho, para concluir de una vez la vida intolerable y me dirigí a la ventana de recios balaustres, alzada vertiginosamente sobre un terreno fragoso.

Esperaba mirar, en la crisis de la agonía, el destello de la mañana sobre la cúspide serena del monte.

Provoqué el rompimiento de las suturas al esforzar el paso vacilante y desfallecí cuando sobrevino el súbito raudal de sangre.

Volví en mi acuerdo por efecto de la diligencia de los criados.

He sentido el estupor y la felicidad de la muerte. Un aura deliciosa, viajera de otros mundos, solazaba mi frente e invitaba al canto los cisnes del alba.

Micenas

He llegado hasta el pórtico después de recorrer una avenida de estatuas. El escultor las había concebido y erigido para memoria de calamidades y portentos. Había escuchado las voces informes y entrecortadas de Casandra.

Avancé resueltamente por las galerías obstruidas sin encontrar el vestigio de un ser humano. Me inclinaba a recoger del pavimento las antorchas pisadas, emblemas de la muerte.

Yo ignoraba los peligros inherentes a la visita de aquel lugar. Mis compañeros habían guardado silencio cuando les interrogué de manera apremiante. Fijaban en el suelo una mirada preocupada.

El agua llovediza había manchado las paredes fluyendo desde las roturas del techo. Unos escudos, semejantes a los colgados, para ornamento, en las proas de las naves, se habían roto al caer en el suelo.

He entrado sin darme cuenta en la cámara de reputación más lúgubre. Dudé haber llegado al término de mi vida.

Un dragón se había acostado a sus anchas delante de un disco lúcido.

Yo volví precipitadamente sobre mis pasos y hallé en torno de las ruinas la hueste de mis familiares solícitos.

He cavilado, a través de los años y en medio del ansia y del temor, sobre mi salvación inesperada.

Me adhiero, de vez en cuando, a una conjetura sensata.

El dragón se había fascinado a sí mismo viéndose en un espejo de metal.

El alivio

Yo había crecido bajo la encomienda de mi hermano mayor.

Jamás salí de casa a divertirme con los niños de mi edad en la plaza vecina.

Las ventanas del contorno permanecían cerradas y ninguna doncella se asomaba a mirar el parque silencioso. Las ramas de los árboles centenarios bajaban hasta el suelo, relajadas por el agua. Yo recordaba los sauces fluviales en donde suspendían el salterio, un día de nostalgia, los hijos de Sión.

Los niños se enfermaban de trajinar y corretear sobre la yerba infecta. Sus voces circulaban apenas en el aire torpe.

Yo ignoraba las tradiciones de mi familia y cómo se había extinguido en mi casa infausta. Quedé sumido en la incertidumbre después de la muerte de mi hermano. Él vivía hosco y taciturno, perdido en el vicio del alcohol, y no se permitía conmigo ninguna efusión. Se vestía de paños raídos y de color negro. Era, a un mismo tiempo, sombrío y bondadoso.

Entró de la calle y se encerró, para morir, en la sala donde acostumbraba reservarse. Me dejó un papel sobre la tapa de un piano inválido.

Concebí un dolor íntimo y sin desahogo y pasaba horas continuas de la noche descifrando su expresión incoherente a la luz de un farol de la plaza, cercado por un halo de humedad.

El empeño de calar su pensamiento y el recuerdo de su generosidad llegaron a desecarme y me inspiraron el deseo de seguirlo.

Sentí, por vez primera, el afecto a la vida cuando se deshizo en mis manos la carta pulverulenta.

Reloj de príncipes

El rey depuesto se hospeda en el palacio del amenazado con la misma suerte. Recuerdan y comentan, ancianos aureolados, las vicisitudes de sus respectivas carreras. Pasean el andén oreado por el río.

Las aguas, nacidas de un manantial invisible, esconden la margen frontera.

Un espía secuaz los interrumpe. Muestra la apariencia de un criado provisto del flabelo. Llega con el pretexto de ahuyentar una avispa.

Los sacerdotes atisban al soberano reluctante, aficionado a la amenidad y a la tolerancia de una civilización colmada. Mantienen amistad con tribus aguerridas, llanas a la insinuación, adaptadas al precipicio y al matorral de su vivienda alpestre.

Los adeptos monteses aprecian el ejercicio de las armas sobre el refinamiento y la holganza.

Rodean la ciudad y la asaltan por donde un centinela bajó desde su puesto a la campiña, en solicitud de un amor vedado.

Columnas de humo rápido nacen de los incendios diseminados y los pregonan.

Los reyes presencian, resignados, el término de una era exhausta.

La bruja

El caballo descendió de la colina de forma piramidal y se internó por las calles de la ciudad abandonada. Era de color blanco y de crines abundantes. Se detenía para escuchar con aire contristado un rumor nacido en las entrañas de la tierra.

Emprendía a veces un trote marcial. El ramo de una zarza espinosa reprimía el torbellino de su cabellera.

Unas aves de voracidad insaciable, procedentes del desierto, habían acampado sobre los edificios y avizoraban la caza menor. Resistían los embates de la lluvia y del vendaval retrayendo y comprimiendo el plumaje, hasta conseguir el aspecto de una lanza o de un huso. Habían motivado el hambre y la fuga de una tribu de gitanos, previniéndola en el consumo del erizo, del topo y de la musaraña.

Yo seguí los pasos del caballo y me perdí con él en una pradera de heno, dividida por un río. Veía siempre delante de mí y sobre la raya del horizonte unas cabañas de figura cónica. Sus habitantes, de temperamento apacible, vivían en la miseria y se nutrían del pescado crudo y en descomposición. Sufrían los desmanes de una cáfila de bandoleros, desertados de un presidio distante y afeados por la mutilación de la nariz y de las orejas.

Los moradores de las cabañas se prosternaban delante de una bruja despótica. Me condujeron a su vivienda, semejante a un establo.

La había compadecido y respetado cuando la vi, siendo pequeño, en la orilla de un bosque de pinos. Se ocupaba de juntar reviejos para defenderse del frío insalubre. La ayudé espontáneamente en su tarea.

Había agradecido mi auxilio y velaba de día y de noche en mi resguardo. El caballo blanco había sido su emisario y me había traído hasta su presencia, a ocultas de los facinerosos.

El sopor

No puedo mover la cabeza amodorrada y vacía. El malestar ha disipado el entendimiento. Soy una piedra del paisaje estéril.

El fantasma de entrecejo imperioso vino en el secreto de la sombra y asentó sobre mi frente su mano glacial. A su lado se esbozaba un mastín negro.

He sentido, en su presencia y durante la noche, el continuo fragor de un trueno. El estampido hería la raíz del mundo.

La mañana me sobrecogió lejos de mi casa y bajo el ascendiente de la visión letárgica.

El sol dora mis cabellos y empieza a suscitar mis pensamientos informes.

Caído sobre el rostro, yo represento el simulacro de un adalid abatido sobre su espada rota, en una guerra antigua.

Ancestral

El sol, después de mediar su viaje, introduce por la vidriera un rayo oblicuo. No se da otra señal del curso del día.

La vidriera espesa y triple defiende del ruido exterior la sala de los caballeros. Los postigos permanecen cuidadosamente cerrados y uno solo de ellos permite la infiltración del rayo oblicuo del sol. Los muebles arrimados a la pared, asoman entre la penumbra. Intentan acaso arrojar de sí mismos el velo de polvo de los siglos.

La araña de los cuentos, sensible al ritmo de la flauta de un prisionero, se arroja hasta el suelo, fiada en sus hilos y segura del equilibrio. La araña ha contribuido su tela para los guantes de las personas reales y ha urdido el velo de la Virgen en la siesta del verano.

Huecos y hornacinas interrumpen a cada paso el muro. Allí se esconde, tal vez, algún guerrero pérfido y desmandado.

Uno de mis abuelos usaba un yelmo de airón de llamas. Lo había recibido de un mago, según declaró en el delirio de una pasión infernal. Ese yelmo imperecedero quedó sobre la tierra al ser raptada Proserpina.

Ese mismo abuelo ocupa mi pensamiento. Preside con gesto impío una tragedia memorable y la impulsa a su desenlace.

Cerca de la mesa de nogal subsiste el sillón de Córdoba acostumbrado por su consorte. La forzó a tomar un tósigo.

El portero de esta mansión dejó entrar una vez, a esta misma hora de quietud y bochorno, una mujer de ánimo resuelto. Vestía un traje de moda histórica y su faz, de belleza ilustre, descubría las señales del llanto y de la cólera. Ocupó el sillón de Córdoba y se desvaneció en el aire sin dejar memoria de su visita.

Había penetrado sin esperar mi licencia. Es inútil oponerle cerrojos y trabas. He dejado la sala de los caballeros en el mismo orden de aquel momento.

Nadie puede entrar allí antes de su vuelta.

El asedio

La amada se presentó en el balcón, después de escuchar la contraseña.

La mañana despeja su faz jubilante, retirando el estupor del sueño, y convierte las gotas de agua, pendientes de su cabellera, en una viva guirnalda de campánulas.

El anciano reprueba los amores de su hija y vela sus pasos. Conserva la malicia de la mocedad, cuando espiaba, desde la orquesta, las diversiones de la corte en los jardines disciplinados por el arte.

Debe la seguridad de sus días extremos a la merced de un magnate eclesiástico. Vive cerca de los murmullos del campo, notando las quimeras de la distancia, las veleidades del aire y de la luz. Conjura del seno de instrumentos sensibles, a zozobrar y a morir, ligeras armonías.

Amonesta a su hija contra los rodeos y asaltos de un galán, cazador insinuante. Es un oficial de maneras libres y de nacimiento privilegiado.

El anciano presencia una vez más el fracaso de su autoridad.

La niña ejecuta al piano el aria del ruiseñor enamorado, pasaje de una música de antaño, de inspiración pastoral.

La heroína

El cazador ha conseguido hurtarse a la suspicacia de los combatientes.

Sale de una ciudad asentada en la llanura, sobre las dos márgenes opulentas de un mismo río, fiada en sus torres y en las ventajas de su comercio de joyas y tapices. Las mujeres lucen estofas versicolores y ostentan la imagen del arco de la luna en sus tiaras cilíndricas.

El cazador solicita, para su amada, las noticias del curso de la guerra. Electra ha visto al más generoso entre los adalides troyanos. Héctor viajaba en compañía de su esposa y seguía asiduamente su litera, impuesta sobre los hombros de contentos palanquines. El héroe montaba un caballo negro, de la casta de los infernales, presente de un numen pálido, opresor de las sombras nostálgicas.

El cazador trajo una vez el informe del asalto de la ciudad y refirió la matanza de sus jóvenes, cuando yacían inermes en el abandono del sueño.

El incendio suelta, semanas enteras y a larga distancia, sus pavesas tiznosas.

Electra no se consoló jamás de la caída de Troya.

El riesgo

Las orquídeas se criaban en medio de la fiebre, encima de unos árboles revestidos de parásitos y roídos de hormigas. El sol multiplicaba los recursos del suelo húmedo y alentaba una vegetación ilesa, escondite de animales pérfidos. Yo distinguía entre la oscuridad del matorral los ojos fosforescentes de las fieras.

Yo menosprecié el peligro y subí resueltamente las gradas de una pirámide rota, disimulada entre la selva.

Un águila, enemiga de las sabandijas y dragones terrestres, se había posado sobre una máscara de granito, de proporciones descompasadas y de ojos huecos, destituidos de párpados. Recordaba la mirada obvia y directa de ciertos monstruos de la naturaleza. La máscara de granito, embellecida con algunos atavíos, habría igualado exactamente la imagen de una princesa del tiempo de los Faraones, rodeada de admiradores lunáticos en un museo de Europa.

La presencia del águila bastaba a disipar el maleficio difundido por aquella reliquia de una idolatría sanguinaria y frustraba la amenaza de las fieras consagradas.

Un viejo de aquella redonda se había empeñado en velar por el éxito de mi exploración y me había prometido el auxilio de su volátil gentilicio.

El hidalgo

He salido a cabalgar fuera de la ciudad, al principio de una tarde plácida. El campo muestra los colores ambiguos y frágiles de un espejismo.

Reconstituyo el pasaje de una guerra lastimosa, donde se agotó mi juventud. Salí sin escolta, lejos de una fortaleza amenazada, a la campaña rasa, en medio del asombro de mis compañeros de armas. El recuerdo orgulloso compensa ahora el sentimiento de los años pretéritos.

Ejecuté la hazaña al otro día de una ocasión memorable. El más fraternal de los camaradas me había conducido a la presencia de su prometida. Correspondí a la urbanidad de la mujer lozana permaneciendo mudo y con los ojos bajos. Me retiré fingiendo una súbita ausencia de la atención y de la memoria.

Decido terminar el paseo vespertino y volver al refugio de mi casa, a componer, según costumbre, la viva y alucinante representación de esa entrevista, donde empieza la agonía de mi alma impar. Las vislumbres del relámpago marean la franja de la noche recién iniciada del mes de agosto. Yo pienso en los signos de fuego, presagios del infortunio, descifrados por un visionario en la sala de un rey maldito.

Regreso por la calle modesta y sin lumbre, donde he escogido mi morada. Conduzco la cabalgadura al sitio de su reposo y me encierro en la sala defendida por las puertas viejas y resonantes.

Yo padezco, sumergido en la sombra, la ceguedad de una estatua de mármol y su tristeza inmortal.

Cenit

La virgen ahuyenta unas aves largas, acostumbradas a retozar en el pantano, afines, conforme el talle, del canuto de vida acuática.

La caravana de las nubes cándidas sufre de sed en el desierto radiante.

El esclavo sube el agua de un pozo vacío y refresca el pie de un granado. Aprovecha el ministerio de una polea, ejecutando movimientos iguales, mecánicos.

El espejismo oscila en el arenal, lámina desnuda, al trasluz de una evaporación viva.

Un lago oleoso interrumpe el suelo de betún.

La virgen permanece en la azotea, de donde corrió los pájaros desvaídos. Registra, de una sola mirada, la redonda.

Canta o grita en idioma venerable, con voz firme, avezada a la distancia.

Festeja la gloria del fuego elemental.

El remordimiento

El gentil hombre pinta a la acuarela una imagen de la mujer entrevista. La vio en el secreto de su parque, aderezada para salir a caza, en medio de una cuadrilla de monteros armados de venablos.

El gentil hombre imprime la visión fugaz, marca la figura delgada y transparente.

Los caballos salieron a galope, ajando la hierba de la pradera lustrada por la lluvia. El gentil hombre se incorporó a la cabalgata, de donde toma la escena para el arte de su afición.

Recuerda las peripecias y los casos de la partida y, sobre todo, la muerte de su rival, precipitado dentro de un foso inédito en el curso de la carrera.

El gentil hombre fue inhábil para salvar la vida del jinete y llega hasta considerarse culpable. Abandona el pincel y se cubre con las manos el rostro demudado por las sugestiones de una mente sombría.

La verdad

La golondrina conoce el calendario, divide el año por el consejo de una sabiduría innata. Puede prescindir del aviso de la luna variable.

Según la ciencia natural, la belleza de la golondrina es el ordenamiento de su organismo para el vuelo, una proporción entre el medio y el fin, entre el método y el resultado, una idea socrática.

La golondrina salva continentes en un día de viaje y ha conocido desde antaño la medida del orbe terrestre, anticipándose a los dragones infalibles del mito.

Un astrónomo desvariado cavilaba en su isla de pinos y roquedos, presente de un rey, sobre los anillos de Saturno y otras maravillas del espacio y sobre el espíritu elemental del fuego, el fósforo inquieto. Un prejuicio teológico le había inspirado el pensamiento de situar en el ruedo del sol el destierro de las almas condenadas.

Recuperó el sentimiento humano de la realidad en medio de una primavera tibia. Las golondrinas habituadas a rodear los monumentos de un reino difunto, erigidos conforme una aritmética primordial, subieron hasta el clima riguroso y dijeron al oído del sabio la solución del enigma del universo, el secreto de la esfinge impúdica.

El presidiario

La aldea en donde pasé mi infancia no llegaba a crecer y a convertirse en ciudad. Las casas de piedra defendían difícilmente de la temperatura glacial. Habían sido trabajadas conforme un solo modelo desusado.

Durante el breve estío dejaba a mi padre en su retiro habitual y salía fuera de poblado a correr tras de unos ánades holgados en la pradera. Yo esperaba alcanzarlos en su fuga a ras del suelo. Mis vecinos indolentes no se ocupaban de perseguirlos.

No podía intentar otro medio de cazar las aves sino el de apresarlas con la mano. Yo carecía de arco y de honda y las piedras no se daban en aquel distrito.

Mi padre vino a morir de una fiebre exigua y tenaz. Se había visto en el caso de beber el agua de las ciénagas. Su organismo se redujo a la voz cavernosa y a los ojos brillantes. Proveyó hasta el último aliento a mi invalidez de niño.

Habría perecido de inanición si no me socorre un militar destinado a guarnecer un pueblo más ameno, asentado en una rada espaciosa. Me tomó de la mano el día del entierro y me llevó consigo. Los murmuradores me llamaban el hijo del deportado.

Yo crecí a la sombra del militar caritativo. Se violentaba al verme desidioso y pusilánime. Yo me resistí a seguirlo cuando le retiraron el nombramiento y lo pasaron a un puerto del Mar Negro. La pesadumbre le impedía hablar cuando me abrazó por última vez.

Caí desde ese momento en la mendicidad. Los consejos de un perdulario me alentaron al delito y me trajeron al presidio. Dedico las horas usuales del día a trasportar unas piedras graves de alzar hasta el hombro.

El consejero de mi infortunio me visita en el curso de la noche inmóvil, cuando yazgo sobre el suelo de mi celda. Me fascina de un modo perentorio con los sones de su flauta originada de la tibia de un ahorcado.

La sombra de la hija del faraón

La visión mostraba los rasgos vehementes de un ser vivo. Una jauría sañuda se dibujaba en el secreto nocturno y salía a devorarla. Sobre el piso quedaban reliquias sangrientas y los canes encarnizados dejaban el sitio a unas aves de ojos de rubí. Los canes de ese linaje han desaparecido del mundo habitado y sus descendientes, enemigos de los hombres, se han escondido en las recodos y vértices de unos montes, semejanza fugaz de almenas y torres feudales. Un ave, de vuelo constante y silencioso, única en su género, les sirve de atalaya y los previene con su voz aguda.

Mis ojos se abrieron a la aurora cuando mi cabeza ardiente se desvió de su acomodo, en el despedazado plinto.

Yo había pasado la noche entre las columnas de un pórtico y bajo la encomienda de una hoguera. Yo seguía y censuraba en aquel momento los itinerarios fabulosos de los griegos. Una suerte maligna me dirigía siempre a los residuos de algún palacio de Cambises, el rey sacrílego, en donde se alojaban felinos insaciables.

Yo conseguía aposentarme después de una cacería audaz. Las fieras abatidas y heridas de muerte reproducían la escena de un bajo relieve exceptuado de las ruinas, inspirado o dibujado por el cruel ingenio asirio.

Merry England

El moribundo se incorpora sobre la almohada. El son de su amenaza queda suspendido en el aire. Los familiares inquietos se miran unos a otros, interrogándose con el gesto. El abad manifestaba en la crisis de la agonía su carácter intolerante. Yo comparaba su ademán tiránico y su discurso terrenal con el porte dócil de Falstaff en el mismo trance. Una hostelera me había contado en términos compasivos el fallecimiento del aturdido.

Los familiares del abad impaciente me habilitaron para el rompimiento de una perplejidad y dejaron en mis manos el hilo magistral de un enredo célebre entre los políticos de esa fecha, ennoblecido más tarde por la fantasía de los dramáticos. Los familiares imputaban la muerte del abad al desvanecimiento de sus proyectos culpables. Quería la pérdida de su rey en el momento de nacer una guerra con el francés y había alentado el enojo de varios nobles injustos.

Unos calaveras vislumbraron la conspiración en el diálogo de unos caballeros disolutos y corrieron a ponerla en noticia de Falstaff. Le deparaban de ese modo la oportunidad de volver, en sus días extremos, a la gracia del rey, enemistado con su bufonada grandilocuente.

El rey agradeció el afecto de sus parciales y confesó la ventaja de haberse allanado, cuando mozo turbulento, a la compañía de los haraganes.

La ilusión

Decidí vencer la resistencia de aquel oficial disidente e imponerle mi trato y conversación. Incurría a menudo en una cólera súbita y pueril. Había rehusado, bajo el hierro de los cirujanos, el alivio de los anestésicos. Profesaba una religión de parsimonia y dolor.

Lidiábamos día y noche con el japonés sinuoso. Los rusos continuábamos en el campo y seguíamos la batalla, impidiendo su conversión en derrota. Un icono, de troquel bizantino y de rigidez enfática y molesta, animaba el sacrificio de los héroes transidos.

Yo solicité la compañía del oficial venático en un reposo de la lucha, aplicado a la supresión de los muertos. Admirábamos la virtud del fuego en disipar las reliquias humanas. El vino a mencionar, después de un largo rodeo, su indiferencia al peligro y su repulsa de las mercedes de la vida.

Supe el motivo peregrino de su originalidad. Había visitado, en cumplimiento de una misión, la zona del Cáucaso y saludado las cimas y desfiladeros con el cántico impetuoso de Lermontov. Distinguió entre la raza escultural una joven reclinada sobre un ciervo y guarecida bajo un parasol de plumas de avestruz. Esa mujer, vestida de un traje real, cantaba la noche de ese mismo día, en su balcón iluminado. Cerró las persianas de junco de China al sentir sobre sí una mirada frecuente.

El oficial se detenía siempre en este momento de su relato y quedaba suspenso y con la mirada vacía, perdido en los rumores de la noche feliz de Tiflis.

Me abstuve de censurar las señales incoherentes de su imagen. El militar había registrado, viviendo en el secreto, las civilizaciones más dispares y juntaba en un solo recuerdo el atavío de una princesa lidia y la actitud de Diana de Poitiers, segura de su juventud invulnerable en un retrato fascinante.

El ciego

El teólogo se había tornado macilento y febril. Meditaba sin tregua una idea mortal y recorría, en solicitud de alivio, los infolios cargados sobre los facistoles o derramados sobre el pavimento.

Los autores de aquellos volúmenes habían envejecido en el retiro escuchando los avisos de una conciencia. Salían de sus celdas para despertar, con sus argumentos, el asombro de las universidades.

El teólogo demandaba el socorro de un crucifijo sangriento, después de registrar con la mirada las imágenes de unos diablos de tres cabezas y armados de tridentes, en memoria y representación de los pecados capitales. Un escultor de la Edad Media había usado tales figuras al componer la filigrana de una abadía.

Yo me insinué en la amistad del penitente y lo insté a confiarme la razón de su inquietud. Pretendió retraerme de la pregunta usando alternativamente de efugios y amenazas. Se paseaba en ese momento bajo el estímulo de una alucinación apremiante.

Yo vine a quedar de rodillas al dirigirle el ruego más apasionado.

El impuso la mano sobre mi frente y consintió en asociarme a su visión terrible.

La vista de los suplicios infernales se fijó profundamente en mis sentidos y me siguió de día y de noche, hundiéndome en la desesperación.

Encontré mi salud cegando voluntariamente. He abolido mis ojos y estoy libre y consolado.

La espía

El licenciado escribe una breve novela de equivocaciones y de casos imprevistos, ocupando las demoras de una corte en donde juzga, mal remunerado y holgazán.

El licenciado no pernocta en la ciudad, sino en su contorno. Se retira a una casa de corredores largos y cámaras solemnes, revestidas de cal, agazapada en una aldea anónima. Los ingenuos lugareños reparan en la acedía de la faz.

El licenciado se repone del tedio inventando lances y percances. Imagina las ansias y las querellas de los amantes y las graba en letras indelebles. Reclina, de vez en cuando, la frente de pergamino, llena de memorias, en la mano derecha. Prolonga la faena hasta el asomo de la mañana, bajo la mortecina luz de cera.

El licenciado abandona la pluma cuando la aurora muestra su cara de moza rubicunda.

Pasa al aderezo de su persona ante un espejo de Lorena, de esplendor mustio, y cuando retira los cabellos grises, observa a sus espaldas la calavera astuta de la muerte.

El sacrificador

La mañana alumbra la ruina de las naves.

Los caudillos permanecieron vigilantes a través de la noche, sobre un mirador del litoral, abismados en el pensamiento de la derrota.

Las víctimas de la última porfía muestran, sobre el regazo de la tierra, el visaje paralizado y el abandono y lasitud de la muerte.

Una muchedumbre se junta a gemir en torno de su jefe. Censura el malcaso de la suerte y reverencia la dignidad del héroe y su faz de dios imberbe. El rostro de los dolientes se anega en la luz de una hoguera eclipsada por el día. La voz del mar secunda la escena del llanto, observando un compás ritual.

Los caudillos se despiden adelantándose al discurso fatuo del más provecto y se dirigen, sin concierto previo, a demandar el socorro de Aquiles. Los suplicantes alivian la ira ponzoñosa del joven y lo persuaden a la aceptación del deber.

El reconciliado se propone el desagravio de los suyos y la satisfacción de los manes del héroe, en medio de la turba inconsolable. Ordena la restitución de Briseida, acusándola, secretamente, de misionaría de la discordia.

La cautiva llega poco después, avergonzada de su ignominia, asegurando con el auxilio de un heraldo el paso tímido.

Aquiles la sujeta por la diestra y la sitúa bajo la amenaza de su lanza, menospreciando el intento de una súplica. Anula a golpes la resistencia, antes de infligir la herida mortal.

El impío

El ciervo del abad se ha acogido a la iglesia, librándose de los perros sanguinarios. Oye, desde su refugio, el grito del cazador. Descansa del peligro bajo una luz velada, atisbo del infinito.

El cazador amedrenta los humildes, señalándolos a la jauría frenética. Ríe estrepitosamente de su capricho de señor.

Sube las gradas de la iglesia, camino de su pórtico, sobre un caballo de pisada firme. Apellida los canes, desde el umbral, por medio de una bocina irreverente.

El abad, indignado por la irrupción del sonido, resiste al profano, arredra la jauría feral.

El caballo emprende súbita carrera y desaparece en un precipicio, llevando su jinete.

Los canes aúllan en torno de un sumidero calcinado.

Las mensajeras del alba

Las dos hermanas se han asomado a la ventana. Siguen conversando en términos cordiales. Difunden un aura bonancible.

He visto la más rubia en el curso de un ensueño. La doncella desaparecía en la oquedad de una selva irreal, seguida de un alce. Iba absorta en la contemplación de una flor de cáliz encendido.

He visto la segunda sentada entre cojines y vestida de seda joyante en el lienzo de un pintor flamenco. La burguesa cauta sostiene en el regazo un cofre cincelado y sopesa en la mano un aderezo de diamantes.

Las dos hermanas se han asomado a la ventana, sobre el canal gris de una ciudad herética, resistida a las órdenes de mi soberano taciturno.

La presencia de las beldades septentrionales asalta y desvirtúa mi lealtad.

Yo mudo el semblante y acelero el paso al escuchar el falaz parabién de un sicario.

El sino

María Antonieta acaba de llamarme por medio de su confesor, un clérigo de virtud entera. Quiere encomendarme un mensaje para el diputado de una ciudad provincial, apasionado en la defensa de la reina, obstinado en granjearla el beneplácito de la nación.

María Antonieta se ha dejado persuadir del diputado caballeroso y se vuelve cauta. Ocupa el tiempo en la crianza de los hijos y se hurta a la malicia de los cortesanos.

Yo recorro, en cumplimiento del encargo, una calleja retorcida, en donde arde un solo farol. Allí se juntaba la gente maligna de otras edades a concertar las aventuras de homicidio y de rapacidad.

Encontré al diputado en su gabinete modesto. Ordenaba los libros hacinados sobre una mesa. Descubrí el origen de sus ideas leyendo el título de algunos volúmenes sobre el hombre y su destino reunidos con ensayos y disertaciones de una filosofía prudente, de estampa británica.

Puse en sus manos un rico presente y la efigie de la soberana, trazada por un pincel infalible, esmerado en reproducir la tez satinada.

El diputado rehúsa el don magnífico. Por causa de su gesto de asombro, corre sobre el piso la muchedumbre de las monedas sonoras, fabricadas del metal regio.

Guarda el retrato pintado con habilidad celosa, y lo embellece con una flor violácea, en donde los antiguos leyeron la interjección del lamento.

El adolescente

Yo recorría, durante las vacaciones, la costa del Adriático. Holgaba en un esquife inseguro, pintado de blanco, parecido al cisne velívolo, enemigo del fuego en la fábula de Ovidio.

Yo recogía de mi trato con los pescadores la historia de los héroes de la montaña y del mar y confrontaba su discurso ingenuo con algún pasaje egregio de Tito Livio, en donde se adivina la amenaza de los piratas de Iliria.

He reverenciado en más de un blasón inerme la autoridad de Venecia y la de Ragusa, la rival de estirpe eslava.

Yo juntaba las memorias de la antigüedad pagana con las emociones del drama alegre o sombrío de Shakespeare y había dejado, en más de una ocasión el escrutinio de un texto difícil para sosegar las mujeres de mi fantasía, atemorizadas por un duende travieso de la Noche de Verano.

Yo había salido de mi recogimiento en la isla del tedio y renunciado mis hábitos de niño y pisaba ahora un castillo de edad incierta. Nadie recordaba el nombre de sus dueños.

Una mujer espiaba mis pasos desde una ventana circular, semejante a un rosetón, y yo distinguí en su faz la dignidad y el desvío de Olivia.

La deriva

Yo divisaba, desde la galera, el mausoleo de siete cámaras, dedicado a una dinastía leyendaria y edificado en una rotura de la montaña. Los marinos hablaban secretamente de los restos pulverizados y señalaban en algunos pasos de la costa el vestigio de pueblos desaparecidos.

El sol horizontal penetraba las ventanas de una mole, en forma de pirámide, dividida en mesetas graduales. Debajo de la galera corría un súbito espasmo de las aguas. Nosotros lo imputábamos a la irrupción de una ráfaga de nacimiento ignorado.

Un pez corpulento nos amenazaba a poca distancia, abandonado a merced de las olas. Lo designábamos con el nombre de una bestia marina, mencionada en el delirio de un profeta.

Uno de los nuestros, habituado a la navegación de un río perezoso y al fuego de un clima tórrido, soplaba a ratos su trompeta de bronce.

Ninguna criatura humana asomaba sobre los cantiles áridos.

Windsor

El rey trata familiarmente con el pintor flamenco sobre la última novedad del arte y coloca en un velador la bolsa de monedas prevenida para el allegamiento de cuadros suntuosos. El soberano y el artista se han juntado en la estancia abierta sobre el parque de los álamos de plata. Se asoman por una ventana a escuchar la voz diáfana de una fuente.

El ruiseñor entona su melodía, regalo de un poeta descontento, par de visionarios y profetas, amenazado de la ceguedad de los inspirados.

La vislumbre de una luna emboscada intenta el dibujo de siluetas vanas.

El ave seduce la voluntad y suspende la atención del rey, dando cabida a la enunciación de una amenaza presentánea.

Un asceta vocifera la pérdida del soberano y condena su pasión de la belleza, adoptando el acento de un apóstol hirsuto en presencia de Atenas, la ciudad de los ídolos.

La guerra

El hombre de inteligencia rudimentaria salió a cazar lejos de su llanura inundada, al empezar el día de una época primitiva.

Dirigió sus pasos a un desfiladero de origen volcánico, donde habitaban dragones crispados y aves deformes y perezosas.

Escogió, durante el trayecto, las piedras más sólidas, para armar su honda.

Emitió gritos con el mayor aliento, usando las manos a guisa de tornavoz.

Otro hombre apareció, vestido de una zamarra y aparejado a la lucha. Vociferaba desde la cima de un monte. Su rostro se perdía en el bosque del cabello y de la barba.

El combate duró, sin decidirse, un tiempo indefinido. Hilos de sangre pintaban la cara y el pecho de los rivales.

Una mujer falseó cautelosamente el pie del defensor y lo precipitó desde la altura. Se vengaba de una sumisión abyecta.

El vencedor la toma bajo su autoridad e impone sobre sus hombros la suma del botín. La dirige hacia la llanura por una cuesta breve.

Se despreocupa de la espalda abrumada y de los pies sangrientos de la cautiva.

Nocturno

Quise hospedarme solo en la casa de portada plateresca. Me esforcé mucho tiempo restableciendo el uso de los cerrojos. Mis pasos herían el suelo sonoro y descomponían la vieja alfombra de polvo.

Sujetos de formas vanas apagaban los fanales al empezar la noche, rodeándome de tinieblas agónicas, y el edificio de dos pisos desaparecía en la semejanza de una cabellera desatada por el huracán.

Yo esperaba ansiosamente un prodigio.

He visto una mujer de fisonomía noble, de rasgos esculpidos por la memoria de un pesar. Ocupaba una rotura súbita de la sombra y acercaba el rostro a la cabecera de un féretro.

La fractura de una fiola de cristal despedía un sonido armonioso y la fantasmagoría zozobraba en la oscuridad impenetrable.

Parodia

El caballero se ha prendado súbitamente de una criada, extraviándose en el principio de su carrera. Ha sobresaltado el pensamiento de su propia madre, amiga y señora de la joven favorecida.

El caballero emprende el camino de la corte, donde lo invita un rey venerable.

Las damas comparecen a criticar la ingenuidad del mozo y confiesan la gentileza de su talle, juntadas en grupos alegres y malignos. Huyen asustadas al presenciar el infortunio de un palaciego reprimido a cintarazos por el novicio.

La criada se propone el engrandecimiento de su galán. Obtiene el permiso de su amiga y señora, y se dice enferma y se finge muerta a la vista de la gente del servicio, pregonera del suceso.

Adopta secretamente el vestido y las maneras de un joven deseoso de correr el mundo y viaja hasta la capital del reino, tratando mano a mano con perdidos y matones y fingiendo el amor a las doncellas.

Se insinúa en el trato de su amante y lo fascina con los avisos y recursos de una imaginación fértil, disuadiéndolo de su carácter cerril y subiéndolo hasta consorte de una mujer principal.

El caballero solicita en vano al ministro de su felicidad en la fiesta del casamiento.

Bajo el ascendiente de Shakespeare

Yo usaba alternativamente el caballo y el bote durante mi peregrinación por las islas del Báltico.

Los naturales acudían oficiosamente a señalarme el camino. Un garzón, forzudo e ingenuo, me precedía a pie o remaba pausadamente sin aceptar presente ni sueldo. Usaba muchas veces pantalón de cuero y camisa de un color vistoso, aumentada con un pañuelo en son de corbata. La limpieza era su elegancia.

Yo pasaba del campo de cebada o de lúpulo al mar de visos indefinidos, mudado ocasionalmente en un remanso de color de pizarra.

El monte de hayas y de sauces descolgaba sus ramas sobre el fiord y las enredaba en el tope de los mástiles.

He preferido la antigua capital de una isla donde no había mendigos ni beodos y donde las personas acaudaladas mejoraban la suerte de los pobres y legaban dotes a las doncellas.

Los nobles sobresalían por sus méritos personales y conversaban mano a mano con el pueblo. Se dedicaban a la química o al conocimiento de las antigüedades septentrionales y gobernaban la conducta aludiendo a pasajes y momento de la Biblia. Ocupaban tribunas y palcos reservados en las cenizas de sus antepasados en túmulos de piedra, donde pendían armaduras de acero y espadas macizas. Sus mansiones habían perdido el ceño feudal y eran francas y hospitalarias.

El tímpano de la misma iglesia mostraba a Jesús en compañía de los doce apóstoles. Un campesino, educado en Roma por la comunidad, había labrado exquisitamente las figuras.

El sacristán de la iglesia, anciano de sabiduría patriarcal, me guió al palacio de una familia extinta. Se había encargado de precaverlo del estrago del tiempo y de esa mano invisible ensañada con los edificios deshabitados.

El almirante de un siglo famoso había recibido el castillo en recompensa de una victoria sobre los suecos. Había perdido en ese lance el ojo derecho cuando dirigía la función de armas desde el pie de un mástil. El almirante, en una canción de los aldeanos, solo respiraba a sus anchas en medio del humo del cañón. Había sido recompensado por un rey justo y económico, censor de los gastos de su guardarropa.

El sacristán me invitó a reposar en los sillones ilustres, vestidos de un forro de estopa, me exhibió el uniforme y las insignias del héroe recogidos en un cofre armorial, y me contó la suerte de los descendientes señalándome los retratos.

El anciano me describió la figura de Ofelia al referirme el término del linaje en una virgen fantástica y generosa. Usaba los cabellos sueltos y vestía de verde, confundiéndose con un hada silvestre.

La virgen seguía mis pasos cuando bajé a la calle por una escalera de granito. Llegó hasta posar en una meseta de mármol y me dirigió una mirada atenta.

El sacristán me sacó de la contemplación aferrándome el brazo. No volvió el rostro al cerrar tras de sí la puerta, sonando adrede la aldaba enorme.

La huérfana

El huerto da al río obstruido, de márgenes fecundas, en donde amenazan el sumidero y la espesura.

La vegetación desvaría a consecuencia del aire nebuloso. Recuerda el crecimiento de una fuerza cósmica, libre de la medida, usurpante del límite.

La rapaza dirige una piedra al ave de gorja estridente, cursante de la ciénaga flatulenta.

Deja la travesura para contemplar, una vez más, las fauces rojas de un cocodrilo de basalto. Compone el caño por donde se vierte la piscina de granito, residuo de una mansión ufana, combatida por los hálitos virulentos.

Temores volubles asombran y paralizan el retozo infantil.

Un saurio soñoliento sale del estuario y se insinúa entre los árboles abatidos o acarreados por la creciente. Asesta la embestida segura, de cálculo atávico. Restablece el sosiego del bosque, suprimiendo gemidos pusilánimes.

El rajá

Yo me extravié, cuando era niño, en las vueltas y revueltas de una selva. Quería apoderarme de un antílope recental. El rugido del elefante salvaje me llenaba de consternación. Estuve a punto de ser estrangulado por una liana florecida.

Más de un árbol se parecía al asceta insensible, cubierto de una vegetación parásita y devorado por las hormigas.

Un viejo solitario vino en mi auxilio desde su pagoda de nueve pisos. Recorría el continente dando ejemplos de mansedumbre y montado sobre un búfalo, a semejanza de Lao-Tsé, el maestro de los chinos.

Pretendió guardarme de la sugestión de los sentidos, pero yo me rendía a los intentos de las ninfas del bosque.

El anciano había rescatado de la servidumbre a un joven fiel. Lo compadeció al verlo atado a la cola del caballo de su señor.

El joven llegó a ser mi compañero habitual. Yo me divertía con las fábulas de su ingenio y con las memorias de su tierra natal. Le prometí conservarlo a mi lado cuando mi padre, el rey juicioso, me perdonase el extravío y me volviese a su corte.

Mi desaparición abrevió los días del soberano. Sus mensajeros dieron conmigo para advertirme su muerte y mi elevación al solio.

Olvidé fácilmente al amigo de antes, secuaz del eremita. Me abordó para lamentarse de su pobreza y declararme su casamiento y el desamparo de su mujer y de su hijo.

Los cortesanos me distrajeron de reconocerlo y lo entregaron al mordisco sangriento de sus perros.

Mar latino

Estoy glosando el pasaje de la Ilíada en donde los ancianos de Troya confiesan la belleza de Helena. Me escucha una mujer floreciente del mismo nombre. Los dos sentimos la solemnidad de ese momento de la epopeya y esperamos el fragor del desastre suspendido sobre la ciudad.

Agamenón, el rey de las mil naves, puede apresurar, apellidándolas, el desenlace de la contienda.

La sucesión de los visos del mar, presentes en la memoria de Homero, desaparece bajo el único tinte de la sangre.

La mujer me invita a dejar el recuento de las calamidades fabulosas y a seguir el derrotero de una fantasía más serena, en demanda de unas islas situadas en el occidente. Horacio las recordaba cuando quería descansar de los males contemporáneos.

Yo emprendo la excursión irreal sirviéndome de los residuos lapidarios de una leyenda perdida. Nuestro bajel solicita, a vela y remo, los jardines quiméricos del ocaso. Nos hemos fiado a un piloto de la Eneida. Su nombre designa actualmente un promontorio del Tirreno.

La voz mágica de mi compañera fuga las sirenas ufanas de sus cabellos, en donde se enredan las algas y los corales, y se muda en un canto flébil. Invita a comparecer, bajo el cielo de lumbre desvanecida, la hueste de larvas subterráneas, mensajeras de un mundo espectral.

Sutileza

Yo escuchaba el discurso de una mujer inteligente y sensible. Se había sentado en un sillón regio, de un solo pie. Adaptaba sus brazos a los del asiento y sostenía la faz de belleza imperturbable sobre el dorso de las manos entrejuntas. Yo le recordé la actitud semejante de Arquímedes en una estampa divulgada.

La mujer prefirió la igualdad con Margarita de Navarra, en el acto de imaginar sus cuentos libres. Sus palabras crearon el ambiente de un drama cortesano, en donde un caballero pulido teme el ingenio de una dama festiva y la celebra al mismo tiempo en unos versos frívolos.

Aproveché ese instante para subrayar un pasaje significativo en donde la reina siente de modo visible el pensamiento de Bocaccio y su estilo ciceroniano. Usé en mi servicio la elocuencia de Fiammetta y su ademán insinuante y sufrí de mi gentil señora una protesta indignada.

He acudido en ese momento a una superstición favorita de los antiguos. He abierto al azar uno de los libros de mi devoción y he encontrado el ejemplo de mi suerte en la paráfrasis de un soneto de Shakespeare.

Lay

El rey permitía a los mendigos acomodarse al pie de su trono, en las gradas de una escalinata. Atendía sus ruegos y se contentaba descubriendo el interés velado de sus patrañas.

Los naturales del reino vivían diseminados en el campo o reunidos en aldeas humildes. El cuervo de las batallas había suspendido el vuelo en la atmósfera deslucida. Recordaba a las nuevas generaciones la grandeza de Artús.

El rey clemente se había arrepentido de consentir el refugio de los facinerosos en las iglesias y en los cementerios. Usaban la garantía del asilo para saltear. Ordenó su destierro por el puerto más vecino y salieron, humillados hasta implorar la caridad, portando sendas cruces.

El rey se equivocaba rara vez en las tareas del gobierno cuando se atenía a su propio discernimiento. Desvariaba al incurrir en la flaqueza de consultar una voz nacida en el seno de un mausoleo. No se atrevía a emanciparse del mandamiento de Merlín.

La suspirante

La hermosa ha regresado de muy lejos. Se encierra nuevamente en su cámara inaccesible, satisfaciéndose con el mueble esbelto y la baratija exótica. Impone el recuerdo de una era señorial, rodeándose de las escenas sucesivas de un tapiz.

La hermosa se pierde en la lectura de sucesos extravagantes, acontecidos en reinos imaginarios, y narrados con semblante de parodia. Vuelve sobre un pasaje burlesco, en donde alterna un pastor con el bufón expulsado de la corte.

La dama displicente se engolfa en las peripecias de un relato incomparable y suspende el entretenimiento cuando empieza una batalla entre caballeros de sobrenombres ínclitos.

La dama renuente, aficionada a las quimeras de la imaginación, sueña con huir de este mundo a otro ilusorio.

Nadie podría averiguar el derrotero de su fuga.

La hermosa vuela sobre los caminos cegados por la nieve y un búho solitario da el alarma en la noche fascinada por el plenilunio.

La vuelta de Ulises

Penélope cita las criadas para interrogarlas sobre el último atropello de los pretendientes y sobre la asechanza dirigida contra la vida de Telémaco.

Penélope está sentada en una silla autoritaria, asiento de reyes patriarcales, y posa los pies ligeramente calzados sobre un escabel de encina.

Penélope se conforma al susto de las mujeres bisbisantes. Se interrumpen a cada paso para volver el rostro suspicaz y terminan su referencia con súplicas y votos a los númenes tornadizos.

Telémaco salió en demanda de su progenitor, bajo el consejo de un huésped casual, de porte eminente y discurso veraz, y con el auspicio de un águila aplicada a romper la hueste de unas aves infelices.

Navega hacia el palacio de un rey pesaroso, ocupado en la memoria de los suyos y salvo de su fin deplorable. Recoge noticias fragmentarias durante el festín de la bienvenida y admira los tesoros de origen distante y la modestia de su dueño. Permanece extasiado bajo la mirada inmóvil de una máscara de granito, descubierta en la orilla de un río divinizado, entre lotos y palmeras.

El rey pesaroso cuenta sus viajes y correrías, su arribo de náufrago y de mendigo ante el solio de los soberanos de raza desemejante y el riesgo frecuente de sucumbir de sed en medio de un mar paralizado.

Los pretendientes se juntan una vez más para la orgía e inquieren vanamente el paradero del viejo rapsoda, ansiosos de despedir su amargura unánime. Se retiran solitarios y mohínos al escuchar, de los menestrales de la cocina, la noticia de la ineptitud de la lumbre y de su desperdicio en llamas veloces y efímeras de fuego fatuo.

El acontecido

El judío timorato y mendaz se asusta con los improperios del jinete de Ukrania. Agota, en disculparse, los recursos de una diplomacia innata.

El judío contempla un monumento de terror. Uno de su nación se distingue cerca del horizonte lívido, entre un revuelo de aves furiosas. La pértiga del suplicio se dobla con el peso del cadáver.

El delito del ajusticiado había sido considerable. Intentó defender la honra de su familia.

El judío se niega a declararse rico y a confesar el escondite de su caudal. Se resigna al azote, al incendio de su choza de paja y a la dispersión de sus hijos. Vuelve la memoria a los ejemplos de paciencia de Israel.

El jinete enlaza una correa debajo de la barba del cuitado y lo ata a la cola de su caballo. Captura la más espigada de sus hijas y parte en carrera suelta, venciendo precipicios y dando al aire una canción orgiástica.

El caballo, avezado al país, cruza la llanura de hierbas y de juncos florecidos espantando los zorros y las aves acuáticas.

El caballo se dirige a una candelada. Unas sombras se agitan en medio del esplendor lejano. Los jinetes de la horda se divierten lanzando al fuego las alhajas de un palacio y mofándose de una civilización enervada.

Se ponen de pies y elevan sus tazas de piedra en señal de alborozo y de felicitación al compañero. Celebran las gracias de la doncella en términos de pastoreo, usados con las terneras y las potrancas.

Desprenden de la cola del caballo al estrangulado y lo arrojan a puntapiés lejos del campamento, maldiciendo su avaricia empedernida. El más violento resulta cojo de haber impreso un golpe brusco.

Según advierten desde el principio de la campaña, el cadáver de un judío ennegrece el fuego e inficiona el humo de las hogueras.

Semiramis

La señora, de gentil disposición, me demandaba al principio de esa mañana el tributo acostumbrado de una galantería.

Yo registraba las páginas del breviario, solicitando las devociones señaladas para esa feria *y* censuraba desdeñosamente la dicción inelegante de los autores píos, imitando el descontento de mi consejero el cardenal Bembo, escrupuloso humanista de Venecia.

Yo le dije una atrevida lisonja, aprovechando las reminiscencias de un siglo retórico y libertino. Un abate, de ingenio buido, me había enseñado a esculpir en un latín capcioso las demasías de la depravación. Yo había escrito, de mi puño y letra, el elogio de sus epigramas inverecundos.

La señora se reclinó sobre un lecho, imagen de la clásica litera. Mostraba en la frente el dejo de una noche inquieta y dirigía una mirada fija sobre la vega de su dominio.

Más de una vez había envidiado, delante de mí, la autoridad de una reina cruel sobre un país abundante en leones sitibundos y flavos. Esos leones habrían sido los tenantes de su escudo.

La señora, de humor variable, debía de concebir y de seguir, en ese momento, las figuras de su ambición fabulosa.

Yo la veía dictando órdenes al más fiel de sus ministros, un verdugo etíope, criado en los desiertos de Nubia, conforme el aspaviento de un romance de caballería.

El viaje

Mi pensamiento sigue las inflexiones de su voz ondulante.

Una imagen vaporosa se anuncia detrás de los vidrios húmedos y viejos de la ventana y se pierde velozmente en la profundidad de los salones interiores.

El edificio rasga, con sus ángulos y perfiles violentos, la sombra perezosa.

Yo marchaba sin descanso, activado por una voluntad superior.

El día sobrevino a iluminar el paraje desierto.

Pero la noche me sorprendió una vez más dentro del círculo inexorable de los montes.

La alborada

El revuelo de las golondrinas impide la serenidad de la mañana celeste. Las aves seráficas observan su voto de júbilo y pobreza. Sugieren una emoción nostálgica y piadosa. Desaparecen repentinamente, inspirando la sospecha de acudir al llamamiento de un ermitaño benévolo y anciano.

Las iglesias vetustas de la ciudad episcopal, habitada por colegiales y doctores, conciertan ocasionalmente sus campanas.

El enfermo registra el contorno desde un balcón retirado profundamente en su casa hermética. Permanece, vestido de blanco, en una silla poltrona. Deja ver, en el rostro cándido y marchito, los efectos de un mal contraído desde la niñez.

Ha velado la noche entera, sintiendo los sones de una orquesta lejana, a través del aire veleidoso. La música insinuaba el pasatiempo de la danza en una sala radiante.

El enfermo ha desechado la fe de sus mayores. Sobrelleva el ocio prolijo siguiendo el pensamiento de filósofos desolados y réprobos y penetrando los secretos de los idiomas antiguos, de belleza lapidaria. Rememora la amenaza de la fatalidad, las leyes inexorables del universo en estrofas de sonoridad latina.

El enfermo se envuelve la faz con un lienzo recogido de sus hombros. Quiere ocultar a las miradas de su criada afectuosa el sentimiento de su última composición y la dice en voz baja y suave.

El poeta se burla del privilegio del genio, merced diabólica transformada en cenizas. La calavera del símbolo domina en su canto de soledad y amargura y anuncia, por medio de una trompeta de bronce, la soberanía perenne del olvido.

Rúnica

El rey inmoderado nació de los amores de su madre con un monstruo del mar. Su voz detiene, cerca de la playa, una orca alimentada del tributo de cien doncellas.

Se abandona, durante la noche, al frenesí de la embriaguez y sus leales juegan a herirse con los aceros afilados, con el dardo de cazar jabalíes, pendiente del cinto de las estatuas épicas.

El rey incontinente se apasiona de una joven acostumbrada a la severidad de la pobreza y escondida en su cabaña de piedras. Se embellecía con las flores del matorral de áspera crin.

La joven es asociada a la vida orgiástica. Un cortesano dicaz añade una acusación a su gracejo habitual. El rey interrumpe el festín y la condena a morir bajo el tumulto de unos caballos negros.

La víctima duerme bajo el húmedo musgo.

El festín de los buitres

Había perdido la seguridad y el atrevimiento después de sacrificar a su mujer. La había sorprendido en una entrevista con el enemigo y le infirió la muerte antes de escuchar la primera disculpa.

Había quedado solo y casi inerme. La tribu peregrina había sucumbido en la porfía con ejércitos regulares. El superviviente no contaba otros bienes sino su caballo y un carro encomendado a la fuerza de sus canes y en donde se guarecía de la lluvia. Habría muerto de hambre si no se atreviera con las raíces incultas y con las viandas aprovechadas por los gitanos en su dieta indigente.

Recibía a cada instante una advertencia de la suerte. Llegó a desconocer el ruido de sus propios pasos y giró sobre sí mismo para defenderse. Un aparecido acostumbraba interrumpirle el sueño, violentando la puerta de su vivienda en medio de la jauría consternada.

El proscrito decidió abandonarse a merced de los sucesos. Se encontró fortuitamente con una mendiga lastimosa el día de caer prisionero y de ser victimado. La ancianidad la había convertido en una grulla con muletas.

La mendiga deseaba el fin de la guerra continua, en donde había perdido sus hijos, y se prestaba al oficio de espía.

Los vencedores sobrevinieron por vías distintas y desvanecieron el último ademán de la defensa. Lo hirieron a satisfacción.

La mendiga se limitó a sellar con un puño de tierra la faz del héroe.

El desvarío de Calipso

Ulises, reclinado sobre un monte de arena, posa la mirada en el mar solitario. Vive consumido por la nostalgia y cultivando el sentimiento pío y la memoria acerba.

La ninfa, vestida de sus cabellos, lo llama a voces desde el pie de una encina rutilante.

Ulises, el demoledor de ciudades, mira el vértigo de las nubes y piensa en el humo delirante del incendio, hoguera de los reinos caducos, y en la veracidad de su sobrenombre épico. El sol ejerce una vez más su autoridad de titán vencedor del caos.

Ulises carece de su destral, de corte instantáneo, requerido para la sección de un pino y el aderezo de un esquife.

Alcanza a nado un leño baldío, herido por una centella del cielo, y viaja conforme el sesgo de una corriente visible entre las olas confusas.

Una escolta de tritones, de visaje libertino, sopla, alborozada, su caracol de pabellón acústico.

El entierro

Erase un mocetón dicaz y engreído. Venía de la guerra civil, de lucirse en una jornada sangrienta, de esclarecer el abolengo marcial en presencia de un caudillo ambicioso.

Tenía en sus manos el gobierno de una aldea.

Salió una noche fuera de poblado a gozar un paisaje esquivo y silencioso. La luna asomaba sobre un estribo de la sierra.

El mozo distinguió, en la hora ambigua, el paso de un cortejo. Algunos burladores iban a su frente, llevando sobre sí una cama y pregonando la nueva de una muerte. Eran lugareños de vida traviesa y faz alcoholizada.

El joven escuchó su propio nombre al preguntar el del caído. Los persuadió fácilmente al abandono de la farsa lúgubre y a desbandarse en demanda de sus hogares.

Se juntaron, la noche siguiente, para la misma diversión a la vista de la luna exangüe, y retiraron el aviso de la muerte del joven. El los deshizo espada en mano, a tajos y denuestos y arrestó los más culpables.

Una fiesta se dio, a los pocos días, en la casa de un hidalgo rural.

El héroe agasajaba sumisamente a las hermosas y las trenzaba guirnaldas de flores pasajeras.

Un hombre macizo y desgreñado penetró en la sala y se trabó con el galán. Venía de la maleza y del barranco y desahogaba una acometividad irreflexiva.

El desconocido parecía invulnerable al arma de fuego.

La lucha se decidió con el puñal y terminó, después de unos momentos premiosos, con la muerte de ambos adversarios.

Los lugareños, de vida traviesa y faz alcoholizada, fueron absueltos de su arresto y encargados de llevarse el cadáver del joven.

No consiguieron identificar el del importuno.

Las suplicantes

Las mujeres fugitivas se prosternan a los pies del rey y se expresan en voces entrecortadas, sin ordenar el cuento de su desgracia.

El rey no consigue entenderlas sino cuando se aparta a un lado con la más serena y diserta.

No podían sufrir los oprobios de su señor. Se horrorizaban de sus bigotes lacios, de su cara cetrina, de su vientre descolgado sobre unas piernas de enano.

Yo salí inmediatamente a impedir la generosidad del rey y lo disuadí de salvar a las fugitivas.

Yo había dominado, en esos días, una sedición entre las mujeres de mi serrallo. Se dejaron aconsejar de un eunuco malicioso y deforme, comparado por ellas mismas al cebú.

Yo le había inferido el agravio más pesado entre los musulmanes, arrojándole al rostro una de mis pantuflas cuando me hallaba enfurecido por un brebaje de cáñamo.

Las suplicantes fueron devueltas a su dueño por mi consejo y bajo mi dirección. Marcharon a pie, atadas entre sí por los cabellos, a través de un arenal ardiente y bajo el azote de uno de mis esclavos.

Yo las puse en manos de su amo y le recomendé un castigo memorable.

Las paseó, en medio de la gritería popular, montadas de espaldas sobre unos camellos roídos de sarna.

Unas viejas les salieron al encuentro, dirigiéndoles motes desvergonzados y lanzándoles puños de la basura de la calle.

La caza

La duquesa guarda, montada a caballo, una actitud pudorosa y gentil. Increpa al azor aferrado en el puño y lo despide en seguimiento de un ave indistinta.

El azor dibuja un vuelo indeciso y acierta con el rumbo.

La belleza de la señora me distrae de seguir el curso de la caza. Resalta de lleno en el campo uniforme.

Yo recojo del suelo y oculto recatadamente un chapín de cordobán, escapado de su pie.

La duquesa nota la pérdida en una tregua de la activa diversión.

Me abstengo de contestar sus preguntas inquietas, donde se traspinta el enfado. Un paje saca a plaza la vergüenza de mi hurto.

La duquesa ríe donosamente al adivinar la señal de una pasión en el más intonso de sus villanos.

Divagación

Yo había esperado el equinoccio de primavera, el día tradicional del florecimiento del narciso.

La flor de la metamorfosis había sido honrada en los anales de un pueblo justo y de suerte contraria.

Quise visitar las reliquias de su vivienda y me interné por la hondonada de un río seco. De las ramas lánguidas de una espesura emprendían el vuelo más aves de gorjeo molesto.

Yo me recliné cerca de una estatua descabezada. Su diestra empuñaba una lanza de fresno, conforme el uso de la Ilíada, y su escudo redondo yacía por tierra, deshecho en pedazos. Sobre el zócalo se leía el nombre de un artista inmortal.

Yo recibí el premio de mis afanes y de mi veneración a los vestigios de una edad sencilla. Una mujer, viajera en un carro tirado por leones, me invitó a su lado y me inspiró una confianza viva. Su imagen, con el mismo aparato y decoración de las fieras, adornaba una fuente soterrada y su nombre era el del país en siglos de más ventura.

Me señalaba los derroteros siderales y me hablaba de los días ulteriores, reservados a la bonanza. Su discurso había anticipado el arribo de la noche, de palio fosforescente.

Alteró a voluntad el aspecto de la redonda y me dejó en el principio de una llanura fértil, donde los seres se ofrecían a la medida de la exigüidad del hombre y los celajes se pintaban con los tintes inválidos del crepúsculo matinal.

Un caballo dosalbo, de linaje solar, dominaba el territorio y lo registraba desde una altura. Su voz de bronce y el sonido profundo de sus pasos determinaban en lontananza la fuga oblicua del lobo de ladrido maldito.

La ensenada

En aquella redonda, defendida por un anfiteatro de montañas y con salida a un mar lisonjero, se había refugiado la inocencia del mundo primitivo.

El cielo se hermoseaba siempre con los tintes suaves y mustios del otoño.

Los nativos eran ligeros y frugales y se holgaban con el tributo de las encinas y de las vides agradecidas.

Las vides arrastraban por el suelo sus sarmientos perezosos y reproducían en sus racimos el color de la perla y del ámbar, tesoros del puerto vecino.

Las encinas reposaban y arrullaban el sueño de los bardos augustos, remozados por el vino y seguros de una dichosa longevidad. No se atrevían a la proeza de los jóvenes en el mar lejano, lleno de peces móviles.

Las mujeres se decían hermanas de los árboles y adoptaban al hijo del oso y al lobezno huérfano. Reinaban por el don maravilloso del acierto y de la previsión.

Aquellos hombres estaban persuadidos de su felicidad inviolable y sin término.

En sus brazos había muerto Homero.

Dionisiana

Yo subí al mirador a celebrar una entrevista con Celimena en el comienzo del día. Se igualaba con las reinas de Homero por su habilidad en el diseño y en la ejecución de tejidos ornamentales. Despertaba la memoria de la esposa de Alcinoo en medio de sus criadas dóciles.

Sonreía ante la luz virginal de la mañana. Usaba los cabellos sueltos sobre el traje de raso verde, en donde unas piedras falsas completaban la imitación de un vestido célebre de Ana de Austria en el romance de los mosqueteros.

El mismo color se repetía en el manto del prado, donde el azar había diseminado las gladiolas requeridas para la corona de un dios fluvial. El paraje, libre de amenaza, podía servir de escena al paseo de una doncella atribulada en el curso de una novela pastoril. Un caballo blanco sugería el caso de un palafrén licenciado.

Yo disertaba sobre la historia de los amantes ejemplares y su término desventurado. El semblante de la mujer y el sitio aislado y superior restauraban la hora de un siglo heráldico y traían a cuento el dúo frenético de una reina y de su cortejo.

Celimena se negaba al sinsabor de la tragedia, volvía la mente a las seducciones del pasado veneciano y las sumaba a la realidad festiva, de donde había desterrado el pensamiento del mal y de la muerte. Se proponía sustraer del olvido y dejar a los venideros más distantes la imagen de su belleza desnuda, a semejanza de una heroína del Ticiano.

Crepúsculo

Silvio resiste difícilmente el ingenio de Beatriz. Las burlas irritan al galán presumido.

El gótico sol de los vitrales pinta la orla de una alegre nube, de forma alternativa.

Los follajes componen una oscuridad continua, a la hora de la tarde, en la ciudad blanca.

Beatriz contempla el río, suspensa ante el caudal transitorio y la figura idéntica.

El galán se aleja amenazando rivales imaginarios. Beatriz usa, para despedirlo, una cortesía juiciosa, abstinente.

La joven retorna, en presencia de una luna eclipsada, a los severos pensamientos de su tedio.

Las tinieblas incoercibles, de pies suaves, de carátula burlesca, soplan unas largas flautas de ébano o de plata.

Un ladrido brusco, originado en los claustros interiores de la tierra, consterna el bosque de laureles.

El reino de los Cabiros

Unas aves negras y de ojos encarnizados se alojaban entre los mármoles derruidos. Infligían la afrenta de las harpías soeces. Andaban a saltos menudos y alzaban un vuelo inelegante.

La vega de la ciudad abundaba en arbustos malignos citados, para memoria de la venganza y de la amargura, en más de un libro sapiencial.

Un busto de mirada absorta, ceñido de una guirnalda de yedra, se alzaba a cada momento sobre su pedestal roto. El suelo de los jardines violados había dado albergue, un siglo antes, a las víctimas de una histórica epidemia.

La luz del día regurgitaba de una rotura del globo del sol, y la noche, duradera cual las del invierno, estaba a cargo de un astro, de orbe incompleto y de través.

Unos hombrecillos deformes brotaban del suelo, en medio del sopor nocturno. Salían por una apertura semejante al escotillón de un tablado. Sus ojos eran oblicuos y el cabello lacio y espeso invadía la angosta zona de la frente. Respondieron a mi interpelación valiéndose de un gesto lúbrico y hube de asestarles el puño sobre la faz dura, como de piedra. La mano me sangra todavía.

Yo no contaba otra amistad sino la de una mujer desconsolada, atenta a mi bien y a las memorias de un mundo superior. No sabría decir su nombre. Yo olvidaba, en el principio de cada mañana, su discurso.

Ella misma me puso en el camino del mar y me señaló una estrella sin ocaso.

A poco de soltar las velas al viento próspero, vi alzarse, desde el sitio donde me había despedido con lamentos, una interminable espiral de humo.

El paseo

El efluvio magnético de la hermosa aturde mis facultades.

Salimos de la ciudad y su angostura en solicitud de la campiña.

La yerba rompe el suelo de la antigua avenida.

La mañana de noviembre suena con los alardes y revuelos del viento festivo y luce colores apacibles. Prefiere el azul y el blanco, siguiendo el ejemplo de una doncella reverente, en procesión devota. Mas no ostenta, cual la doncella, un presente floral, orgullo del jardín o del bosque, sino los cristales y diamantes de una lluvia fortuita.

Yo suprimo delante de la hermosa los estorbos más incómodos a la huella.

Avanza con el desgaire de una convaleciente y refiere los percances de un drama señorial, en donde el pundonor veda la confesión de los amantes y les impone una actitud sobrehumana.

Sentimos las situaciones de la comedia y celebramos el donaire de una azafata, por donde llega la ventura del desenlace.

El día boreal sugiere el ambiente del reino en donde acontece el suceso romanesco.

Ofir

La borrasca nos había separado del rumbo, arrojándonos fuera del litoral. Empezábamos a penetrar en la noche insondable del océano.

Oíamos el gemido de unas aves perdidas en la inmensidad y yo recordé el episodio de una fábula de los gentiles, en donde el héroe escucha graznidos al cruzar una laguna infernal. Los marineros, mudos de espanto, sujetaron a golpe de remo el ímpetu de la corriente y salieron a una ribera de palmas.

Yo vi animarse, en aquella zona del cielo, las figuras de las constelaciones y miré el desperezamiento del escorpión, autor de la caída de Faetonte.

Nosotros desembarcamos en la boca de un río y nos internamos siguiendo sus orillas de yerba húmeda. Los naturales nos significaron la hospitalidad, brindándonos agua en unas calabazas ligeras.

Subimos a reposar en una meseta y advertimos el dibujo de una ciudad en medio de la atmósfera transparente. La comparamos a la imagen pintada por la luz en el seno de un espejo.

El rey, acomodado en un palanquín, se aventuraba a recorrer la campiña, seguido de una escolta montada sobre avestruces. Gozaba nombre de sabio y se divertía proponiendo acertijos a los visitantes de su reino.

Unos pájaros, de plumaje dispuesto en forma de lira, bajaban a la tierra con vuelo majestuoso. Despedían del pecho un profundo sonido de arpa.

Yo discurrí delante del soberano sobre los enigmas de la naturaleza y censuré y acusé de impostores a los mareantes empecinados en sostener la existencia de los antípodas.

El rey agradeció mi disertación y me llevó consigo, en su compañía habitual. Me regaló esa misma noche con una música de batintines y de tímpanos, en donde estallaba, de vez en cuando, el son culminante del sistro.

Salí el día siguiente sobre un elefante, dádiva del rey, a contemplar el ocaso, el prodigio mayor del país, razón de mi viaje.

El sol se hundía a breve distancia, alumbrando los palacios mitológicos del mar.

La vigilia del campamento

El rey, antiguo calavera, se enorgullecía de ser un soldado. Me había encomendado la tarea de espiar la actividad de los granujas de su trato y amistad, incorporados a la expedición ultramarina. El mismo rey había presidido la revista de las fuerzas navales y pisaba el territorio enemigo, con pretensiones de invasor.

Recuerdo el sueño malsano de la hueste en la noche de los fantasmas volátiles. Los soldados requerían las armas para defenderse de un asalto ilusorio. Yo vine a dar en una ciénaga al perseguir un jinete falso. Lograba soltarse de mis manos por medio de suertes y prestigios originales. Una cicatriz dividía oblicuamente su cara diabólica de gato desorejado; por donde hube de pensar en la estampa de un guerrero de Atila. Espanté del seno del agua unas ranas criadas del limo, inhibidas y atemorizadas por la voz inquieta de los centinelas. Ostentaban un collar de aljófares sobre la verde librea.

Los sujetos maleantes, señalados a mi censura, desaparecieron seducidos por las visiones infieles y se internaron en el campo del adversario, en donde sufrieron la suerte de los espías y de los batidores. La codicia los había separado lejos del auxilio.

El más alegre e impío se perdió en una batalla extravagante. Su rival fugaz consiguió fatigarlo con los golpes imprevistos del florete de Hamlet.

El protervo

Nosotros constituíamos una amenaza efectiva.

Los clérigos nos designaban por medio de circunloquios al elevar sus preces, durante el oficio divino.

Decidimos asaltar la casa de un magistrado venerable, para convencerlo de nuestra actividad y de la ineficacia de sus decretos y pregones.

Esperaba intimidarnos al doblar el número de sus espías y de sus alguaciles y al lisonjearlos con la promesa de una recompensa abundante.

Ejecutamos el proyecto sigilosamente y con determinación y nos llevamos la mujer del juez incorruptible.

El más joven de los compañeros perdió su máscara en medio de la ocurrencia y vino a ser reconocido y preso.

Permaneció mudo al sufrir los martirios inventados por los ministros de la justicia y no lanzó una queja cuando el borceguí le trituró un pie. Murió dando topetadas al muro del calabozo de piso hundido y de techo bajo y de plomo.

Gané la mujer del jurista al distribuirse el botín, el día siguiente, por medio de la suerte. Su lozanía aumentaba el solaz de mi vivienda rústica. Sus cortos años la separaban de un marido reumático y tosigoso.

Un compañero, enemigo de mi fortuna, se permitió tratarla con avilantez. Trabamos una lucha a muerte y lo dejé estirado de un trastazo en la cabeza. Los demás permanecieron en silencio, aconsejados del escarmiento.

La mujer no pudo sobrellevar la compañía de un perdido y murió de vergüenza y de pesadumbre al cabo de dos años, dejándome una niña recién nacida.

Yo la abandoné en poder de unas criadas de mi confianza, gente disoluta y cruel, y volví a mis aventuras cuando la mano del verdugo había diezmado la caterva de mis fieles.

Muchos seguían pendientes de su horca, deshaciéndose a la intemperie, en un arrabal escandaloso.

Al verme solo, he decidido esperar en mi refugio la aparición de nuevos adeptos, salidos de entre los pobres.

Dirijo a la práctica del mal, en medio de mis años, una voluntad ilesa.

Las criadas nefarias han dementado a mi hija por medio de sugestiones y de ejemplos funestos. Yo la he encerrado en una estancia segura y sin entrada, salvo un postigo para el paso de escasas viandas una vez al día.

Yo me asomo a verla ocasionalmente y mis sarcasmos restablecen su llanto y alientan su desesperación.

Hesperia

El sacerdote refiere los acontecimientos prehistóricos. Describe un continente regido por monarcas iniciados, de ínfulas venerables y tiaras suntuosas, y cómo provocaron el cataclismo en donde se perdieron, alzados contra los númenes invulnerables.

El sacerdote se confesó heredero de la sabiduría aciaga, recogida y atesorada por él mismo y los de su casta.

Infería golpes al rostro de las panteras frenéticas. Afrontaba la autoridad de los leones y percudía su corona. Captaba, desde su observatorio, las centellas del cielo por medio de un mecanismo de hierro.

Se ocupó de facilitar mi viaje de retorno. Su galera de veinte remos por banda surcaba, al son de un pífano, el golfo de las verdes olas.

Volví al seno de los míos, a celebrar con ellos la ceremonia de una separación perdurable.

La belleza de la mañana aguzaba el sentimiento de la partida.

Debía seguir el consejo del sacerdote interesado en mi felicidad, fijándome, para siempre, en la península de la primavera asidua.

El sigilado

El estudiante entrega al magnate las trovas donde refiere cuitas apasionadas. Ha desertado de las aulas para adelantar en el arte de la guitarra y celebrar las prendas de su amada en el recato de la noche, sin cuidarse de la inquietud y de la curiosidad de los vecinos.

Los maestros, de reverendas mucetas y perspicaces antiparras, amonestan y reprimen al galán.

Las composiciones líricas descubren el dejo y la apatía de la desesperanza, el deseo de una felicidad inaccesible. El autor se compara a un boyero de vida humilde y clandestina, zarandeado y desesperado por la suerte.

El magnate se hace cargo de las especies vertidas contra la fama del joven y le censura, en términos animados de simpatía, el desperdicio del tiempo. Reserva sus escritos en un cartapacio de badana y lo despide cortésmente, siguiéndolo con la vista, a hurtadillas de los pedigüeños.

El magnate piadoso, avisado por los celadores de la religión, deja de patrocinar al estudiante, cuando lo mira alejarse del brazo de un personaje equívoco y rondante, vestido de ropilla escarlata con botones de acero.

La quimera

La virgen, seducida por los entretenimientos del mundo y perdida entre los devaneos de la imaginación, ha adoptado el nombre de Viviana, y tañe su laúd invocando el socorro del hada. Imita las solturas y desenvolturas del romance.

Sueña con redimir y ganar un príncipe encantado, víctima del maleficio de la envidia, humillado bajo la forma de un escuerzo y signado en la frente con la imagen de un círculo rutilante. Una laguna, de aliento venenoso, defiende la galería de su escondite. La virgen consigue romper el sortilegio permaneciendo de rodillas, una noche entera, en medio de unas ruinas, lejos del auxilio humano, y bajo la amenaza de las sabandijas ferales. La virgen resiste los fantasmas de la oscuridad y su cántico victorioso, espanto de unas aves diabólicas, acompasa con el alba y sus llamas de un color devoto.

La virgen interrumpe la música voluble, trasunto del curso de su desvarío, y encierra el laúd en la caja de ébano, de tapa resonante.

La virgen mira el asomo de un bajel y la soltura de un pájaro desde su puente, y acude con voz sobresaltada a la incertidumbre del mensajero.

El justiciero

Yo era un prelado riguroso. Mi autoridad pesaba sin contemplaciones sobre un distrito fortificado. Mi palacio gobernaba el río de la frontera, de cauce irregular, alterado por el precipicio y la caverna. Mi estandarte, en figura de triángulo, mandaba con acento vigoroso el concierto de escarpas, reductos y atalayas.

Yo quería imponer, en su significación cabal, los dragantes de mi blasón.

Me encarnizaba especialmente con los delitos de condescendencia y de flaqueza. Vivía sumido en la ventilación del problema de la gracia y del albedrío, y sustraído al hechizo de la naturaleza sensible.

Yo ordené el castigo inhumano del emparedamiento al saber el caso de una monja enamorada y permanecí impasible a la súplica de sus deudos arrodillados.

La infeliz se dirigió al sitio del suplicio al compás de una música sorda y llevando en la diestra el cirio de la penitencia.

Yo me enfermé de un mal incurable al recibir, el día siguiente, la visita del progenitor de la víctima. El anciano había aprendido, en la compañía de las aves, un arte afectuoso. Habitaba, hasta ese momento, en la linde de una floresta, en la vecindad de los ruiseñores, y los había defendido de la saña innata del gavilán.

Las aves le habían referido, en trinos y gorjeos, el cuento de esa vieja enemistad, notada, desde el alba de la historia, en más de una teogonía venerable.

El anciano tañía el violón de un ángel filarmónico, visto por mí en una miniatura alegórica del paraíso.

Sus increpaciones, en el momento de alejarse, dieron al traste con mi severidad.

Saudade

La niña pasea la ribera umbrosa del Tajo, lamentando la desaparición de las zagalas y de las ninfas celebradas en más de una fábula de origen lusitano. Jorge de Montemayor, el bizarro gentilhombre, dejó la memoria de esas mujeres sensibles y de sus cuitas de amor en los párrafos elegantes de su Diana, y pereció, acusado de indiscreto, por efecto de una asechanza nocturna, dirigida desde el recato de una celosía.

La estampa de una mano crispada en el muro calizo y una cruz señalan el sitio del malcaso.

La niña descubre, en la corteza de un fresno, la cifra del nombre aciago.

Un aura indolente desprende, sobre el caudal de agua, las hojas de la selva nostálgica, en el principio de la mañana ilusoria.

La campaña

Yo fui invitado a las exequias de un perro cazador. La familia nómade prorrumpió en lamentos agónicos y se dijo amenazada de la penuria al morir aquel servidor próvido. Las mujeres impusieron sobre los varones la misión de componer una brigada y de salir en demanda de los lobos inculpados.

Salimos a campaña al rayar el día siguiente. Carecíamos de pólvora y solo portábamos bastones ferrados. El sol apareció bien pronto sobre el suelo de nieve y lo convirtió en una superficie de vidrio. La nieve era delgada y los caballos la rompían fácilmente para devorar la hierba escondida. El hambre devastaba el país.

Nosotros topamos la cuadrilla de las fieras al rodear el estribo de un monte escarpado. Algunos de nuestros jinetes fueron mordidos peligrosamente en la riña cruenta y se dijeron infectados de rabia. Ocho o diez lobos quedaron abatidos y con el espinazo roto. Yo me di por satisfecho capturando un lobezno de pelo rojizo.

Volvimos a la aldea después de alcanzar la victoria y procedimos a la curación de los heridos por medio del cauterio. Todos mostraban los signos de la melancolía, por donde se inicia la crisis de la rabia.

Las mujeres no esperaban salvar los infectados sino sacrificando mi cautivo en aras de un símbolo de su fe, conservado por generaciones innumerables, desde los días de Atila. Adoraban una espada clavada en el suelo, imagen de la fuerza. Envidiaban solapadamente mi fortuna y me demostraban una vez más la inseguridad de su trato. Habrían sido capaces de aconsejar mi pérdida en caso de salir mejor librado en una segunda excursión.

Los heridos se restablecieron a raíz del sacrificio de mi lobezno. Se contentaron al advertir las señales de mi despecho y me dejaron ver la necesidad y oportunidad de continuar mi viaje. Habían fingido, según mi conjetura, los síntomas de la rabia.

Deseché la compañía de aquellos cazadores infieles y me abrí paso con mi caballo a través del país uniforme, con el auxilio de una brújula.

Una mujer me hirió con una piedra cuando yo separaba mi caballo de mirarse en el espejo de un aguazal.

El secreto del Nilo

Adriano estaba inconsolable con la pérdida de su favorito en el río cenagoso, entre saurios torpes. Había perecido cuando ostentaba los atributos e insignias de Apolo.

Las palmeras descabelladas presenciaban una vez más el sacrificio del sol, anegadas en la penumbra del momento solemne, y una pirámide abrumaba el horizonte de modo inexorable.

Adriano había seguido las inspiraciones de una curiosidad impía y las enseñanzas de una crítica presumida, al visitar osadamente el país de los mitos sabios, espectador inmóvil del misterio.

Adriano se ha reclinado sobre el zócalo de un monumento derruido, en la vecindad del río inagotable, y descubre una imagen de su pensamiento en la actitud de un gavilán, el mismo del rito indígena, ensañado en aventar las plumas de una víctima.

La Sirte

Ariel se había refugiado en un acanto del capitel corintio. Un arquitecto, agradecido a las seducciones y recuerdos de Italia, había erigido un palacio de líneas seguras e inspiración clásica.

El rey lo había dado en presente al astrónomo de su corte, versado en los presagios de las esferas. Delante del palacio, edificado en una isla desierta, se extendía el mar extático. Un alma errante había preferido aquel panorama a la ventura celeste. Los pescadores referían esta leyenda y la de un cazador nocturno, sentenciado a seguir una presa inalcanzable hasta el cataclismo final del universo.

Aquel astrónomo había cegado el entendimiento del rey y lo animaba asiduamente en contra de sus familiares. Negaba a la nación las avenidas del trono.

El envolvió el reino en una guerra intempestiva y prometió caudales brillantes, reservados en el suelo, para esquifar una armada vencedora.

La suerte preparó sigilosamente un abismo a los proyectos de la soberbia y las naves se dispersaron, por consecuencia de un miedo superior, el día de la batalla.

Ese momento acarreó la desaparición del consejero pernicioso.

La isla de su domicilio se hundió algunos pies debajo de la superficie del mar y se convirtió en un arrecife enemigo de la navegación.

La ráfaga

Las ninfas de mármol derraman el agua de la fuente por la boca de sus cántaros cincelados. Están sentadas sobre la orla del tazón de jaspe y recogen y vierten las ondas encaminadas por medio de un artificio. El agua vertida de los cántaros cincelados anima la umbría, hiriendo sonoramente el suelo.

Las heroínas del amor infeliz se juntan en aquel sitio a una misma hora, para la confidencia de sus pesares. Una voluntad superior las encierra en el húmedo jardín, en donde juegan las vislumbres de una luz cárdena.

Refieren alternativamente el cuento de su desventura y añaden cánticos lamentables.

Las heroínas despiden un grito y se lanzan en varias direcciones al sentir el nacimiento de un estruendo lejano. El paso de una ráfaga caliginosa deshace el jardín fantástico y sus tintes de violeta, y deja en su vez una oscuridad llena de gemidos.

El venturoso

Yo salí, a la hora prohibida, del templo solar y me adelanté más allá de la torre coronada de una estrella, emblema y recuerdo de Hércules.

Acudí en servicio de una mujer desfallecida sobre la ribera de un mar inmóvil y de aguas negras, en donde zozobraba un arrebol extravagante. Ostentaba la corona de violetas de la penitencia y pedía a voces el alivio del sueño. Desapareció dejando en mis manos su veste de gasa lunar.

Yo había perdido el camino del regreso y seguí los pasos de un gato salvaje encarnizado en la persecución de un faisán.

Vine a dar en un paraje cerril y hallé gracia entre unos cazadores magnánimos. Combatían el elefante al arma blanca, auxiliados de unos perros de la casta maravillada por Alejandro, el vencedor de los persas. Uno solo bastaba para estrangular al león.

Adopté fácilmente sus costumbres. Se decían los preferidos del sol y los hombres más cercanos de donde nace.

He llegado hasta presidir la única ceremonia de su religión. Elevan al amanecer un coro de lamentos en memoria del hijo de la Aurora, sacrificado por Aquiles.

El musulmán

La mezquita había venido al suelo durante el exterminio de los fieles.

Los piratas rubios habían mutilado sus torres y cubierto de estuco las letras decorativas en donde se leía el nombre del profeta. Se reían de la filigrana concebida y realizada por nuestros antepasados en una serie de siglos de entusiasmo.

Los muecines, humillando la frente en el polvo, anunciaron la nube de los neblíes sanguinarios.

Llegaron después de una travesía de seis meses, lucios y descortezados por el bochorno de los mares tórridos. El viento se dividía en silbidos al correr entre las velas tirantes. Los grumetes soplaban las sirenas, colgados ágilmente de los mástiles.

No nos atrevimos a combatirlos en el litoral, sino en un descampado fácil a nuestra caballería. Fuimos asesinados a mansalva. Nuestros héroes fiaban locamente en una lid vistosa, de aceros cruzados en combate singular. El fuego de los ingenios de hierro venció al denuedo franco y esteró el suelo con las víctimas y despojos de un simún.

Mi hermano mayor quedó entre los prisioneros y sufrió una suerte aciaga.

Los vencedores lo escogieron para blanco de sus pistolas. Su cadáver, colgado por los pies, se deshizo durante varios días en medio de una ronda de chacales crepusculares. Él se había atrevido, a pesar de sus cadenas, con un jefe principal.

Yo visité a hurtadillas la mezquita de nuestra devoción, antes de ausentarme de mi suelo cautivo, y rescaté las reliquias de mi hermano, pagándolas al vencedor con el presente de unas armas antiguas y de una estofa suntuosa. La muselina, elástica y transparente, pasaba sin ajarse a través de un anillo.

Yo escogí para mi destierro el hogar de un pueblo hermano. Una planta voluble, presea de nuestras selvas, se teje en torno de un árbol seco y lo

adorna con sus flores de escarlata. Yo la traje y la conservo en memoria de mi casa.

Pedí servicio en una flotilla de pescadores de perlas y recorro un golfo cristalino.

El tosigo

La damisela ha salido a las ocasiones del siglo y presencia las diversiones después de criarse en el retiro, cohibida por los dictámenes de una moral adusta, defendida por la hueste de servidores de un obispo linajudo. Los ojos y los cabellos negros esparcen una insidiosa hechicería.

La damisela comenta la farsa desempeñada en la sala del rumboso coliseo, y se abandona a los efectos enervantes de una música inventada por los artistas de una raza desventurada y nómade. La melodía, de formas imprecisas, despierta la imagen de una infelicidad quimérica.

Un extranjero, de sentimientos profanos, descubre el palco de la damisela y sigue sus pasos. La acompaña hasta la portezuela de una carroza distinguida con las insignias del prelado, y desafía la protesta de una escolta de criados ceremoniosos.

El extranjero, de fe cismática y vida bacanal, se pierde en los garitos y holgorios hasta el momento de sentir un sueño tenaz.

Reposa largamente en su vivienda y se despierta bajo el resol de una mañana bermeja.

Prueba a levantarse de su lecho y repara en el comienzo de un mal inexorable al ejecutar, por vez primera, unos movimientos infieles de perlático.

El cortesano

La princesa de China me decía aquella tarde los versos de un poeta de vida orgiástica. Él había muerto, poco tiempo antes, cayendo desde una balsa a las aguas de un río navegable.

Los versos decantaban el reposo de un saurio entre los nenúfares de una ciénaga y esa misma escena decoraba el lienzo rojo de un biombo.

Yo había usurpado, con el fin de escucharla, una silla de marfil en donde acostumbraba acomodarse el consejero más docto y ceremonioso.

El papagayo de voz desapacible, posado en un aro de mimbre, eriza el pecho sonoro a la vista de una nube precipitada sobre el palacio de madera. Yo abominaba al pájaro importuno.

Anuncié desde la azotea el avance de un golpe de jinete y la vibración de sus lanzas en el seno de una polvareda.

La princesa comenzó a farfullar, con el miedo impreso en la tez de nácar, y pudo contarme la maldad de aquellos vencedores y cómo abolían los ojos de sus víctimas, señalándolos al pico de unas grullas amaestradas.

No supe de la princesa en el curso del incendio provocado y agenciado por los jinetes. Resolvió sucumbir en la compañía de los suyos.

Los enemigos vociferaban, ebrios de un licor extraído del arroz, y yo me hurté a su vigilancia.

Me escondí en la pagoda vecina, respetada del saqueo, y adopté la vida y el hábito del bonzo. Yo sonrío al verme enfundado en mi vestido talar, de color amarillo y de mangas ampulosas. Permanezco subido en una meseta de mi templo, festonada de flores.

He conseguido sustraerme a la desconfianza de los jinetes y me insinúo con ellos.

Exploro alguna vez el asiento del palacio convertido en cenizas, de donde la princesa volvió al cielo, vivienda original de sus mayores.

He escogido, para mi devoción y recogimiento, cada uno de los sitios en donde reconstituyo su presencia y adivino el vestigio de su borceguí de plata.

La conseja de los alabarderos

El ministro del rey había acusado los fines egoístas del cardenal encenagado en los deleites. Se encaraban a cada momento, animados de un odio venenoso. Habían nacido en el seno de la misma familia dinástica. Sus criados habían reñido al pie de la torre de un presidio.

El cardenal, acostumbrado a la seducción, había insinuado un discurso indigno en la mente de la hija del ministro, bajo el secreto de la confesión. No prosperó en su maldad, sino salió desengañado y ofendido.

Escogió una segunda vía para la desgracia de su malqueriente y dirigió las pasiones del rey liviano en perjuicio de la mujer inflexible.

El ministro se dispone a la defensa del honor y padece en su persona y en sus bienes. No sobrevive, en la oscuridad del calabozo, al cercenamiento de las orejas y a la tonsura, afrentas legales de los falsarios.

La hija del ministro desfallece en manos de unas religiosas innobles. Oye la referencia de su infortunio en la serenata irrisoria de los parciales del clérigo. Se pierde en conjeturas y alucinaciones y descubre una junta de ratas cabriolantes en torno de la mariposa de luz. Danzan de espaldas y ensayan corcovos, a la manera de las brujas.

Las religiosas la persuaden a la inmovilidad y al abandono de su resistencia. Le anuncian el fallecimiento de su progenitor y le muestran la aguja empleada en coserle el sudario y destinada a unir las cortinas de su lecho de prisionera.

El fenicio

Para salir al océano se necesitaba navegar, tres días continuos, el río apacible. Yo detenía mi barco, al cerrar la noche, bajo la custodia de un árbol egregio. La proa estaba defendida por la cabeza de un monstruo alado.

Yo avizoraba sin descanso las riberas desiertas y no conseguía explicarme el abandono y la desidia de los pueblos circunvecinos.

Hacia el manantial del río apacible, muy dentro del continente, se alzaba el palacio de un rey ciego, en donde se dictaba una justicia inexorable.

Las víctimas bajaban, en esquifes azarosos, a perderse en la anchura del mar. Los naturales veían en las aguas salobres el abismo de donde salía la noche y su terror.

Recorrí aquellos parajes sin molestia alguna, y no alcancé a ver hombres ni fieras.

Nacía el sol cuando divisé, en medio del mar, la nave de mi salvamento, originaría del sur.

Pertenecía a unos comerciantes griegos, aventurados, hasta allí, en demanda del ámbar.

El knut

La servidumbre secular inhibía, a través de las generaciones, el pensamiento de los campesinos.

Se dejaban zurrar sin oponer reparo ni protesta. Sus amos los trasquilaban a cruces y los multiplicaban uniéndolos en pares sin consultarles la voluntad.

Yo asistí a uno de esos matrimonios. Los campesinos y sus mujeres se habían embriagado con un alcohol virulento y danzaban cogidos de las manos al son de una música elemental. Muchos caían de bruces sobre el suelo desnudo, tartamudeando una canción. El señor no podía reprimir las carcajadas.

Consumían en vasijas de madera una harina glutinosa, de sabor ácido y quedaban atragantados para el resto del día.

Trabajaban fielmente y con bastante desaliño y torpeza en cambio de un salario escatimado y descansaban sobre el césped de los parques. La policía interrumpía a cintarazos su sueño nocturno.

El primer frío del invierno bastaba para exterminar el enjambre de los desheredados. Salían haciados en carretas para fuera de la ciudad donde se les incineraba sin esperar, alguna vez, su fallecimiento. El oficial del registro civil no se molestaba en llevar la cuenta de las defunciones. Los campesinos ignoraban si tenían un nombre y respondían a cualquier apodo.

El acaso de una lluvia me deparó el conocimiento de una doncella de esa muchedumbre. Me cautivaron su gesto de inerme y su blandura de linfática. Separaba por el medio de la frente sus cabellos de un color rubio desteñido. Se había refugiado en un soportal de mi casa.

Su hermano, un sujeto de complexión exhausta y barba rala y precoz, sobrevino a defenderla de mi alevosía.

Decidí vengarme de su resistencia aumentándoles el infortunio. Acudí al jefe de la guarnición, mi compañero en la vida bacanal, y lo persuadí al reclutamiento del joven.

Aquel militar, de origen aristocrático y educación selecta, había esparcido el renombre de severo en la disciplina y de insensible al sufrimiento ajeno. Se divertía imponiendo azotainas dilacerantes. Los soldados volvían éticos a sus hogares.

El joven recluta vino a ser contado entre los enemigos de un superior tiránico. El oficial había muerto de ingerir, con la sopa, fragmentos de vidrio.

Yo esforcé las sospechas dirigidas contra el desvalido y mejoré la defensa de sus compañeros.

Fue declarado autor del homicidio y sentenciado a la fustigación. Pasó a un suburbio, en donde los soldados le formaron calle y le descargaron sendos flagelos enérgicos. El recluta llevado a rastras, iba y venía, maniatado a un fusil armado de su bayoneta, por donde podía herirse en cualquier movimiento de esquivez.

Los gritos de la víctima helaron de espanto a los verdugos. El azote descubrió en breve tiempo el esqueleto.

La faena duraba cerca de una hora, cuando se interpuso el médico del regimiento para discernir el pulso y certificar la muerte.

La hermana del recluta, forzada a comparecer, se desmayó en el curso del suplicio.

El Sagitario

Subí la escalera de mármol negro en solicitud de mi flecha, disparada sin tino. La hallé clavada en la puerta de cedro, embellecida de dibujos simétricos.

Yo acostumbraba disparar el arco de plata, semejante al de Apolo, con el fin de interrogar a la fortuna. Yo estaba a punto de salir en un bajel de vela cuadrada y no fiaba sino en los de vela triangular. Había crecido satisfaciendo mis veleidades y caprichos.

Una mujer salió a espaldas de mí, se adelantó resueltamente a desprender la flecha trémula y me la alargó sin decir una palabra. Su presencia había impedido el acierto de mi disparo. Yo reconocí una de las enemigas de Orfeo.

Quedé prendado de aquella mujer imperiosa, ataviada con la piel de una pantera. Creí haberla visto a la cabeza de una procesión ensañada con las ofrendas tributadas al mausoleo del amante de Eurídice. Su gesto de cólera desentonaba en la noche colmada.

Defendí una vez más las cenizas del maestro *y* espanté la turba de las mujeres encarnizadas, simulando, desde una arboleda, rugidos salvajes. Yo esperaba sufrir de un momento a otro el desquite de aquella estratagema.

La mujer subió conmigo dentro de la nave y llamó despóticamente a su servicio las fieras del mar, ocultas en los arrecifes. Los marinos se entendieron con la mirada y escogieron un rumbo nuevo. El sol trazó varias veces el arco de su carrera sobre el circuito de las aguas. Un ave desconocida volaba delante de nosotros.

Yo fui abandonado a mis propios recursos en un litoral cenagoso, desde donde se veía, a breve distancia, un monumento consagrado a las furias.

Yo descubrí el nombre del sitio recordando una lamentación de Orestes.

El malcasado

Yo era el senescal de la reina del festín. Habíamos constituido una sociedad jocunda y de breve existencia, recordando los estatutos de la república jovial establecida en el principio del Decamerón. Las cigarras fervientes molestaban, a veces, desde los olivos.

Donceles o, mejor dicho, damiseles vanos amaestraban en la danza los perros favoritos de las mujeres. Llorábamos de risa al contemplar el gesto de una grulla de instintos imitativos. Reproducíamos algunos momentos del genio extravagante de Aristófanes.

Cuando volví del campo a la ciudad, redimido de la petulancia faunesca, vinieron a mi encuentro los magnates de mi trato y compañía, mercaderes habituados a la riqueza hereditaria. Abandonaron un momento su actitud distinguida y el estrado en donde pregonaban su dignidad y me enunciaron una misma frase acompasada, en señal de condolencia. Mi noble señora había salido de este siglo.

Una mano desconocida había depositado, antes de mi deserción, una corona de flores lívidas en la mesa de su oratorio. Esa corona, ceñida a la frente de la muerta, bajó también al reino de las sombras. Encarecía el rostro lánguido y lo asemejaba al de una santa en el arte rutinario de un monje.

Montería

Yo me había fatigado corriendo tras de los carneros salvajes.

Hube de aliviar la sed en un pozo de agua salobre. Allí mismo quise restablecerme de una topetada. La sal había cristalizado en las orillas, en forma de nácar.

Los jóvenes de mi edad habían sido igualmente maltratados al perseguir aquellos animales irreductibles. Ninguno había sido victimado ni cogido en cepo. Se les asignaba una vida tenaz.

Oculté el daño recibido en el curso de la caza y no la referí a mis compañeros. Me recogí en mi cortijo al caer la tarde y quise envolverme en el humo de una hoguera de enebro. Yo gustaba singularmente de este leño perfumado y había juntado un haz de sus ramas al volver de la correría azarosa.

El aroma exhalado del fuego me inspiró una embriaguez dominante y desenvolvió en mi presencia una avenida de estatuas monumentales. Las cabezas estilizadas imitaban exactamente la testa de las fieras hurtadas a mi persecución.

Yo reconocí, desconcertado, un pasaje de Tebas, la ciudad de las cien puertas.

La ciudad de las puertas de hierro

Yo rastreaba los dudosos vestigios de una fortaleza edificada, tres mil años antes, para dividir el suelo de dos continentes. Las torres se elevaban muy poco sobre las murallas, conforme la costumbre asiática. La antigüedad de aquella arquitectura se declaraba por la ausencia del arco.

El paso de Alejandro, el vencedor de los persas, había difundido en aquel país un rumor imperecedero.

Yo observé, desde un mirador de las ruinas, la disputa de Sergio y de Miguel, dos haraganes de origen ruso. Se les acusaba de haber asesinado y despojado a un caballero, cuando lo guiaba a través de un páramo. Se apropiaban las reses heridas por los cazadores del vecindario. Superaban la perfidia del judío y del armenio.

Miguel se retiró después de infligir a su adversario un golpe funesto y se encerró en la hostería donde yo me había alojado. Ninguna otra persona se había dado cuenta del caso.

El herido murió la noche de ese mismo día, profiriendo injurias y maldiciones. Miguel no podía, a tan larga distancia, conciliar el sueño y llamaba a voces los compañeros de alojamiento para salvarse de alucinaciones constantes. Yo contribuí a serenarlo y lo persuadí a esperar, sin temor, hasta la mañana.

Lo dejamos solo cuando empezaba a dormirse.

Volvimos a su presencia después de entrado el día. Lo encontramos ahogado por unas manos férreas, distintas de las suyas.

Rapsodia

Juno suelta, desde las alturas celestes, al hijo deforme, oprobio de la hermosura divina.

Las nieblas se apresuran al socorro del infante y lo deponen sobre la superficie elástica del océano, moderando el ímpetu de la caída.

El niño desciende en una carroza de nácar, aviada por las sirenas, a una vivienda aparente, fantasía de los artistas del abismo, situada al cabo de una vegetación de corales y madréporas. La vergonzante luz de las profundidades circula a través de los aposentos.

El infante concibe el amor de la belleza, probado más tarde en la forja y en la cinceladura de joyas resplandecientes, durante el trato con los seres hundidos, de forma caprichosa. Admira la medusa presumida y sus crines acumuladas debajo del disco de su quitasol aplicado.

Debe, asimismo, la índole risueña y las costumbres pacíficas, por donde se distingue de sus compañeros de inmortalidad, a la enseñanza de criaturas inermes. Oye el consejo de la anguila versátil, de la esponja sedentaria, del pez orbicular de fisonomía bufa.

El donaire de Vulcano tersa la faz contristada y mitiga la voz resonante de la tragedia.

Crónica

El rey escucha mal de su grado las reprensiones de un familiar exento de doblez y privilegiado por la ancianidad y por el amago de la muerte.

Las censuras proferidas en medio de la agonía alcanzan el valor de la amenaza. El anciano lamenta la sujeción del reino al mandamiento extranjero y su confiscación al agiotista lombardo. Los piratas, súbditos de un rey niño, exterminan las naves y pisan la bandera semejante, en la canción de los bardos, a un meteoro de la tormenta.

El anciano trata del descontento de los nobles, de su retiro maligno y de sus proyectos concertados a sovoz. Los aldeanos y los ciudadanos, ajenos de la holganza y demás ventajas acarreadas por el comercio, esperan en sus viles casas de madera el signo de la sedición. La riqueza persuade a la mansedumbre.

El rey adolece de la voluntad y sobrelleva la advertencia. Vuelve al palacio y se recoge en su cámara a criar pensamientos valerosos bajo la sugestión de un águila de bronce.

Mensajeros fieles acorren sucesivamente con la nueva de atroparse los sediciosos. Desconfían de la entereza del rey y lo miran vencido y sujeto al deshonor.

Los autores de la asonada entran la cámara despedazando puertas y ventanas con el esfuerzo del hombro y de la mano vestida de un guante de hierro. Imprimen sobre el piso de madera el pie soberbio, calzado de una espuela arisca, para secundar el desmán de la cara hirsuta y de la voz entonada. Se mesan en los momentos de enfado la barba espinosa. Ordenan el cautiverio del rey en un subterráneo, especie de mazmorra o de sumidero, y ejecutan en ese instante y de manera unánime el gesto bravo de ajustar la mano a la cintura.

El rey es viudo y cuenta un solo hijo. El ayo desleal se entretiene cortando esmeradamente con una tijera de cirujano los párpados del infante.

El nombre del rey se lee en una lámina de plomo adherida a un ataúd.

Alastor

El ejército de los atenienses había sufrido reveses deplorables en el ámbito de Siracusa y fue necesario el ordenamiento de la retirada. Las naves encargadas de facilitarla se habían perdido en una lid restablecida varias veces. Los supervivientes envidiábamos la felicidad de los sacrificados. Las hogueras consumían los muertos y sus vistosos arreos de milicia y marcaban el rumbo de nuestra jornada.

El ejército se movía lenta y difícilmente. Los heridos, abandonados en el suelo, rompieron en lamentos y se creyeron en manos del vencedor.

Mi compañero de tienda de campaña se incorporó de donde sucumbía y se colgó de mis hombros. Habíamos crecido juntos en la imitación de los héroes y convenido en socorrernos. Se espantaba de morir en medio de los ultrajes y mucho más de salvarse para el cautiverio.

Yo lo derribé delante de mí y le quité la vida con un dardo penetrado del veneno del acónito infernal y reservado para mí mismo en el caso de verme prisionero.

Le he inferido a ciegas el tiro mortal. He desviado el rostro y cubierto mis ojos con la mano siniestra.

La compasión ilimitada sirve escasamente para aliviar mi delito de haberle anticipado el día necesario. Describo sin tregua el suceso en donde principia mi inquietud.

Su alma no se alejó indignada.

El clima del nopal

El ermitaño cuenta los sucesos y prodigios del amor y se incorpora a la hueste de los personajes lacerados y sin remedio. Se confiesa autor de más de un rapto y sugiere, por medio de una elocución viva, el susto de la fuga a rienda suelta, bajo el alcance de las piedras y de los disparos.

Se finge dedicado a la memoria de Mercedes, constante en censurar sus mocedades y autora, una vez difunta, de su retiro del siglo y de su arrepentimiento y humildad.

Describe la estancia en donde pasó de esta vida y quedó yacente, sin auxilio ni compañía. Un soplo del norte rompía a cada paso los ventanales, arrojaba lejos el perfume de los sahumerios y extinguía, delante del crucifijo de marfil, un cirio de lumbre mustia.

Pasa a celebrar su propósito irrevocable de vivir penitente, desde esa hora, en el hueco del monte, en medio de una maleza parca y cenicienta.

El ermitaño da fin a su discurso y me sorprende con la mención de sus compañeros y el reproche de su tardanza. Los apellida por medio de un silbato de cobre.

Yo me vi amenazado, en breve espacio, por una rueda de fusiles asestados. No podía alzar mi voz sobre la greguería de los truhanes.

El capitán los persuadió a respetarme la vida y me sacó a salvo por caminos despeñados, sin dejar el hábito de monje, y contentándose con mi dinero y la promesa de navegar la vuelta de mi patria.

Disparaba su pistola sobre unas aves de rapiña juntadas, sobre mí, en revuelo furioso.

El enviado

El bardo, agobiado por la senectud, esclarecía a los humildes el calendario de los días faustos e infaustos, obra de su numen. Les enunciaba preceptos saludables para la vida y el oficio del navegante y del labrador. Prefería, para su discurso, el sosiego vespertino, en los días señalados por el florecimiento del cardo.

Él se decía vivo y activo en el curso de varias generaciones humanas y superior en edad a las encinas.

Estaba de más en la casa de los magnates. No había conseguido avenirlos, a pesar de su éxito con las fieras del monte.

El compadecía la situación mezquina de sus adeptos y los llevó tras de sí, para fundar un establecimiento pacífico, delante del cerco de piedras de una fuente.

Un relámpago anunciaba la salida fortuita del agua y el río se formaba a poco andar, fecundando una juncaleda.

Él consiguió ordenar los estamentos de la ciudad, previniendo los motivos de la discordia. Conforme su enseñanza, una fuerza íntima junta y sostiene, en torno de un centro, los elementos de cada ser de fábrica natural y señalaba el caso de la estrella y sus puntas separadas. Diciendo de esta suerte, escrutaba en la mano un grano de arena del color de la perla.

Él les enseñó la administración de la leche de los rebaños y el modo de fermentarla en cubos de madera.

Les impuso la observación de una política tolerante con los pueblos de la redonda y les permitió iniciar la guerra si caía fija en el suelo una de las tres saetas lanzadas en el sentido de la carrera del sol. Por este consejo vino a crecer su nación de victoria en victoria.

Desapareció para morir, atento siempre a esconder la pequeñez de su naturaleza de hombre, y se alejó subiendo una colina desmoronada, en la compañía de un oso gris.

Los celos del fantasma

Yo contaba apenas veinte años cuando terminé los estudios en una antigua universidad. He adoptado la solemnidad de sus claustros.

Volví al pueblo de mi nacimiento, situado en medio de una vegetación lozana, en un distrito inundado.

Me enamoré súbitamente de una joven cándida, de epidermis suave.

La descubrí sentada en un banco de piedra, debajo de las hojas flácidas de un árbol azotado por la llovizna. Había llegado furtivamente, arropada en los jirones de la niebla.

Desapareció de mi lado al llegar la primavera. Dudo si murió por causa de los morbos insidiosos de la región palustre o si era tan sólo un fantasma aéreo.

Deseoso de morir, he salido de mi isla nebulosa en busca del peligro. Sufrí la uniformidad del mar a la sombra de las velas arrogantes. He visto sin pasión ni interés la alegría de los puertos meridionales. Quería asistir al duelo de naciones irreconciliables, trabado desde siglos entre las ruinas de una civilización augusta.

Me he juntado al ejército más ufano. He visto el signo bizantino del creciente en el lienzo rojo de los pabellones y en el turbante de los guerreros fatalistas.

Un rajá despótico regía aquella muchedumbre. Llevaba consigo las mujeres de su harem, sujetas a una vigilancia perpetua. Una de ellas acompañaba al son de la guzla un canto monótono. Habría contentado mi sentimiento por la joven cándida.

Determiné raptarla en el tumulto de la primera función de armas y refugiarla muy lejos de su tirano, en mi isla nebulosa. Su afecto me habría sanado de la antigua pasión fantástica.

Presencié el desastre del ejército en la primera batalla. Los oficiales enemigos aparecían gallardamente del seno de una nube de humo.

Visitaba los sitios de mayor peligro con las manos en los bolsillos, disimulando mi interés.

Me dirigí, montado a caballo, donde me esperaba la mujer. Había convenido en salvarse conmigo al llegar la crisis de la derrota.

Los vencidos habían desesperado de poner en salvo las cautivas. Yo las vi moribundas, revolcadas en su propia sangre, heridas de un balazo en la sien.

La acedia del claustro

Me visita el recuerdo de los seres malogrados en medio de sus méritos para un destino más liberal. Reverencio la veste de azafrán de Ifigenia, en donde se descubren los dedos esforzados del sacrificador.

Beatriz se viste de un tinte sangriento al aparecer, la vez primera, en presencia de Dante y se envuelve en el trasunto de una llama vehemente al asistirlo en la escala sideral del Paraíso. El poeta florentino ha escogido, en uno y otro momento, los colores devotos del martirio, sugiriendo los días pasajeros de la heroína.

Conservo la memoria de un ser infeliz, de una joven agostada por la tiranía de sus deudos presuntuosos. El orgullo del linaje los había persuadido a separarla del siglo, en donde la esperaba un doncel valiente.

El juicio de la cautiva se había desvanecido en la austeridad monótona del convento. Huía a menudo del encierro y se asomaba a un balcón, a disfrutar una vista libre.

Yo recorría una iglesia resplandeciente en el momento de prevenirse la fiesta principal de la diócesis. Yo vi la joven arrodillada en el suelo de pórfiro y delante de un altar de plata.

Me tomó de la mano para indicarme la imagen de su galán. Me señaló en un mosaico la efigie de un rey vestido de dalmática y prosternado a los pies de la cruz.

Bajo el velamen de púrpura

Yo había pasado la mitad de la noche a la vista de las frías constelaciones y vine a recogerme y a dormir en una sopeña, a la manera de Orfeo.

Hallaba menos al joven compañero de mis fatigas. Él era hijo de un rey precipitado de su trono y había llegado hasta mí después de recorrer climas distintos.

Me apareció en sueños y me refirió su muerte a manos de unos cabreros insensibles. Su cuerpo había sido abandonado en un desierto de piedras. Allí raptaban pesadamente unos vestiglos nacidos del océano.

Gimió inconsolable hasta el momento de tenderle mi diestra, en seguridad de mi culto por su memoria. El temía especialmente a un sepulturero de la vecindad, encarnizado en romper la cabeza de los difuntos. Se retiró en paz, prometiéndome su inmediato retorno al originario torbellino del sol.

Yo entregué al fuego su cadáver en la mañana del día siguiente.

Guardo sus cenizas en una urna de ciprés incorruptible, para sumarlas a las de mí mismo el día supremo y esa urna es el único tesoro ganado por mí en este viaje involuntario.

El cristiano

Yo lo veía diariamente sentado a la puerta de su choza y con la cabeza entre las manos, hundido en una reflexión intensa. Se mostraba en aquella actitud cerca de la noche, cuando el cielo igual de la región se alteraba ligeramente con delgados celajes de ámbar y violeta.

Él había perdido los años más fértiles de la vida en el sufrimiento del presidio, por efecto de una acusación injusta. Su honestidad se había conservado intacta y lo había redimido al principio de la vejez. Los superiores le habían permitido edificar su vivienda en un descampado. Él se había insinuado en la amistad de sus compañeros y había suavizado la ley de su destino, esclareciéndoles las promesas del Evangelio.

Yo lo visitaba con frecuencia y lo seguía en sus peregrinaciones hasta la orilla del océano de las ballenas y de los témpanos. Había sustituido con un nombre fingido el verdadero y se justificaba alegando su humildad y el propósito de semejarse a la ola fundida en el mar.

El me enseñó la caridad con los animales. Antes de su muerte, me encontró digno de proteger sus dos amigos más probados. Yo trasladé para mi casa, sobre mis hombros, el ajuar de la suya y eché por delante un zorro azul del polo y una liebre sedosa.

El hallazgo

Los marinos me habían acostado en el ataúd de sicomoro, habilitándome para el sueño subterráneo. Se ausentaron después de ensayar conmigo una planta de cebolla, de olor nauseabundo. Me dieron a beber el zumo de sus hojas velludas y de su raíz, del grueso de un dedo. Se pagaba del suelo secano y sus flores apacentaban la voracidad de un enjambre de sabandijas de coselete doble, abastecidas con el aparejo de un verdugo.

El dolor de cabeza y un ligero frenesí me asaltaron después del cesamiento del sopor. No vi sino imágenes de espanto y de crueldad. Un pájaro se ensañaba con su hijo.

He roto sin darme cuenta la cifra de un pensamiento inexpresable, dibujada en la frente de un monolito, y miré alzarse delante de mí una serie de estatuas indignadas, de ojos de esmalte.

He desechado, recelando una perfidia, la nave suelta en el vecino río de lodo, en medio de una selva marchita.

Esforcé el paso en demanda de un monte sereno, en donde nacieron y posaron la planta fugitiva, una vez proscritos, los númenes alegres del paraje.

Descubrí una lápida adherida a un sitio inaccesible de la cuesta, y la alcancé a rastras y jadeando. Mostraba, a manera de señal, una figura humana terminada en el pico de un ave rapaz. Cedió fácilmente al empuje de mis manos y dejó ver un aposento húmedo y fosforescente.

He escondido de los compañeros infieles el secreto de mi riqueza inagotable.

Bajo la advocación de saturno

Yo recuerdo la aldea de mi nacimiento. En sus colinas áridas agonizaba la retama de Leopardi. El soplo del páramo irritaba el hambre del lobo de boca ensangrentada, entumecía las manos e infiltraba un sueño pérfido, imagen y preludio de la muerte.

El lobo perseguía unas aves alharaquientas, de ojo redondo y pico de marfil. Sentía la crisis de la atmósfera y el cambio de la estación y cegaba de cólera en presencia de una luna desenterrada. Yo contraje, mirándolo, el hábito del mordisco sañudo.

Yo leía sin orden ni concierto, en mi cabaña de tierra, sumido en la penuria del lugar nativo. Las nubes pendían del cielo torvo, ocultaban la carrera del tiempo, igualando el día y la noche, y ahogaban la voz de la hora del sueño.

Un caballero se internó en mi suelo yermo y no acertaba con el camino del regreso. Yo el vestí una pelliza, regalo de un cazador de osos, y lo salvé de perecer de frío. Su gratitud me convirtió, dos años después, en estudiante de una escuela de cirujanos.

Los compañeros me burlaban de un modo festivo, y provocaban mis opiniones y sentencias para aplaudirlas con aspaviento irónico. Me desviaron de consumar los estudios y de alcanzar la licencia, acusándome, tuertos de envidia, de efectuar la vivisección en los enfermos. Los dignatarios de la universidad publicaron, al expulsarme, los motivos de su enojo, confiriéndome una fama azarosa.

Yo me refugié en un distrito mezquino, cercano de mi solar, en donde se criaba una gente acerba. La serranía de torrentes agotados cargaba el peso del cielo horizontal. Un vestigio de ocre alumbraba los pastores macilentos en su tarea de agenciar una hueste de cabras.

Vivía penosamente de la práctica ilegal de mi profesión. Ocupaba un edificio aislado y macizo, de un color de herrumbre, anegado en el de la tierra. La araña geómetra suspendía impunemente su tapiz.

Yo me enamoré de una virgen sincera, preocupada de las criaturas inermes, afines de su temperamento. La veste cándida y el atavío de flores de su frente insinuaban la figura de una víctima. Yo la sustraje de la casa de sus padres. Se arrepintió de haberme seguido y sucumbió al darme el tercer hijo.

Yo pensaba en la reforma de mi oficio, sin escrúpulo del exterminio de los clientes, y vine a zozobrar en la miseria y en el vilipendio. Intentaba salvar, por medio de un tratamiento quirúrgico, la respiración de los afectados de angina. Lo ensayé, sin motivo de enfermedad, en mis dos hijos mayores y los dejé sin voz. Gemían sin consuelo, poniéndome en el caso de fustigarlos.

Recuerdo el último de mis intentos estériles, cuando infligí un corte en la garganta de mi otro hijo. Estaba de crianza y no se sostenía sobre sus pies. Guardó su feliz sonrisa hasta el momento del sacrificio.

Los vecinos acudieron a mi duelo, rodeándome compasivos. Se olvidaban de sí mismos y de sus razones para acusarme. Yo los había mutilado o herido mortalmente. Se maravillaron de mi perplejidad e indiferencia.

Yo concebía en aquel momento el proyecto decisivo de mi ruina. Compaginaba las notas de mi experiencia y las lucubraciones de mi ingenio para dirigirme a un cuerpo de médicos de la ciudad vecina. Yo los asedié con instancias y amenazas y los persuadí a escucharme en sesión solemne.

Comparecí vestido de gala y desmelenado y con los pies desnudos. Subí a un estrado y espanté las señoras con mi lenguaje procaz y altanero. Esforzaba y bajaba alternativamente la voz, reduciéndola a un murmullo.

Los gendarmes fueron invitados a la supresión del desorden. Yo les amoraté el rostro a golpes. Me trajeron hasta aquí, en medio de una muchedumbre, con las manos atadas a la espalda.

Encerrado en una gavia y sentado sobre el arca de mis viejos libros de cirujano, refiero a los visitantes la malignidad de mis colegas.

El lince

Me había pagado en monedas falsas el precio de mi casa, dejándome en la descalcez y a la intemperie.

Volví a ganar la vida en una tarea lastimosa. Debía permanecer diez horas del día en los arrozales, hundido en el lodo tenaz. El sombrero en figura de parasol me defendía escasamente del cielo veraniego. Por allí mismo corría el viento de los tifones, suficiente para torcer los árboles y sacar a tierra las naves de los europeos, animadas y tiznadas por un fuego de carbón.

Denuncié mi caso a los magistrados de la provincia. Desesperaban de reprimir los fulleros y ladrones. Habían agotado la imaginación en el invento de suplicios terribles. Cercenaban gradualmente la persona del reo hasta reducirla a un torso o le estrechaban el cuello en un cepo de madera. Cualquier movimiento podía separar la cabeza de la víctima.

Resolví dejar mi tarea de labriego y seguir la pista del autor de mi desdicha. Los magistrados me alentaban pagándome un salario modesto.

Pasé en una balsa a la isla de Hong-Kong, asiento del pirata inglés y refugio de los salteadores del continente. Los agentes de policía, ajenos del carácter y del idioma del país, sufrían burlas y gatadas.

Me ocupé de dirigirlos en la muchedumbre y confusión de los garitos. Visité los fumaderos de opio y apliqué sendos moquetes a los viciosos de rostro enajenado y consumido.

Una cortesana me puso en el camino del hallazgo. Me abordó risueña y pizpireta, correteando y riendo. La faz de porcelana se iluminaba de risa y la cabellera imitaba la forma de un pájaro con las alas abiertas. Algunos pilletes quemaban petardos delante de su casa.

Me dio las señas de un garito subterráneo. Preceptos de moral, estampados en gallardetes y banderolas, negaban el carácter del sitio. Los negociantes más ricos de la isla aventuraban su fortuna a la luz timorata de un fanal de papel. El autor de mi desgracia servía de banquero y de cambista.

Un ropaje faldulario, de color amarillo, acentuaba sus ademanes pacíficos de obeso.

Lo entregué en manos de los gendarmes británicos y conseguí su restitución a los magistrados de mi provincia.

Yo fui invitado, en premio de mis servicios, a escoger la manera de ajusticiarlo.

Quedó de rodillas y con la frente sobre una loza.

Un elefante, montado por mí, le oprimió y quebrantó la cabeza con uno de sus pies delanteros.

El escolar

La sonámbula sufría de la perfidia de un amante. Había enfermado de considerar una aspiración remota.

Merecía el nombre de visionaria y de profetisa y pasaba la mitad del día arrodillada delante de una imagen de arcilla negra. Le tributaba siempre el exvoto de una flor cantada en las hipérboles de la Biblia y conservada por muchas generaciones devotas. La flor exhausta recuperaba su perfume bajo el rocío del agua bendita. Había adornado el peto de un cruzado.

La sonámbula me predijo el éxito de mis intentos y me inspiró la voluntad de aplicarme al juego de manera más vehemente. Salía vencedor de los garitos en medio del asombro y de la envidia de los perdularios. Malograron su tiempo ordenándome asechanzas e invitándome a fiestas campestres. Me rodeaban solapados y famélicos.

La sonámbula me separó de usar los consejos de un médico en la crisis de una fiebre inopinada. Me salvó de recibir los gérmenes de una enfermedad desaseada y frustró una vez más el despecho de los perdidosos.

Yo la recibí en mi compañía y la llevé a respirar las auras del mar de Sicilia, de donde vino el restablecimiento de su hermosura.

Mis enemigos nos dispararon por última vez sus arcabuces desde unas ruinas.

Yo había dejado mis lares nativos con el propósito de reconstituir un momento deplorable de la antigüedad bajo la sombra de Tucídides.

El desahucio

La cortesana había arribado de Londres y se había revestido con sus nieblas. Se encontraba sola y enferma.

Yo me apresuré a defenderla de la incertidumbre y la recibí en mi estancia desprevenida. Subió la escalera apoyándose en mi hombro.

Alboroté el fuego para restablecerla del pasmo del frío. El gozo de la llama tiñó de rojo las cortinas de terciopelo, residuo de mi fortuna salvado de las garfas de los acreedores.

Venía de la isla de las praderas, quejándose de la avilantez de los gendarmes y sollozaba amargamente al declarar la ruina de su salud y de su prestigio.

Se acomodó en la cama de palisandro, enriquecida de placas de bronce e incrustada de plata, conforme el estilo de Pompeya, y se perdió entre las sábanas abandonándose a merced de sus morbos. No podía resistir la muchedumbre de sus redolores.

Yo consumí en sus exequias el resto de mis bienes y la incineré con los muebles artísticos, arriesgando la última partida con el desgaire de un Sardanápalo.

No pude pagar el alquiler de la vivienda y me arrojé a la calle en demanda de los peligros de la intemperie.

La casta de los centauros

La mujer provinciana, de grave y primeriza juventud, refiere las aventuras y peligros del llano, donde nació y se crió. Los cabellos negros acentúan el rostro pálido y demandan una corona de flores narcóticas.

Sugiere, vestida de blanco, la imagen de un clima tórrido y el refrigerio de sus palmas. Su mano se ha posado sobre la frente de una esfinge y ha registrado pergaminos venerables en el asilo de un santuario, bajo el destello de una lámpara de alabastro.

Su voz ha cantado un aria nostálgica en donde un río deletéreo se funde con el mar, y unas aves azules trinan sin alivio ni refugio sobre las riberas de sauces.

La doncella requiere una escena imaginaria. La favorita diserta en el patio de las canciones y de las fiestas musicales, cerca de una fuente custodiada por las efigies de bronce de los leones insurrectos, e insiste en los tesoros guardados por los grifos, más allá de la esquivez de los arenales, donde viven y penan los eremitas centenarios; y una esclava etíope interrumpe el cuento para celebrar el aire delicioso, lleno del aroma de los mirtos.

La doncella refiere los azares del llano, los lances de su equitación a la luz de un crepúsculo interminable. Su figura, sobre el caballo de galope resuelto, debiera esculpirse en el frontón de un templo gentilicio.

El lapidario

El sentimiento del ritmo dirigía los actos y los discursos de la mujer. Dante habría señalado el valor de las cifras mágicas al criticar la fecha de su nacimiento y la de su muerte.

Volvieron sus cenizas del destierro en un país secular. El amor deshojaba, desde la nave taciturna, un ramo de azucenas en el mar de las olas fúnebres.

Yo divisaba desde una altura el arribo de sus reliquias y la escolta de los dolientes y me retraje de incorporarme al duelo.

He dibujado a golpes de cincel un signo secreto en la frente de una piedra volcánica, respetada en medio de la erosión del litoral y vecina del puerto del regreso.

El signo comprende mi nombre y el de la muerta y ha sido esculpido con la exquisitez de una letra historiada. Lo he inventado para despertar en los venideros, porfiados en calar el sentido, un ansia inefable y un descontento sin remedio.

El viaje en trineo

El cobre y la plata yacían sepultados en una zona estéril, en donde los vegetales alcanzaban una arborescencia mezquina. El abedul enano y el liquen no conseguían alegrar la vista.

Un río continental permanecía más de la mitad del año paralizado por los hielos. Algunos barcos informes, de arte rudimentario, se deshacían en medio del clima estricto. Los autores de su fábrica juntaban las piezas por medio de sogas de cáñamo, sin el auxilio del hierro. Aquellos barcos navegaban pesadamente balanzando sus tres mástiles en el aire lívido.

Hombres apáticos, vestidos de piel de reno, moraban en la desembocadura del río. Unas aves de pico sórdido despedazaban en su presencia el cadáver de una ballena polar.

Aquellos hombres desaseados morían de roña y de escorbuto. No acostumbraban el uso de la sal y consumían el pescado sin despojarlo de sus vísceras.

Yo había arribado a aquel paraje cumpliendo un encargo del gobierno británico. Debía espiar la actividad de los agentes moscovitas, obstinados en nuestra pérdida. Había adoptado laboriosamente las costumbres y el lenguaje de aquellas naciones incultas y nadie me habría distinguido entre los mongoles de tez de azafrán.

Advertí inmediatamente la ineptitud de nuestros enemigos. No habían descubierto el modo de aplicar a la industria del armamento los metales atesorados en el suelo.

Algunos jinetes del Cáucaso habían penetrado en el territorio de una tribu desprevenida e inocente, sujeta a la autoridad incierta del emperador de China y desidiosa en pagarle el tributo de cuarenta pellizas de zorro blanco. Se decía devota de los espíritus infernales refugiados en una montaña de arena.

Yo persuadí la tribu en contra de los invasores prodigando el dinero y

el aguardiente. Junté una muchedumbre armada de picas y bastones y la conduje al asalto de un pequeño reducto de madera en donde se guarecía el enemigo. El zar descuidó el agravio inferido a sus servidores y los incorporó a su guardia de honor.

Procuré aumentar mis conocimientos en ciencias naturales cuando me convencí de la incapacidad de nuestros émulos en el dominio del Asia. Me encaminé a un sitio famoso por el hallazgo de animales prediluvianos. Trabé en esa ocasión alguna amistad con un naturalista ruso, nacido en el litoral del Báltico y educado en Riga.

Juntaba a su preparación universitaria la credulidad y la superstición de un pope. Se embriagaba copiosamente para festejar el domingo y rodaba por el suelo dejando oír un hipo fatigante. Ingería habitualmente un pan negro, ácido, aromatizado de anís y de comino y salpicado de una salsa cáustica.

Se dio cuenta, no obstante, de la razón de mi viaje por aquel desierto y podía frustrar mi labor esforzada.

Había despertado mis celos previniéndome en el descubrimiento de una nueva casta de cedros de Siberia.

Conseguí envenenarlo en el curso de su embriaguez, dándole a comer de la carne de un mamut fósil.

El alumno de Tersites

Yo me había internado en la selva de las sombras sedantes, en donde se holgaba, según la tradición, el dios ecuestre del crepúsculo. Era un sagitario retirado del mundo y sustraído a la alegría y recibió por ello el castigo de una muerte anticipada. El numen de la luz le guardó un duelo continuo y le encomendó la hora ambigua del día.

Su amada había recibido la merced de la inmortalidad y recorría las veredas y atravesaba la espesura del monte, en donde reinaba perpetuamente la misma hora, a la vista de los celajes cárdenos.

Un pensamiento supremo la había enmudecido.

El matorral componía una alfombra delante de sus pies y los árboles, soñando con el mediodía rutilante, arrojaban sobre su cabeza una lluvia de flores martirizadas.

Yo me había internado en la soledad silvestre, llevando de compañero al bufón desterrado de la corte. Decía sus gracejos en forma de argumento, parodiando risueñamente a los escolares y doctores. Shakespeare lo mienta en uno de sus dramas. Había incurrido, por imprudente, en el enojo de un rey venerable y de sus hijas.

El bufón dirigió la palabra, en son de festividad, a la mujer del bosque entredicho, elevada al mismo privilegio de las personas divinas, de hollar la tierra con pies desnudos e ilesos.

El bosque embelesado se mudó repentinamente en un cantizal y el flagelo del relámpago azotó las higueras condenadas a la esterilidad.

Tácita, la musa décima

La hermosa hablaba de la incertidumbre de su porvenir. Había llegado a la edad de marchitarse y sentía la amenaza del tiempo y de la soledad. Los hombres no se habían ocupado de sus méritos y temían su inteligencia alerta.

El discurso de la mujer hería y agotaba mi sensibilidad. Su suerte me inspiraba ideas desesperadas acerca de la vida. Aquel ser sufría de su misma perfección.

Yo la he separado cruelmente de mi presencia. Podía interrumpir mi fuga clandestina, a través de la orgía del mundo, hacia el abrazo letárgico de la muerte. Yo divisaba una lontananza más sedante al imaginar la anulación de mis reliquias en el seno del planeta cegado por la nieve, desde el momento de extinguirse la energía milenaria del sol, conforme el pronóstico de un vidente de la astronomía.

Mis días desabridos anticipan el sueño indiferente de la eternidad.

La autora de mi inquietud se acerca afectuosamente al féretro en donde yazgo antes de morir. Su lámpara de ónix, depositada en el suelo, arroja un suave resplandor y su abnegación se pinta en el acto de sellar con el índice los labios herméticos, para mandamiento del silencio.

Carnaval

Una mujer de facciones imperfectas y de gesto apacible obsede mi pensamiento. Un pintor septentrional la habría situado en el curso de una escena familiar, para distraerse de su genio melancólico, asediado por figuras macabras.

Yo había llegado a la sala de la fiesta en compañía de amigos turbulentos, resueltos a desvanecer la sombra de mi tedio. Veníamos de un lance, donde ellos habían arriesgado la vida por mi causa.

Los enemigos travestidos nos rodearon súbitamente, después de cortarnos las avenidas. Admiramos el asalto bravo y obstinado, el puño firme de los espadachines. Multiplicaban, sin decir palabra, sus golpes mortales, evitando declararse por la voz. Se alejaron, rotos y mohínos, dejando el reguero de su sangre en la nieve del suelo.

Mis amigos, seducidos por el bullicio de la fiesta, me dejaron acostado sobre un diván. Pretendieron alentar mis fuerzas por medio de una poción estimulante. Ingerí una bebida malsana, un licor salobre y de verdes reflejos, el sedimento mismo de un mar gemebundo, frecuentado por los albatros.

Ellos se perdieron en el giro del baile.

Yo divisaba la misma figura de este momento. Sufría la pesadumbre del artista septentrional y notaba la presencia de la mujer de facciones imperfectas y de gesto apacible en una tregua de la danza de los muertos.

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

Preprensa e impresión
Fundación Imprenta de la Cultura

ISBN
978-980-440-037-7
Depósito Legal
DC2021001824

Caracas, Venezuela, diciembre de 2021

La presente edición de

La Torre de Timón | El Cielo de Esmalte | Las Formas del Fuego

fue publicada

durante el mes

de diciembre de 2021,

año bicentenario

de la Batalla de Carabobo

y de la Independencia

de Venezuela

En Carabobo nacimos "Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia". Con estas palabras Bolívar abre el parte de la Batalla de Carabobo y le anuncia a los países de la época que se ha consumado un hecho que replanteará para siempre lo que acertadamente él denominó "el equilibro del universo". Lo que acaba de nacer en esta tierra es mucho más que un nuevo Estado soberano; es una gran nación orientada por el ideal de la "mayor suma de felicidad posible", de la "igualdad establecida y practicada" y de "moral y luces" para todas y todos; la República sin esclavizadas y esclavizados, sin castas ni reyes. Y es también el triunfo de la unidad nacional: a Carabobo fuimos todas y todos hechos pueblo y cohesionados en una sola fuerza insurgente. Fue, en definitiva, la consumación del proyecto del Libertador, que se consolida como líder supremo y deja atrás la república mantuana para abrirle paso a la construcción de una realidad distinta. Por eso, cuando a 200 años de Carabobo celebramos a Bolívar y nos celebramos como sus hijas e hijos, estamos afirmando una venezolanidad que nos reúne en el espíritu de unidad nacional, identidad cultural y la unión de Nuestra América.

200 Batalla de Carabobo

La torre de timón, El cielo de esmalte, Las formas del fuego La obra de Ramos Sucre, compuesta solo por tres libros, ha adquirido con el tiempo una connotación indispensable en la tradición poética latinoamericana. Desde 1956, año en que fue redescubierto por la célebre antología de Julián Padrón hasta las reeditadas en la actualidad, lo elevan a la categoría de lectura insoslayable, un clásico. Tal cantidad de reediciones se deben sin duda al contenido de sus poemas, a aquellos elementos que parecen ocultarse tras la máscara de lo extemporáneo en los que revela estados emocionales donde el lector se encuentra con su propia sombra: la soledad, la muerte, el amor, el tiempo y la enfermedad, estados por supuestos padecidos por el autor y de los cuales parece sostenerse en historias lejanas, la ficción literaria, el espacio onírico, los episodios de la historia patria, la mitología, entre otros motivos. No hay impostura en él, no es un dolor fingido, en su caso hay una extrema necesidad de comunicarla sin ser prosaico desde un lenguaje particular, encantador y definitivamente sensorial. Todo lo anterior justifica la cantidad de reediciones, estudios, ensayos y compilaciones de su obra.

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

9 789804 400377